

ATILIO MILANTA

*DE LAS ALMAS
QUE NO MUEREN*

DEI GENITRIX

TOMO 115

*Diseño de tapa: Patricia Milanta, quien entre la simbología de los alquimistas (matrimonio de los opuestos: el orden eterno sólo puede lograrse mediante la abolición de las contraposiciones de lo distinto y de lo cambiante), o la del tiempo infinito en los “Cronos mitraicos” y Ouroboros (serpiente o dragón que se muerde la cola), o en suma, la del ave fénix, acertó en escoger la de los **romanos**: hacían grabar en las monedas la alegoría (de la eternidad) consistente en una doncella que tiene en sus manos el sol y la luna (B.C.P., Dic. Univ. de la mitología, Barcelona, 1935, cit. por Juan-Eduardo Cirlot, Dicc. de símbolos, Labor, 4a. ed., Barcelona, 1981).*

ISBN (L. 22399) 987-9014-00-6 (814)

Copyright by DEI GENITRIX - 1993

42 N° 621 - 1900 La Plata, Buenos Aires, Argentina

Queda hecho el depósito pertinente (L. 11.723)

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

*A la augusta memoria de
José Milanta
Marta María Margarita Castelli*

*José Julio Milanta
Filomena Crevani
Andrés Milanta
Rosa Chiacornia
Agustín Crevani
María Cucidranni*

*Romualdo Castelli
Matilde Castelli
Carlos Antonio Castelli
Margarita Vischi
Antonio Castelli
María Mambreti*

Teniendo en cuenta la notoria verdad de cierta lógica de la genealogía (proveniente del seguro adagio latino: **mater semper certa est**), presumiendo auténtico, consecuentemente, cuanto muchas veces se sostuvo en los variados cenáculos históricos, culturales, literarios, etc., de san Nicolás, Ciudad Autón. De Bs. As. y de La Plata, entre otros, tales como la SADE y entidades regamolinianas, alfuerteanas y belgranianas (Carlos paz, Duilio Cámpora, Horacio Ratti, Nicolás Cóccaro...), en punto a mi ascendencia o descendencia materna, del ilustre prócer argentino (primo del Gral Belgrano, Santo de la Patria), y quizá, algo “improbable”, aunque no “imposible” (Umberto Eco, “El Día” de La Plata, 04/07/2013), y sin desechar los otros inolvidables apellidos (Chiacornia, Cuccidranni, Vischi y Mambreti), mi nombre habría de completarse así: Atilio **Milanta Crevani y Castelli Castelli**.

*La actriz argentina **Leonor Manso** leyendo poemas del libro **Ismael de Atilio***

***Milanta** en el salón de actos del Colegio de Abogados de La Plata,
el Día del Abogado de 1990.*



EXPLICACION

Un buen día, después de vanos intentos sin éxito por hallar lo que buscaba, encontré una colección de viejos sonetos, papeles, páginas, esbozos y otras particularidades del desorden, la indisciplina y la (buena) bohemia.

Me di a la tarea de corregir algo, ordenar los hallazgos -al modo de un arqueólogo-, sofrenarme en mis ímpetus de mandar todo a paseo y detenerme luego por respeto a las personas que en determinado momento ocuparon mi atención.

Penetrado del (escaso) valor literario que tenían y tienen esas cosas viejas y otras de los últimos tiempos, tales como sonetos, homenajes, estudios, reconocimientos, discursos y otras tareas que me demandaron, a su turno, alegrías, tristezas, desvelos, preocupaciones y renovado respeto por las personas y las cosas, me di a la tarea de las aludidas correcciones y ordenar y completar las piezas, agregando los que después vinieron (confirmando que algún otro valor tenían y tienen).

De todo ello, salió este libro que abrigaba in mente hace tiempo, el que dividido en dos partes, contiene la primera catorce capítulos, y la segunda, veintidós. Del por qué este procedimiento. No lo sé, realmente; salvo que en la primera parte están exclusivamente personajes (hombres, seres humanos, personas) que han muerto, excepto uno de los Mendióroz; en tanto que, en la segunda, muchos viven, por suerte, pero además he incluido entidades o instituciones, como un tribunal de justicia y un taller poético, así como ciertas generalidades a argentinos y políticos.

Pero, de todas maneras, quizá sea una división algo convencional y de comodidad de trabajo y compaginación.

Pues, los contenidos son todos, absolutamente todos, respetables, y en algunos casos, venerables.

Si por allí deslicé la ironía, algún chascarrillo o alguna crítica sin elegancia, nunca lo ha sido sino para enaltecer a las personas, como incluso lo hice con un reportaje imaginario a Vucetich justo yo que, además, no soy periodista... Se encontrarán muchas inocentadas, repeticiones y hasta descuidos de las elementales normas de una sintaxis ciertamente rígida, como lo es la de nuestra (respetable) lengua.

De todo esto, dejo cumplidas excusas por un libro extraño concebido no sé cuándo y que di término el Día del Maestro de 1993, cuando ya se anunciaba la primavera con el nacimiento de Pedro Belisario, el Día de la Biblia del mismo mes y año.



PRIMERA PARTE



I

BELGRANO

EL SANTO DE LA PATRIA

a J. J. Terry

Discurso pronunciado la víspera
del Día de la Bandera del año de
1987, en la ENET N° 1 Albert
Thomas de La Plata



General eternamente limpio y silencioso¹ :

Estamos aquí como todos los días para ser mejores como tus discípulos,
¡oh, gran maestro de la decencia y de la civilidad nacional!

Cuando llegas a nosotros², ya la patria esperaba tus servicios y cuando más te necesitaba, debiste dejarnos por voluntad de Dios en el aciago día³, a poco de haber cumplido medio siglo de existencia entre nosotros y apenas una década de la edad de la patria.

¡Y cuánto hiciste por ella, **General de la pena y el desvelo**⁴ en esos primeros diez años de su vida!

¡Qué más, para quien, como vos, estuvo con nosotros en estas latitudes

-
- 1) El poeta así finaliza su soneto a **Belgrano** en el libro **Con la Patria Adentro** (GARCIA SARAVI Gustavo, **Obras Completas**, Ed. Empeño 14, Madrid, 1984, p. 149): Entre lunas de barro y luz salada,/entre voces de luto y amargura,/descubriste, de pronto, la hermosura/de una antigua paloma inmaculada./de una rosa de vientos, desplegada/ como una anunciación de la ventura,/ como un ángel de azules y ternura./como una comunión iluminada./Descubriste, de pronto, los colores,/fe de la fe y amor de los amores./un infinito corazón piadoso,/general de la pena y el desvelo,/adelantado, fundador del cielo,/eternamente limpio y silencioso.
 - 2) Nace el prócer el 3 de junio de 1770, bautizado al siguiente día en la Catedral porteña con los nombres de **Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús**, hijo de don Domingo Belgrano y Peri (conocido por Pérez), oriundo de Oneglia (Liguria, Italia), quien, trasladado en 1750 a Cádiz, pasó a América nueve años más tarde, después de naturalizarse español. En Buenos Aires casó con María Josefa González Casero (cuya familia, radicada en el país, fundó el Colegio de Niños Huérfanos de San Miguel, base de la Sociedad de Beneficencia). Aunque extranjero naturalizado, el italiano Belgrano y Peri fue regidor del Cabildo y alférez real. Cuando nace nuestro héroe, la gobernación de Buenos Aires estaba en manos de don Francisco de Paula Bucarelli y Ursúa (a quien se le acusó de robos, abusos de toda laya y extralimitaciones en el ejercicio del poder, como que era hombre violento, codicioso y arrogante). Carlos III lo había designado el 19 de diciembre de 1765 y ejerció el mando hasta el 4 de setiembre de 1770, en que le sucede don Juan José Vértiz y Salcedo, último gobernador, y que luego sería Virrey, Cfr. ABAD DE SANTILLAN Diego, **Historia Argentina**, TEA, Buenos Aires, 1965, I, 156; MITRE Bartolomé, **Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina**, Ed. Anaconda, Buenos Aires, 1950, 44; PALACIO Ernesto, **Historia de la Argentina**, Ed. A. Peña Lillo, Buenos Aires, 1957, 128 ss.; SIERRA Vicente D., **Historia de la Argentina**, Unión de Editores Latinos, Buenos Aires, 1956/1967, III, 310; YUNQUE Alvaro, **Historia de los argentinos**, Ed. Anfora SACI, Buenos Aires, 1968, II, 73 ss., quien dice: Como todo hombre verdaderamente grande, de grandeza moral, fue un hombre sin rencores.
 - 3) Y cuando muere en Buenos Aires el 20 de junio de 1820, culminando la anarquía, se da el caso de la existencia -o seudo existencia- de tres gobernadores (Ildefonso Ramos Mexía o Mejía, el Cabildo y Miguel Estanislao Soler), aunque realmente ni de hecho ni de derecho existían tales gobiernos; simplemente no había ninguno; ¡Tal el caos, el desorden y la anarquía! Cfr. **Mitre** cit., 637; **Palacio** id., 241 ss.; **Sierra** ibíd., VII, 106, quien alude al “día de los supuestos tres gobernadores”; y **Abad de Santillán** cit., II, 98, quien, a su vez, agrega que, “cuando tenían lugar estos sucesos, moría obscuramente en la Capital, Manuel Belgrano “ Cfr. GALLETTI Alfredo, **Historia constitucional argentina**, Edit. Platense, La Plata, 1974, t. 1, 411.
 - 4) Del soneto transcrito, supra nota 1.

y lo sigue estando, más allá, y mucho más, de esas alternativas fatales de la existencia humana.

Entre ambos hitos⁵, y durante esa media centuria, transcurrió tu existencia hacia la ineludible misión de servicio para la patria que tanto te necesitó, que te reclamó desesperadamente, y a la que tanto le fuiste fiel y provechoso, no obstante **la incomprensible gloria y sus desaires**⁶ que surgían de la Capital.

Tu humildad, tu silencio, tu modestia, no permiten que reconozcamos que nadie te superó como patriota cálido y cristalino, límpido y noble, de **alma bien equilibrada y voluntad tranquila**⁷; ningún exabrupto de energúmeno ni desplante alguno de fatuo bravucón insolente se te pudo conocer jamás, porque nunca fuiste nada de eso; evidentes signos de tu templanza y aquilatada facultad moral de patricio bien nacido y mejor dotado, nuestro General.

No fuiste violento, aunque afrontaste la brega como el más valiente y decidido. Tampoco débil; pero se te supo, al par que humilde y transparente, bien instalado en la actividad y con fortaleza inigualable para soportar el dolor y la fatiga en silencio, **General de la pena y el desvelo**⁸, que **se dirige hacia la**

5) Es decir, entre el 3 de junio de 1770 y el 20 de junio de 1820, en que Belgrano cursó sus primeras letras en Buenos Aires, estudiando además latín y filosofía (tuvo como maestro a Luis José Chorroarín -el prócer olvidado- como le llamó Manuel Juan Sanguinetti) en el Colegio de San Carlos, de quien recibió lecciones de lógica, física, metafísica, ética y literatura. En 1786 fue mandado a España donde estudió leyes en la Universidad de Salamanca (se matriculó el 4 de noviembre de 1786). En febrero de 1789 se graduó de bachiller en Valladolid, en cuya **Chancillería** se recibió de abogado el 31 de enero de 1793. También estudió “idiomas vivos”, economía política y derecho público. Cfr. **Mitre** cit., 44 ss.

6) El poeta así se expresa y lo canta en el primer terceto de su soneto a **Belgrano llega a Candelaria** en el libro Misiones (GARCIA SARAVI G., op. cit. nota 1, 488): Belgrano es un silencio, una plegaria,/un caballo cayéndose, un empeño/de excesivo tamaño -casi un sueño/de puro sueño adentro-. Candelaria/ es la última mano hospitalaria/del país, y allí piensa (o se hace ensueño)/en él mismo y su suerte, en un pequeño/o grande amor dejado como un paria, un canario, un olvido, en Buenos Aires,/la incomprensible gloria y sus desaires,/el triunfo, la derrota. Después reza,/cruza el río atigrado y se dirige/hacia la soledad. Siente que empieza/a ser. Hay alguien o algo que lo elige.

7) Cfr. Mitre cit.: Yunque, **op.cit.**, 73, dice que, antes de las invasiones inglesas y del 25 de Mayo y durante los primeros diez años de lucha, se dio todo él, abnegada y heroicamente, a la obra de la Independencia. La preparó con sus escritos como economista y periodista avanzado, la forjó con su espada, su celo, su obra de legislador y de gobernante. Lo fue todo, porque todo le exigía que fuese la Revolución. Fue abogado, economista, periodista, diplomático, guerrero (...). Pocos hombres pueden presentarse en la historia de América como Belgrano, héroe de la abnegación y mártir del desinterés. Su ejemplo moral no lo supera ninguno.

8) Del soneto transcrito, supra nota 1.

soledad, donde **se empieza a ser**⁹; ¡oh General del silencio y la plegaría!

Fuiste un gran soldado de la República, un insigne abogado de las causas justas, un prestigioso secretario del consulado -por lo que se te considera nuestro primer economista¹⁰- y un vocal de lujo de la Primera Junta de Gobierno¹¹.

Por lo demás, tus grandes ojos azules contrastan con tu sedoso cabello rubio y tu piel blanca y sonrosada. Quizá de ese contraste azul y blanco, y por un conjuro indescifrable, o como una profecía advendría en tu alma ese celeste límpido que tú mismo instalarías, en enarbolamiento imaginario, hacia el tope de los símbolos invisibles en el corazón de la patria, flameando como un latido de infinito, perdurabilidad y gloria, de esperanza y de inmortalidad señeras.

No obstante saber que, más que el origen o el nacimiento ceñido en la esperanza, el hombre no tanto vale por lo que trae cuando nace, cuanto por lo que él nos deja, cuando se va, es lo cierto que siempre será imprescindible habitar la reseña desde el natalicio, como en tu caso, pues allí se inscribe **la necesidad** de la patria, ya que, entre otros episodios, y por entonces, un 10 de julio de 1770, hubo que expulsar a los ingleses que invadieron - ¡cuándo

9) Del soneto vertido antes, nota 6.

10) Dice Galletti, op. cit. I, 145 ss., que el Consulado de Buenos Aires, creado el 30 de enero de 1794, constituye el coronamiento del sistema de reformas de los Borbones en el plano económico, estableciéndose en el Plata, como consecuencia de la creación del nuevo Virreinato, aunque también es consecuencia de un largo proceso que no es del caso relatar aquí... Dentro de la estructura del Consulado, resultaba importante la tarea del secretario, que coordinaba la labor de la junta y los distintos problemas que se presentaban. Tocó a Belgrano dicho trabajo, ya que fue designado secretario perpetuo, ocupando el cargo desde 1794 hasta el momento de la revolución... Adherido a la fisiocracia, afirmó a la agricultura como riqueza básica y verdadero destino del hombre. Aparte de Quesnay y los fisiócratas, las fuentes del pensamiento económico de Belgrano podemos hallarlas en algunos economistas italianos y franceses y principalmente en Galiani y Genovesi.

11) Que presidió otro grande de la historia. Del brigadier general don Cornelio Saavedra, que sostuvo a Liniers contra el alzamiento de los peninsulares acaudillados por Alzaga, el 1 de enero de 1809, dispersando a los amotinados de sus posiciones en el Cabildo y en la plaza de la Victoria; y que en la semana de Mayo su intervención fue decisiva, a tal punto que el 19 del mismo mes expuso al virrey Cisneros que habiendo caducado el gobierno español, el pueblo de Buenos Aires debía proveer por sí mismo, sosteniendo que no queríamos seguir la suerte de España, ni ser dominados por los franceses; habiendo resuelto reasumir nuestros derechos y conservarnos por nosotros mismos, dice IRAZUSTA Julio, Gobernantes, caudillos y escritores, Bibl. Dicho, Buenos Aires, 1978, p. 16, que tales respuestas son "fórmulas que, a la vez de sintetizar situaciones de hecho, expresan a la perfección las decisiones de una voluntad esclarecida que se ha propuesto resolverlas".

no!- el Puerto Egmond en Malvinas.

¿Qué es lo que tal vez tú eres, General, para constituirte en el hombre que no ha estado necesitado de aniversarios, cincuentenarios, centenarios ni sesquicentenarios -que hoy tanto están en boga, muchas veces como pueriles imaginaciones de los menos-, y sin embargo, tu docencia y tu decencia se proyectan como la de nadie otro, en la blancura -entre celestes- de tu bandera, General de la Bandera, y en la emoción de que la historia te proclame como la patria misma?

Ni fácil ni difícil, la respuesta se acomoda a la simplicidad y las precisiones de esa abastecida docencia suprema que ejercitan cotidianamente los grandes hombres que pasan a ser prototipos y arquetipos; o sea, ejemplos a seguir.

Dicen las historias que habrías de morir pobre y enfermo¹².

Ya sabemos, noble General, que jamás ocultaste tu hidalga, ejemplar y honrosa pobreza material ni disimulaste tu enfermedad física, porque suelen ser ropajes extrínsecos e inevitables -generalmente reservados a los mártires, los santos y los sabios-, sobre todo, a la hora de entrar a la inmortalidad, ¡ese Primer Día de la Bandera!

Pero, si eso podía ser lo externo, no todas las historias suelen afirmar -como lo hacemos nosotros- que, el día de tu muerte, tú, intrínseca, sustancial, esencial y espiritualmente, eras rico de una riqueza incalculable y rebosante de salud, pues tu alma sorteó siempre todos los avatares de la humillación, de la adversidad, de las enfermedades y las estrecheces materiales.

Tu alma austera y generosa, transparente -lo reafirmamos-. que había inspirado destinaras tu patrimonio para fundar escuelas y otras muchas obras de bien común, tu claro y profundo intelecto eficazmente impuesto en lo mejor de las aptitudes, para todas las grandes empresas nacionales y humanas, y tu noble corazón cristalino, llevado a las alturas de las cruzadas éticas y de la fe, te permitieron y facilitaron constituirte en ese **ejemplo a seguir**, como esos

12) Dice Yunque, op. y loc. cit., que el día llamado de “los tres gobernadores”, murió en Buenos Aires, enfermo y pobre uno de los servidores más virtuosos de la Revolución. Toda su vida está sembrada de anécdotas que denuncian cuánto amaba al pueblo por cuya libertad había dejado la pluma de economista para tomar la espada del guerrero. Después de sus triunfos se le obsequian 40.000 pesos. Es pobre y lo será hasta su muerte. No obstante con esa suma funda cuatro escuelas. Está en sus últimos días, ya muy grave. Se le deben miles de pesos. El gobierno algo le da. Cuando muere, aun se le debían 8.400 pesos... Ver SCARANO Adolfo C.A., Belgrano educador, en Rev. del Notariado, Año LXXIII, N° 711, 775 ss.; D’ALESSANDRO Pedro G., Belgrano, origen y destino de una pasión, en El Día de La Plata, 29 junio 1987, y Manuel Belgrano: el sufrimiento de la inmortalidad, ibíd., 21 junio 1991; DESCOTTE Emilio, El simbolismo de la bandera nacional, Univ. de Mendoza, 1967.

grandes hombres de las historias de todos los tiempos, el Cardenal Richelieu, Pedro El Grande de Rusia, el italiano Cavour o el francés Napoleón.

El silencio y el milagro de la simpar grandeza se debe, sin duda, Maestro General, a esa mencionada docencia que te reconocemos.

¿Y cuál es ella si no la de la **civilidad**? ¿Y cuál no podía ser si, a cada tu paso, dabas las mejores lecciones de **civismo**?

Quizá por eso fuiste, mejor que nadie, el claro ejemplo de que, para ser los mejores en cualquier actividad o profesión, oficio o arte, o ya militar, en la religión, en la política o en el gobierno, previamente se debe ser **civil**, en ese alto rango de verdadera civilidad o de civismo; ¡a la manera Belgraniana, General! Sólo así se puede combatir en el campo de batalla, conducir las grandes empresas nacionales, independizar a la patria, restaurar el orden y recuperar el pensamiento argentino **argentinizando el Estado**, hasta constituirlo como indeclinable e indeleble insignia inscripta en las mentes de todas nuestras generaciones!

Más allá de las estatuas, las placas recordatorias o el imperecedero mármol, y mucho más allá de aquellos fatuos aniversarios, está esa enseñanza de tu civilidad, general, que hoy nos atrevemos simplemente a recordar en este sencillo y austero acto, en las calles, en las plazas, en los paseos y los patios de las casas, en el campo, en la ciudad, en el hogar de cada uno de nosotros.

De no haber sido así de prócer, General civil, no habrías nunca podido mantener simultáneamente la pluma y la espada para consolidar la independencia con una efectiva integridad territorial y un perfeccionamiento de las instituciones políticas, una de las cuales, la monarquía¹³, de haber sido adoptada -como lo propusiste-quizá no habríamos padecido luego tantas frustraciones, desencuentros, declinaciones o desventuras, como en la anarquía en que nos vimos inmersos el día justo de tu partida a la inmortalidad, ¡hoy hace 167 años!

Gran general: hombres y jóvenes de este instituto, y como decíamos al principio, cada día más, nos proponemos ser aún mejores como tus discípulos y humildes alumnos perseverando, con ello, y además de recordarte, honrarte y seguirte, para que podamos entregar a nuestros hijos una patria mayor, digna

13) Cfr. IRAZUSTA Julio, **La política, cenicienta del espíritu**, Bibl. Diction, Buenos Aires, 1977, 27, dice: Ciertamente, la monarquía nos dio algo importantísimo, la base del futuro Estado argentino, al fundar el virreinato de Buenos Aires, integración de regiones antes ajenas con variados y diversos recursos bajo una sola jurisdicción política, que transformó una zona imperial tradicionalmente pobre en una de las más ricas del mundo.

e independiente que la que habríamos podido recibir de nuestros padres.
Gracias, General celeste y blanco, ¡oh santo de la patria!

II

CAMACHO

...ESE POETA CORRENTINO

a Inés y a Hugo

En homenaje, elaboro una síntesis de las dos conferencias -si se les puede llamar así- pronunciadas por mí en 1992. Una, el 2 de julio en la escuela de policía **Juan Vucetich** -durante la santa misa celebrada por su capellán, **R.P. Jorge López**; la otra, el 1 de agosto, en la librería **Libraco** de La Plata (sábado, al mediodía, momento en que Camacho solía visitarla).

A Mario Ovidio Camacho -como que de él se trata cuando digo algo sobre el **poeta correntino**-, le conocí y traté en la época de la estudiantina universitaria platense por allá en los primeros años de la década del '50, más precisamente en aledaños del comedor universitario de entonces, en la avenida 51, frente al otrora Teatro Argentino. Mario seguía **letras**; yo, **derecho**. Por ende, si no era el comedor o algún encuentro en la calle, en otros lugares nunca lo vi ni encontré. **Camacho** nació en la correntina ciudad de Mercedes el primer día de diciembre de 1929, y el primer día de mayo de 1992 se fue con el Señor, dejando un vacío muy difícil de llenar. Había llegado a la ciudad de los tilos en 1948 -un año antes que yo- y se graduó de profesor de Letras y Ciencias de la Educación en 1958. Casó con **Inés Conti** y tuvo dos hijas (**Ana Inés y Adriana**), una familia encantadora y cálida. Ejerció la docencia en las universidades de Chaco, Bahía Blanca y La Plata, ya en las

cátedras de Literatura Argentina, Española o Iberoamericana. Desde aquella época estudiantina, y por las distintas ocupaciones, estudios, profesiones y demás, siempre me vi privado de reanudar aquellos hermosos diálogos que nutrieron su vida, aunque no tanto como a la mía. Tres décadas más tarde (1981) acepto ocupar las cátedras penales en la Escuela de Policía “Juan Vucetich” y allí encuentro a Camacho, dulce amigo como entonces, idealista, espiritual y poeta como siempre, y el diálogo se reanudó de inmediato y lo interrumpió -en este mundo- su prematura y sorpresiva muerte, que malogró una existencia tan rica de afectos y contenidos humanísticos, como ninguna.

1

Dejar el camino transitado para trocarse en camino. He allí una dimensión de la perdurabilidad, si no la única (o la más importante). Y además, una consistencia inexorable del testimonio de un hombre que deja, como poeta, para determinar con precisión que, al menos, hoy y aquí, no se podrá dar el juicio literario de su obra.

Y es que, a partir de ahora, comienza la verdadera vida del poeta, esa extraña supervivencia de la escritura, de la palabra, en el lenguaje de ese camino que él tan obstinadamente acertó en transitar. Y de tanto transitar, no se lo anduvo en vano, como que no se lo anduvo sino con el talento de ofrendar su feliz vendimia, la que hizo el más cumplido elogio a la mejor tradición cultural y literaria de estos lugares.

Es mucho más que arduo y difícil evitar, o al menos, superar la tentación de referir la anécdota personal, la biografía del afecto largo de las muchas décadas que fueron...

Pero, se lo alude aquí, porque es el afecto de los que están presentes, y además, porque es el de los muchos otros que le conocieron, trataron y amaron al poeta y amigo desde hace media centuria.

Su figura, su lento y reposado andar, su camino -oh, ese su camino, el de allí nomás-, su mirada, sus voces, su querido Corrientes... Y tantas otras de sus preciosas vivencias, ternuras, afectos, desconsuelos, desvelos y pasiones. Su escritura, el aula, el patio, el parque, los árboles -esos gigantes amigos, esas criaturas misteriosas-, allá la Virgen, el sol, aquella lluvia, el abril, los octubres, la sala de profesores de esta irrepetible e inigualable escuela. Así, nomás, escuela, sin otro aditamento, epíteto o adjetivo que la misma voz escuela para decir simplemente escuela. Toda ella, inescindible, precisa, transparente,

testimoniosa y profunda, con toda su trascendencia. ¡Y al final, como Mario la sentía!

Y al través de todas estas realidades; lugares y espacios -que seguirán siendo de él y con él-, que él tanto frecuentó y gustó, nadie dejará de verlo y recordarlo con su tenue y permanente sonrisa, con su mirada inocentemente pícaro de niño y con el lento paso de la travesía para llegar más lejos, como que nadie dejará de sentir al amigo y noble compañero, el buen profesor, el esposo permanente, el padre ejemplar, el vecino, el hombre, el poeta...

El poeta; esa inefable dimensión del hombre que hace de él ese algo imprescindible para advertir que Mario no pasó en vano por aquí.

Por ello es que en Mario se da no tanto un solo y único aspecto de su personalidad, sino la conjunción de tales bonanzas, noblezas y virtudes. Fue ético y esteta. Un virtuoso que honró a su padre y a su madre y que dejó buen nombre a su familia.

Es de cuidado en estos tramos consultar objetivamente los valores y valoraciones, porque el retaceo merece las mismas descalificaciones y censuras que la exageración. Pero, en el caso de Camacho, nunca hay palabra demás, ni de menos, para ese correntino bueno y sincero, ese que hoy deja a sus amigos el testimonio de sus sueños y de su calidez con el mensaje, la humildad, la obra y la voz. Toda su transparencia y nitidez, ya en las veladas, o el mate, o el **chipá**, así como la reunión familiar, los momentos, las tardes, o los días aquellos tan recientes en mi recuerdo de la otrora estudiantina universitaria.

Por **eso**, también, ¡cuánta hermosura que no se ha ido ni se irá! Quien estuvo, sigue estando, pues es la aparente ausencia del que ni se fue, siquiera.

Es que Mario, además, perdurará en la sutileza de una metáfora, en la realidad de un vocablo, en el tatuaje litoraleño de una palabra encendida de río o leve de un airecillo de su tierra... Así, todo lo sustancial de este amigo, y lo esencial, se sabe, es siempre invisible a los sentidos. Nunca a la inteligencia o al entendimiento, a la esperanza, a la ilusión o al sueño.

Alguna vez le dije, en un poema que le dedicara, sobre la expectativa del hombre:

*Parar en la mitad del camino a soñar.
Sonreír en la mitad de uno mismo
para comprender.*

Eso entre otras cosas metafísicas le dije yo¹, y él por su parte, en alguna vieja despedida, recordó a los amigos esta delicia en todo esto profundo de su felicidad y canto².

*Sé que alguna vez
el camino se cansará de soportar mis pasos,
correrá a desatarse como una playa
sobre tu lenta superficie, y allí
quedaré contigo para siempre
mientras el alma de las horas rotas
vuele cantando mi silencio eterno.*

*Sé que alguna vez,
de la mano de un poema
llegaré hasta la clara realidad de tu noche,
y allí quedaré con los ojos mojados de sombra
y los labios cerrados por un canto.*

*Sé que alguna vez
me iré con la tarde
con el alma serena de paisajes,
llevaré el corazón entre las manos
satisfecho y cantando como un nido;*

-
- 1) En una serie titulada **Doce instancias y otras melancolías de muertes y desvelos**, comenzando por el mes de setiembre y concluyendo con el de agosto, incluida en mi libro **Poemas** (1972; y en 2da. ed. de 1989), y con la extraña coincidencia del mes de nacimiento de Mario (diciembre) que yo no lo sabía entonces, mi poema 4 dice: *Mitad hombre/y la otra mitad misterio,/donde se va vaciando toda la noche./Cuando pasa a mi lado/la serena tarde;/o suena la mañana en mis ojos,/creo que el tiempo se muere dentro de mí./Hay color a río/y también a sonrisa/dentro de mí, hombre./y además, a dolor, dentro de mí,/sombra./Mientras algo se detiene en este **diciembre,/siento** que se evanesce en verso/ la poesía./Parar a mitad del camino a soñar./Sonreír en la mitad de uno mismo/para comprender/que paso a ser/todo hombre y todo alma y misterio./Y permanece la muerte/eternamente en acecho.*
 - 2) En una **serie homenaje**, la universidad nacional del Sur, en el año 1987, en una edición de 250 ejemplares, con ilustración de tapa e interior de **Julio Egidio Alessandroni** y el diseño, compaginación, armado y **tipeado de Arturo Luis González**, con oportunas palabras liminares de **Nidia Burgos de Sánchez**, se editó el libro de poemas de Mario que él tituló **Allá, mi tierra. Aunque esto no fue lo único que salió de su pluma... Sin duda por allí se encontrarán poemas inéditos, tal vez en algún cajón de su escritorio u olvidado entre las páginas de algún libro.** En cuanto al ensayo, Camacho dejó editados los siguientes: **Nota crítica sobre el Inca Garcilaso en sus comentarios de Juan Bautista Avalle-Arce** (BA, 1968), **La muerte en la narrativa de Juan Rulfo** (Bahía Blanca, 1968), **El proyecto de un libro de Paul Groussac** (La Plata, 1969) e **Introducción, notas y vocabulario a Pago Chico y nuevos cuentos de Pago Chico de Roberto J. Payró** (BA, 1982), entre otros, no menos importantes.

*me iré cuando los ojos comiencen
a olvidar a los rostros amados
y haya dejado en el dolor del hombre
la paloma de un canto.
Para siempre me iré,
cuando este cuerpo, de tanto caminar
ya quiera ser camino.*

Gracias, amigo, por todo lo que has dejado en el feliz regalo de tu canto, en la paloma de la poesía y en el vuelo de tus sueños. Gracias, **ch'amigo...**

2

Alguna vez Andrés Homero Atanasiú me dijo que ésta es una ciudad donde es frecuente el desencuentro. Y yo agrego, para confirmar la tesis, que por allí, en una diagonal cualquiera, encuentro a Prenz recién llegado de Yugoslavia y encaminando sus pasos para visitar a un amigo en Chile, y en poco más o menos de un segundo, que es un siglo y medio de espacios y de nostalgias, con encendida mañana en todo su pecho, me entrega un libro³ suyo diciéndome en la dedicatoria: **para Atilio Milanta, amigo de vida y de poesía.**

Pasaron otros ciento cincuenta años y otra vez encuentro a Prenz en el teléfono, que me llama para encontrarnos aquí con Pablo Atanasiú y con Osvaldo Nessi, darnos un apretón de manos y recordar a Mario Ovidio Camacho y a Armando Delucchi, que hace poco partieron para un largo viaje de silencio.

Y ante la mirada sorprendida de circunstantes, tal vez apresurados, en esta fría mañana o mediodía de un sábado de este agosto que hoy comienza, surge este preciso lugar para las breves palabras de la presencia, la nostalgia, el homenaje y el recuerdo. Simple, así, la **librería**, a la que Mario frecuentaba para llegar a su biblioteca con el venero del lirismo y el mensaje nutriente de los nombres.

A esta espontaneidad del encuentro, se suma la de la participación sin acuerdos previos, sin asignación de parcelas, roles ni papeles. Hasta, diría, sin

3) **Poesía yugoslava contemporánea**, en selección, traducción y prólogo de Juan Octavio Prenz, ed. Literat. Americana Reunida, LAR, Bs.Aires, 1988. El encuentro aludido fue en la diagonal 74 entre 42 y 43, el 10 de octubre de 1988, a la mañana...

disciplina ni rigor metodológico y académico. Así, como lo habrían querido Delucchi y Camacho.

Y estas palabras apuradas sin apuro, en el sosiego del encuentro leve, ya no para el análisis de la obra poética ni el examen de estilos y temas, sólo llegan con el propósito de darnos un apretón de manos con los amigos, abrazarnos con los hermanos y conjugarnos en una emoción con los familiares.

Esos aromos, las raíces, en suma, la “tierra mía que me estás habitando y de la que vengo de ti”, dice Mario. Grillos, noches, estrellas, **luz**, aires encendidos, tu piel antigua, los secretos ríos o la corola invisible de tus granos. Y Mario sigue...

Si viene esa tierra mía, también su canto nace de ella... Pero, agrega otro vocablo que le da uno de los sellos característicos a su poesía: ¡alude al camino! Nace su canto en la tierra como un camino. Camino, derrotero, rumbo, norte, destino. Allí encuentra -y en sus pasos- el signo de la piedra, el agua y esa otra criatura siempre presente en él: el árbol, hacia donde va su mirada y cuanto viene de él: simiente, semilla, follaje, hoja.

Esa tierra mía... A la que abraza como un cuerpo sin nudos ni riberas. Pero, ser árbol y camino, piedra y río, ser sangre vegetal, habitar el verde de los bosques hasta perderse en el fondo de las tardes.

Pero, de esa tierra mía, hacia la que va Mario constante e incansablemente... volver de ella, vestido para siempre de amaneceres nuevos... y mi grano de tiempo conquistado..., Así él lo dice.

Esa misma tierra con una superficie de océano inmóvil, tendido sobre la misma, para llegar hasta donde el algarrobo arroja sus anclas de sed, penetrar en su insondable misterio, hasta sus cielos oscuros

*donde los muertos
como lentas nubes se disipan
para incorporarse al inundo de tus granos.*

También les traigo ahora del **correntino** -como se le designa en la calle y en el homenaje- su inigualable **poema 7**⁴.

Así es en su poemario que entrega a sus amigos, a su Corrientes y a su ciudad de sus hijas, y así es, el amigo, cuando persiste “como un árbol de sangre”, el hombre que le ha brotado a su tierra, aunque los siglos maduraron el olvido que minó sus raíces. Y hoy tan solo le resta

*una vaga tristeza que le tiembla en el canto
y un dolor infinito que le anuda la vida.*

Asimismo, se anuncia Mario como una sílaba de tierra,

*o un número escapado de la cifra
una voz que se afana en ser un canto,
un corazón abierto como un labio,
o como si otro corazón
habitara en el nido de mí carne.*

Camacho determina esa eternidad del hombre, ese drama y esa su tierra, a la que se halla atado sin nombre y sin medida,

*porque vas atando las horas de mis días
con tu médula de tiempo desatado,
porque siempre me engendras
con tu fuerza de vida incontenible*

*y porque he visto morir entre tus piedras
como una flor de ceniza
la esperanza del hombre*

4) El Poema 7 de Mario, dice: He bebido en la copa de tus vientos/toda la primavera de tus campos,/tus veranos con sus dedos de fiebre/construyeron la rosa de mi sangre./Tus otoños dejaron en mis horas/ un sabor de hojas húmedas de tierra,/con la arista de todos tus inviernos/modelé los silencios de mi canto./ Como una fruta devoré tus años/con la boca insaciable de mi vida. Oh el amor, siempre el amor. Este y otros poemas de Mario, me recuerdan otros que tratan del tema, como el **Poema 27** de **Cuaderno del viejo** (1960) de Giuseppe Ungaretti: El amor ya no es aquella tempestad/ que en el nocturno fulgor/aún hasta ayer me ceñía/entre el insomnio y los deseos./Atisba desde un faro/ hacia el cual va tranquilo/el viejo capitán.



III

CARNELUTTI

Después de él... ¡los pocos grandes!

al Dr. Alfredo J. Gascón Cotti

Este trabajo, hoy reelaborado en una mínima parte -por razones del tiempo transcurrido-, fue escrito poco tiempo después de la muerte del maestro y se titulaba entonces HA MUERTO FRANCESCO CARNELUTTI. Había sido solicitado por las autoridades pertinentes para su publicación en los *Anales* de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (Universidad Nacional de La Plata) del año 1965 (aunque como siempre, *currente calamo*).

Como queda dicho, si bien no se pudo, o no se quiso, o no se supo, publicar en dichos *Anales* -a donde correspondía estar-, determiné incluirlo como capítulo V de mi libro *Decálogo del policía* (Dei Genitrix, La Plata, 1989).

1

Cuando llegó al Plata -la patria de Alsina, Clariá Olmedo, Couture, Ibáñez Frocham, Jofré, Lascano, Mercader, Podetti, Reimundín, Sentís Melendo, Vélez Mariconde y tantos otros- la infausta noticia de haber cesado la gloriosa ancianidad de Carnelutti, con su muerte acaecida el 8 de marzo de 1965, en Italia, a los 85 años de edad, cobróse conciencia que no sólo el derecho procesal -v la mentada escuela del Plata-, sino todo el derecho, y de todo el mundo, estaba de duelo.

El Plata, que acogió gustosamente a la escuela italiana de derecho procesal, con Jofré -que la introdujo- y con **Couture** -que la adoptó- estuvo ciertamente de duelo. El primero no fue un mero importador, en nuestra latitud, de la moderna ciencia o de los materiales europeos, sino su introductor, y a su tiempo, fue el fundador del Derecho Procesal Argentino¹. Y el segundo confiesa que, si bien recibió las expresiones de la cultura francesa desde los primeros instantes de su formación, a la que le debió fidelidad por todos los días de su vida, por ley de la sangre y del espíritu, reconoció adeudarle a la portentosa escuela italiana de derecho procesal un nuevo rumbo en su afán de modesto obrero del derecho².

2

Pero, no sólo los que tienen o sienten inquietudes por las cosas del proceso conocen a Carnelutti.

A este **brillante audaz**³ le corresponden los interrogantes que él mismo, a su hora, dijera cuando habló en memoria del inolvidable Vittorio Scialoja: «¿Cómo hablar? Un hombre es un mundo. ¿Qué de Vittorio Scialoja?»⁴

-
- 1) SENTIS MELENDO Santiago: *Teoría y Práctica del Proceso (ensayos de derecho procesal)*, EJEJA, Buenos Aires, 1959, I, 215 se.
 - 2) COUTURE Eduardo J.: Prólogo a la *Introducción al Estudio Sistemático de las Providencias Cautelares de Piero Calamandrei*, trad. S. Sentís Melendo, EBA, Buenos Aires, 1945, 22.
 - 3) COUTURE E. J.: *Fundamentos del Derecho Procesal Civil*, cit. por S. Sentís Melendo, en *Teoría y Práctica...*, cit. I, 19, 486.
 - 4) CARNELUTTI Francesco: *Estudios de Derecho Procesal*, trad. S. Sentís Melendo, EJEJA, Buenos Aires, 1952, I, 13.

3

Vendría a cuento, para definir a Carnelutti, más allá de las preocupaciones por la técnica sólo del proceso, traer el apólogo que recuerda Mercader⁵ sobre las respuestas de los tres picapedreros de la cantería a la pregunta ¿qué haces?, del viajero inquisidor. El construir la catedral haya sido la contestación de Carnelutti a la requisitoria, pues durante toda su vida excepcional de abogado, profesor, maestro, humanista, esteta, o cuando fundaba la famosa **Rivista di Diritto Processuale**, o cuando escribía sus **Lecciones sobre el Proceso Penal** o sus **Lezioni** o su **Teoria Generale** o sus **Istituzioni** (sobre todo su **Sistema**), no hizo otra cosa que edificar incansablemente, desde sólidos cimientos, las más portentosas obras del derecho (además, lo hizo con imaginación y con belleza).

La increíble maquinaria de conceptos, pocos conocidos y muchos, inventados por él mismo, montada en dicha última obra, suministra la más acabada prueba de que es extracción de la pura inteligencia y de la gran potencia imaginativa del autor⁶. Es allí, quizá, donde mejor se haya sentido Carnelutti haciendo «ciencia», si por ésta se entiende la «masa de conceptos, lo que quiere decir una masa de instrumentos, con los cuales tratamos la realidad como el cirujano trata con sus bisturíes al cuerpo humano», con la diferencia de que el «filo de nuestros bisturíes es la abstracción»⁷.

4

La notoria densidad científica y creadora de la obra de Carnelutti se advierte no sólo por la calidad discriminatoria y analítica de alto vuelo, o la crítica, y también la polémica, constructivas y sagaces ambas, sino, además, en los que podrían llamarse **episodios de síntesis**, sus innúmeras monografías en la **Rivista di Diritto Commerciale** o en la de **Diritto Processuale**, ya

5) MERCADER Amfcar: *Estudios de Derecho Procesal*. Edit. Platense, La Plata, 1964, 29 y 119.

6) COUTURE E. J.: Pról. cit. supra nota 2, 17.

7) CARNELUTTI F.: Pról. al *Derecho Procesal Penal*, de Miguel Fenech, 2da. ed., Labor S.A., Barcelona, 1952, I, 44.

recordada, o en sus **Estudios**⁸, o en **El problema de la Pena**⁹, o en sus seis meditaciones -escritas en español- del **Arte del derecho**¹⁰.

No estamos dispuestos a desconocer de ninguna manera la importancia consagratoria de las **Lezioni...** o las **Istituzioni...** o las del **Sistema...**, pero no se nos oculta que, muchos de los trabajos menores (?) de Carnelutti, tienen la impronta de la síntesis, del **compendio** -manual, **corso-**, donde es de advertir la admirable muestra de presupuestos generales de todos los institutos jurídicos, el conocimiento profundo del que cala hondo y vuela alto en tan poco espacio. Y la cabal concepción de todo el hombre...

Allí es donde se comprende que el **derecho** no sólo es ciencia -también es arte-, que la **pena**, que emana del amor -y no del odio, de la revancha o de la venganza-, es, más que un mero castigo; es una redención. O que el destinatario de la norma no es el ser sólo de carne y hueso, sino, además, de espíritu, de alma.

5

Es que ¿de cuál -o qué- Carnelutti se puede hablar, si no del abogado, académico, maestro, profesor, artista, filósofo y en suma hombre? Es el investigador, el estudioso. Es el técnico. Es el esteta y el humanista. El diseñador. El escultor. Ni **Friedrich Wilhelm Nietzsche** ni **Eubólides**, ni **Beethoven** ni **Bruckner**. Sino todos ellos, en lo mejor que todos ellos tuvieron.

¿Es posible exhibir los matices y calidades de Carnelutti y de su obra pergeñada a la luz de sus más encarecidas inquietudes por las cosas del proceso, de la libertad, del derecho, del Estado y de la justicia, sobre todo de la justicia y del hombre, cuando todo el hombre «es un mundo», como él mismo lo habría dicho de Scialoja y cuando la justicia no existe sin el hombre y éste sin aquélla?

En Carnelutti se ha dado el caso, sin duda, de que, entre el **Evangelio**, que sostiene en una mano, y la **pluma**, que está en la otra, existe una inteligencia superior para las grandes concepciones y un corazón sensible y puesto para la caridad y el bien y buen querer.

8) Cit. supra nota 4.

9) CARNELUTTI F.: *El Problema de la Pena*, trad. S. Sentís Melendo, EJEA, Buenos Aires, 1947.

10) CARNELUTTI F.: *Arte del Derecho*, EJEA, Buenos Aires, 1948.

6

La «inmensa palabra» libertad no es tanto «el poder sobre los demás, sino sobre sí mismo; no **dominium alterius** sino **dominium sui**». De allí es que Carnelutti añade al **ubi societas ibi ius** el **ubi liberus ibi non ius**¹¹, lo que se puede completar con esto: «la libertad no es la abstracta posibilidad de escoger entre el bien y el mal, sino la concreta potencia de escoger el bien»¹², conectándose, asimismo, de algún modo, con el sentido que corresponde atribuirle a la diferencia que existe entre el **homo homini lupus** y el otro (**homo homini agnus**)¹³.

7

El objeto del proceso es la justa composición de la litis, entendiéndose por ésta el conflicto de intereses regulado por el derecho¹⁴, conflicto que nace por la pretensión insatisfecha y la resistencia a satisfacerla: de allí es que la **finalidad** típicamente **represiva** del proceso se advierte en la medida en que su verdadera **razón de ser** es nada más que hacer cesar la contienda¹⁵, o dicho de otro modo, «el proceso se hace para curar la litis»¹⁶.

8

No es nuestro propósito detenernos en la metodología carneluttiana expuesta en sus obras, pero no está demás recordar que, con respecto al proceso, por ejemplo, inicia su tratamiento con el estudio de la función o el fin, para continuar con la estructura y arribar a la dinámica, sin descuidar por ello la estática y los efectos. De igual modo, evitaremos arrimar los ejemplos del inigualable -e insuperable- «estilo» del maestro, de los «parangones» con

11) CARNELUTTI F: *Arte...*, cit., 22.

12) CARNELUTTI F: *El Problema...*, cit., 34.

13) CARNELUTTI F: *Arte...*, cit., 22.

14) CARNELUTTI F: *Lezioni...*, I, 44, y II, 82.

15) *Ibid.*

16) CARNELUTTI F: *Instituciones del Proceso Civil*, trad. de la 5ª ed. italiana por S.S entís Melendo, EJEA, Buenos Aires, 1959, I, 27

que se valió para mejor explicarse en su alta docencia o de «su estilo lleno de imágenes, que consigue dar apariencia corpórea a los más sutiles conceptos»¹⁷.

Menos aún haremos la enumeración de sus cuantiosas obras ni confeccionaremos sus curricula, aunque debemos decir que, en su larga y fructífera vida¹⁸, todo está impregnado de abogacías, enseñanzas, escrituras, como que fue profesor de **derecho industrial** en la **Universidad Bocconi de Milano**¹⁹, y de **derecho comercial** en la de **Catania**²⁰. Luego enseñó **derecho procesal civil** en la de **Padua** y en la de **Milano**, así como **procesal penal** en la de **Roma**. En 1928 se lo designa miembro del Consejo Superior de Instrucción Cívica.

9

Fue tan sentida esta muerte como, en su hora, lo fueron y siguen siendo las de Chioventa y de Calamandrei, para no mencionar sino a procesalistas italianos.

Pero, se hace preciso saber qué es lo que se va de la tan mentada **escuela procesal italiana**, aquella que bien puede considerarse **inaugurada** en 1903 con la **prolusión** que Chioventa lee en Bolonia²¹.

Es cierto, sí, que Carnelutti no se corresponde con la ortodoxia chioventiana; mas, al igual que Calamandrei, y tantos otros en la península latina, no sólo perteneció sino que fue un hombre de **escuela**, de la **escuela italiana del derecho procesal**.

¿Y qué es de la tal **escuela** con los tales «maestros»?

Nos explicaremos mejor si recordamos aquí, como lo hemos hecho tantas veces -por la calidad expositiva que las instituyen como páginas magistrales-, que «una escuela no es sólo el maestro sino también los discípulos; no basta con el fundador sino que hacen falta los continuadores»²², es decir, que «de escuela puede hablarse, solamente, cuando en torno a una universidad o a un instituto, se forma un conjunto tal de estudiosos que dan a su labor el mismo

17) CARNELUTTI 1F: *Estudios...*, cit., II, 31.

18) CARNELUTTI: nació en *Udine* el 15 de mayo de 1879 y falleció en *Milano* el 8 de marzo de 1965.

19) Durante los años 1909 a 1912.

20) En los años 1912 a 1915.

21) CALAMANDREI Piero: *Estudios sobre el Proceso Civil*, trad. S. Sentís Melendo, EBA, Buenos aires, 1945, 289.

22) SENTIS MELENDO S.: *Teoría...*, cit. I, 18.

sentido de cooperación que en otros órdenes de la vida asegura el triunfo de los mejor organizados», necesitándose ante todo **maestros** -y muchos- y no sólo docentes o profesores que parecen serlo; además, una **tradición**, así como **jóvenes** que posean conciencia de su misión (no meramente **ciertos** alumnos, sino **discípulos**), y por último, **principios**. Entonces, sólo existe escuela cuando «se ha logrado reducir a principios los datos de la experiencia, cuando (se) ha logrado darles unidad y pureza, cuando un vocablo representa un concepto fácilmente admitido, cuando una regla se ha desenvuelto hasta sus últimas consecuencias, cuando se manejan los materiales históricos con absoluta seguridad²³.

Sentado esto, se advierte que al hablar de escuela se infiere algo trascendente en el tiempo y el espacio. La **escuela** se abre, se explaya, se expande. La escuela tiene inevitable vocación de continuidad. Siempre a condición de que no se interrumpa la cadena de maestros y discípulos y que no se pierdan los otros ingredientes objetivos y científicos que justifican su propia existencia.

Y es que se fue Carnelutti, como a su hora se fueron su fundador y sus continuadores (Chiovenda, Calamandrei...), y no obstante, la escuela prosigue su marcha con cuantos, otrora discípulos, luego recogieron la antorcha de sus mayores para continuar el camino: Allorio, Andrioli, Angelotti, Betti, Cappelletti, Capograssi, Carnacini, Costa, Cristofolini, Furno, Lassalli, Lessona, Liebman, Micheli, Petracci, Redenti, Hugo Rocco, Satta, Zanzucchi y tantos otros.

10

El libro, la cátedra, la escuela, nunca estuvieron de tan grande y sentido duelo como cuando se nos va uno inmenso como es el caso de Carnelutti. Y se nos fue, tal vez, cuando más se lo necesitaba... Queda su obra, que continuó y continúa en el libro, en los claustros de Milano, Catania, Padua o Roma y en tantos otros lugares que visitó y en los que expuso su pensamiento, como lo hizo en nuestro país y en nuestra ciudad. Queda su **Rivista**, que sigue, como continúa la **escuela** que él enalteció con sus consagratorios aportes y que contribuyó en su camino con el talento o la genialidad de uno de los mejor dotados para tomar partido en la ciencia jurídica, en la escabrosa senda del derecho.

23) SENTIS MELENDO S.: A la muerte de Piero Calamandrei en LL, setiembre, 1956, Cfr. COLTUTTU-RE pról. cit.nota 2, págs. 10 y 11.



IV

CAVOUR

Político de raza... ¿Y acaso evolucionada versión del Machiavelli?

al Dr. Daniel Alfredo Ceccherelli

Extracto de la conferencia pronunciada el 4 de octubre de 1992, titulada **El Conde Cavour y la unidad italiana**, en el salón de actos de la Escuela N° 82 de Berisso, acto cultural organizado por la **Colectividad Italiana** y el Centro **Laziale**, ambos berissenses.

Entre la abundante bibliografía consultada para esta disertación, destaco las obras de Bertolini, **Memorie storicocritiche del risorgimento italiano**; Disandro, **Sentido político de los romanos**; Irazusta, **Estudios históricopolíticos y La política, cenicienta del espíritu**; Mariotti, **La sapienza política del conte Cavour e di Bismarck**; Palacio, **Historia de la Argentina y Teoría del estado**; Rivarol, **Escritos políticos**, y Zuccherino, **La teoría de la nacionalidad y la unidad italiana**, entre otros destacados publicistas (Saldías, José María Rosa, Maquiavelo, Genta, Burke, Montesquieu, Rousseau, de Maistre, v. gr.).

Por lo demás, y aludido en el título, Niccoló di Bernardo Machiavelli -más conocido como Nicolás Maquiavelo- nació en Firenze el 3 de marzo de 1469 descendiente de una antigua familia, priores del pueblo y funcionarios del estado, ya conocidos en el **s. XIII**. Parece ser que su apellido deriva de **mali clavelli** (malos clavos), a tenor de algunos clavos existentes en sus emblemas heráldicos. Alrededor de los treinta años accede a la vida pública como segundo canciller (titular de un ministerio menor -el de guerra e interior- subordinado del consejo de los Diez de Balía, empleo único que desempeña durante tres lustros, pues en 1512 cae la República Florentina, regresando los Médicis, que habían sido expulsados veinte años antes). Se produce su extrañamiento en Casciano en donde elabora su obra literaria y, entre otros no menos importantes, escribe **Il Principe**, ensalzado y criticado, y en uno de cuyos capítulos (el-XIX), sostiene el célebre apotegma **el fin justifica los medios** de esta manera: « dedíquese, pues, el Príncipe a superar siempre las dificultades y a conservar siempre al Estado. Si sale con acierto, se tendrán siempre por honrosos sus medios, alabándole en todas partes». Murió el 20 de junio de 1527. Sus restos se hallan en Santa Croce, Firenze, junto a los optimates de la cultura itálica.

1

No se podrá decir hoy todo lo que se quisiera y cuanto se debiera decir de **Camilo Benso** (conde de Cavour), nacido y muerto en Torino (respectivamente, el 10 de agosto de 1810 y el 6 de junio de 1861), eminente político a seguir, de las mejores tradiciones del sentido político de los romanos, esclarecida inteligencia puesta al servicio de las causas nacionales, y sobre todo, para el logro de la unidad de Italia (primordial objetivo, a su turno, que sólo suele detectar el verdadero político y que sólo éste es capaz de escoger en el momento los mejores -o únicos- medios en las ocasiones propicias). Político dotado de los mejores en el linaje de los grandes de la política.

Efectivamente, no podré decir todo, pues es hartamente difícil en una audiencia detallar la admirable estrategia política desplegada por este talentoso y admirable hombre de estado y de la diplomacia.

Además, este político se las debió ver con todos los hechos y la compleja realidad de su tiempo, tan complicada y difícil que cualquier otro hombre hubiera zozobrado, y por ende, perjudicado a la tan noble causa de la restauración. Ha sido comparado, hasta cierto punto, explicable y justificablemente, con el gran Alejandro.

Pero, yo entiendo modestamente que Cavour es incomparable. Para el parangón o paralelo, habría sido necesario ponerlo a Cavour en los tiempos de Alejandro, y sobre todo, a éste, en los de Cavour.

Con estas premisas, me inclino con elemental convicción por la superioridad de Cavour, como político, y por la de Alejandro, como militar o conquistador.

Aunque si se prefiriera el parangón, entonces me atrevería a sostener que no es necesario salir de Italia, para lo cual regreso a los viejos tiempos de Roma (ya de la monarquía, ya de la república o ya del imperio), es decir, a los de las grandes épocas de los ínclitos (u optimates) que edificaron la constitución política romana: César, Augusto, Trajano, Tácito, Diocleciano, Constantino y Justiniano, entre muchos otros, o sea, todo cuanto dio comienzo --según la tradición-- el 21 de abril del año de 753 AC con el advenimiento del primer rey romano (Rómulo), hasta entonces. O hasta hoy.

¿Por qué no recordar a Cicerón o a Catilina, aunque sin sentar ahora una opinión predilecta sobre uno u otro (que podrá escogerse a través de literatura aconsejable, como el Catilina, de Ernesto Palacio)? ¿Acaso ellos no integran esa incompleta lista de los grandes enunciados, en los que no pueden ni deben estar ausentes eximios hombres como Cayo Mario, Sila, Craso, Pompeyo, Antonio y Augusto, entre otros?

Si será difícil que me ocupe hoy de toda la actividad política de Cavour, pues ello supone, además de analizar el largo período que precedió a la unidad italiana y que pasa por ciertas dominaciones (hispana, austríaca y francesa), ¿qué o cuánto no será de arduo y extenso ocuparse de la biografía de Cavour, y sobre todo, de la difícil época en que le cupo intervenir para salvar a la patria?

Tampoco será necesario incitar comparaciones o paralelismos con los inmediatos anteriores y posteriores a Camilo Benso, porque me vería así obligado a efectuar precisiones y exponer algunas ideas, sobre todo, ideas, porque rehúyo expresamente las ideologías para acordar que ciertas similitudes con los grandes estadistas romanos e italianos comienzan con sus talentos -no tanto por sus triunfos-, por sus aciertos y éxitos -más que por sus sufragios, elecciones y comicios-, y además, por ser artífices de las grandes empresas de los engrandecimientos nacionales.

Y sí sólo me atreveré a citar -junto a este gran talento de la política y de la diplomacia que fue Cavour- a los tres personajes sobresalientes de la época (aunque la lista aún podría y merecería ampliarse por la cantidad y calidad de los hombres del pasado siglo que trabajaron por la grandeza de la unidad italiana):

- 1 El brazo y el estimulante empuje de un hombre de acción y de las milicias, como lo fuera el general Giuseppe Garibaldi, nacido en Niza el 4 de julio de 1807 y muerto el 2 de junio de 1882.
2. El corazón y el fervor político del sempiterno revolucionario que siempre tuvo a Giuseppe Mazzini, como arquetipo, que nació en Génova el 28 de junio de 1808 y murió en Pisa el 11 de marzo de 1872.
3. Y por último, el pensamiento jurídico, fundador de la famosa teoría de la nacionalidad, que se le debe a Pasquale Stanislao Mancini, nacido en Castelbaronia el 17 de marzo de 1817 y muerto en Napoli el 26 de diciembre de 1888.

Es dable afirmar que, el conde Cavour, sin la presencia de estos hombres y otros notables de la época, quizá no hubiera obtenido los logros que hicieron realidad la ansiada unidad de la península. Aunque es más justo decir, sin exageraciones ni displicencias para con la figura de prócer alguno de la madre latina, que es Italia, que todos ellos -los tres más todos los otros- sin Cavour no habrían logrado nunca tales objetivos.

2

Ya se ve que, avizorada así la atmósfera política, no resulta extraño que autores de otras latitudes reconozcan que, en muy buenos reinos, países, comarcas o naciones, se pueda disponer de una literatura política indispensable y apropiada e idónea para ofrecer a los ciudadanos la receta de un éxito permanente o el secreto de la vuelta a una política salvadora (Irazusta)-, esas nociones necesarias para que cualquier hombre -incluyendo al más mediocre de los dirigentes- sepa orientarse con discreto entendimiento y acierto en el laberinto de la contingencia y de lo práctico.

Así, en Italia, en un doble aspecto. Porque dispone de la mejor literatura política (además de todos los clásicos latinos y los de cuantos le siguieron -Vespasiano, Tito, Tito Livio y otros tantos grandes, como Boecio, Cátalo, sin olvidar el estupendo libro «De la monarquía» del Dante-, de los posteriores -como Mazzini, Gioberti y Cavour-, para dejar en la imaginación e inquietud de ustedes a los de esta centuria, hombres que, con aciertos mayores o sin algunos de ellos, exitosos o no tanto, confirmaron proseguir el camino de la mejor trayectoria política peninsular), y en segundo lugar, porque nadie que no hubiere seguido de cerca la grandeza legislativa de la antigua Roma pudo rivalizar con esa inigualable tradición político jurídica (recuérdese que quizá sólo España tuvo tal privilegio por sus monumentales compilaciones, códigos, ordenamientos y ordenanzas, todos elaborados a imagen y semejanza de su madre latina, y además adaptados tanto al nuevo cuanto al viejo continente).

3

Después de la grandeza y de la decadencia de Roma -título de una famosa obra histórica de Guglielmo Ferrero-, vinieron para Italia días de divisiones y reinos, tiempos de fracturabilidades que debilitaron la unión de los estados e hirieron gravemente la unidad de los territorios itálicos.

En aquellos siglos, en que parecía que Italia se encontraba más cerca de los Santos Libros, sin embargo no veía o parecía no ver lo que tenía frente a sus ojos. Así es que debo pensar cuán lejos se estaba, entonces, por egoísmos terrenales, soberbias y ansias desmedidas de poder, de conocer o entender las advertencias de los evangelistas, enseñanzas elementales no sólo para la política: **omne regnum in se ipsum diviso desolabitur, et domus supra domum caed** (Lc. 11, 17; Mc. 3, 24), es decir, todo reino dividido en bandos,

quedará destruido, y caerán casas sobre casas.

Esta verdad fue muy tenida en cuenta en la práctica política por los artífices de la unidad italiana, especialmente por Cavour. Nadie puede desconocer, sin embargo, que la propia Italia fue la que comprendió, ya desde los albores de la edad moderna, que los **corsi e ricorsi** dirían que el imperio romano cumplió su esplendoroso ciclo (computados los errores, decadencia, debilidades y demás excepcionales desgracias que fueron necesarios para verificar las grandezas nunca superadas por reino alguno), que la idea de un **risorgimento imperiale della Roma antica** era desatinada, pero que desde dichos albores existía el propósito unificador que pudo llegar antes... ¡Quizá si Cavour hubiera nacido antes! :

A - Italia padeció, en primer lugar, la dominación española con motivo del triunfo de Carlos I (España) en la batalla de Pavía derrotando a Francisco I (Francia). En estas primeras décadas del s. XVI prosiguieron los enfrentamientos que llevaron a España a reinar sobre Italia durante una sesquicenturia, con excepción del reino piamontés, donde la acción de un hábil político de entonces (el duque Vittorio Amadeo II, de la casa de Saboya), logró desbaratar los intentos de Luis XIV. Otra excepción fue Venecia.

B - A su vez, Italia debió soportar la dominación austríaca, como consecuencia (efecto) del Tratado de Utrecht (1713), perdiendo España el dominio itálico, que pasó a manos de Austria, la que consolidó en la península latina una hegemonía difícil de erradicar.

Algunos autores afirman que la aparición de la Enciclopedia y de los pensadores políticos del s. XVIII, estimularon los propósitos unificadores de los itálicos, acaeciendo además un extraño fenómeno de proliferación de sociedades secretas con evidentes designios revolucionarios, en diversas zonas italianas (con posterioridad a la revolución francesa). Como las diferentes monarquías europeas no estaban contentas con lo acontecido a partir del 14 de julio de 1789 en Francia, se aprestaron rápidamente para actuar contra el país galo, razón por la cual **le Directoire** decidió también actuar contra Austria (en la península itálica), siendo protagonista por entonces de hechos militares y políticos el joven Napoleón Bonaparte, sometiendo Piemonte y ocupando Milano al vencer a los austríacos en Lodi. Luego Lombardía, y ulteriormente, la toma de Venecia (previos triunfos en Areola y en Rivoli).

C - Y así como se vio decapitado el poder austríaco en Italia, así también se tiene no sólo el primer paso que da el predominio francés, sino además su consolidación con la victoria de Marengo (1800), con la que obtiene Napoleón las coronas de Emperador de Francia y de Rey de Italia.

Los **napoleones** conviene ponerlos de relieve del modo o detalle siguiente:

Napoleón I Bonaparte (1769-1821) .

Napoleón II Francisco Carlos José Bonaparte (1811-1832) hijo de Napoleón I y de María Luisa de Austria.

Napoleón III Carlos Luis Napoleón Bonaparte (1808-1873) hijo Jr Luis Bonaparte (hermano de Napoleón II y de Hortensia de Beauharmais, hija de Josefina Tascher de la Pagerie, nacida en Martinica en 1768 y muerta en la Malmaison en 1814, quien casó en 1779 con el vizconde de Beauharmais -muerto éste en el cadalso en 1794- y luego con Bonaparte I en 1796, siendo emperatriz en 1804, y divorciándose el Corso de ella en 1809).

Aunque no pocos creyeron por entonces contar con el apoyo de Napoleón para sus causas, otros patriotas -de esclarecidas mentes- pensaron lo contrario. Si por este tiempo hubiera vivido Cavour, sin duda, estaría encolumnado entre estos últimos.

4

Todavía más. Producida la llamada Restauración Absolutista -como final del Corso en Waterloo y activamente propiciada por medio de la Santa Alianza-, decrecieron sensiblemente las posibilidades y pretensiones de los agitadores revolucionarios de la península.

Aunque los sucesos revolucionarios vieneses (1848), dieron oportunidad del Risorgimento, dióse en Italia un clima como el ave Fénix a la efectivización de su grandeza nacional. La libertad, entonces, junto a otros temas (como los políticos, sociales, religiosos, económicos y culturales), abonaba ese clima y se respiraba una permanente proclama de patriotismo enaltecedor, de agitaciones no totalmente cristalizadas y de revolución o insurrección.

Pero, cupo al Piemonte erigirse en el punto central (el bastión), donde su rey Carlos Alberto de Saboya tuvo la comandancia en los levantamientos (1848 y 1849) contra Austria. Y aunque luego fuera vencido en la batalla de Novara y obligado a abdicar en favor de su hijo (Vittorio Manuele), es lo cierto que el rey dejó la constitución (1848), y junto a ella, un sólido y unánime movimiento, fervor y opiniones libertarias (aprovechadas luego por su hijo en favor de la unidad).

5

Cavour perteneció a una de las más antiguas familias de la nobleza piamontesa a la que se le había conferido el marquesado en 1649. Luego

de una efímera carrera militar, iniciada a los 16 años como teniente de ingenieros, que abandonó a los 21 (1831), le vinieron años de viajes a Francia, Inglaterra y Bélgica, entre otras naciones, y de estudios de problemas políticos y económicos, descollando como eficiente administrador desempeñando la alcaldía de Grinzana (1836) En 1841 fundó la Asociación Agraria, sobresaliendo como publicista eminente y pensador profundo. En 1847 fundó con otros personajes el famoso diario **Il Risorgimento**, en el que, con motivo de propiciar la guerra contra Austria, dijo paradójicamente una verdad política muy pocas veces tenida en cuenta: «nosotros estamos en circunstancias en que la audacia es la verdadera prudencia».

Descolló en el Parlamento por su oratoria sencilla y persuasiva, por su estilo preciso y concluyente y por su hábil y brillante dialéctica, defendiendo siempre lo mejor de lo posible y lo hacedero, con miras a la unidad peninsular.

En 1850, luego de otras funciones no menos importantes, en el ministerio d'Azeglio desempeñó la cartera de Comercio y Marina, y más tarde, la de Hacienda,

Para restablecer el equilibrio financiero hizo más gastos -erogaciones e inversiones-, fomentando la construcción de ferrocarriles y carreteras, el desarrollo de la marina, la erección del puerto militar de La Spezia y muchas otras obras.

Cavour fue siempre liberal. Pero, no siempre se comportó como tal ni hubo de proveer movimientos o acciones en la política consecuente con sus ideas. Cuando convenía, pasó a cierta postura de **centroizquierda**, sobre todo después del golpe de estado de Napoleón III en Francia, oportunidad en que redujo convenientes y sensibles distancias con Ratazzi (aunque esto no fuera del agrado de d'Azeglio).

No obstante renunciar al ministerio, pronto regresa llamado por el rey, circunstancias en que asume, además de la presidencia, las carteras de Hacienda, Comercio y Agricultura, así como, y temporalmente, las de Exterior e Interior. Retornó a una política liberal apoyado por la cámara y ajustándose a la constitución (1848) . Y por ciertas intervenciones político-económicas, que no habré de examinar ahora, se enemistó con el clero.

6

Con motivo de participar el Piamonte en la guerra, en 1854 puso en práctica un extraño plan, típico por lo demás de su talento político, auxiliando

a Francia e Inglaterra para lograr, luego, que dichas potencias auxiliaren a Italia en su emancipación.

La segunda pronto se avino a ello pidiendo a Torino facilitase algunos refuerzos. Pero, el Conde los negó aduciendo que, en caso de pelear, lo haría como aliado y con el apoyo de Francia. todo lo cual fue aceptado en el Tratado del 26 de enero, provocando la renuncia del ministro de negocios Extranjeros, general Dabormida, por creer que con ello se menoscababa al propio presidente.

Cavour convenció al parlamento con su habitual y célebre elocuencia: «nunca ha sido mi propósito una aventura belicosa. ni mucho menos; sólo me propongo como fin el de servir a la causa italiana de la única manera en que me es dado hacerlo en las condiciones actuales de Europa».

Aprobado el Tratado, Piamonte envía quince mil hombres comandados por el general La Marmora,

Terminada la guerra, Cavour lleva la cuestión italiana al congreso de París de 1856, en el que, aún con la oposición austríaca, se discutió el asunto en el que el Conde expuso los perjuicios que deparaba Austria a los estados Italianos. Su intervención hábil, sagaz, atrevida y perfectamente calculada y concebida, hizolo poseedor de una política beneficiosa que, aislando a Austria, atrajo a Francia,

Luego de algunas dificultades que sobrevinieron con ocasión del atentado a Orsini (14 enero 1858), Cavour se reunió con Napoleón III en Plombières (julio 1858), concertándose la alianza franeosarda que dio como resultado, para Italia, la adquisición por el Piamonte de toda la Alta Italia a cambio de la cesión de Niza y Saboia (reforzada dicha alianza con el matrimonio de la princesa Clotilde -hija del rey- con el príncipe Napoleón -primo del emperador francés).

Al poco tiempo, no obstante, Austria invade el Piamonte, guerra a la que puso fin el emperador poco tiempo después, firmándose los preliminares de la paz de Villafranca (11 julio 1859) por la que Piamonte adquirió sólo la Lombardía (lo que irritó notoriamente a Cavour, hasta violentarse con el propio rey).

Luego de su renuncia y posterior designación de Ratazzi en lugar de Cavour, reaparecieron las esperanzas como consecuencia de una conferencia celebrada entre Cavour y Napoleón (15 julio 1859).

A partir de allí trabaja incansablemente para obtener la pacífica anexión de los estados del Centro y Sur de Italia, estados que expulsaron a sus

dinastías locales votando la unión con el Piamonte. Siempre el Conde puso de manifiesto poseer una seguridad de todo cuanto veía o tenía frente suyo, así como de cuanto dijo y cuanto hizo. Rara vez, en política, es dable encontrar un hombre dotado de tales condiciones de seguridad y aplomo. Tal vez, para no hacer o dar otros nombres, Saavedra en las vísperas de la gesta maya en esta tierra argentina (en afirmación de Irazusta, de la que estoy totalmente de acuerdo), o Pedro I el Grande (Rusia), o en algunos aspectos de la diplomacia, la guerra y la política el brigadier general Juan Manuel de Rosas, o en ciertos momentos críticos financiero-políticos un Carlos Pellegrini...

Cuando Cavour es convocado al poder (principios de 1860), puso voluntaria ignorancia al tratado de paz de Zurich, aceptando la anexión de Parma, Módena, Toscana y la Romagna al reino de Cerdeña, y para Francia, cedió la Niza (con gran disgusto de Garibaldi) y la Saboia (donde se preparó una votación especial).

Después de algunas escaramuzas y «entremeses» político-militares, hizo invadir los estados pontificios por las tropas piamontesas, apoderándose de las Marcas y la Umbría (en la emboscada de Castelfidardo, ocurrida el 18 de setiembre de 1860).

Coronó su magna empresa este excepcional hombre de la política el 14 de marzo de 1861, proclamando a Vittorio Emmanuele como rey de Italia por el primer parlamento Italiano.

Si bien aun faltaba Venecia y Roma, Cavour se encontraba negociando la Roma con el Papa para establecer el reino en la ciudad eterna -luego de haber afirmado el celeberrimo principio de **la chiesa libera nello stato libero**- cuando le sorprende la muerte en Torino el 6 de junio de 1861, muerte que fue considerada una verdadera tragedia nacional.

No puedo ni debo decir más de lo mucho que habría que seguir diciendo de Camilo Benso, conde de Cavour, hombre excepcional de la política, como político de raza y hombre de singular talento para la verdadera y patriótica consolidación de la unidad de su patria. De una extraordinaria ductilidad (flexibilidad) para hacer uso de los medios más inesperados y a veces insólitos, ya el mecanismo revolucionario, ya la aparente paciencia de la diplomacia, ya la rapidez de la acción intrépida y eficaz, ya proclamándose liberal decidido y consecuente o ya la izquierda parlamentaria, para la consecución de los fines de unión y bien nacionales .

Soy gran admirador de los ingleses... -se le oía decir-, pero la política de ellos no me inspira la menor confianza. Cuántos políticos argentinos no

advirtieron lo mismo...

En otra oportunidad dijo sobre la paz, que ésta era deplorable y que lo sentía mucho. Pero, agregaba que hay que aceptarla y sacar todo el partido posible de la mala posición en que le había colocado esa «**astuta comadre** que es **Austria**».

Dice Irazusta que, cuando Cavour viajaba de Venecia a Roma, por el año 1846, llevaba en sus maletas los tres mejores libros del movimiento emancipador de la península itálica, a saber: **Los casos de Romaña** (Massimo d'Azeglio), **El primado civil de los italianos** (abate Gioberti) y **Las esperanzas de Italia** (Cesare Balbo).

No obstante tan provechosa literatura política -estirable en cantidad sin desmedro de la calidad-, y sin salir de Italia, tal vez Cavour repasaba cotidianamente -incluyendo ese viaje mencionado por Irazusta de Venecia a Roma- una obra clásica en política, tan elogiada como censurada, pero permanentemente tenida en cuenta en los estudios políticos encarados con probidad intelectual y científica: **Il principe**.

Quizá la prematura muerte de este gran político, que fue Camilo Benso, o su extraordinaria acción desplegada en bien de su país, que le llevaba todas las horas del día y de los desvelos, fueron una de las razones que habrá tenido o debido tener para no hablar del **maquiavelismo** en política, máxime que Cavour tal vez constituya uno de los mejores ejemplos de interpretación y aplicación del célebre apotegma. el fin justifica los medios.

¿Maquiavelo quiso decir todos los medios? ¿O algunos?

Cavour dio ejemplar respuesta a estos interrogantes, completando a **Il principe**, con toda su acción de gobierno, que lo instituye no como censor ni obsecuente de la obra de Maquiavelo, sino como un mentor actualizado, consecuente y razonable: el fin justifica algunos medios (nunca todos los medios, ni menos los que son malos e innecesarios medios).

V

MENDIOROZ

...Esos poetas platenses

*a Pedro Belisario Groppo-Milanta,
Joaquín Reca-Milanta y Sofía Reca-Milanta*

1

Según algunas fuentes, don **Ricardo Mendióroz** nació en Salta (8 noviembre 1866) y murió en San Miguel de Tucumán (4 enero 1908), en cuya ciudad se dedicó al periodismo dirigiendo **La Mañana**, **El Nacional**, **La Provincia** y **La Gaceta**, además de fundar y dirigir la **Revista de Letras y ciencias sociales**. Este «devoto republicano, que alterna el periodismo con la literatura», casó con «una dama de acendrada fe católica», doña **Urbana Espejo**, de cuya unión, en San Miguel del Tucumán, el 13 de junio de 1895, nació **Alberto**, quien a los 13 años de edad, va «siente el misterio de que están saturadas las cosas, los conceptos, el ser, e inicia a través del tránsito poético, la búsqueda de Dios y de la belleza»¹

1) Según Hugo Enrique Mendióroz, en Ciudad de los poetas, Col. de Escribanos de la Prov. de Buenos Aires, La Plata, 1967, 39.

2

En la última reunión a fines de diciembre de 1973, en mi condición de presidente de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE), filial La Plata, propuse a mis compañeros de la comisión directiva, que el siguiente año de 1974 se denominara «Año del poeta platense Alberto Mendióroz», en atención a que el próximo 13 de febrero de dicho año de 1974 se cumpliría el quincuagésimo aniversario de la muerte del poeta acaecida en la ciudad de Buenos Aires. Aceptada la misma, comenzado el año, y luego de un hermoso acto llevado a cabo en esos primeros días de febrero, en el salón dorado del ex Jockey Club, oportunidad en que hablaron Raquel Sajón de Cuello y María del Carmen Garay, el 13 de febrero se lleva a cabo otro en la arteria platense que lleva el nombre del vate y la SADE descubrió una placa (por intermedio de las nietas del poeta, **María Teresa** y **Romilda Cristina Mendióroz y Soliverez**), circunstancia en que efectué una semblanza del autor de **Horas puras**.

3

Joaquín Víctor González² acertó en pasar por el Tucumán y conoció al adolescente Alberto y lo escuchó en una oportunidad que más tarde describiría él mismo en una publicación³: « al concluir mi afebrado poema, que declamé con mi híbrida voz de 15 años, don Joaquín me dijo nobles palabras de aliento. Mis imprudentes coloquios con el Infinito, con la Verdad, con la Nada, todo en inexpressadas mayúsculas, coadyuvaron de modo decisivo en mi carrera, ya que a ellos debí el empleo que Joaquín V. González me reservó en la Universidad».

Himno humano y **Poemas trascendentales** -diría años más tarde su hijo Hugo Enrique⁴ - «no parecen obras de un niño, por la penetración filosófica que cautivara al fundador de nuestra Universidad y lo moviera a traerlo, como secretario suyo, junto a él».

Y así llegó a esta ciudad de los tilos y de las diagonales quien pronto se graduaría de «orador, de poeta, de abogado y de enamorado», pues se allegó a

2) Nació en Nonogasta, departamento de Chilecito, provincia de La Rioja, el 6 de marzo de 1863, y murió en Buenos Aires, el 21 de diciembre de 1923.

3) Rev. Nosotros, enero de 1924, cit. por S ARAVI CISNEROS Roberto, Primera Antología Poética Platense, Ed. Zamora, BA, 1956, 45.

4) Cfr. MENDIOROZ Hugo Enrique, Ciudad de los poetas cit., 39.

sus aulas, revistas, tribunas y al corazón de una de sus maestras⁵ .

Conoce aquí a Pedro Palacios (Almafuerte) y escribe sobre él el primer ensayo después de muerto el bardo y, por supuesto, uno de los mejores,⁶ así como a Rafael Alberto Arrieta, Alejandro Korn y otros integrantes de la intelectualidad de entonces, hasta que, en sus 24 años de edad, y recién casado con Romilda Poggio, emigra a Salta, donde le aguarda un honroso cargo de juez. En la provincia norteña nace su hijo Hugo Enrique -de quien me ocuparé más adelante- el 23 de octubre de 1920, y se enriquece con la «jerigonza bárbara de las voces legales» y la amistad de Joaquín Castellanos, Juan Carlos Dávalos y Ricardo Güiraldes.

4

Su hijo lo describe acertadamente como un «lirico de acentuado intelectualismo», que «expresó sus dudas filosóficas y su visión romántica con penetración analítica y trazo clásico. Sin conocer su última producción, Julio Noé ya lo había señalado 'entre los poetas que aparecen después de Enrique Banchs, denunciadore de un nuevo estado de la cultura argentina' y Pedro Henríquez Ureña lo situaba en un diagrama sobre poesía de la época. Su desaparición, producida cuando sus manos y sus sienes querían arrebatarle a la vida más belleza y sabiduría, nos deja el interrogante de cuál pudo llegar a ser su valoración definitiva. Pero, su ciudad no tuvo ni tiene preocupaciones académicas. Porque La Plata, identificándolo con su idiosincracia, lo ungió, desde siempre, en uno de sus primeros poetas. Y hoy, como si fuera parte de su patrimonio, le ha dado un pedazo de su tierra para que descanse, junto a su compañera, apasionada divulgadora de su obra y también poeta. Y ha grabado su nombre, junto a los de sus pares Delheye, López Merino y Ripa Alberdi, en una de cuatro de sus diagonales, tan breves como sus vidas»⁷ .

Debo recordar aquí que **Romita**, su esposa, entre otras formas de divulgar la obra del poeta, reunió composiciones inéditas que publicó con el título de **La luz buena del amor** (La Plata, 1932), así como que una de las obras fundamentales en poesía se titula **Horas puras** (libro editado en Buenos Aires, 1915), escrita cuando aun Mendióroz no había cumplido sus primeros veinte años de vida, más precisamente, «entre sus 14 y 19 años» (así lo precisa Hugo

5) *Ibíd*

6) MENDIOROZ Alberto, Almafuerte, en Rev. Atenea, Asoc. ex Alumnos Colegio Nacional de La Plata, Año I, vol. I, N° 2, 1918.

7) MENDIOROZ, Ciudad... cit., 40.

Enrique, en **El Día** del 28 de febrero de 1993). Además del recordado ensayo **Alinafuerte**, en la mencionada **revista Nosotros** entre los años 1914 y 1924, publicó los siguientes trabajos: **Joaquín V. González; Horacio Quiroga; Alfonsina Storni; César Carrizo; Guido Spano y Rafael de Diego**. Y entre la obra inédita, pueden mencionarse los siguientes cuentos: **La bella teoría; La fiel esposa; Una noche; Más allá del bien y del mal; Cuento trágico; El cigarrillo; El sombrero y el viento; El hombre de carácter y Los viejecitos**. Escribió novelas, tales como **El barrio triste; Marcos Boissán; La capa; La inmortal esperanza y La caída**. En teatro dejó asimismo inéditos, dos dramas: **El mal amor y La inútil verdad**. Y una pieza teatral inconclusa. **Aladino y la lámpara maravillosa** la que, previamente terminada por su esposa, ésta hizo representar en el Teatro Argentino (La Plata). Asimismo, la educadora y exvicedirectora de la Anexa de esta ciudad de La Plata, que escribió un folleto sobre la catedral y en **El Día** tuvo a su cargo una página femenina, también fue autora de un libro titulado **Territorio espiritual**, entre otros.

En el referido acto del 13 de febrero de 1974 dije que, «cuando alguna vez se escriba la historia grande de la poética de estas latitudes (para hablar, de alguna manera, no sólo del territorio platense ni del bonaerense, sino de la Argentina), estará entre los principales nombres de la primera fila el de Alberto Mendióroz por la calidad de su obra y ya no tanto porque hubiere pertenecido a la primavera trágica o fúnebre, como le han designado algunos autorizados escritores, como Rafael Alberto Arrieta», Y para cerrar el acto, y antes de que las nietas del poeta descubrieran, en nombre de la SADE, la placa recordatoria, leí uno de los más trascendentes logros de su obra que tituló **El tiempo**.

El tiempo, sin tener nada nuevo que hacer,
se ha obstinado en llover.
Mi pensamiento, enfermo de inconcreción, divaga
sobre lo que desea, sobre lo que posee
y en tanto aquello y esto tan poco, que se apaga
no sé qué interna lámpara. Mi mirada, que lee
en las líneas tenaces de la lluvia el poema
de la soledad, de la nostalgia, del tedio,
arranca mis ideas por insensible medio
a la inútil rebusca de la causa Suprema.
Una puerta, al cerrarse, quiebra el Cosmos. Y nuevo
soñar y divagar...

Me parece que lluevo

En una mañana del año 1951, en mi facultad platense del derecho, en los tiempos en que los cursos del Seminario se hacían en serio y se estudiaba (no por apuntes), porque eran verdaderos cursos de investigación, me decidí por el de **Derecho Penal** -que por otra parte mucho me interesaba (y pasando el tiempo «hice» penal en el fuero capitalino) -, curso que estaba a cargo de un buen profesor y que pronto se transformó en un muy buen mi amigo: **Samuel «Samuelito» Daien**. Hablar de este amigo, me llena de indisimulable emoción, pues quedé vinculado a él, a sus charlas y encuentros hasta el día de su sentida muerte, tan lamentable como irreparable. En fin, sigo diciendo que en tal curso de investigación se desempeñaba como secretario -o ayudante, tal vez-, Hugo Enrique Mendióroz, con quien tuve trato cordial, afectuoso y sincero, no obstante que el inicio, durante aquel año lectivo, tuvo su origen en una discusión relacionada con la edad para la magistratura, que, hoy, al través del tiempo, pierde de alguna manera actualidad. Entonces yo creía -y aunque creo aún, sigo creyendo en parte- que, salvo excepciones confirmatorias de la regla, los hombres jóvenes no se encuentran suficientemente capacitados para ser juez. Para esta tremenda magistratura se necesita experiencia y versación. Es lo cierto que la réplica de Mendióroz no se hizo esperar cuando mencionó hombres jóvenes en la historia, tales como Belgrano, Moreno, Avellaneda... Y por supuesto, más que nada por discreción, ¡silenció el nombre de su padre! El tiempo y ese ejemplo, entre otros, me confirman que son las muy contadas y honrosísimas excepciones, al menos en la magistratura judicial. En otros terrenos, no niego ni reniego la existencia de niños prodigios o jóvenes prodigios. Pero, en tratándose de la justicia, no doy fácilmente el brazo a torcer. Bien, dejo ya lo del seminario, en el que presenté un trabajo, que mucho me satisfizo, sobre el **Derecho penal de los menores** (82 ps.) y que fue aprobado, para decir que, pasando el tiempo, mantuve aquel trato con Hugo Enrique (que, como se sabe, nació en Salta el 23 de octubre de 1920, hijo de Alberto y de Romilda Poggio, y casado con su única novia y sola mujer en su vida, Gladys Laura Soliverez, con la que tuvo las dos hijas ya mencionadas, María Teresa y Romilda Cristina). Su obra poética editada comprende dos libros: **Agua nueva (1944) y Resplandor (1959)**, este último editado por la municipalidad de La Plata -previa selección-, en la llamada época del «ucrista» Frangi, y además galardonado con la **Faja de Honor 1959** de la SEP. Hugo Enrique fundó la **revista Coro** (junto con Venturini, García Saraví y Amaral),

y sus lecturas, según propia declaración, son las de eminentes autores, tales como Chesterton, Lugones, Bernárdez, Anzoátegui y Molinari. También ha confesado tener obra inédita: la autobiografía de un perro, en prosa, titulada **Negro**, y un relato algo raro: **Las noruelas**.

Como final, y en homenaje a este capítulo que sólo me permití titularlo **Mendióroz**, por los tantos y de tantos alcances que fueron y son, me permito incorporar aquí, de Hugo Enrique, un soneto de su mencionado libro **Resplandor**, titulado **Para la luna de Juan Ramón y su Platero** (que, por lo demás, él mismo decidió incluir en la referida publicación **Ciudad de los poetas**).

*Luna que alumbras en la noche oscura
los caminos del grillo y de la fuente
mientras levantas silenciosamente
ciudades en la flor y en la espesura.
Luna grande y redonda de hermosura
que viene tras Platero mansamente
mientras el terciopelo de su frente
moja su suavidad en tu blancura.
Breve luna acuñada en luz de estrella
que quedaste mirando en la alta hora
los dos amigos caminar tu huella
y que de pronto, en música y en brillo,
te dejaste beber por el burrillo
en el arroyo roto de la aurora.*

VI

MITRE

Heraldo del equilibrio y la medida

*al diario La Nación y al Dr. Bartolomé Mitre
al Museo Mitre y al Dr. Jorge Carlos Mitre*

Digo **heraldo del equilibrio y la medida** como tal lo llamara mi querido profesor y amigo **Adolfo Korn Villafañe**, ya desde la Cátedra **Derecho público provincial y municipal** (facultad estatal platense del derecho, allá en los años 50) que él elevara y prestigiara como ningún otro. Maestro y amigo... dos vocablos que complace verlos entrelazados junto con el respeto y la perdurabilidad. Nació en La Plata el 29 de mayo de 1894 y en La Plata murió en enero de 1959. Hijo del famoso filósofo Alejandro Korn y de María Villafañe, descendiente de una antigua familia que en la época colonial se estableció en La Rioja, Catamarca y Tucumán.

Siempre he sostenido que, como en el caso de Mitre –que no es un **extraño caso**- hay ciertos hombres que no tienen una real dimensión, sino varias (aunque éstas no fuesen reales todas).

También he sostenido que la talla de algunos hombres no se mide – ni debe medírsela – por los triunfos (ni su cantidad). Ni menos si han ganado alguna que otra batalla, sino por los **éxitos** – obtenidos en múltiples obras o actividades, incluyendo alguna que otra **batalla** -, como en el caso del francés Napoleón I (no obstante haber perdido alguna de las más importantes batallas) o del italiano Cavour (que no ganó ninguna, porque no era general como **Mitre**, pero sí un esclarecido político que logró la unidad de su patria). O como el caso de **Saavedra** que en los días mayos previos al “25” viera, con realismo (condición imprescindible en política), cómo estaba la situación y qué debía y qué podía hacerse. O simplemente, el caso de **Belgrano** que fue un ejemplo sin par, que el mismo Mitre destacase sin retaceos (su **Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina**).

No sólo es la oratoria (**oh, la oratoria de Mitre**, dicen algunos que lo reniegan, y otros repiten, es decir, aquellos que lo tienen y sostienen como gran prócer), sino ciertas obras de tales esclarecidas mentes, para acometer las grandes empresas nacionales, todas aquellas que contribuyen a forjar los poderosos estados y reinos, naciones e imperios y que la historia conoce (romano, británico, español, ruso o francés), léanse los césares, los estuardos, los borbones, los pedros, los alfredos...

Y allí está Mitre con todos sus aciertos y con todos sus errores, sus virtudes y sus defectos, ni más ni menos que Moreno, Rosas, San Martín, Sarmiento, Pellegrini o Roca, para no ir demasiado lejos ni venir demasiado cerca cotidianamente (para eso, quizá, estén justificadamente mejor predispuestos **La Nación** y demás instituciones mitristas). No hay que empujar al patricio ni al excesivo olvido ni al exuberante recuerdo. No merece lo uno ni necesita de lo otro.

Mitre no es nada más que Mitre, un hombre real a sí mismo, ni más ni menos que muchos **mitres** que merecen andar sueltos y que se los conoce por aquí y por allá, ora el político, ora el militar, o el periodista, el orador, o el traductor o biógrafo.

¡Que más para quien se lo recuerda como el que estuvo caminando las calles de Buenos Aires o los campos de batalla, en estas amplias latitudes tan necesitadas aun de buenos estadistas argentinos que vengan a gobernar argentinísimamente para la verdadera independización, de una vez por todas (y hacer realidad el día patrio de estos días de Julio), como lograron hacerlo

las grandes potencias que nadie ignora!

Lo demás es literatura. O puede ser mera biografía de lo cotidiano, ideal argumento para la chatura de una política efímera de mero comité, que arrojará muy poca o ninguna luz y le hará poco favor a la verdadera causa de la **argentinización** del estado.

Hay que proyectar – sin empujar, sin empellones – a Mitre como debiera hacer con otros (incluyendo al mismísimo **antimitrista** Hernández, por ejemplo), según lo dije alguna vez en ese hermoso país -que es Saladillo- cuando diserté sobre la **vida, pasión y muerte del autor del Martín Fierro** (así titulaba la conferencia)¹; y proyectando a ellos en sus diversas dimensiones, se advertirá. que nadie tiene el patrimonio de la verdad (salvo la Providencia), sino que algunos están más cerca, tal vez, del patriotismo, la entereza, la templanza y la honradez, que otros.

Los unos y los otros, son nada más que meras palabras o la visión y el sentido de la política y de lo nacional que, cada uno, tiene dentro de sí mismo y practica cotidianamente y a conciencia, como Dios manda.

Lo demás es lo demás, ya vanidad o vanagloria, ya politiquería o simplemente pose de la futura estatua que se fractura inesperadamente, la que de pronto nadie mira, o todos olvidan, o los más derribarán despiadadamente... antes o después que las palomas puedan dejar sobre ella su efímera muestra perecedera de ineficaz abono.

Que nadie **agarre** a los argentinos sin los perros, menos los maulas extranjeros que siempre quisieron posesionarlos, como los británicos (que ya un 10 de julio de 1770 hubo que expulsarlos del Puerto Egmond en Malvinas, al que habían invadido -como siempre-, recordando que Belgrano había nacido pocos días antes, 3 de junio. Claro, los ingleses se hicieron los osos... y de las Malvinas, los frigoríficos, los ferrocarriles y otras pequeñas cosas del país.

Cuando alguna vez se dudó -nada menos que Ricardo Rojas, entre otros- de la calidad de poeta de Almafuerte -que vivió mucho tiempo aquí (donde murió), se pudo disentir válidamente con el autor de 011 antay aduciéndose que, cuando el pueblo recuerda aunque fuere una sola línea de algunos de sus sonetos, sin

1) Pronunciada en un acto organizado por la Comisión Municipal de Cultura, de Saladillo, presidida por el incansable Luis Adolfo Borracer, llevado a cabo en la Biblioteca Popular «Bartolomé Mitre» justo el Día de la Tradición de 1979, en el centésimo cuadragésimo quinto aniversario del nacimiento del poeta y el centésimo aniversario de la edición de la vuelta de Martín Fierro. Ese hermoso acto queda tanto en el recuerdo que justamente las presentes reflexiones sobre el heraldo del equilibrio y la mesura, me fueron solicitadas por el mismo Borracer y la biblioteca anfitriona, en 1987.

duda es porque allí hay poesía, y sobre todo porque el que la escribió, es poeta.

Habría de verse, desde otra óptica, si ante análogos reparos Mitre ostenta méritos similares (aunque no fuere como poeta).

Al menos, se sabrá no tanto lo que Hernández dijo de Mitre, cuanto lo que otros -contemporáneos o no- dijeron de él.

Por fortuna, nadie puede convencerse de que Mitre sea imperdonable -o insuperable-, de igual modo que todos quedan advertidos de que nadie es otra cosa que un habitante de esta tierra, a la que Mitre tanto amó. Y la que fue amada no sólo por Mitre.

VII

NÁPOLI

... O (la lección de) un indoblegable espíritu

*a Rodolfito, su hijo
a Enrique Weissberg*

Publicado en la revista del Colegio de
Abogados de La Plata, N°34, 12 ss.

En nombre de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, donde Rodolfo Aníbal Nápoli estudió y enseñó derecho, en el de su Instituto de Derecho Social (del Trabajo y de la Previsión), que integrara y presidiera durante varios años, y en el de su prestigiosa Cátedra de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, que en 1921 fundara el insigne maestro Anastasi, y de la que Nápoli llegó a ser profesor titular por concurso y a la que le prodigó sus más caros esfuerzos, su estudio y su saber, asumo la triste misión de despedir los restos mortales del ilustre profesor, cordial compañero y amigo, rindiéndole el postrero y justiciero homenaje, del que sólo pueden ser destinatarios quienes, como Nápoli, están llamados sin duda a sobrevivir, de hoy en más, por todo lo que fue y por todas sus virtudes.

La desaparición de este hombre consterna a esta ciudad, en la que nació y vivió¹. Y viste de luto a la Cátedra universitaria, al libro y a la tribuna científica y cultural.

Luego de pasar por las aulas del glorioso Colegio Nacional platense, y muy joven aun, graduado ya de abogado, se acerca al pretorio y ejercita sus mejores armas en defensa de los casos en los que entregó lo mejor de sí y en los que puso de relieve una conducta sometida a las ejemplarizadoras exigencias de las más estrictas normas morales.

Con estos pergaminos llegó luego a la judicatura, primero como juez del Trabajo en La Plata, y luego, como ministro de la Suprema Corte de Justicia

1) **Rodolfo Aníbal Nápoli** nació y murió en La Plata, respectivamente, el 28 de enero de 1913 y el 25 de marzo de 1976. Hijo de Francisco y de María Josefa Giannibelli, casó con Rina Elizabeth Gómez, de cuya unión nacieron Viviana y Rodolfo. Pasó por las aulas del glorioso Colegio Nacional de La Plata. En la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata se diplomó de **abogado** (1935) y obtuvo el título de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales (1955), en la que fue profesor adjunto y luego titular de su Cátedra de Derecho Social (del Trabajo y de la Previsión) así como del curso de Licenciatura Laboral, Sindical y de Previsión Social (1971). Desempeñó el cargo de **juez** del Trabajo (1955) y fue ministro de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires (actuando como presidente en tres períodos). Miembro de la Sociedad Internacional del Instituto Latinoamericano de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social. Miembro fundador del Colegio de Abogados de La Plata. Integró diversas comisiones de modificación de leyes de fondo y forma en materia laboral. Concurrió a numerosos congresos y jornadas del país y del extranjero. Mereció distinciones, títulos y honores de instituciones oficiales y privadas de diversos países. Corredactor -con los profesores Despontin y Tissebaurn- del **Anteproyecto del Código de Trabajo de la República Argentina (1966)**. Además de numerosos trabajos y colaboraciones en revistas especializadas del país y del extranjero, editó un **Manual de derecho procesal del trabajo** (1945), el **Trabajo rural en la República Argentina** (1958), **El periodista profesional** (1958), **Manual de derecho sindical** (1960), **Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social** (1968), **El desarrollo, la integración y el derecho del trabajo y la seguridad social** (1972), entre otros.

de la Provincia de Buenos Aires, tribunal del que fue su ministro decano y presidente durante varios períodos, ratificando aquellos postulados y esa acrisolada honestidad robustecida por sus profundas convicciones éticas y cristianas.

La docencia universitaria le contó durante más de dos décadas con todo el empuje, el entusiasmo y la contracción que es dable esperar en quienes poseen y manifiestan inquietudes por la enseñanza y la investigación. Jamás quedó ceñida su labor al reducido marco de un limitado tiempo en el, tal vez, finito espacio del aula. Su cátedra expansiva y flexible, estuvo siempre presente, además, en los lugares de trabajo, en su casa, en la conferencia, en los congresos, en el libro.

En el libro: como que justamente fue un publicista de nota, cuyas obras son citadas con frecuencia en las cátedras universitarias, en los tratados de doctrina y en los fallos judiciales.

Fue miembro fundador del *Colegio de Abogados* de La Plata y tuvo destacada participación en innúmeros congresos, conferencias y jornadas, así como en institutos y seminarios, tanto nacionales como internacionales, de este continente como del Viejo Mundo, integrando por otra parte la Sociedad Internacional del Instituto Latinoamericano de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social, entre otras instituciones científicas y gremiales de no menor valimiento.

Hoy no puede interesar aquí la precisa valoración de sus juicios, sus enseñanzas o sus doctrinas, ni corresponde sean expuestas las apreciaciones que merezcan la conveniencia u oportunidad de codificar la legislación laboral y previsional argentinas, todavía voluminosa, densa, variada y dispersa, como él mismo lo expresara no hace mucho y además lo propugnara ante el Primer Congreso de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social celebrado en Tucumán en 1960.

Pero, sí es justo recordar que Rodolfo A. Nápoli integró con los profesores Despontín y Tissebaum la Comisión redactora del anteproyecto de Código Nacional de Trabajo, en 1965, cuerpo que pasó a integrar la larga lista de los proyectos no sancionados por el Congreso desde aquel lejano y cercano proyecto de Ley Nacional de Trabajo de 1904, cuando todavía no existía ninguna ley laboral en el país, redactado por el ilustre fundador de la Universidad Nacional de La Plata, don Joaquín V. González, previos los informes de Biale Massé.

Tampoco será el momento de apreciar en su justa medida, hoy, las implicancias del desarrollo, la integración, el automatismo o la cibernética en la estabilidad laboral o en la legislación social argentina en general, temas que a Nápoli, al igual que los atinentes a la empresa, la seguridad social, los estatutos rurales y otros, le preocuparon, le atrajeron y le seducían de modo evidente, porque quizá deba antes retroceder a 1945 cuando de su joven pluma conoció el volumen intitolado «Manual de Derecho Procesal del Trabajo», que mereciera prólogo y augurios del ya destacado y luego emérito profesor doctor Benito Pérez.

De allí en más, colaboró en múltiples publicaciones de la especialidad, tales como la Revista de Derecho del Trabajo que fundara el profesor Mario L. Deveali en 1941, o en otras generales como la del Colegio de Abogados de La Plata, La Ley, Jurisprudencia Argentina, Enciclopedia Jurídica Omeba, Jus y tantas otras.

Y entre tanto, en el libro completó esa su docencia y su investigación con entregas tales como «El Trabajo Rural de la República Argentina», en 1958, y «El Periodista Profesional», del mismo año, su «Manual de Derecho Sindical», en 1960, con nueva edición en imprenta, así como su llamado «Manual de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social», en 1968, con segunda edición de **1971** y la tercera que se imprimirá dentro de muy poco, y últimamente, «El Desarrollo, la Integración y el Derecho del Trabajo y la Seguridad Social».

No serán necesarios ni los comentarios ni los aniversarios para recordar a Nápoli, pues él está presente en el aula, en el Instituto de Derecho Social, en los consejos académicos, en el pretorio y en el libro, que las más de las veces nos sobrevive, así como en las otras evidencias, ponderables e imponderables, que determinan trascendencias y perdurabilidades.

Reconozco que no tengo el derecho de abarcar hoy, aquí, todas y cada una de las facetas de esta personalidad. Pero, consultada mi conciencia, debo necesariamente aludir a la actividad literaria de Rodolfo A. Nápoli, la que no sólo no le fuera indiferente sino con la que tuvo intimidad y fue creador en el

género de la narrativa².

Y por último, cabe aludir a **su indoblegable espíritu**, que no cejó nunca, ni menos en estos últimos penosos años de su sensiblemente deteriorada salud, en que tanto prosiguiera contribuyendo a la ciencia jurídica, con optimismo ejemplar y señera contracción, no muy frecuentes, por cierto, asistiendo a congresos internacionales, pronunciando conferencias, corrigiendo sus trabajos, meditando sus obras, actualizándose constantemente, dictando clases, y, en fin, dando justamente ese ejemplo que habría podido indicar el canto mismo del poeta egregio³:

Deja la soledad para. el uso exclusivo
de los poetas devastados
y los filósofos en ruinas.
« ¡Estoy solo y medito!», se gallardea el buho,

-
- 2) Me sorprendió que, a los pocos días de obsequiarle mi libro **Poemas** (poesía, La Plata, 1972), me dejara no sólo palabras de aliento y optimismo, sino juicios literarios que sólo suelen estar en boca de la crítica especializada. También, en esa oportunidad, me confesó que abrigaba la esperanza de trasladar a la escritura definitiva los bosquejos y borradores de una novela, relacionada con algunos aspectos del Chocón, otorgándome el privilegio de revelarme ciertos pasajes en los cuales evidenciaba, además de excelente manejo del lenguaje y pulcritud de expresión, una prosa atrayente y una línea de relato de buena novela. Y esa «actividad» literaria de este hombre que no debe ser olvidado, se evidenciaba en su escritura y en su discurso. En efecto, su obra escrita trasunta un estilo sugestivo, cálido y atrayente. Recuerdo, como ejemplo, y para este apunte, la conferencia que pronunciara en la entonces **aula magna** de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales el 18 de octubre de 1969, con motivo de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la fundación de la **OIT**. Me parece oportuno transcribir un detalle de la misma.

«O.I.T. son tres letras que al pronunciarlas sin solución de continuidad en un diptongo, suenan como un llamado de atención, y al mismo tiempo, como un mensaje. De atención, al señalar en el preámbulo de la Organización que existen condiciones de trabajo que entrañan tal grado de injusticia, miseria y privaciones para gran número de seres humanos, que el descontento causado, constituye una amenaza para la paz y armonía universales. De un mensaje, porque invita a todos los países del mundo a asociarse en una empresa común y eterna para conseguir la paz universal y permanente por el único medio que existe: cultivando la justicia social».

En la nota anterior menciono su libro **Derecho del trabajo y de la seguridad Social** (1968), interesante obra para tener una visión general de la materia, sobre todo para los alumnos. **A** los tres años, edita su segunda edición, oportunidad en que recibí yo la misma con estas palabras («El Día» de La Plata, 13 de junio de 1971): En un tomo de más de 600 páginas con varios índices (abreviaciones, de materias, autores, general), correcciones y modificaciones de la primera edición, Nápoli da a luz esta segunda edición que condensa y expone toda la temática laboral para estudiantes y estudiosos de esta rama del saber jurídico. El autor confiesa en el **prefacio** que no es nada fácil mostrar el panorama de una disciplina donde proliferan la variedad y dispersión legislativa, además de los trascendentes y raudos cambios en los últimos tiempos. Inorganicidad y tan falta de sistematización son razones de más para orientarse en serio hacia una reforma integral **codificatoria**.

- 3) MARECHAL Leopoldo, Heptamerón, 1º, II, 19.

muy arropado en su lujosa noche.
Pero el cóndor sereno de los Andes
erguido en su montaña y al sol de mediodía,
reflexiona en silencio: «La Soledad no existe».
Y es verdad, Elbianor, que ninguno está solo.

VIII

PALACIOS

...Pedro... El Almafuerte y uno de los Hermes de La Plata

*a la S.E.P., que lo tiene de patrono
a Héctor M. Rivera*

1

Discurso pronunciado en la necrópolis de La Plata (28 de febrero de 1993).

1. Con significativa gente de la SADE y de la SEP - respectivamente, la **Sociedad Argentina de Escritores** y la **Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires**, prestigiosas entidades literarias y de la cultura que me han conferido el honroso e indelegable mandato de representarlas en este acto-, conozco a escritores de singular relieve que han trascendido justificablemente los ámbitos locales y que han llegado a ser famosos y populares. Darío, Lugones, Machado... son algunas designaciones de tal linaje.

2. También conozco a los que, además de ello, han expuesto una obra literaria ejemplar; y simultáneamente, a semejanza de su vida. O sea, algo así como si, ésa, su obra, constituyese en su conjunto la propia biografía mayor del autor.

En el caso de **Almafuerte**, se puede decir que, justamente, ésa, su obra literaria, refleja y transcribe su propia humana personalidad, esencial y existencial.

No recuerdo ahora quién pudo haberle igualado en esto al autor de las **Evangélicas** y de las **Lamentaciones**, aunque es probable que existan algunos pocos parecidos o similares. Pero, abrigo la seguridad de que nadie lo superó.

Esa inefable y a la vez lúcida autenticidad de su vida al través de su obra, quizá sea una de las prendas de mayor quilate que ostenta el autor de **El Misionero** y que estimo oportuno expresar, en este momento de rendir tributo a su memoria en el septuagésimosexto aniversario de su paso a la inmortalidad.

3. Vienen, entonces, acuciantes, múltiples y espontáneos preguntarios sobre las razones que convalidan la merecida **fama**, acreditada con la irrefutable prueba de innúmeras y preciosas páginas del ensayo y la crítica de literatos, analistas, estilistas y profesores, escritas en honor del poeta.

¿Y cómo es esto de que el autor de los **Sonetos Medicinales** se instituya en el podio de lo **popular**?

¿Quizás porque alguien ignorado del pueblo -que es decir el pueblo mismo-, tal vez, durante sus tareas en el mercado, o en la estiba, o en el puerto, o en el campo, recuerde en voz baja, o en voz alta, aquello de

**No han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.**

O aquello otro de

No te des por vencido, ni aun vencido.

4. El Almafuerte famoso resulta, por lo demás, de los innumerables ensayos sobre su vida y su obra, comenzando por el primero escrito inmediatamente después de muerto el poeta, debido a la talentosa pluma de Alberto Mendióroz¹, para continuar con los estupendos trabajos de Berenguer Carisomo, Vicente Atilio Billone, Rafael Barret, Juan Valera, Rubén Darío, Miguel de Unamuno y Joaquín V. González, entre otros, tales como los de Capdevila, Cremieux, Cejador, Estrella Gutiérrez, Herrero, Isusi, Oteiza,² Oyhanarte, Rojas, Ponce de León y tantos otros.

5. ¡Cuán difícil parece esto, aunque no imposible, de ser igual v simultáneamente tan **famoso**, como **popular**, o tan **popular** como **famoso**!

Los libros de este hombre, tan notoriamente pobre y tan displicente por las frivolidades y los convencionalismos vacuos, los he visto no tanto en las grandes bibliotecas especializadas de los intelectuales y estudiosos, cuanto en el modesto estante o anaquel del obrero, del empleado, del bohemio o del estudiante.

Se sabe que existen cuantiosos libros traducidos y editados hasta lo excusado, pero, también se sabe que se los lee poco. ¡O nada! Sin embargo, suelen no estar ausentes en ciertas librerías y empinadas bibliotecas!

1) Revista Atenea, de la Asociación de ex Alumnos del Colegio Nacional de La Plata, Año 1, Vol. 1, N° 2, 1918.

2) OTEIZA Alberto M., España y nosotros, 2a. ed., Ed. Olimpo, La PLIta., 1992, 141/142, dice que «en su poesía no vive otra sustancia que el hombre», además, Almafuerte «nunca se atrevió a decir nada sin haberlo meditado antes» (yo acoto marginalmente, ¡cuántos son los que han hablado de Almafuerte sin haber pensado, ni dijeron lo que pensaron, ni pensaron lo que dijeron!). Dice Oteiza que si bien el autor de El Misionero «fue víctima de la leyenda negra, en su propia patria», no es menos cierto que, nada menos que «Julio Cejador, uno de los críticos españoles de más vigorosa contextura, colocó a Almafuerte sobre el laureado Rubén Darío»; además, «su originalidad fue reconocida por Federico de Onís y por Pedro Enríquez Ureña; tardíamente por Borges» (¡cuándo no!). Asimismo, concluye Oteiza, que, «ese algo maravilloso de decir las cosas con una novedad sorprendente y nunca vista, atrajeron súbitamente la atención de Castelar -el fogoso orador hispano- que sin titubeos reprodujo sus versos en un periódico de Madrid y bautizó pomposamente al vate hispanoamericano, llamándolo el «gran poeta anónimo de la lengua castellana».

6. Mas, los del autor de los **Apóstrofes**, se leen en todas partes con fruición y con frecuencia.

¿Cuál será la razón de estos milagros?

¿La aludida autenticidad? ¿Su mencionada autobiografía? ¿O su fuerte estilo, incisivo, frontal y directo, a la par que rebelde, veraz, profundo e intuitivo, por cuyos resquicios, sin embargo, puede advertirse que se filtra una pujante e inevitable ternura interior?

¿O quizás porque el vate tuvo a la **Santa Biblia** como libro mayor y primordial, el cual sin la más mínima duda, le proporcionó ocasión suficiente de lectura y meditación reflexiva?

Quienes hoy asisten a este acto de homenaje con su palabra, el recuerdo y la valoración de ciertos aspectos referidos a la vida y obra del bardo platease, no acuden a una puja literaria ni menos a una confrontación de la retórica, la dialéctica o el discurso, sino a persistir sobre cuanto cada uno tiene desde siempre, adunado con las convicciones de los años, los estudios y las experiencias.

La **SADE** ha rendido constante y cumplido homenaje a este vate de avasalladora personalidad.

Y la **SEP**, que lo tiene como su patrono y el de todos los escritores del territorio bonaerense, determinó con toda justicia poner su nombre al **Gran Premio de Honor** con el cual se galardona al autor que, a su turno, realmente lo merezca.

Me resta sólo, ahora, y con indisimulada emoción, aludir al maestro, es decir, a ese joven de dieciséis años de edad que comienza la misión de la enseñanza o la docencia en una escuelita de entonces; misión, por lo demás, que nunca abandonó. No fue necesario para ello ni el diploma de educador o maestro, ni las prebendas o puestos rentados, ni las lujosas o cómodas aulas. El maestro, que tiene vocación, hace de la docencia una misión, en cualquier parte!

7. Al cumplirse el sexagésimo aniversario de su muerte, y a requisitoria de la **SEP** de entonces, dejé estos endecasílabos:

*¿Un juicio sobre este hombre? Puede ser
referido hacia un lirio o a una azucena;
o quizás a un mañana, o a un ayer,
o a una tarde inmediata de alameda.
Puede ser la tormenta o el torrente,*

*¡o el trueno que responde tempestades!
Pero, más todavía, un continente
de verdad, de verdad, ¡oh de verdades!*

8. En fin, cuando alguien se pregunte hoy si, en realidad, el vate ha muerto, o aun vive, yo prefiero que se mediten las propias palabras del poeta, que reflexionó con estos octosílabos:

*¡Yo soy un muerto que quiere
que no lo tengan por muerto!*

Discurso pronunciado el 13 de mayo de 1993 en el Museo Almafuerte (la casa donde vivió el poeta Pedro Palacios sus últimos años, en lo avenida 66 N° 530, La Plata).

1. Traído aquí por la convocatoria que, en el día de ayer, se me ratificara, vengo con un breve mensaje, en mi calidad de vicepresidente de la SADE, Seccional La Plata, y en representación de tan egregia y honorable entidad que representa y defiende los intereses profesionales, gremiales y literarios de todos los escritores de la Nación.

2. En uno de sus últimos discursos -si no el último-, Almafuerte dijo:

«Y yo, el eterno pobre diablo lleno de sueños, ocupé mi puesto; esto *es*, el puesto para el cual no se encontraba un desesperado; un héroe anónimo que quisiera desempeñarlo; puesto de penurias, de humillaciones, de sacrificios, de renunciamentos, de hambre y desnudez, para cuyo desempeño no se requiere ilustración, sino corazón y valeroso patriotismo. Yo sé que esta permuta de lo mejor por lo peor, de una de las escuelas elementales urbanas de Mercedes por una de las escuelas rurales del entonces rudimentario Chacabuco, originó frases amargas, ironías sangrientas, calificaciones poco amables y hasta sospechas infames, entre mis relaciones de aquella ciudad y de la metrópolis. Más aun, me consta que, ahora mismo, aquella conducta mía no encuentra quien la explique satisfactoriamente -no encontrará nunca quien la explique satisfactoriamente, que es lo más amargo-, sino como uno de mis desplantes, como uno de esos desequilibrios míos que se ha dado en llamar genialidades, por no llamarlos claramente, groseramente, arranques de locura».

3. En esta fiesta de hoy, en la que se conmemora el centesimotrigésimonoveno aniversario del natalicio de don Pedro Palacios, se me ocurre oportuno

reflexionar sobre esos dramáticos párrafos vertidos por el autor de las **Evangélicas**, que entonces dejara a la consideración de cuantos allí escuchaban su palabra, sobre todo, a las de los tantos de la posteridad y a la de quienes sobrevivieran al poeta.

Digo esto así, porque hoy no me es dada la ocasión para valoraciones literarias y de otro carácter sobre la obra del noble y recio prócer de estas latitudes pampeanas argentinas.

Otros destacados oradores -representativos de otras tantas beneméritas entidades literarias y culturales platenses-, que hoy están conmigo, sin duda, tendrán a bien ocuparse de otras facetas del autor de **El Misionero**.

4. Y la primera reflexión que les tengo sobre tales líneas (eterno pobre diablo lleno de sueños) -que no deja de ser una hermosura nunca o casi nunca dicha-, es que las mismas encierran una aparente **contradictio in adiectio**, pues quien es un eterno pobre (diablo) lleno de sueños, ¡nunca será un diablo, ni un pobre diablo!

Venga, entonces, que el tal supuesto diablo se instituye necesaria e inequívocamente en una inevitable y conocida sinonimia, y en expresión vulgar (vulgata), del hombre, de todo el hombre, o del hombre todo, no de cualquiera; ¡y no tanto del pobre hombre, cuanto del hombre pobre!

Eternamente pobre, sí; pero, al fin, ¡un eternamente acaudalado hombre, pues helo pletórico de sueños!

5. Y la segunda reflexión, viene a cuento de la permuta, es decir, del trueque que el autor de **Los Apóstrofes** efectúa del cómodo puesto de la escuela urbana mercedina por el del incómodo de la escuela suburbana (o rural) chacabuenense.

Y aquí aparece el **loco genial, el empedernido quijote, el maestro** que emociona hasta lo indecible porque encuentra placer y beneficio en la penitencia -oh, santo penitente-, pontificadora del sacrificio, en el acto de escoger lo peor, si se prefiere; aunque la diatriba, o la ponzoña, o la ironía maloliente, o en fin, los sarcasmos mediocres de los vulgares y comunes -que hoy nadie recuerda-, comilitones metropolitanos apoltronados e inservibles de entonces, y que, al no poder explicar satisfactoriamente aquella noble, austera, desinteresada y evangélica conducta del autor de las **Letanías a Jesús**, si no como efecto, consecuencia o producto de sus desplantes o desequilibrios que, como dice el vate destinatario, son llamados sarcásticamente genialidades, no

podían aludir si no a otra cosa que no fueren sus arranques de locura.

Oh, las estupideces de entonces... ¡Y las de siempre!

Esta segunda reflexión, **ergo**, con un dejo de drama e interrogantes, está en los propios dichos del orador cuando dejó puntualmente expresado que no sólo no encuentra en ese momento quién explique satisfactoriamente esa su conducta, sino lo peor (agregaba con indisimulada tristeza, desconsuelo y desagrado el autor de los **Sonetos medicinales**): no encontrará nunca -y el poeta dijo nunca- quien la explique satisfactoriamente, ¡“que es lo más amargo”!

Y realmente esto no se erige en una profecía alentadora o un vaticinio que regocije a los destinatarios del futuro. A hoy y a ahora!

Y en realidad, y en homenaje del hombre que hoy se recuerda -como todos los días-, ya no se puede responder negativamente al imaginario preguntario que debiera formularse:

¿en el futuro, en el mañana, habrá alguien que explique satisfactoriamente esa (verdadera) genialidad y esa (santa) locura?

Y pues que, ahora, y muchos antes, a partir de los ensayos de Mendióroz y muchos otros eximios escritores nacionales, ya no es difícil encontrar esa explicación **satisfactoria**, si sólo se piensa en la verdadera vigencia del **cid** y del **quijote**, vigencia que se advierte siempre en la cristalina personalidad del humilde maestro de las pampas argentinas, en su literatura, en su mundo y en sus obras, en una amalgama de admiración, encanto y misterio, sobre todo, el que no es accesible para los descreídos, incapaces y mediocres.



IX

BENITO PEREZ

El cristiano, austero y estudioso

a Myrna Rebullida-Pérez

Publicado en la Revista del Colegio de Abogados de La Plata, N° 52, p. 279. Palabras que pronuncié, en mi carácter de profesor titular (interino) de la Cátedra (I) de Derecho Social de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (Universidad Nacional de La Plata), al término de la misa de cuerpo presente celebrada en la capilla del Instituto Terrero de La Plata, el 21 de julio de 1992, oportunidad en que, por resolución del decanato, asumí también la representación no sólo de dicha prestigiosa Cátedra universitaria, sino la de la aludida unidad académica.

El extinto fue un estudioso del derecho en general y un especialista de fuste en lo laboral. Abogado. Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales, publicista de nota, profesor emérito y notable conferencista, es decir, conspicuo hombre de tribuna, la cátedra y el libro. Nació y murió en La Plata (19 de diciembre 1901 y 20 julio 1992). Estudió y enseñó derecho en la facultad estatal platense de Ciencias Jurídicas y Sociales. Junto a su maestro Leonidas Anastasi, estuvo en la cátedra laboral desde su fundación. Fue profesor en las universidades del Salvador y la católica Santa María de los Buenos Aires en diversas disciplinas jurídicas. Fue miembro titular de la Sociedad Internacional de Derecho Social y decano de la mencionada facultad platense de derecho (1950-1952), secretario (1936-1940) y director (1947-1955 y 1973-1976) del Instituto laboral de la misma. Participó en numerosos congresos internacionales, jornadas, conferencias y simposios de la especialidad, habiendo dado a publicidad más de trescientos trabajos, estudios, monografías, etc., en revistas especializadas, tratados generales y otras publicaciones de singular relieve científico, tanto del país como del extranjero. Y entre sus libros se pueden destacar **Los accidentes del trabajo en la agricultura** (1943), **Régimen de los trabajadores a domicilio** (1965), **El contrato de trabajo deportivo** (1967), **La propiedad intelectual y el derecho de quiebra** (1975), **Régimen jurídico de los empleados de las misiones diplomáticas** (1980, a la memoria venerada de su hija Marta Inés), **Desarrollo económico y política social** (1981), **Derecho del trabajo** (1983), **Derecho sindical** (1987) y **El derecho de huelga y la función pública** (1989). Y por razones de gratitud, incluyo la erudita y afectuosa prolija que luce mi **Tratado de derecho deportivo** (Aretua, La Plata, 1984).

Por resolución del Sr. Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Dr. Juan J. V. Mosca, impedido de venir a este acto por razones de salud, vengo en nombre de dicha unidad docente, así como de su prestigiosa Cátedra de Derecho Social (del Trabajo y de la Previsión), en el ejercicio del triste mandato de despedir los restos mortales del querido Profesor Emérito Dr. Benito Pérez.

Hoy no es el momento de referir el temario de las múltiples preocupaciones científicas y académicas del amado profesor y querido amigo, hombre de singular austeridad; intolerante con el error, aunque tolerante con el equivocado; de personal y hasta intrigante enfoque de los problemas jurídicos que nunca eludió; inquietante escudriñador de todas las dificultades jurídicas que otros obviaban (él siempre ocupó los difíciles espacios que otros resignaban con sus deserciones); valiente luchador y polemista, oficio donde siempre se le encontró, hasta ayer nomás- en que salió a la palestra esgrimiendo razones, fundamentos y principios sobre la seguridad social de los abogados.

Fortiter in re, cuando del estudio racional del pensamiento humano se trataba, evidenciándose «fuerte en los principios», del mismo modo que siempre tuvo de su lado una grandeza y constancia de ánimo en la adversidad, como esa longanimidad franciscana que le hizo paladín de flexibilidad: **suaviter in modo!** Entonces...

No es el momento tampoco de recordar viejas y siempre vigentes y actuales polémicas sobre el carácter jurídico de la relación laboral del tambero mediero, ni menos aún las referidas a la huelga en los servicios públicos, las relaciones del Derecho del Trabajo y la Seguridad Social o el contenido e implicancias de la Política social y la cuestión social (todos temas sobre los que quizá el Dr. Pérez arrojó tanta luz que a no pocos haya deslumbrado). Tal vez alguno lo igualó. Nadie lo superó.

De modo similar, queda siempre el preocupante tema del desarrollo económico y sus vinculaciones con muchos temas del área laboral, sobre los cuales, asimismo, abundó el Dr. Pérez. Tampoco es de recordar aquí todo cuanto verse sobre las nobles armas que siempre escogió para confrontar a contrincantes de fuste. ¡Nunca a quienes no lo fueron tales! Siempre a caballeros y de similar linaje, como que él fue siempre uno más entre los muy contados caballeros cristianos de ejemplar integridad. Siempre se reconoció no ser depositario de toda la verdad, la que empeñosa y tenazmente buscó hasta sus últimos días. La verdad, decía con humildad Benito, está en **Dios**.

En sus múltiples publicaciones, permanentemente con intención polémica,

respetó y apreció a sus adversarios y a los grandes doctrinarios argentinos, aunque nadie le superó a él en el diestro y hasta por momentos apabullante manejo de las fuentes bibliográficas italianas, francesas, alemanas o españolas.

Su biblioteca, una de las mejores del país, fue la cabal prueba de su ejemplar probidad intelectual y científica.

Y menos aun será el momento de recordar una mañana de setiembre de 1949, aquélla en la que, ante la Mesa Examinadora de Legislación del Trabajo, presidida por **Benito Pérez** e integrada por **Juan D. Ramírez Drona** e Italo **Argentino Luder**, yo daba el examen de la misma. Y tampoco he de recordar que, desde entonces, el trato con los dos primeros fue cotidiano, generoso, enriquecedor.

Ni tampoco sea preciso decir que el Dr. Pérez fue cofundador, con su malogrado maestro **Leonidas Anastasi**¹, de dicha prestigiosa Cátedra laboral en nuestra facultad estatal platense e del Derecho. Aunque preciso será decir que hoy, ejerciendo yo la titularidad de esa misma Cátedra, diariamente me honro en transmitir temas de Anastasi, llegados a sus predilectos discípulos, como lo fueron **Benito Pérez y Ramírez Grona**, mis maestros., mediante ese milagroso instrumento de perdurable comunicación, como lo es la emocionante tradición oral...

No tendré que efectuar precisiones de muchas otras bondades y virtudes que adornaron la personalidad de Benito, ni tampoco de esos hermosos momentos de nuestros diálogos, cálidos, profundos, fraternos, que versaron tanto sobre nuestras preocupaciones científicas del derecho en general², o

-
- 1) Este verdadero maestro del derecho y de las convivencias humanas, nació en Baradero el 2 de enero de 1890 y murió en Buenos Aires el 17 de enero de 1940. Termina la escuela primaria a los doce años con medalla de oro por su extraordinaria dedicación. Se recibe de maestro en la Escuela Normal de Profesores de la Capital Federal, prosiguiendo en forma libre el bachillerato en el Colegio Nacional. A la temprana edad de 16 años se pone a su cargo la enseñanza de grado en la Escuela N° 2 del Consejo Escolar B. Y viviendo en La Boca del Riachuelo, fue socio fundador de la **Universidad de La Boca** en 1917. Se graduó de abogado en 1913 con la *tesis* **Juicio por jurados**. Profesor de Legislación del Trabajo en Buenos Aires y La Plata (de ésta fundó la Cátedra y fue vicedecano). Fundó el diario **La Acción**. Dirigió la *Rev. La Ley* y fundó con Tomás Jofré la *Rev. Jurisprudencia Argentina*. Publicó la **Rev. de Trabajo, Seguro y Previsión Social**. Se afilió al radicalismo en 1910, siendo diputado nacional en dos períodos. Presidió la delegación argentina a la Conferencia de Washington de la **OIT (1919)**. Obras: **Parangón entre la personalidad de San Martín y Bolívar (1906)** y **Actuación parlamentaria (1916)**, sin contar los trabajos inéditos y los múltiples comentarios, notas, reseñas, etc., en las citadas revistas y otras publicaciones.
 - 2) ¡Cuántos temas fueron objeto de nuestros encuentros! Desde el **Sistema del Derecho Privado** -sobre todo el primero de sus cuatro volúmenes- del gran Domenico Barbero (de la Universidad Católica del Sacro Cuore de Milán) hasta la **Teoría del Estado** o la **Historia Argentina** de Ernesto Palacio. O desde el **Derecho Romano** de Maynz hasta **Le droit transitoire** -transitorio o intertemporal- de Roubier...

del Laboral en especial ³, o de la política ⁴, la patria ⁵, de nuestro partidismo político ⁶, y sobre todo, de Dios, culminación de los mejores momentos en los que nos enriquecíamos con lecturas, reflexiones y diálogos. En las muchas veces que emprendíamos el **encantador recorrido** hacia **Ignacio Correas**, para asistir a los oficios religiosos en el nuevo templo de allí -erigido con su inapreciable colaboración-, Dios fue testigo de esos insuperables coloquios que me recuerdan aspectos y resonancias del Boecio sobre la **consolación en la filosofía**.⁷ El **consuelo del diálogo...** que luego se prolongaba en la **oración**, ese precioso don y el más eficaz medio para trasponer serenamente todos los momentos de la existencia humana, sobre todo los dolorosos (como

-
- 3) Constituye un solaz inevitable recordar a Anastasi, leer a Barassi, Messner, Cabanellas o Etala, o comentar obras o trabajos de Chiarelli, Camerlynck, Lyon-Caen, Carnelutti, Legaz y Lacambra, Pérez Leñero, Yves Simon o Kwant...
 - 4) Cuánta inquietud teníamos por la **Política** -oh, el olvidado Aristóteles-, y no la politiquería que sobreabunda, y específicamente, por la **política social** y los parientes lejanos o cercanos **seguridad social**, la **cuestión social** y la **paz social**. Antoine de Rivarol, Edmund Burke, Irazusta, De Maistre...
 - 5) O sea, y que menciono siempre siguiendo a Derisi, la **terra patrum** (tierra de nuestros mayores, nuestros padres) de nuestros próceres civiles, políticos, religiosos, militares, científicos... Belgrano, Saavedra, Fray Justo Santa María de Oro, Brown, Rosas, Sarmiento, Mitre, Lugones... Después de la didáctica de la alegría (Marechal, Heptameron, primer día, II, 22), ir al segundo día: **La patriótica** en el **descubrimiento de la patria** y la **didáctica de la patria**: la patria *es* un dolor que aun no tiene bautismo; o es un dolor que aun no sabe su nombre; la patria es una niña de voz y pie desnudos; la patria era un retozo de niñez en el Sur aventado; la patria es un peligro que florece; la patria debe ser una provincia de la tierra y del cielo; la patria ha de ser una hija y un miedo inevitable; la patria ha de ser un dolor que se lleva en el costado sin palabra ni grito...
 - 6) De este tema por discreción, por ahora, no hablaré. El viejo radicalismo, FORJA, Leloir-Cetrá-Balbín-la Junta Renovadora, el 17 de octubre, el 24 de febrero, la Constitución de 1949, la muerte de Eva, el descalabro, la restauración, la reaparición, la renovación (?), la desvirtuación... Ya lo dije; por discreción, no se dirá nada. Alguna vez... se verá.
 - 7) Esos comentarios sobre **De consolatione philosophiae** (de Anicio Manlio Torcuato Severino Boecio, n. en Roma 470 ó 480, m. Pavía 525), esa mujer de venerable rostro, ojos vivos... O aquella otra mujer «de increíble hermosura secreta...» (Mallea, Historia de una pasión argentina). O esa revista de **Catulo** (Cayo Valerio Catullus, poeta latino, n. Verona 87 AC, m. 47, autor de poesías elegantes y sinceras, aunque algunas demasiado libres para la época, como «Las bodas de Testis y de Peleo» o «La cabellera de Berenice», entre otros) a **Cátulo** (Ovidio Cátulo González Castillo, n. en Buenos Aires el 6 de agosto 1906, autor de «El patio de la Morocha», etc.), o de **Homero** (poeta épico griego, n. Esmirna s. IX AC, el más grande poeta de la antigüedad) a **Hórnero** (Manzi-Manzoni, 1907-1951, escritor y poeta, autor de guiones cinematográficos, tangos, etc.). A veces, pronunciábamos el milagro de sólo una palabra, ese misterioso conjunto de letras o sonidos instituido como la mínima unidad de lenguaje con significado propio (tal, las voces: vuelo, flor, vida, ala, Dios...). Otras, a través del lenguaje metafórico, nos daba placer, junto al goce estético, develar el mundo no sólo en su realidad más profunda, sino acercarnos a lo insondable y desconocido. Ya los parangones de Carnelutti, ya las parábolas de Jesús.

lo dijo en estos días el **Santo Padre**).

El Señor ha querido llamar hoy a su Reino a nuestro querido maestro y amigo. Es cierto que Benito ha dejado de existir aquí, en estas latitudes. Pero también es cierto que vive ahora en otra dimensión. ¡Y vive! ¡Y cuando se efectúa el balance final de la vida de un hombre, ante la muerte, que es una de las alternativas de la materia humana, siempre se confluje sin hesitación ni réplica en que no importa tanto lo que el hombre trae cuando viene al mundo, sino todo cuanto deja cuando se va de él!

Y si el final corona las obras, no puede pensarse en otro mejor ejemplo que en Benito Pérez, quien vivió en plenitud espiritual, en constante y cotidiana función docente, no sólo en el aula de la **universitas**, sino en la de su casa, en la de su estudio, en la improvisada aula del espontáneo encuentro en la calle, en la vereda o en la esquina, o en la plaza.

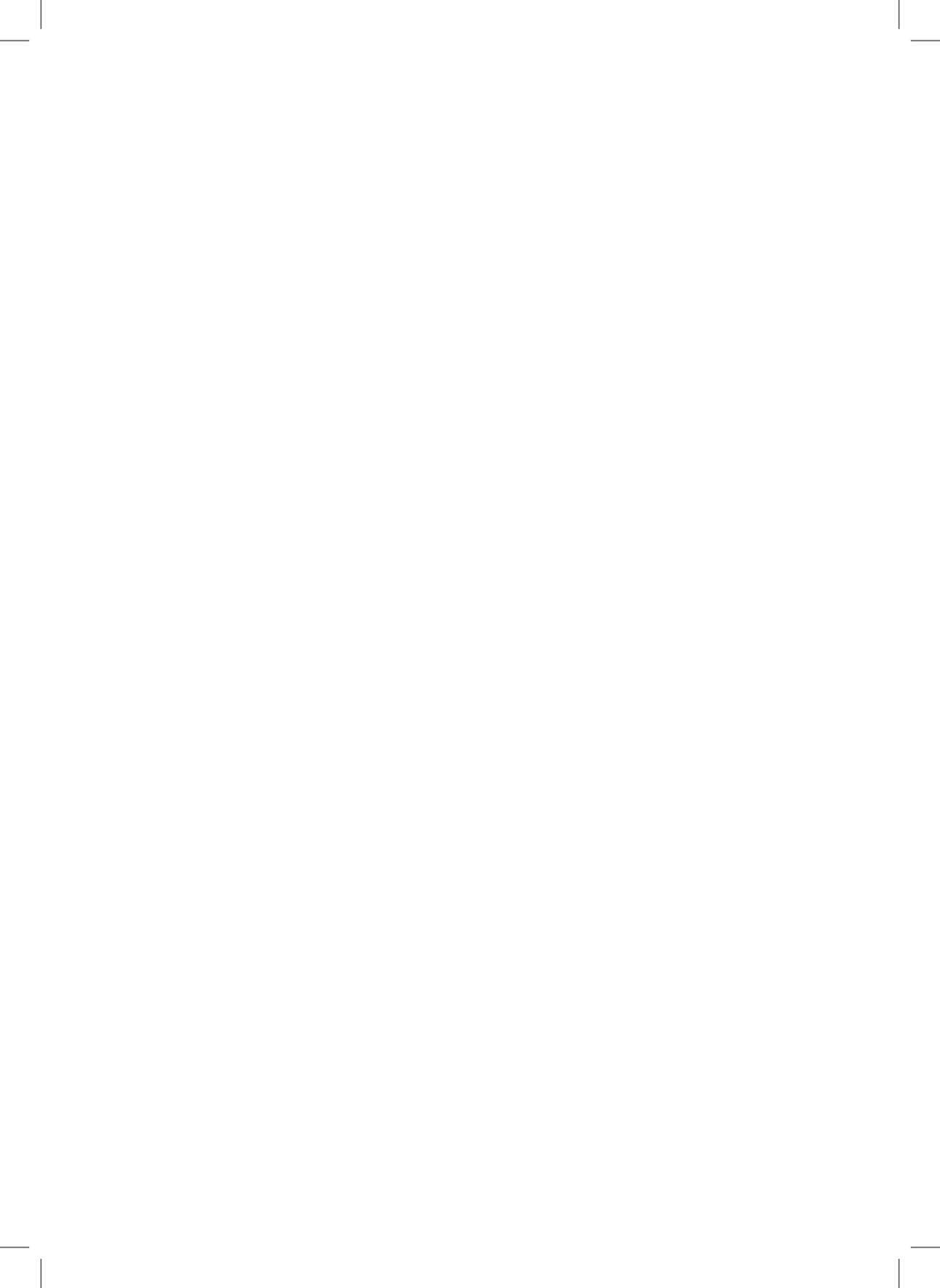
Et finis coronat opus!



X

RAMIREZ GRONDA

**(Sana) Intrepidez y talento al servicio de la
ética y la estética**



1

Tengo dicho por escrito en varias oportunidades - e incontables veces, en forma oral, y sobre todo en el aula- que con Juan Damián Ramírez Gronda quedé amalgamado -si así se puede decir- en una suerte de relación inefable desde el lejano año de 1949 en que asistí a sus clases de la entonces Legislación del Trabajo y a las del otro también grande que fue Benito Pérez (de quien me ocupo en estas páginas, en las que he tratado de reunir o convocar a ciertos personajes de mi predilección, recuerdo y afectividades).

Y con el tribunal examinador, hoy simple mesa de examen,, integrado por Italo Argentino Luder -además de los dos anteriormente nombrados- aprobé la materia en una primavera mañana de setiembre de aquel mismo año, en que en marzo había venido a estas hidalgas latitudes de las diagonales y los tilos (año en que además se sancionó una estupenda constitución y...).

Tenía yo entonces sólo aprobadas dos materias (romano e introducción al derecho), pues de la tal disciplina jurídica (laboral), sólo tenía como correlativas las dos mencionadas (oh, la entonces temible introducción con su titular no menos temible: Jorge Cabral Texo).

2

Queda un poco para el relato menudo todo cuanto aconteció en mi vida entre aquel 1949 y fines de 1954 en que me diplomé de abogado. Y más aun, todo cuanto transcurrió en 1955 hasta que, a principios de 1956, y acompañado del «gringo» Tonelli vino a verme el buen amigo de siempre «Ramiro» Ramírez Abella -recién designado secretario de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales-, ofreciéndome un cargo docente, en la inteligencia de mi vocación por la docencia, los afectos hacia el amigo y a la facultad (a la que estaba «adherido» desde hacía una década) y a ciertas afinidades políticas (sobre todo a la figura de Arturo Frondizi). De inmediato acepté la propuesta, sólo condicionada por mí en el sentido de que quería comenzar por la mínima categoría docente, la de auxiliar docente interino. Aunque parezca mentira, las politiquerías de entonces hicieron que permaneciera en ese «honorable» interinato hasta 1973 en que apareció Benito Pérez como titular y obligó al decano de entonces me designara profesor adjunto (ya algo y mucho más), pero interino (!).

Los destinos fueron variados. Además de compartir con «Perico» Pérez Giménez la cátedra o comisión de Adaptación Profesional de los Procedimientos Civiles, me fui simultáneamente con Pérez Aznar y Silvio Frondizi (Seminario

de Derecho Político) y con Ramírez Gronda (en el del Derecho de Trabajo). En este último, no sólo reanudé el diálogo con el maestro, sino con la materia, pues creo haber puntualizado en otras oportunidades que, en abril de 1945, ingresé a la entonces Secretaría de Trabajo y Previsión (en su recientemente implementada Delegación Regional San Nicolás), dependencia en la que permanecí, traslados mediante y cambios de designación, etc., hasta fines de 1954, en que me diplomé de abogado.

Pasando los años sucedí al maestro en la Cátedra de la facultad de Ciencias Económicas y en la de Ciencias Jurídicas y Sociales (ambas unidades académicas de la Universidad Nacional de La Plata).

Fue así, entonces, que el diálogo con el maestro se mantuvo constante y fructífero para mí hasta pocos días antes de su muerte. Con cuánto cariño me recordaba a Anastasi, en alusiones cotidianas en innumerables temas sobre los que poco o nada dejó escrito. Recuerdo así con indisimulable nostalgia al maestro y a su maestro.

Dije hasta pocos días antes de su partida definitiva... En efecto, con motivo del fallecimiento de mi padre -un triste 3 de enero de 1969, en San Nicolás-, Ramírez Gronda me encuentra en tribunales -debo recordar que él entonces ejercía la presidencia de la Suprema Corte de Justicia (además de la titularidad de la Cátedra y la dirección de Instituto de Derecho Social)- y me cumplimentó cálidamente con un sentido pésame en los primeros días de febrero de ese año, al tiempo que me comprometió para una inmediata reunión a fin de ultimar preparativos para encarar el año lectivo. No había comenzado a reponerme aún de la muerte de mi padre cuando el día 10 de ese mes me dan la triste noticia: ayer murió Ramírez Gronda, me dijo una voz que no recibió otra respuesta que un sollozo.

3

Juan Damián Ramírez Gronda nació en la Ensenada de Barragán, el 18 de mayo de 1909, hijo de Dionisio y de Albina Gronda, y murió en La Plata, el 9 de febrero de 1969. Casó con Amanda D. Nápoli, de cuya unión nacieron Graciela Amanda, Mónica Susana y Juan Carlos. Luego de cursar los estudios secundarios en el siempre mentado glorioso Colegio Nacional, se gradúa de abogado (1934) y un más tarde de Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales (1941) publicando ya su **Derecho del Trabajo** (1938) con prólogo del maestro Anastasi y Carlos R. Desmarás y el **Código del Trabajo y de la Previsión Social** (1940), para culminar con **El Contrato de Trabajo** (Edit. La Ley, BA, 1945) -obra hasta hoy quizás igualada, no creo que superada-, pasando por **Los conflictos del trabajo** (1942, pról. de David Lascano), el

Diccionario Jurídico (1942, pról. de Carlos Cossio, reeditado varias veces y con alguna colaboración mía, según se verá más adelante) y **Las Leyes del Trabajo de la República Argentina** actualizadas y comentadas (1943, pról. Mariano R. Tissembaum). Luego publica las **Leyes del montepío civil de la Provincia de Buenos Aires** (1947), las **Leyes nacionales del trabajo** (2a. ed., Ed.Ideas, BA, 1949, pról. Faustino Legón), las **Leyes usuales del trabajo** (1945) y con Teresa A. Novarese de Nieto, el **Nuevo Régimen Previsional Argentino** (Zavalía, BA, 1969), además de innúmeros artículos, monografías, trabajos y otros estudios en diversas publicaciones y revistas especializadas.

4

A principio de 1961 se publica en **Interés Público** (un simpático periódico capitalino que dirigía mi recordado amigo Manuel Ramos) el entonces **llamado tríplico contemporáneo y un soneto más**, que luego decidí incluir en la segunda edición de mi primer libro de poesía **Resonancias nicoleñas** (1991) con la designación de **Tetrástico, oh, estos nombres**, o sea, una serie de cuatro sonetos, dedicando el tercero de ellos al **maestro y artista Juan D. Ramírez Gronda**.

En la tela un crepúsculo puntual
el pincel ha prendido con firmeza.
Y la gama, con toda su pureza,
el color ha descripto en su ritual.
En la mano el secreto quirinal
subyuga al matiz que lo adereza,
en tanto un pleno rasgo de certeza
deja un claro de sol su credencial.
Y este nombre es un hombre, es un maestro
tan seguro y cabal, tan noble y diestro
cuando enseña el derecho y la justicia.
Porque después de todo su mirada
sublimiza un camino o una llamada
que acabando en lo justo, allí se inicia.

Y así a principios de ese año le envié al maestro este humilde mensaje lírico de la espontaneidad, inspiración y afecto... y la respuesta no se hizo esperar (en una carta del 21 de marzo siguiente).

Mi querido doctor y amigo. Con motivo de la iniciación de las clases del Juanito, regresamos de Gorina el domingo 26 de febrero, dispuestos, con el optimismo que da el campo, a reanudar cada uno sus tareas y el diálogo con sus amigos. Pero, aquí, doctor, que el 28 a las 23.45 falleció mamá sin darnos tiempo a nada. Recordé esa noche la frase de Güiraldes: «yo vi la hoja cortar la noche como un fogonazo» ... («Don Segundo Sombra», Cap. II). Cuatro días antes había estado con nosotros en la quinta y se despidió prometiendo para el jueves o viernes santo preparar un plato tradicional piamontés (bacalao con cebolla y polenta). Del prometido festín sólo nos queda la dulce y suave tristeza de su recuerdo. Al lado de mi padre y del de Osvaldo. Entre mis proyectos, traía de Gorina, en primer término, recordarle una anécdota que nos refirió Alberto Franco, cuando la Sociedad de Escritores nos brindó abundantes licores con motivo del premio de Ciencia 1951. Relató Franco que en cierta oportunidad le leyó algunas composiciones a señora más o menos amiga. Y ésta le dijo: «Así que Ud. había sido medio poeta...». La respuesta fue inmediata: «No, señora, se equivoca; nada de «medio», yo soy poeta «entero», y si tiene alguna duda, me desnudo ahora mismo...». Como Ud. recordará, Franco obtuvo el premio de Letras (poesía) aquel año. Y después... pues nos fuimos todos a un bodegón hasta que salió el sol... Lo que ha quedado trunco entre el 26 y el 28 de febrero, complételo Ud. a su gusto y exquisita imaginación. Yo me limito a felicitarlo y a agradecerle el hermoso recuerdo -plasmado en un soneto- que ha tenido para un pobre bohemio. Un fuerte abrazo, a cuenta de mayor cantidad, de su invariable amigo affmo. Juan D. Ramírez Gronda.

Sin comentarios... Sólo que toda vez que recuerdo estas líneas, así como cálidas dedicatorias de sus libros y otras delicadezas de este sin igual y preclaro hombre, la emoción me eleva a las mayores alturas del sentimiento y del lirismo. Casi, para **sonllorar** (como gustaba decir Juan Ramón Jiménez) de tanta emoción y felicidad.

5

Y en la primavera de ese mismo año, edita la quinta edición de su **Diccionario Jurídico**, en el que dejó estampada esta nota:

Hace poco tiempo, cuando tuve la tremenda desgracia de perder a mamá Albina, la abnegada y heroica piamontesa que hizo cuatro educadores de sus cuatro hijos, y a Lalo, mi único hermano varón con quien recorrimos juntos los caminos de este mundo durante medio siglo, no me faltó tampoco -por gracia de Dios-, la compañía y el consuelo de mis viejos camaradas de las aulas y después

honorables colegas en la abogacía. Algunos de éstos se prestaron, además, para colaborar en estas faenas intelectuales de preocupación y deleites comunes, y a pesar de sus brillantes actuaciones en el foro, la cátedra universitaria y la alta magistratura de nuestra provincia natal, se dieron el tiempo (siempre lo tienen los hombres laboriosos) para traerme el inmenso regalo de más de cien voces nuevas para este Diccionario. Como no deseo incurrir en preferencias, inscribo sus nombres en el pórtico de esta quinta edición por orden alfabético: Dr. Ernesto E. Borga, Dr. Héctor R. Demo, Dr. Godofredo Lozano, Dr. José Atilio Milanta. A estos dilectos compañeros les digo -como lo he hecho en ediciones anteriores con otros colaboradores- nada más y nada menos que Gracias. Y amalaya podamos continuar juntos, tanto más desde que sus nombres quedan vinculados para siempre con los de dos seres cuyas augustas memorias me son tan queridas.

También, sin palabras... y sin comentarios.

6

En 1941 comienza a publicarse una revista laboral llamada simplemente **Derecho del trabajo**, en la editorial «La Ley», bajo la dirección de Deveali (por ser éste de origen italiano, a la tal **revista**, se le solía decir **rivista**). Y ya en su primer año, Ramírez Gronda colaboró en ella, como lo siguió haciendo hasta su muerte. En un fin de curso de la Cátedra en 1972 (yo ya era ayudante de cátedra de Rodolfo A. Nápoli y del profesor extraordinario Deveali), me tocó en suerte despedir al curso, en presencia de los aludidos profesores, y reconstruyo ahora las palabras que entonces pronuncié, rindiendo un sentido homenaje no tanto a dos hombres, cuanto a dos obras: **El contrato de trabajo**, aquel libro de Ramírez Gronda del año 1945, y la **Revista Derecho del Trabajo** que ya llevaba treinta tomos, uno por año, en los que se reunían los doce inevitables fascículos mensuales.

Recordé entonces una breve alocución de Ramírez Gronda efectuada en cierto momento en que era muy común la «demora» de la correspondencia -por paros y otras medidas de acción directa del personal de Correos-, oportunidad en que, palabras más o palabras menos, dijo que sentía notablemente él como muchos tales «demoras» de cartas, envíos y otras remesas efectuados por el correo por ciertas razones notorias que son del dominio público. Sin embargo, el fascículo «della rivista», sorteando tales dificultades, nunca dejó de llegar «a tiempo», pues Deveali se las ingeniaba para entregarlas por mandaderos especiales. y si era necesario, mediante chasquis.

Así hice referencia al maestro para, a continuación, decir que no quedaría completado el homenaje si no debía reconocerse que, antes de la **revista**, los iuslaboralistas eran apenas conocidos entre sí por los volúmenes que cada uno tenía en sus bibliotecas, acercando todo al parangón de los convecinos de algún barrio, o algún villorrio, que se tenían afectos y alguna vez se encontraban en reuniones o fiestas esporádicas, tales como congresos, jornadas, homenajes, etc. Pero, cuando nació la revista, ésta se instituyó rápidamente como el hogar común, es decir, aquél en el cual ya se encontraban en el mismo cobijo y en el mismo techo, en cuyas páginas latía de allí en más el encuentro y hasta la polémica en familia, y en ese hogar común, donde convivían los autores que otrora sólo habitaban los anaqueles del desencuentro y el aislamiento. Pero, además, el homenaje de ese recordado fin de año, debía orientarse hacia la obra de un hombre, mi maestro, que ya conocía los cinco lustros de vida, **El contrato de trabajo**, obra vigente, tal vez igualada... pero, no superada.

No superada hasta entonces y no superada hasta ahora, ni siquiera con algunas inocentes actualizaciones de que fuera objeto una síntesis que el propio autor publicó en su vida para una obra de aporte colectivo.

Ramírez Gronda merece mucho más que estas líneas concebidas con espontaneidad, aunque muchas palabras están acalladas por la emoción, no por la discreción o la prudencia. He preferido el estilo sencillo de quien se dirige al maestro para expresarle la gratitud por todo lo que de él ha recibido, así como el aliento y el optimismo que, si bien fueron y siguen siendo los baluartes de mi vida, unidos a la jovialidad, la tolerancia, la templanza y la fe, el maestro compendia todo en sus talentos, alcances y sabidurías.

Cuando se sostiene por allí, y a lo que yo adhiero sin reparos, que **Jofré** sólo ha sido igualado por **Anastasi**, pero que ambos fueron insuperables, del mismo modo que aquel talento frustrado del siglo pasado, que fuera Matías Behety, primer poeta fallecido en la entonces recién fundada ciudad de La Plata (24 agosto 1885), tengo para mí que el caso de Ramírez Gronda se inscribe en esa lista no muy extensa de los malogrados, como alguna vez dijo Benito Pérez, es decir, de los hombres que, de no haber sido por la prematura muerte que tronchara sus vidas, muchos servicios habrían podido aun prestar a la ciencia jurídica argentina, además de todo cuanto hicieron en su corta existencia en este mundo. Sin contar tal vez lo más importante: todo cuanto dejó y quedó en sus discípulos, entre los que me honro estar incluido.

XI

REGA MOLINA

Un grande nicoleño, honra de la poética hispanoamericana

dedicado a (la seguidora impenitente)

María Emilia Bertolini

y a (su implacable e insustituible impulsor)

Roberto Miguel Bráviz López

*(de los irrepetibles, insuperables y recordados
vernissages platenes).*



LENGUAJE Y PATRIMONIO

a Rega Molina

Por un territorio de densidad, de geografías
de prados y mesopotamias, el sauce
está vecino del ombú.
Allí, tan cercano, el río y la pampa,
la isla y la campiña,
la hacienda y el cardumen,
la pesca y el arreo.
El río pasa frente al arenal y al monte.
Y atrás, la planicie que se extiende
entre quintas, viñedos, frutales, sembradíos,
latitudes de campo,
en enjundia de litoral y de llanura.
Se determina así el margen necesario,
la propicia descripción,
el límite preciso e inextinguible,
la multiplicidad
de un cuadro y un vocabulario,
el vocablo, el sustantivo, el nombre,
que pueden transitar
predicando la literatura, esa página
en la que quizá sólo algunos poetas,
como Horacio,
tengan la palabra.

1

Este poema escrito en los años 80, fue incluido en la segunda edición ampliada de mis **Resonancias nicoleñas** (1991). Y si decidí ello e incorporarlo acá es porque simplemente me gusta hacerlo y me gusta el poema. Pero, sobre todo, por dos razones. La primera, y muy fundamental, por el destinatario y porque me llenó de sorpresa -mucho más de lo esperado- la circunstancia de que mucha gente de aquí (de La Plata) haya reparado en el poema, y además, que lo recuerden. Incluso, recién escrito se lo mostré al poeta Horacio Ponce de León (abogado) en su estudio de 47 entre 13 y 14, e inmediatamente hizo

una copia y me honró con ese gesto. Y la segunda, porque en oportunidad de presentar la segunda edición de Resonancias... en San Nicolás (que se llevó a cabo el 5 de abril de 1991), y en una audición radial (la emisora nicoleña LT 24 de Aldo Ramini) del 4 de abril, el poeta De Vicari escogió el poema para su lectura. Si Piero lo eligió...

2

Cerca de **El Acuerdo** (la casa histórica), frente a las barrancas del Paraná -que pasa por mi San Nicolás de los Arroyos-, el día 10 de julio de 1899, nació uno de los más grandes de la poética hispana y el mejor de la bonaerense de todos los tiempos: Horacio Rega Molina.

Quizá por ello, el diario nicoleño **El Norte** haya acertado en decir de él: **poeta histórico. A mi** juicio, con su nacimiento, queda atrás el s. XIX y nace un día más tarde del de la independencia nacional. Pero, sobre todo porque nació en San Nicolás; y cerca de la histórica casa!

Sin haber podido editar **Odas de vivac y de a caballo** (una suerte de poemario ecuestre) y **Conservación del fuego**, Rega Molina se va al país del silencio ,luego de su exitosa misión cumplida, el 24 de octubre de 1957 (en la ciudad de Buenos Aires).

Como acertadamente se destaca en la **Primera antología de la poesía nicoleña** (FESN, 1986), cuando la misma se ocupa del poeta, se mencionan las tres siguientes antologías de Rega Molina que fueron editadas: **Raíz y copa (1943)**, **Antología poética (1954)** y **Poesía de Horacio Rega Molina (1965)**, con apropiada selección y comentarios de Manuel Alcobre).

Obras: **La hora encantada (1919)**, **El poema de la lluvia (1922)**, **El árbol fragante (1923)**, **La víspera del buen amor (1925)**, **Domingos dibujados desde una ventana (1928)**, **Azul de mapa (1931)**, **Oda provincial (1940)**, **Sonetos con sentencia de muerte (1940)**, **Paria del campo (1946)** y **Sonetos de mi sangre (1954)**.

Qué más decir aquí, por ahora, de este profuso poeta (mucho poeta y mucha poesía), a quien tuve oportunidad de llegar a conocer un poco a la distancia (y a través de amigos comunes, como García Saraví, entre otros), pues yo ya había llegado a La Plata cuando Rega Molina ya hacía mucho que tenía actuación descollante en Buenos Aires. Pero, las pocas veces que se me concedieron para verlo y hablar con él, no me fue posible hacerlo por esas cosas de las «cosas» (al mejor o peor estilo de Ortega). Hasta que sorprendió su muerte en plena libertad y con indisimulada congoja. Muchos años más tarde, conocí a María Granata...

3

Cuando leo el **Soneto a Margarita** de César Bustos (**Desmandado vuelo**, es el libro que lo contiene), me trae a la memoria un soneto de Rega Molina intitulado **La hermana**. Y viceversa. El de Rega Molina, y en su homenaje, vale que conste aquí.

En esta clara noche de verano
que un sopor de fuego nos abraza,
qué bien se está, bajo la luz escasa
del velador, junto al oscuro piano.

Todo esto es dulce, y por mi mente
pasa el deseo infantil de ser tu hermano,
y caminar, llevado de la mano,
por las habitaciones de la casa.

Tú me comprendes, rubia y compañera,
y en tu sonrisa inmóvil y hechicera
adivino, con íntima ventura,

que no te has olvidado todavía
cuando en la infancia generosa y pura
yo era tu hermano y tú la hermana mía.

Setiembre...

Tengo para mí, y aquí no efectuaré mayores precisiones, dos meses de mis predilecciones más caras en las nostalgias, la poesía y el misterio: abril y octubre. Alguna vez diré más de esto, sin pretender incurrir en la tontería de la intriga.

Pero, setiembre... No sé, aunque quizá lo sepa.

Después de mi primera edición del 60 de **Resonancias...**, o sea, en esa década -también bastante misteriosa, para mí-, escribí una serie de poemas que titulé **Doce instancias de muertes y desvelos (y otras melancolías)** y que luego incluí en un libro que intitulé **Poemas** que me prologó García Saraví (en su primera y segunda edición, respectivamente, 1972 y 1989). Tal **serie** y por su número se correspondía con los meses del calendario, y en lugar de comenzar con el de enero, lo hice con setiembre, con el único poema místico, si se quiere, de mi producción, el que luego incluiría en la segunda edición de **Resonancias... (1991)**, dedicado a San Nicolás.

Señor:

Hoy siento la muerte en mí.
Y no siento dolor en confesarlo ni
tristeza en comprenderlo.

El mar me llama.

De otros tiempos,
aquella mañana de **setiembre**,
entonces niño,
la vieja casa
y el sendero simple.
La abuela, que recuerdo,
del noble, elemental regalo
en un día cualquiera de cumpleaños.
Un pájaro amaneció muerto al lado de un sauce.
Y el Paraná que seguía sin volver la vista.

Y en homenaje a Rega Molina, va su hermoso soneto titulado

SETIEMBRE

Cuando al tiempo le quede un solo día
último de setiembre, ya gastada
la verde luz de la sabiduría
con que la planta estuvo iluminada.

Cuando por claustros de melancolía
el pájaro con ala diplomada
venga a ofrecer, en triste abogacía,
trámites sucesorios de la nada.

Cuando haya un gran silencio sin colores
y se me sequen las pupilas viendo
esparcidos los huesos de las flores.

Cuando setiembre rueda hasta su fosa
yo seguiré lo mismo que hoy, creyendo
como en un cuento de hadas, en la rosa.

5

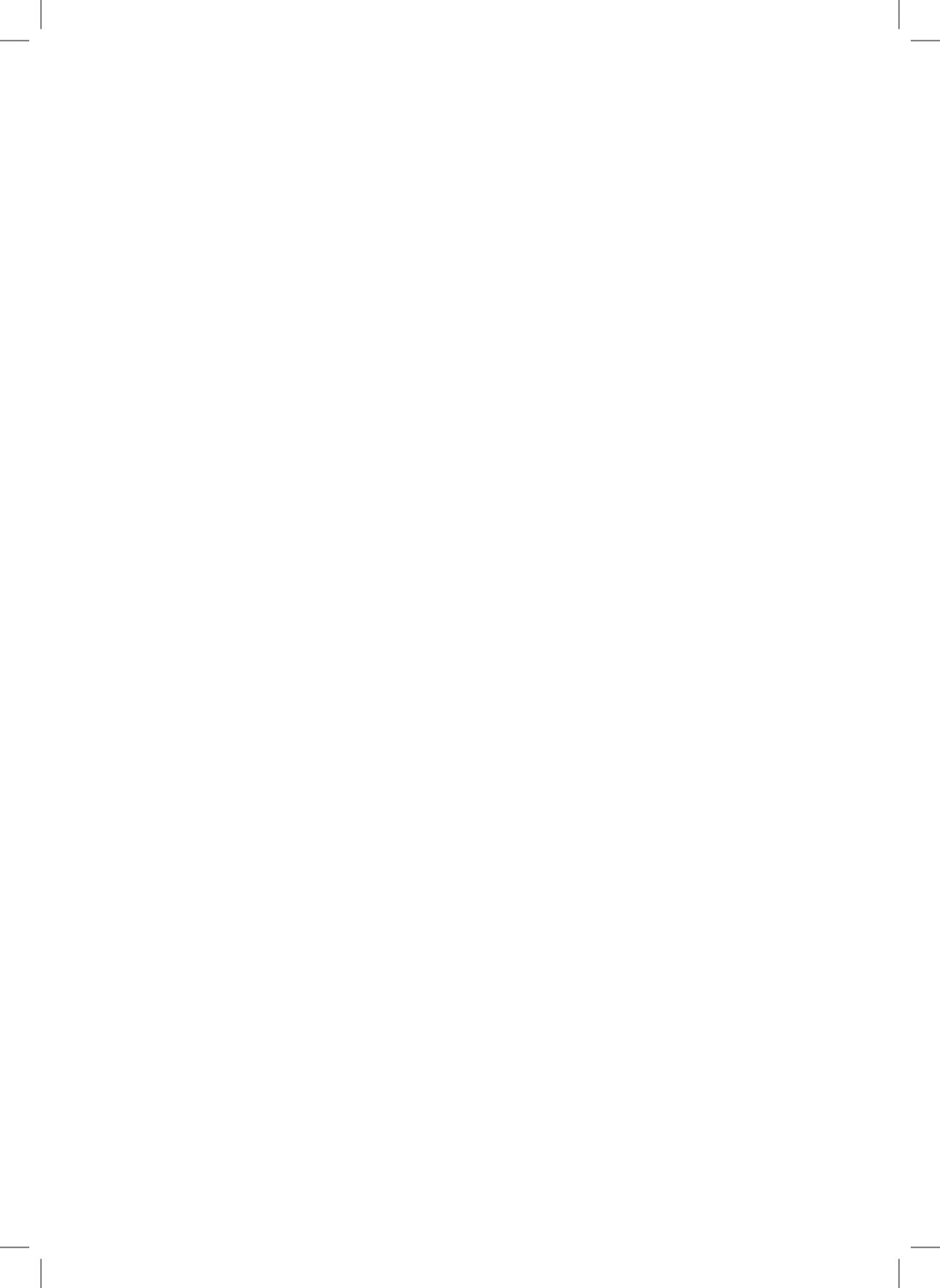
Y dejo aquí, para terminar, abriendo en cualquier página la mentada antología de Alcobre, este soneto sobre **El caballo** (probable, o más seguramente, no superado).

¿Dónde está mi caballo, en qué camino,
sobre los verdinales de qué prado?
¿Dónde está su pecho de vigor sobrado
y de su frente el ojo cristalino?

Con él quería desandar lo andado,
buscar, por las llanadas, mi destino,
cruzar, ya mitológico y salino
por el mar de un color sólo pintado.

¿Quién le vio el anca, el lomo, el pecho, el cuello?
¿Quién en el resplandor o en el misterio?
¿Quién flamear la espuma del resuello?

Quizá de igual angustia que la mía
nació y murió en el mismo cautiverio
preguntando por mí cuando moría.



XII

ROCCO

Incomparable Juez, Abogado, Profesor y Amigo

a Ornar Alberto Balboa

Este trabajo se corresponde con el discurso que pronuncié en la necrópolis de La Plata, el día 22 de marzo de 1993, en nombre de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (en representación del decano Dr. Juan José Valentía Mosca), su Instituto de Derecho Social y las cátedras de Derecho Social, y además, de la facultad de Ciencias Económicas (cátedra Derecho del Trabajo y Sseguridad Social). Se publicó en la Revista del Colegio de Abogados de La Plata, Año XXXII, N° 53, 321 ss. En este libro, hago estricta justicia a un hombre que quiso mucho a Rocco y que éste no le fue en zaga, el Dr. Omar Alberto Balboa.

1

La cátedra, el libro, el periodismo, la magistratura judicial y la abogacía -la ciencia, la verdad, la justicia y la docencia- sin dejar de aludir a la amistad, la lealtad, la bondad y tantas otras virtudes -que adornaron su personalidad-, están de duelo hoy con la muerte de mi colega, camarada, compañero y amigo **Orlando Pedro Rocco**, quien ha debido irse hacia ese incontenible, intemporal e inefable espacio del misterio y del silencio, porque así lo ha dispuesto la voluntad del Señor.

La magna Universidad Nacional de La Plata, en dos de sus beneméritas unidades académicas, ya la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, así como la de Ciencias Económicas, me ha instituido de recibirme de este triste cometido de corresponderla y cumplimentarla en este acto del definitivo, inevitable, emocionado y postrero adiós al que fuera digno profesor de esas dos honorables vertientes de la enseñanza superior argentina.

2

En ciertas líneas que le dediqué alguna vez a este querido amigo, intenté describirle algo que, por entonces, sólo enunciaba una poética expectativa.

**Seguimos una línea transversal
hasta perdernos en un horizonte
que cae detrás del mundo¹.**

Hoy quizás se adquiera, lamentablemente, una mejor comprensión de lo indiscifrable de ciertos misterios ante la propuesta de la vida que continúa, justamente, más allá de este mundo. Y de la otra... tal vez, mucho más acá del mismo.

**Ed é il pensiero
della morte che, in fine, aiuta a vivere².**

1) MILANTA Atilio, **Ismael** (poesía), poema dedicado a Rocco.

2) SABA Umberto, **Ultime cose** (poesía **Sera di febbraio**).

Así están las cosas hoy ante esta muerte de abismo, de silencio, de esperas y esperanzas, del culto de los empeños y de los perdones.

3

Dije la **Cátedra**. Porque en un libro de su autoría -el enjundioso y recordado trabajo sobre el régimen laboral del periodista-, estampó la dedicatoria a la platense universidad nacional, en cuyas aulas -palabras de Rocco- **aprendí y enseñé derecho**. ¡Casi nada!

En efecto, en su facultad de **Ciencias Jurídicas y Sociales** integró la prestigiosa cátedra laboral, que otrora fundara el eminente y malogrado profesor **Leonidas Anastasi**, y en la de **Ciencias Económicas**, accedió a la titularidad de la de trabajo y seguridad social, que iniciara ese otro talentoso y malogrado profesor **Juan D. Ramírez Gronda**.

El tiempo y mi vocación de maestro por la docencia, más que cualquier otro humilde mérito intelectual o modesta virtud científica, hicieron que sucediera a Rocco en ambas cátedras, donde se respeta su memoria y donde se le recuerda por sus aptitudes y por sus enseñanzas. Ambas fueron enaltecidas, a su turno, con su amor, su dedicación y su sapiencia.

4

Dije el **libro**. Y no quise generalizar, como frecuentemente lo hago, con **las escrituras**. Aunque pude haberlo hecho, en el caso de Rocco, porque la dimensión de un escritor se pone en evidencia no tanto por la cantidad, cuanto por la calidad o densidad de sus contenidos.

Ya en el libro, ya en el periodismo o ya en sus alegatos, recursos o sentencias, mi camarada y amigo dejó la impronta de su estilo, tan atrayente como técnico, conciso e incisivo. La precisión en el lenguaje y las afirmaciones rotundas y concluyentes, sobre todo, fueron algunas de las mejores virtudes en este tipo de difícil literatura. Literatura que, no obstante, suele prestarse a ciertos enunciados que la desnaturalizan, sin mencionar a otros que la desjerarquizan o la envilecen.

La literatura de Rocco, en cambio, imponía juicios cristalinos, profundos y sólidamente abastecidos con persuasivas argumentaciones de jurista y escritor.

5

Dije el **periodismo**. Pues, junto con aquella mentada dedicatoria a la Universidad, en el aludido libro sobre el trabajo periodístico, Rocco también dedicó sus desvelos y afanes al otro gran amor de su vida: el periodismo, en el diario **La Nación, tribuna de doctrina** -sus palabras-, al que **me honré** -agregaba Rocco- **sirviendo como reportero y cronista durante 17 años (1943-1960)**. Aunque su actuación no se ciñó, por cierto, al libro, sino que, además, la completó gremialmente, interviniendo como representante del Círculo de Periodistas de la Provincia de Buenos Aires en los recordados congresos de la Federación Argentina de Periodistas llevados a cabo en Tucumán y Santiago del Estero (1947), en Córdoba (1948 y 1969), en Rosario (1949), en Salta y Jujuy (1970) y en Formosa (1971), entre otros.

6

Dije la **magistratura judicial**. Porque no quise aludir sino a la culminación de la jurisdicción en ese otro oficio, labor, misión o vocación, como lo es el del **buen juez**, allí donde Rocco tuvo ocasión de ejercer, como ningún otro, o al menos, como muy pocos o casi nadie -según mis noticias-, una ejemplar docencia como tal. Los comilitones de turno no tuvieron entonces la sabiduría o grandeza para reconocer las notorias virtudes de Rocco (de las que ellos carecieron), descuidando displicentemente el merecido ascenso a camarista. Esto, sin embargo, le dio oportunidad a Rocco para demostrar a ciertos burócratas de la judicatura cómo también un buen juez puede ser un **buen abogado**. Aquéllos nunca fueron capaces de tales hidalguías en las letras y las armas, en las que Rocco no sólo triunfó, sino que obtuvo éxitos notables y trascendentes. También, según mis noticias, pocos fueron los que, luego de transitar honrosamente el pretorio, como juez, luego prosiguieron con no menos honra, fama y éxito, como abogado.

Y cuando hace una década a mí se me convocó para la magistratura judicial en lo laboral de La Plata -y que, por supuesto, acepté ese inigualable honor-, reconozco con sincera humildad que encontré en Rocco ese ejemplo del buen juez, digno de seguimiento y emulación. Difícil de igualar. ¡Casi imposible de superar!

Y hoy medito ante el muerto, consultada mi conciencia, que, tal vez, por esto, sean ciertas las virtudes que me atribuyeron mis generosos amigos

y colegas en mi desempeño como juez; amigos y colegas que siempre me estimularon en el ejercicio de tan noble, cuan benemérita y difícil función, que traté de honrarla con lo mejor de mí. **¡Y éste, sí, quizá, sea el mejor homenaje, en lo personal, que me es dable hacerle o rendirle a un hombre que dio lustre a la judicatura bonaerense, como muy pocos!**

7

Dije la **abogacía**. Así nomás, la abogacía... Esa otra misión, también difícil, noble, enaltecedora, sacrificada, no siempre bien comprendida y a la que se le suele hacer preceder de una fama incompatible con su templanza, su entereza y su perdurabilidad.

En tanto yo hice ejercicio activo de la abogacía durante casi tres décadas y culminé mi trayectoria profesional como juez, Rocco recorrió exactamente el camino inverso, pues luego de tantos años en la magistratura, culminó su carrera dignamente vistiendo la toga de abogado, la verdadera abogacía del ejercicio profesional, ¡con portafolio, mesas de entradas, audiencias, pasillos y todo! O sea, la abogacía de abogar, a la que le dio lo mejor de sí, o sea, todo cuanto le dio el claustro, el pretorio y la pluma, además de los años... esos que se apilan o acumulan inexorablemente para cimentar ese precioso edificio de la experiencia, ese milagroso acontecer que, todo cuanto deja atrás, parece que siempre va delante, ya para prever o prevenir, ya para la prudencia o la cautela, o cuando sea necesario, ¡para la contundencia y la rapidez!

La toga ha menester, además de la **scientia et diligentia**, de prudencia, experiencia...

8

Finis. Y pues que, si en todos esos magisterios Rocco hizo verdadera docencia, es el caso ahora de apuntar un más alto con la mención del hombre, frontal, enunciativo, afable, ético, camarada, compañero, exigente, preciso, sensible, sensitivo, inteligente, hombre, en fin, que pensó lo que dijo y dijo lo que pensó.

También alguna vez Rocco pensó conmigo: hago lo que me gusta y me gusta lo que hago.

Mucho queda todavía³ Pero, hoy, nada más puedo, ni debo decir. Cuanto falte, será para el futuro, para todos los días, eso cotidiano, cálido y fraterno que alimenta los espíritus con el lirismo imprescindible y la sutileza de la candorosa anécdota, o la biografía intimista, o el detalle nostálgico del diálogo; el diálogo espontáneo que encienda su evocación en el preciso instante del encuentro, en una inesperada esquina del crepúsculo platense, con el ocasional amigo común, a quien yo le pregunte entonces, o él, me pregunte a mí: **¿te acordás de Orlando?**

-
- 3) Pedro Orlando Rocco nació en Balcarce el 14 de diciembre de 1917, hijo de Clemente y Palma Antonia Italiano, casado con **Wanda Emy Dascanio** (hijos: **Mónica, Verónica, Sandra, Diana y Alfredo Pedro**). Se graduó de abogado en la universidad estatal de La Plata (1953). Se radicó en la ciudad de las diagonales en 1936, ejerciendo el periodismo en el diario «El Argentino» (hasta 1947) y fue cronista de «La Nación», en su corresponsalía local (1943 a 1960). Colaborador permanente en la Revista Jurídica «La Ley», en el diario «El Día» de La Plata y diarios y revistas del país y del extranjero. Fue profesor de la cátedra de Reportaje y Redacción de Noticias en la Escuela de Periodismo de La Plata (1949 a 1954) y profesor de Derecho Constitucional y Administrativo (1964 y 1965), de Política y Derecho Social (1967 a 1969) y de Derecho del Trabajo y Seguridad Social (1969 a 1984) en la Facultad de Ciencias Económicas (Univ. Nacional de La Plata). Además, como se ha dicho ejerció la docencia en la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la misma Universidad. Ingresó al poder judicial de la provincia de Buenos Aires en 1955 como secretario de la Suprema Corte en asuntos del trabajo y rurales, dirigiendo la nueva *serie de las publicaciones* de Acuerdos y Sentencias del tribunal y en 1967 fue designado juez en lo Civil y Comercial (Departamento Judicial Capital, con asiento en La Plata), cargo que desempeñó hasta unos años antes de su muerte. Además de participar en numerosos cursos, congresos, jornadas, simposios y otras reuniones científicas en Argentina como en el extranjero, integró institutos universitarios de investigación, comisiones paritarias, comités ejecutivos, asociaciones científicas y otras organizaciones de estudios y perfeccionamientos. Fue distinguido con medalla de oro de la Cámara de Diputados (legislatura bonaerense) en reconocimiento a su labor en la crónica legislativa. Y dio a luz importantes obras jurídicas que enriquecieron notablemente la literatura especial, tales como **Función jurisdiccional de la autoridad administrativa en materia del trabajo** (1952, publicada por la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales), **Régimen del Personal administrativo de empresas periodísticas**, así como el **Régimen de los periodistas profesionales** (publicados en el tomo III del **Tratado de derecho del trabajo**, dir. Deveali, 1965; y en segunda edición de 1971) y **Régimen del trabajo periodístico** (1981), entre otras no menos importantes.

Quizá Rocco (como yo y algún otro) que pasó por la abogacía y por la magistratura judicial, haya comprendido mejor que nadie la olvidada inscripción grabada en 1615 en la puerta de un edificio veneciano, que decía:

Fabbisogno, per intraprendere lite,
cassa da banchier,
gamba da cervier,
pazien da romito,
aver rason,
saverla. espor,
trovar chi l'intenda e chi la voglia dar,
e dibitor chi possa pagar.

XIII

SPERONI

... Ese poeta intemporal

Reproducción de las palabras pronunciadas por mí en nombre de la Sociedad de Escritores de la Provincia de Buenos Aires (SEP), en el bosque de La Plata, frente al busto del poeta (debido al escultor platense Heberto Washington Andrade), el 26 de setiembre de 1982, al cumplirse el sexagésimo aniversario de su natalicio y el de los tres lustros de su muerte. Efectivamente, Roberto Themis Speroni nació el 29 de setiembre de 1922 en La Plata y en la misma murió el 28 de setiembre de 1967, habiendo dejado édita la siguiente obra poética: **Habitante único** (1945), **Gavilla del tiempo** (1948), **Tentativa en la luz** (1951), **Tatuaje en el tiempo** (1958), **Paciencia por la muerte** (1963) y **Padre final** (1964). También editó la novela **El monso** (1958). En cuanto a la obra inédita, que registra la obra de Ana Emilia Lahitte, **Roberto Themis Speroni**, en dos tomos (el primero titulado Antología comentada, y el segundo, **Poesía** inédita), Edic. Fondo Cultural BA, La Plata, 1975, consiste en la siguiente: **Cantos del solitario; Sólo canto de hierro; Elegías alfabéticas; Aquella vez de la madera; Le digo al aviador; La piedra más rota; Sonetos** (1951 -1966) y **Otros poemas**. Así, también, inéditos, figuran las siguientes obras: **El antiguo valle** (novela en cantos), **Yo y otras historias** (cuentos), **Viaje hacia un «Tiempo de muchachas»** (ensayo sobre la poética de Alberto Ponce de León), **Cielo interior** (escenografía de la infancia), **La fatiga** (novela), **El jinete** (novela) y **La gitana** (novela).

Como con algunos grandes. sucede con este poeta que hoy convoca la evocación que, si bien tuvo un tiempo y un lugar de su existencia y para su canto, así como cuantiosos seres y cosas de los que se sirvió para los grandes temas de su obra, sigue siendo cada vez un fuera del tiempo y hasta ajeno de su lugar tan querido.

Y como sucede con otros grandes, a medida que transcurren los años y se suceden generaciones reales y de las otras, se rescata su nombre como la gran figura del 40¹ -si no la mayor-, aunque no dejara escuela ni discípulos, sino una poesía que conmovió y emociona humanísticamente, porque la poesía que **trazó su vida no tiene muerte**².

Como él mismo lo dijo de sí mismo, nació en La Plata, murió repentinamente en cualquier lugar, no se arrodilló ante nadie, salvo ante el amor y la tragedia. No fue puro, ni sumiso, ni paciente. Fue un dado ciego en un cubilete de hierro, un perro en soledad, una campana orgullosa y ronca³.

No se puede decir si la poesía de este intemporal es o constituye la

-
- 1) Con docente e indisimulable prudencia, la escritora y ensayista **Lidia F. Lewkowicz**, enseña en su libro **Generación poética del 30**, p. 12, que respetando y tornando en consideración las **precauciones** de rigor, adoptaremos para el estudio del marco epocal propuesto el nombre de **Generación**, entendiendo como tal a un **conjunto** de escritores que iniciaron su empresa literaria en torno a una **fecha decisiva central** y que, identificados por ideas similares, tendencias armonizantes e igualdad de ideales, se unieron en la búsqueda de la meta común. De si **la del 40**, y en La Plata, constituyó una tal generación, quizá continúe siendo un tema pendiente no dilucidado aún, no obstante algunos importantes aportes que aluden a **la escuela platense de poesía**, tal el título de un ensayo de Alberto Ponce de León en **Universidad «nueva» y ámbitos culturales platenses**, publ. del Departamento de Letras, Fac. Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional La Plata, La Plata, **1963**, ps.495/ 538. En sus **Palabras liminares** (de García Saraví) a mi libro **Poemas** (poesía, 1972), sostuvo la inexistencia de la proclamada y exaltada «escuela de La Plata», pues sólo existe «una buena cantidad de poetas de La Plata (o en La Plata, provenientes de distintos lugares del país) de relevantes condiciones que no poseen entre sí más vinculación o contacto que el nombre de la capital de la provincia». Por eso, sostenía más adelante: «alguna vez habrá que realizar una revisión de los valores habitualmente aceptados como incommovibles. Almafuerte y los integrantes de la llamada **primavera trágica** y sus continuadores; los representantes, buenos o malos, de la estimable generación del 40 que por lo común se la hace comenzar con el semiplatense Barbieri; los que los suceden con algún desorden y efímeras luces de bengala en las manos y, finalmente, los pocos que se orientan hoy hacia la desorientada brújula de la poesía y que tienen alrededor de 20 años».
 - 2) MUX Néstor, **Cartas íntimas para todos**, Ed. Elepé, La Plata, **1974**, **41**, carta inserta también en la cit. obra de Lahitte sobre Speroni, **I**, **132**.
 - 3) Lahitte parece más veraz sobre esto cuando transcribe, a continuación de «una campana orgullosa y ronca» atribuible, por supuesto, a S peroni, lo que sigue: «un hombre que por mirar cada muerte en las estrellas, se olvidó de los chacaes, de las cucarachas y, en cierta medida, de Maldoror, donde una tarde de agosto sangró su corazón» (t. I, p. 15). Concluye Lahitte: «La huella, invalorable, tiene una fecha: 17 de marzo de 1966. Un año antes de empezar a morir».

alternativa del sueño o de la reflexión, aunque el hombre se vale más de la poesía donde la reflexión o el razonamiento no resultan satisfactorios para exponer los resultados o soluciones ante los acuciantes problemas y dramas de la existencia. Con un lenguaje que no tomó de nadie, y que nadie le puede pedir prestado, Speroni lleva sus elaboraciones profundas más allá del pensamiento y el discurso. **Sueña** más que reflexiona, **para no ser** el pobre ser que menciona Hiperión, sino **un dios**⁴.

Algunos preguntarios podrían haber quedado sintetizados en tal vez **¿cuál es el tiempo que nos mueve a vagar por la memoria/o aun creer que las palabras pueden llenar/un espacio que nuestra vida esquivo?**⁵, si después de todo, **cuando al final dibujamos nuestra meta,/anclamos las sorpresas y cazamos el silencio/como una torre, justo en la víspera de los anuncios/en que habríamos de juntar los pies/o alzar los brazos para seguir nuestro camino**⁶.

Las hilachas del pasado van confirmando los olvidos o las frivolidades de salón a que suelen echar manos las gentes superficiales que se valen de convencionalismos y de mediocridades. Y cuando ellas se ocupan de los nombres trascendentes -como Speroni-, no repiten nada más que viejos juicios o tonterías, magnificando pequeñeces que el poeta desdeñó durante su vida. En tanto descuidan el mensaje, la relevancia de su canto, máxime que «Speroni, porque así lo quiso y porque es el más indicado para representarnos, asume en este momento el mandato de una ciudad, un tiempo y una generación...»⁷.

Y entre esos grandes temas, quizá la muerte..., como en el caso de casi todos los poetas, comenzando aquí con Almafuerte que acentuaba ya el misterio en octosílabos, tan eficaces como inevitables⁸:

**¡Yo soy un muerto que quiere
que no lo tengan por muerto!**

4) HÓLDERLIN Johann Christian Friedrich, **Hiperión o el eremita en Grecia**, libro primero, 2.

5) PRELER Horacio, *Objetos caducos*, «La Prensa», 26 setiembre 1 982.

6) Fragmento de mi poema **Eureka**, Boletín Informativo del Colegio de Abogados de La Plata, N° 143 marzo 1982. e incluido en mi poemario **Dictamen de mi mismo** (Dei Genitrix, La Plata, 1989, p. 48).

7) García Saraví, en «La Nación», 30 enero 1966, y en Lahitte, op. cit., **I, 189**.

8) Corresponden a las dos últimas líneas de la anteúltima espinela de **En el abismo (Para una joven)**, así la tituló el poeta.

Speroni mucho después habría dejado inédito un rotundo **no estoy muerto/ni tampoco estoy vivo**⁹.

Y en los intersticios de ese filosofar, se redescubre la metafísica de la intemporalidad de todo ese su existir en la existencia de su propio ser, prescindiendo tanto de la vida, como de la muerte.

9) Según Lahitte, **op. cit.**, II, 83, se trata de varios poemas reunidos bajo una designación proveniente de dos bellos endecasílabos (**la más rota y extraña piedra sangra/con libertad desconocida y sola**), o sea, **La piedra más rota**, fragmento fechado el año anterior de la muerte del poeta (10 febrero 1966). Comenta atinadamente Castillo que «la vecindad de la muerte la dota de un patetismo que alumbra las zonas más significativas de su evolución», pues «el poeta habla ya desde la penumbra, desde esa región intermedia entre la vida y la muerte donde ve derrumbarse ante sí la luz sin que aún *se* hayan abierto de par en par las tinieblas».

XIV

VUCETICH

**El agente (vigilante) meritorio y otro de los
hermes de La Plata**



A

Un estudio previo

*a María Dévora Vucetich de Re y a
Olga Ofelia Fernández de Re Vucetich*

El poeta nicoleño Nicolás Semorile escribió este soneto (que tituló **Viñeta del bosque**, inserto en su libro **Rapsodia platense**, Ed. Curupí, S. Nic., 1958, lamentablemente olvidado, o al menos, poco conocido o recordado, tanto en la ciudad de las diagonales cuanto en la del Acuerdo), uno de los más hermosos de su autoría y uno de los más logrados sobre el bosque de La Plata: **Domingo de noviembre. Tarde grata./Eucaliptus profusos y señeros./Este es el bosque. Claros derroteros./Amplio lugar para la caminata./Allá, campo de hierba se dilata,/pero aquí se dilatan los senderos./El lago, aquí, se enciende en reverberos,/y en sus aguas la gruta se retrata./El busto del poeta. El coliseo./ Y allá, los hermes de los que han honrado/a la ciudad. No lejos, el Museo./ Amplio lugar para la caminata,/donde siempre mi paso he demorado./Grata es la tarde, pero aquí es más grata.**

Uno de tales hermes es **Ivan Vucetic** -tema de este trabajo-, y los cuatro restantes son los siguientes: **Almafuerte** (Pedro Palacios, n. en San Justo, La Matanza, provincia de Buenos Aires, el 13 de mayo de 1854, y m. en La Plata, el 28 de febrero de 1917); **Florentino Ameghino** (n. en Oneglia, provincia de Génova, en setiembre de 1853, o en Luján, Argentina, el 18 de setiembre de 1854, y m. en La Plata, el 6 de agosto de 1911); **Alejandro Korn** (n. en San Vicente, provincia de Buenos Aires, el 3 de mayo de 1860, y m. en La Plata, el 9 de octubre de 1936; hijo de Adolfo, n. en Breslau, el 28 de mayo de 1820, y m. en San Vicente, el 7 de julio de 1902, y padre de mi recordado y querido profesor Adolfo Korn Villafañe, n. en La Plata, en 1894, y m. en La Plata, en enero de 1959), y **Carlos Spegazzini** (n. en Bairó, cerca de Torino, el 20 de abril de 1858, y m. en La Plata, el 1 de julio de 1926). **Dormiunt in somno pacis.**

El presente es un estudio elaborado sobre la base de las conferencias por mí pronunciadas, en 1992, en la biblioteca Popular y Museo de Bellas Artes de la Asociación «Domingo Faustino Sarmiento» de la bonaerense localidad de **Mercedes** (25 de abril), en el salón de actos de la Escuela Normal «Rafael Obligado» de **San Nicolás de los Arroyos** (21 de agosto) y en la **Escuela de Policía «Juan Vucetich»** (el 10 de setiembre), aunque antes también debo mencionar la pronunciada en el salón auditorio « Comisario General Dr. Enrique Gracia Mas» de la Dirección General de Institutos de la policía de la provincia de Buenos Aires (el 30 de agosto de 1991).

Y por último, debo complimentar con mi reconocimiento y gratitud a quienes generosamente, y sin vanidades ni celos profesionales, me acompañaron en esta **patriada** criminalístico-vucetichiana con sus datos,

referencias, apuntaciones y otras precisiones científicas. Aludo así, entre otros, a los reputados señores comisarios técnicos Vicente David Borda Barrera, Jorge Rubén Giménez Perret y Carlos Alfredo Sozzani, quienes fueron aludidos por mí en las conferencias antes referidas (**verba volant**). Ya no sólo allí, ahora, **scripta manent!** No obstante, todas y cada una de las puntualizaciones, afirmaciones y conjeturas que expondré, **ultima ratio**, son de mi exclusiva responsabilidad y autoría.

1

A Bernardo Calderón, jefe de policía, desde mayo de 1883 a junio de 1884 año en que Vucetich llega a Buenos Aires-, le cupo el honor de dirigir la institución en el momento de la inauguración del edificio que actualmente ocupa en La Plata (frente a la plaza Rivadavia, manzana limitada por las calles 2 y 3 y las avenidas 51 y 53).

Los edificios públicos de la nueva capital bonaerense se venían levantando aceleradamente desde su fundación (llevada a cabo, como se sabe, el 19 de noviembre de 1882) y el gobierno provincial había dispuesto que las autoridades del primer estado argentino, que aún se encontraban desempeñando sus cargos en la benemérita ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre -ya la capital federal-, debían estar instaladas en La Plata antes del 30 de abril de 1884. Por una extraña coincidencia, y por esa época del año de 1884, cuando jefatura abandona aquellos espacios o recintos capitalinos para instalarse definitivamente en La Plata, arriba a Buenos Aires, para residir cuatro años en esa ciudad, teniendo entonces entre los 25 y 26 años de edad, Juan Vucetich.

Iván Vucetic nació el 20 de julio de 1858 en **Lesina**, localidad de la isla de Hvar, perteneciente al archipiélago dalmata, región marítima extendida de NO al SE a lo largo del Adriático, de población serbiocroata, entonces perteneciente al imperio austrohúngaro, hijo de Víctor y de **Vicenta Kovacevic**.

2

Cumplidos esos aludidos cuatro años allá, es decir, en 1888, se radica en La Plata, ingresando a los cuadros de la policía bonaerense.

Se dice reiteradamente que ingresó como **meritorio**, dato verídico; aunque es preciso aclarar que lo de tal «meritorio» constituía entonces una cierta

designación seudo oficial que se atribuía al vigilante o agente de policía alfabeto -que sabía leer y escribir-, sin **plus** ni suplemento remuneratorio alguno (no constituyendo, por ende, dicha añadidura de «meritorio» jerarquía alguna distinta a la de agente en la cadena de mandos ni responsabilidad funcional administrativa que no fuere la de simple agente). Lo de meritorio, y por su alfabetismo, acaso, haya sido puesto a aquel viejo servidor público de la fuerza que llevaba los libros de guardia y demás documentación de entonces en las diversas dependencias de la policía.

El **meritorio** Vucetich, entonces, y por orden del jefe de policía don **Carlos J. Costa**, fue destinado a la oficina de Contaduría y Mayoría, a cargo de don **Ernesto M. Boero**. Y a partir del mes de mayo del siguiente año de 1889, recibe el nuevo destino a la **oficina de Estadística**, quedando designado **encargado** de ella, a partir del 16 de setiembre (según mis conjeturas, confirmadas por versiones verosímiles e indubitable tradición oral, porque Vucetich, no obstante su elemental alfabetismo que le proporcionó la instrucción primaria europea, ya evidenciaba estar dotado de cierto talento, o al menos, facilidad y consecuentes inquietudes por las matemáticas).

El que fuera director del museo Vucetich, gran estudioso de la identificación dactiloscópica, Dr. Luis Reyna Almandos (1875-1939), en **Dactiloscopia argentina** (Seré, La Plata, 1909, 43 ss.), enseña que, de los métodos actualmente usados (1, **Galton-Henry**, India inglesa, 1897, Inglaterra, 1901, Reino de Sajonia, 1904, Dinamarca, 1901, y Suecia, 1906; 2, **Pottecher**, Indochina francesa, 1897; 3, **Windt-Kodicek**, Austria, 1904; 4, **Rocher**, Hamburgo, 1906; 5, **Daae**, Noruega, 1906; 6, **Bertillon**, Francia, 1903; 7, **Gasti**, Italia, 1906; 8, **Oloriz**, España, 1906, y 9, **Valladares**, Portugal, 1907), el de **Vucetich** (provincia de Buenos Aires, 1891, América latina y Egipto, 1902, Bélgica, 1908, y otros países europeos), se instituye como una destacable línea de separación entre precursores y continuadores, pues es **original** por su **naturaleza** y ha sido **inventado** antes que otro alguno, además de ser un elemento **matemático** del derecho (ps. 43 ss. y 164), y en su trabajo **Claves de subtipos de Vucetich para la subclasificación** (en **Dactiloscopia comparada**, de Juan Vucetich, La Plata, 1951, 223), afirma categóricamente que el sistema vucetichiano puede ser calificado de **expresión perfecta de la identidad, en todos sus aspectos, puesto que es el método infalible y matemático de comprobarla** y porque todos los elementos esenciales **se reúnen en él científica y orgánicamente** (sic).

Como de dicha oficina dependía la **sección de Identificación**

Antropométrica (en la que entonces con sus 18 años de edad, se desempeñaba como empleado Florencio Sánchez), Vucetich se abocó de inmediato a la redacción de un anteproyecto de reorganización total de la misma (la que comenzó a operar a partir de 1890). Y en el mes de enero del siguiente año de 1891, se inicia la publicación del Boletín de **Estadística**, a su inspiración e iniciativa.

Se puede recordar que a mediados de este año de 1891, Vucetich tendrá la edad de treinta y tres años. Y también resulta oportuno advertir que dicho año está llamado a constituirse en un hito de singular e indiscutible trascendencia científica, en la cuna bonaerense y con proyección mundial (por otra parte, tema básico de esta exposición).

3

A mediados de 1891, el jefe de policía, capitán de navío don **Guillermo J. Nunes** encomienda a Vucetich la organización de un servicio de identificación por el sistema **antropométrico**, sistema muy difundido y de sólido predicamento científico en el país natal de su célebre fundador e impulsor (Bertillon).

El nombrado marino nació en Buenos Aires el 19 de marzo de 1857, ingresando a la escuela naval en 1873, retirándose del servicio activo con el aludido grado en 1910. Comandó varios buques de la marina de guerra, viajó por los mares del sur y cumplió diversas misiones en el exterior. Presidió el **Yatch Club Argentino** y la **compañía Marconi de telegrafía sin hilos**. Fue jefe de policía desde el 20 de junio de 1891 (D. 162) hasta el 17 de julio de 1893, en que, por D. 176, fue designado el comisario de órdenes D. Carlos Gaudencio (Cfr. Síntesis histórica de la policía de la provincia de Buenos Aires 1580-1980, Tall. La Plata, La Plata, 1981, 293).

En cuanto a Alphonse Bertillon (nació y murió en París, 1852-1914), considerado el padre de la policía científica (o policiología), hijo del famoso médico y estadístico francés Louis-Alphonse Bertillon (1821-1883), discípulo éste del célebre médico y antropólogo Paul Broca (n. Saint-Foy-la-Grande, 1824, y m. París, 1880), fundador de la Sociedad de Antropología (1859) y de la Escuela Antropológica (1876), es considerado como el padre de la ciencia antropológica.

Resulta oportuno puntualizar que la problemática de la identidad penal, según **Sislán Rodríguez** (en su **La identificación humana**, 2a. ed., Tall. Impr.

oficiales, La. Plata, 1944, 301 ss.), ha experimentado en su evolución varias etapas, tales como la **fase equívoca**, la que, según Lepine, comienza en 1770, cuando Sartines creó en París la policía secreta, época en que, para colaborar e integrar el cuerpo de policía secreta parisino, se buscaba a gente del hampa y ex presidiarios, pues se pensaba que estaban dotados de mejores condiciones para trabajar (informar modalidades delictivas, **modus operandi**, guaridas, metodologías varias, etc.). **Joseph Fouché**, duque de Otranto (1754-1820), ministro de policía (1799-1815), designó jefe de la brigada de seguridad -creada por él en 1810- nada menos que al tristemente famoso delincuente y delator **Vidocq**. En esta fase está ausente todo principio ético, motivo por el cual fue disuelto (13 nov. 1883), aunque sobrevivieron algunos indeseables (como **Coco-Lacour**). La siguiente etapa, llamada **fase empírica**, caracterizada por la ausencia de auxiliares científicos, hizo de ella un mecanismo inseguro, pues se basaba en la inspección ocular, la declaración del imputado y la deposición testifical, con posterior dictamen pericial que analizaba los indicios. Con estos elementos, la policía estaba aun muy lejos de llenar satisfactoriamente su cometido. Y la última etapa, la de la **fase científica**, con trabajos de sólida trascendencia (tales como los de Lombroso, Ferri, Ottolenghi, Alonghi y Niceforo, en Italia, o Galton, en Inglaterra, o Quetelec, Lacassagne o Locard, en Francia, o Mezger, Pattner y Mittermaier fundadores de la sicología judicial- y Hans Groos -fundador de la criminalística-, en Alemania), pusieron los cimientos de la nueva ciencia, lo que permitió a Bertillon reemplazar decididamente en Francia, los viejos y caducos procedimientos o métodos mencionados, por los más sabios y completos de la policía científica, la que proporcionó un enorme caudal de nuevos elementos y técnicas para la investigación y prueba del **corpus delicti** y descubrir a su autor.

Conviene agregar que ya **Aristóteles** había descrito, con propiedad, la fisonomía de los hombres para señalar sus pasiones a través del lenguaje de sus rasgos físicos, arte en el cual, en una de sus obras, alcanzó perfección y notoriedad el célebre pastor protestante **Johann Kaspar Lavater** (nacido y muerto en Zurich, 1741-1801), quien además fue filósofo, teólogo de nota y fisiognomista (obras: **Physiognomische Fragmente**, 1775-1778, y **Aussichten y die Ewigkeit**, 1768-1778).

Corresponde destacar que el aludido **sistema bertilloniano** -ordenado por Nunes- para la identificación y clasificación de personas, está basado en dos supuestos (o leyes) : la primera, la de la **inmutabilidad** de las dimensiones y relieves de ciertos huesos (durante la edad adulta), y la segunda, la **variabilidad** de dichas dimensiones en las diferentes personas (motivo por el cual era muy difícil la coincidencia). Las tales dimensiones básicas tenidas en cuenta se reducen a las siguientes (cinco): uno, longitud de la cabeza; dos, su anchura;

tres, longitud del dedo medio izquierdo; cuatro, longitud del pie izquierdo, y cinco, longitud del antebrazo izquierdo.

4

Sentado esto, retomando el ámbito temporal aludido (1891), se puede asegurar en versión unánime, que, a mediados del mismo, visita al jefe Nunes el ingeniero **Francisco Seguí** (legislador, periodista y ministro de gobierno bonaerense en la gobernación de Máximo Paz; Seguí nació y murió en Buenos Aires, 1855/1935), hombre culto, erudito y científico de nota. Perteneció a la Sociedad Científica Argentina y presidió el Instituto Geográfico Argentino, dirigiendo, además, el Boletín Geográfico Argentino. Pues bien, este personaje deja olvidado en el despacho de Nunes, nada menos que el ejemplar N° 18 (primer semestre), t. 47, del 2 de mayo de 1891, de la famosa **Revue Scientifique** (paraissant le samedi, fondée en 1863, revue rose, directeur: M. Charles Richet), en el que se publicaba (ps. 557/562) el trabajo titulado **Antropologie - Les empreintes digitales, d'après M. F. Galton**, publicación que trataba, en reseña efectuada por el médico y matemático **Henry Crosnier de Varigny** (nacido en las francesas islas Hawaii, en 1855), de la conferencia pronunciada por **Francis Galton** el 27 de noviembre del año anterior en la famosa **Royal Society** de Londres, que luego publicara bajo el título **Pautas sobre las marcas e impresiones del pulgar y de los dedos** (orig., **The patterns in thumb and finger marks**).

Galton (n. en Birmingham, 1822, y m. en Londres, 1911, era primo de Charles Darwin), antropólogo, meteorólogo y explorador de varias comarcas africanas (1852), formuló la teoría de los anticiclones e inventó nuevos métodos cartográficos, efectuando además una gran contribución a la estadística, y sobre todo, demostró una gran pasión por la medida de las impresiones digitales, el color de los ojos y de la piel, entre otras inquietudes, que lo destacan como uno de los grandes de la moderna bioestadística. Enunció las tres leyes fundamentales de la dactiloscopia: perennidad, inmutabilidad y diversidad infinita. Cuando Vucetich publica su **Dactiloscopia comparada** (siendo director de la oficina de Identificación, trabajo redactado especialmente para el 2° Congreso Médico Latino-Americano celebrado en Buenos Aires del 3 al 10 de abril de 1904 -publicación efectuada en Tall. de Establecim. Tipográfico Jacobo Peuser, La Plata, 1904), estampa en la misma la siguiente dedicatoria: **Al Maestro Mr. Francis Galton**.

Refiere Vucetich que, al ojear el jefe dicha publicación francesa, y llamándole la atención tales referencias sobre impresiones digitales, al entregarle el ejemplar le dice que le augura éxito en la tarea de completar, con dicho procedimiento, el sistema antropométrico, y simultáneamente, le vaticina que, quizá, él podrá instituir un método o sistema por medio de dichas impresiones digitales.

Y más adelante confiesa Vucetich que él, hasta entonces, poco, o más bien, nada conocía de tales impresiones; pero, agregaba, «penetrado de la trascendental importancia que revestían dichas investigaciones», se dedicó por entero, y con ejemplar ahínco, a la tarea de obtener tales impresiones para utilizarlas en el servicio de identificación, clasificando las fichas sobre la base de las cuarenta variedades galtonianas, las que, a su vez, constituyeron una ampliación de los nueve núcleos concebidos por Purkinje.

Corresponde recordar que el eminente filósofo y fisiólogo checo **Juan Evangelista Purkinje** (o **Pttrkiñe**), nació en Libochowitz, cerca de Leimeritz (Litomerice), el 17 de diciembre de 1787, y murió en Praga, el 28 de julio de 1869, habiendo sido profesor de anatomía y patología (Universidades de Praga y Breslau). Para algunos autores, es considerado el **padre legítimo de los dactiloscopistas** (Cfr. Sislán Rodríguez, **op. cit., 81**) por su **Commentatio de exanime physiologico organo visos et systematis cutanei** (Breslau, 1823), obra en la que clasificaba en los nueve ya mencionados dibujos o tipos papilares: **flexure transversae, stria centralis longitudinalis, stria obliqua, sinus obliquus, anygdalus, spirula, ellipsis, circulus y vortex duplicatus**.

Luego Vucetich habría de tener noticias de otros muchos hombres que prestigiaron el conocimiento científico universal.

Por ejemplo, el anatomista italiano **Marcello Malpighi**, uno de los fundadores de la anatomía microscópica y a quien se lo considera, por reparar en la morfología de los poros existentes en las impresiones digitales, el fundador de la **poroscopia**. Nació en Crevalcuore el 10 de marzo de 1628 y murió en Roma el 29 de noviembre de 1694. Completó los estudios realizados por Harvey sobre circulación de la sangre con el descubrimiento de los capilares sanguíneos y los alvéolos pulmonares, del riñón, cerebro y espina dorsal. Estudió la metamorfosis del gusano de seda. Lleva su nombre la capa profunda de la epidermis humana, así como el glomérulo (pelotones vasculares o glandulares, principalmente del riñón y de las glándulas sudoríparas, constituidos, en suma, por capilares arteriales que se encuentran en la sustancia cervical renal). Siendo el primero que se interesó científicamente por los dibujos observados en las palmas de las manos, se le «estremeció el corazón», y en el mismo instante,

tuvo la sensación (así lo dice en una carta a su amigo **Jacobo Ruffus**) de que esos corpúsculos debían tener la misma función que las papilas piramidales de la lengua «y veía abrírseme un ancho campo de investigación».

También de los holandeses **Fredrik Ruysch** o **Ruisch** (médico, n. en La Haya, 1638, y m. en Amsterdam, 1731) y **Bernard Sigfried Albino** (n. en Dessau, 1697, y m. en Leiden, 1770), así como del alemán **Frederik William Herschel** (astrónomo, n. en Hannover el 15 de noviembre de 1738 y m. en Slough, cerca de Winsor, el 25 de agosto de 1825), padre del inglés **James Frederik William Herschel** (astrónomo y físico, n. en Slough, Windsor, 1792, y m. en Callinwood, 1871), que fue administrador general del distrito de Hoogly -Bengala, India- y el **iniciador del uso de la almohadilla para entintar los dedos** (Cfr. el trabajo de Antonio Herrero, **Cincuenta años de dactiloscopia argentina**, en la cit. **Dactiloscopia comparada**, 245), (el cit. **Herrero**, nació en Jumilla, Murcia, el 10 de mayo de 1884, hijo de Antonio Herrero y Reyna y de Ana María Carrión, y murió en La Plata, el 12 de enero de 1972; fue funcionario de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de La Plata, Secretario del Primer Gabinete Dactiloscópico de Policía y Secretario del Museo Vucetich).

No se puede omitir en el conocimiento a **Henry Faulds**, aquel médico escocés de las misiones inglesas en Japón y comisionado de policía en Nueva Zelandia, en el pasado siglo. Además de publicista (ya en **La Nature - Revue de Sciences**, París, 1880, y en **Dactylography**, entre otras), su acción de investigador no se redujo al campo de la mera especulación científica, sino que propugnó, ante los funcionarios superiores de **Scotland Yard**, la adopción de las impresiones digitales a la técnica identificatoria de los criminales (Cfr. Sislán Rodríguez, **op. cit.**, 82) ni a **Edward Richard Henry** (n. en Shadwell, distrito del este londinense, 1850, hijo de un doctor en medicina) que ingresó al servicio civil de la India, desempeñando varios cargos (recaudador ayudante de la provincia de Bengala, secretario de la Junta de Rentas Públicas e inspector general de policía, en 1891, oportunidad en que secundó la organización de las fuerzas civiles de Pretoria y de Johannesburgo). En Bengala adquirió la experiencia práctica del valor del sistema Herschel y puso de manifiesto las deficiencias del bertillonismo. Enterado de los trabajos de Galton y otros, advirtió lo interesante, pero muy complejo, que resultaban para la investigación criminal. El trabajo policial requería sencillez para lograr ahorro de tiempo y para que fuera fácilmente comprendido por hombres sin previa preparación científica. Y conviene apuntar que Henry tuvo éxito en su simplificación, porque, más que científico, fue policía (Cfr. Douglas G. Browne y Alan Brock, **Huellas dactilares**, trad. Monserrat Guasch, Ed. Argo, Barcelona, 1955, 51). **Vucetich superó a Henry en sencillez y simplificación**, en mi modesto entender.

Pues bien, el sabio platense se abocó de inmediato a la redacción de las instrucciones para la aplicación del sistema bertilloniano-antropométrico, así como implementó todas las modificaciones que fueron necesarias para la adopción práctica de dicho sistema e incorporó las impresiones digitales para el servicio identificatorio. Y todo, en un proyecto que, aprobado en agosto del memorable año (1891), se inaugura el **1 de setiembre** (del mismo).

Así nació la famosa **oficina de identificación**, en la que quedaron instituidos los dos métodos (o sistemas): el **antropométrico** y el **otro**, el de **las impresiones digitales** (que, entonces, Vucetich bautizara con el nombre extraño de **icnofalangométrico**).

Según surge de la (trina) composición, tanto lo de **falange** cuanto lo de **métrico**, resulta fácil. **ICNO**, en cambio significa descripción (del gr. y lat. **ichno**). **Tal sistema** constaba entonces de **101** tipos. Y así lo puse de manifiesto en la oportunidad de la conferencia conmemorativa del centésimo primer aniversario del sistema.

El recordado Faulds dejó rotunda e inconcusamente afirmado que, **por primera vez en el mundo, sin excepción, Vucetich efectuó la aplicación legal y metódica del sistema en la Oficina fundada por él en La Plata el 1 de setiembre de 1891** (Cfr. Antonio Herrero, **op. cit.**, 246).

Cuando Vucetich publica la segunda edición de sus **Instrucciones generales para el sistema de filiación «Provincia de Buenos Aires** (Tall. Sesé, La Plata, 1896), cita una opinión de **Alessandro Manzoni (1785-1873**, autor de **I promessi sposi**, entre otras), en punto a la ponencia científica que, sin duda, tiene el perfil de **sistema**: cuando una opinión obtiene un vasto y prolongado dominio, se expresa en todas las maneras, intenta todas las salidas y recorre todos los grados de la persuasión. Por eso, el de Vucetich es realmente un verdadero **sistema**, si por tal se entiende un conjunto de reglas o principios enlazados entre sí (simple, sintético, claro, notorio, universal y que da respuestas a todos los interrogantes, que despeja o desecha cualquier perplejidad o duda, que no ofrece fisuras, reparos ni réplicas, a no ser los provenientes de mentecatos, necios o envidiosos).

Ha quedado demostrado que Vucetich, transcurridos pocos meses, sin ningún previo conocimiento sobre el tema y en los recientes cumplidos treinta y tres años de vida, inaugura **la oficina**.

De inmediato procede a la identificación de 23 procesados en la jefatura, comenzando el día 7 de diciembre con la identificación de todos los detenidos en la cárcel de La Plata, y en 1892, se identifica al contingente de aspirantes a agentes de policía.

Recuerda el sabio (cit. **Dactiloscopia comparada**, 129) que las autoridades judiciales bonaerenses en lo penal hicieron un honroso sitio para la identificación dactiloscópica, comenzando por el Departamento Judicial del Norte (San Nicolás), cuyo juez en lo criminal Octavio González Roura (n. Mercedes, provincia de Corrientes, el 4 de febrero de 1869, y m. en 1928), y a su iniciativa, logra de la Suprema Corte, a consejo de la procuración general, la adopción del sistema por acordada del 4 de octubre de 1902. Este jurista, es el que luego integra -junto a Acevedo y Lozano- la comisión redactora del código bonaerense en lo procesal penal -que entró a regir en marzo de 1906, ordenamiento que contiene no pocos preceptos referidos a la aplicación del sistema: impresiones digitales (art. 259), identificará (278), filiación dactiloscópica (279), identificado (423), identidad, identificación, individual dactiloscópica del procesado (433), identificado (440), identificadas (660), etc. (Cfr. Sislán Rodríguez, op. cit., 378).

Después de dicho ordenamiento, **Jofré** redactó un nuevo código de procedimiento penal para la provincia de Buenos Aires (sancionado por L. 3589 del año 1915, que se denomina hoy a secas: **el código de Jofré**), el cual, con modificaciones, se encuentra vigente, y en cuanto al tema de este trabajo, no ha variado un ápice en su economía. Así, en el acto de procederse a la detención, el comisario o juez procederá a tomar las **impresiones digitales** (art. 206; hoy, 210), pudiéndose denegar la excarcelación si el imputado se hubiera negado a dejarse tomar la **individual dactiloscópica**, ex 207 in fine; 211). Asimismo, para la valoración de los indicios o presunciones (que no son la misma cosa, magüer el «o»), el cuerpo del delito deberá constar por medio de pruebas directas e inmediatas, y los aludidos indicios o presunciones, que sean al menos dos, excepto las **impresiones digitales** que podrán ser invocadas como plena prueba (256; 259). También prevé dicho ordenamiento que, antes de procederse al entierro del cadáver (occiso) o inmediateamente

después de su exhumación, se tomarán las **impresiones digitales** (ex 102; 110). El precepto 144 (hoy 152) dispone que al testigo, si el instructor lo considera conveniente, o cuando se tratare de personas desconocidas que no sepan escribir o sin domicilio, se le tomarán las **impresiones digitales** que se agregarán a los autos, y además, en cada una de las fojas de la declaración se tomará la **impresión** de uno de los dedos del testigo.

Tomás Jofré, jurisperito, político y profesor de derecho, nació en San Luis (1879), graduándose de abogado en la universidad de Buenos Aires (1902). Se radicó en la bonaerense ciudad de Mercedes, en donde ejerció la abogacía, fue elegido concejal y presidió el concejo deliberante. Fue diputado provincial (1904-1917) y profesor (1908), desempeñando la cátedra de procedimientos en la pertenente unidad académica universitaria. Fue decano de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata, y además de ser el autor del aludido código, publicó las siguientes obras: **Investigación parlamentaria** (1908), **Causas instruidas en Buenos Aires durante los siglos XVII y XVIII** (1913), **La justicia provincial** (1916) y **Derecho federal** (1916), además de su **Manual de procedimiento** (civil y penal), en cinco tomos, entre otras publicaciones de no menor importancia.

Aquel extraño vocablo -icnofalangometría- un más luego fue abandonado por Vucetich, aunque nunca desechó la voz identificación (se sabe que, en **derecho**, identidad consiste en el hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o que se busca, o en **filosofía**, que identificar es aprehender la razón, como diferentes, las cosas que en realidad son una misma -tales el **entendimiento**, la **memoria** y la **voluntad**, que se identifican entre sí y con el **alma**) (Real Academia Española, **Dic. de la Lengua Española**, vig. ed., Madrid, 1984) .

O en fin, ese reconocer cada uno de sus propias obras, únicas intransferibles, idénticas a sí mismas..., pues el Señor ha marcado con su sello la mano de todos los hombres, según el versículo revelador: **qui in manu omnium hominum signat ut novéri singuli opera sua** (Biblia, Ant. Test., Libro de **Job**, 7, 37).

No habría sido sino fidedigna la versión que atribuye al sacerdote católico **R.P. Gregorio Corellano Martínez** haber protagonizado el episodio de recordar a Vucetich el versículo aludido de que el Señor pone como un sello en las manos de todos los hombres, a fin de que reconozcan todos que sus obras penden de lo alto. De si el dalmata-austrohúngaro conocía o no las Sagradas Escrituras, no es el caso de precisarlo ahora, aunque por todo cuanto fue el

sabio -su sapiencia, su entereza, su humildad, sus luchas pacientes y tesoneras, a más de cuanto se ha dicho-, conjeturo una respuesta afirmativa. Quizá el Padre Corellano sólo se limitó a recordar el texto.

El **R.P. Gregorio Corellano Martínez** llegó a la Argentina, en la última década del siglo pasado, procedente de España (pertenecía al Arzobispado de Zaragoza), con licencia para pasar a depender de la entonces diócesis platense y ya desde el 26 de junio de 1901, en que se le extendió título de Cura Vicario de Morón y el 19 de enero siguiente de Dolores, viene a La Plata nombrado Capellán del Asilo de Huérfanos el **7 de enero de 1904**, y en este mismo año, pasa a ser Teniente Cura de la Parroquia «San Ponciano» (18 de abril) y Segundo Director Espiritual del Circulo de Obreros de La Plata (28 junio). Luego, el religioso es designado Capellán del Hospital «San Juan de Dios» (16 febrero 1907), Cura Rector de la Parroquia «San José» (14 marzo 1911) y Capellán del Asilo de Huérfanas (21 setiembre 1920).

El citado **Antonio Herrero**, tiene una página antológica que titula **Teoría de la identidad (el espejo del yo)** y publicada junto con otros trabajos por el Museo de Dactiloscopia y Ciencias Afines «Juan Vucetich» (año 1981) que más que comentar merece ser transcripta, aunque sea en parte. Dice Herrero que el versículo constituye una «revelación misteriosa, de trascendencia evidente y de sentido recóndito, a la vez que literal; cuya realidad objetiva, empírica y palpable, no ha podido ser evidenciada sino al cabo de más de veintitrés siglos. Difícil sería encontrar ejemplo más concluyente de los territorios ignorarlos que habremos de descubrir; de las verdades maravillosas que nos envuelven, que llevamos en la punta de los dedos, como en el presente caso, y que, a pesar de estar enunciada por la palabra de los profetas, para descubrir y hacer valer cada una de ellas, se necesita aguardar la intervención abnegada, heroica, de la persona elegida por la Providencia para que dé testimonio de esa verdad, haciéndola practicable y soportando el martirio consiguiente. Porque parece que en toda revelación ha de cumplirse una parte de sacrificio; se ha de sufrir la tortura prometeica del buitre que devora las entrañas con una voracidad correspondiente a la magnitud y trascendencia del respectivo descubrimiento. Por eso, en esta revelación de la identidad de la persona fue acrecentándose la tensión determinada por el futuro descubrimiento, conforme se aproxima su realización. Así, Faulds, Herschel y Galton, al acercarse al logro de ese objetivo necesitan, progresivamente, afrontar el peso de la nueva fuerza humana, o tal vez, superhumana, que van a desatar. Pero, en verdad, es Vucetich quien se propone y consigue hacer de la impresión digital, a la vez que ciencia estricta, una adquisición pragmática universal y benéfica, en defensa de la personalidad, transformando así, las furias persecutorias del crimen en severas y pacíficas ecuménides, protectoras del derecho. Y entonces, precisamente, se despiertan contra él los **ogros implacables de la envidia**, y lo acosan y lo asedian sin

cesar, hasta el último minuto. Porque en el plano de la abstracción y de las teorías enunciadas se tolera cualquier innovación. Mas, en el mundo concreto de los intereses encontrados y las pasiones exacerbadas es arriesgar la existencia pretender abrir un rumbo, trazar un nuevo camino, por más fecundo, preciso y practicable que sea. Tal es, en definitiva, la prueba más terminante de que a Vucetich se debe la conquista de la impresión digital como sello universal del hombre: el haber pagado su rescate en dolor y sacrificio, única moneda válida que reconoce el destino hasta el presente. Y no fue por el versículo o bíblica profecía por lo que se halló ese sello de las manos; sino que por obra y sugestión de Vucetich fue como se descubrió el versículo, que según la versión de Reyna Almandos se debió al presbítero de La Plata don **Gregorio Corellano**. Ocupa, de esta manera, Vucetich la posición del quicio, o el eje, sobre el cual gira el mundo pragmático, objetivo, de la personalidad hacia su aspecto dogmático, religioso y trascendente. Y es también, al mismo tiempo, el agente del destino por cuyo medio se hace efectiva la profecía y cobra su realidad presente y personal para todos los hombres en sentido biológico, jurídico y social, el sello con el cual Dios ha marcado la mano de cada uno de sus hijos» (sic).

Pero, si bien Vucetich abandonó aquel vocablo, simultáneamente adoptó, y de modo definitivo, el de **dactiloscopia** (de datylos -dedo- y skopia -examen, vista, exploración), sugerida por **Latzina** en un trabajo titulado **Reminiscencias platenses** (diario La Nación, 8 de enero de 1894).

El geógrafo y matemático **Francisco Latzina**, nació el 2 de abril de 1843 en Brno -antiguamente Brunn-, capital de Moravia -antigua provincia de Austria, luego Checoslovaquia-, y murió en Buenos Aires, el 7 de octubre de 1922. Después de las heridas sufridas en 1864, en la guerra contra Dinamarca, vino a la Argentina, estableciéndose en **San Nicolás**. Luego pasó a Catamarca, Córdoba y otras localidades. Fue profesor de matemática y reconocido publicista de trabajos relacionados con la estadística, la demografía y la geografía, entre otras.

6

Por aquel recordado año de 1891, ocupaba la jefatura de la comisaría de Pesquisas el comisario inspector **Eduardo M. Alvarez** (en 1893, comisario de órdenes, para asumir la jefatura de la Fuerza), quien, a la par de interesarse por los estudios, investigaciones y progresos del sabio, traba amistad con él, cree en el mismo y abraza una profunda fe en el sistema. Y muy pronto se le verá protagonizando la prueba de fuego... consistente en la aplicación específica

práctica y concreta del sistema.

Se dice que Vucetich, sin más ayuda que la propia, superaba todos los métodos existentes hasta entonces, y con palabras de Ortega y Gasset, se puede decir que, mientras edificaba lo nuevo, tenía que defenderse de lo viejo, manejando a un tiempo, como los reconstructores de Jerusalén, la azada y el asta. Cuando el sabio inventa o edifica el sistema, el método bertilloniano acababa de hacer su aparición aquí, reemplazando los medios empíricos usados para identificar y cuya evolución recorrió similares caminos que en el viejo continente, período que se caracterizó por la ausencia de todo rigorismo científico, pues el descubrimiento (investigación) de crímenes y delitos menores estaba encomendado a un oficial de partida que realizaba todas las posibles indagaciones, aunque guiado nada más que por su intuición y capacidad personal. Después de 1870, policía implementó la brigada secreta, la que, con el tiempo, vino a depender de la mencionada comisaría de Pesquisas (fundada en 1888), primer organismo que centralizó este aspecto investigativo en la función policial y que organizó la Galería de Retratos (conocida como Galería Pública), donde se registraron hasta setecientas fotografías de conocidos ladrones de entonces (Cfr. **Sislán Rodríguez**, op. cit., 329, y la mencionada **Síntesis histórica...**, 293 ss.).

Vucetich demostró que en los esquemas digitales se encuentran los elementos necesarios para establecer, de una manera definitiva y durable, la identidad de las personas en todos los momentos de la vida, y que a ello se debe, en más de una ocasión, éxitos honrosos para la justicia. No es la ciencia -agregaba el sabio- quien ha querido que la identificación tenga un solo medio y logre una sola eficacia, sino la naturaleza. Todo es mutable en la vida, menos el esquema digital; todo es reproducible en los congéneres, menos el dibujo papilar.

Sus colaboradores, amigos y discípulos (Luis Reyna Almandos, Antonio Herrero y Sislán Rodríguez, entre otros), sin excluir a los de éstos, e incluyendo a los continuadores y probos criminalistas contemporáneos -que actualmente cumplen altas funciones técnicas en la Fuerza-, ya en valiosas publicaciones individuales, o ya en ediciones en revistas prestigiosas, legaron significativa documentación sobre el particular y temas anejos, además de la exposición, comprobación y elucidación de las tres famosas leyes: **perennidad, inmutabilidad** (inalterabilidad absoluta) y **diversidad** (variedad o variabilidad) **infinita** (Cfr. Sislán Rodríguez, **op. cit.**, 101 ss.).

7

La prueba de fuego insinuada anteriormente tuvo lugar en ocasión de un hecho acaecido en la ciudad bonaerense de Necochea cuando ya desaparecían

los matices crepusculares del 29 de junio de 1892, hecho, por cierto, que llenó de consternación, estupor y hasta espanto al vecindario todo y aun hasta a la misma policía lugareña de hace más de una centuria, no acostumbrada precisamente a crímenes tan ignominiosos (como el asesinato de inocentes e indefensos niños). Tal vez, cuatrерismos o abigeatos, algunos duelos criollos, ciertos hurtos menores, juego u otros hechos de similar linaje. Pero, pensar en tales truculentos homicidios consumados con tan fiera alevosía, era pensar en lo excusado. Consecuente y parejo con la perplejidad, el desconcierto y la inevitable indignación, se evidenciaba la notoria ineficacia de los mecanismos investigativos de entonces, sobre todo para que pudieran satisfacerse cabalmente las requisitorias que hoy sólo puede darla una seria y objetiva investigación abastecida con la criminalística.

Ya no tanto el **por qué** (why), cuanto el **cómo** (how), **con qué** (with), **cuándo** (when), **dónde** (where), **qué** (what) y **quién** (who). ¡Casi nada!

La buena voluntad de aquel viejo instructor o investigador no era suficiente, pues no se lograban los resultados adecuados. Además, la pesquisa se desorientaba y perdía lamentable y definitivamente el rumbo, no obstante la inteligencia e intuición, sobre todo al no atinar con los correctos procedimientos e instrumentos investigativos.

Ante tan desolador cuadro, y comunicada la novedad a la superioridad de jefatura, ésta destaca en comisión al mencionado comisario inspector Alvarez, quien, una vez en el lugar del hecho, o escena del crimen, en la búsqueda de rastros, huellas y demás vestigios, acierta en detectar unas manchas de sangre (huella digital) en la puerta de la vivienda, con las que se esclarece inmediata y definitivamente el hecho punible y sobre todo se descubre el autor. Y obviamente queda desincriminado uno de los imputados, el inocente Velázquez.

Pedro Ramón Velázquez, paisano bueno y trabajador, de 45 años de edad, amigo y compadre del honrado y laborioso puestero **Ponciano Caraballo**, separado de su joven mujer de 27 años, **Francisca Rojas**, fue imputado de la muerte de sus ahijados, los menores de 6 y 4 años de edad, respectivamente, **Ponciano** (o Ernesto) y **Felisa** (o Teresa) **Caraballo y Rojas**, asesinados aquel aciago anochecer del 29 de junio de 1892. Después se conocieron las razones -o sinrazones!- que tuvo la madre para cometer tan espeluznante filicidio (que desencadenara tan trágicamente el romance de la Francisca con **José Castellanos**).

Hasta aquí, la historia quiere que Vucetich, con sus jóvenes treinta y tres primeros años de vida, haya obtenido un éxito que no en balde trascendió los límites o fronteras de su nación adoptiva (Argentina). Sin embargo, muchas otras razones de tiempos y espacios impiden, hoy, continuar con sus segundos treinta y tres años de existencia que culminarán con su muerte acaecida en la bonaerense ciudad de Dolores (el 25 de enero de 1925).

8

Hoy no resulta nada difícil saber de las razones que tuvo el **coronel Adolfo Marsillach**, jefe de policía, cuando dispuso que, a partir del **17 de setiembre de 1947**, llevara el nombre del sabio una escuela de cadetes fundada el **27 de junio de 1941**, durante la jefatura policial del **coronel Enrique J. Rottjer** (en la intervención federal del **contralmirante Eleazor Videla**), instituto con actual y definitivo asiento, desde hace más de seis lustros, en el casco y predios de la ex estancia **San Juan de Pereyra Iraola**, cerca de la ciudad de La Plata. Entre otras nominaciones no menos significativas, así recuerda la fuerza policial al escritor científico (que comienza en 1893), al fundador y presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos de la policía bonaerense (29 de septiembre 1894), al autor del texto oficial (1895) titulado «Sistema de filiación Provincia de Buenos Aires», al que perfecciona su propio sistema identificatorio reduciéndolo a cuatro tipos fundamentales (1896), al inventor del dactilónomo (1899) -que permite la demostración gráfica de todas las combinaciones posibles sobre la base de los referidos cuatro tipos-, al asistente al II Congreso Científico Latinoamericano como delegado de la policía bonaerense (1901) y al Congreso de Brasil (mismo año) al publicista de su «Dactiloscopia comparada» (1904), y en este mismo año, recibe el Gran Premio (otorgado por el II Congreso Médico), designa «vucetichismo» a su sistema por parte del profesor Lacassagne (Universidad de Lyon) así como al que realiza muchas actividades, viajes, reconocimientos, etc. según prolijo detalle editado (Cfr. Jorge Rubén Giménez Perret, **Síntesis cronológica de la obra de Juan Vucetich**, en la cit. publicación del **Museo de Dactiloscopia...**, **11/17**), autor que concluye diciendo que el 27 de agosto de 1941, con motivo de celebrarse el quincuagésimo aniversario de la instalación de la oficina, son trasladados sus restos mortales al Panteón de la Sociedad de Socorros Mutuos de Policía emplazado en la necrópolis platense.

9

Siempre me ha resultado difícil vencer la tentación de examinar el legado vucetichiano de otra manera que no fuere el jurídico, y sobre todo, el filosófico. Ya la recepción de las huellas dactilares en los códigos procesales (sobre todo penales) y ya el tema identificatorio desde la problemática del principio de la identidad, examinándolo a la luz de las tres leyes galtonianas.

Mas, para concluir esto, y en atención a la referencia efectuada sobre el versículo de **Job** y los atinados comentarios de **Herrero** sobre ello y el **Padre Corellano**, me he preguntado siempre si acaso Vucetich, más que ningún otro, no haya estado tan cerca de Dios y todo lo maravilloso dado y creado por El, que su sistema fuera la respuesta al versículo. O que éste la de aquél. ¡Oh, el conocimiento científico y la verdad revelada! ¡Oh, Dios y la ciencia!

Quizá el mejor epílogo haya estado en la boca de un científico creyente que comprendió que, en la seudo o escasa ciencia, nada de Dios, y en toda la ciencia, todo Dios. Un poco de conocimiento científico -decía **Louis Pasteur**- aleja de Dios; el mayor conocimiento científico, acerca a El.

¡Fe y ciencia, emblema vucetichiano!

B

Dos encuentros con el sabio

*al comisario Roberto Luis Savasta
y al comisario (R) Jorge Rubén Giménez Perret*

Estos **encuentros** (¿imaginarios?, ¿reales?), que por ahora son dos -porque se dieron otros que más adelante haré conocer (al público y amigos que bondadosamente asisten a mis conferencias)-, corresponden a las siguientes conferencias: el primero -que lleva como título **O algo que más le dije (y dije de él)**-, pertenece a la última parte de mi conferencia pronunciada el 10 de setiembre de 1992 en la Escuela de Policía «Juan Vucetich», y el segundo -titulado **O crónica de un reportaje imaginario (y real)**-, corresponde íntegramente a la conferencia pronunciada la lluviosa y fría semitarde (o anochecer) del 1 de setiembre de 1993 en el Salón de Actos del Círculo Policial (en La Plata). Estas atrevidas y respetuosas incursiones, únicas de las que yo tenga noticias, no son sino personales «ensayos» que tienen el propósito de renovar la figura de un hombre tan humano, con sus pasiones, sus dramas, sus creencias y sus amores, como lo fue Vucetich. Y no ese frío, enigmático e insensible criminalístico que no fue Vucetich, con el debido respeto de los científicos, de la criminalística y de las técnicas o tecnocracias, que gradualmente, y para enaltecere sólo a estas dedicaciones u oficios -que no deben ser descuidados ni menospreciados-, sin embargo se desdeña muchas veces en forma involuntaria al Vucetich amigo, compañero, vecino, hermano, cofrade, padre, amante, esposo...

La intimidad de este gran hombre no me interesa para nada no porque no me interese, sino por discreción. Pero, lo importante es insinuar, sugerir y poner en las frías individuales dactiloscópicas, algún latido o alguna lágrima, porque Vucetich sonlloraba y sonreía...

Y esto es cuanto se proponen estas entrevistas, como otras que vendrán, a modo de una biografía del sabio, que todavía no se ha escrito y que él merece tanto como el público. Y que éste merece tanto como aquél.



I

EL PRIMERO, O ALGO QUE MAS LE DIJE (Y DIJE DE EL)

Desentendido de calendarios y de tiempos, que tan fácilmente, a veces, se escurren entre los dedos, y por una aptitud misteriosa del pensamiento y de la imaginación, regreso una centuria atrás en un lugar de la ciudad de los tilos, la nostalgia, el romance y las diagonales, es decir, hacia una época del principio de la última década del pasado siglo, lugar y tiempo de entonces que conozco a través de las crónicas, relatos y tradiciones de los mayores, que vivo en mi mente y en mi corazón con fruición y claridad.

Me encuentro entonces reanudando el paso por la calle 2, luego de cruzar la avenida 51, hacia la 53, frente a una plaza -la Rivadavía (que luego será de los recuerdos y de los homenajes a los caídos de la fuerza policial)-, y caminando por la vereda teniendo hacia la derecha el edificio de la jefatura de policía inaugurado ocho años atrás, con marmórea escalinata, que aun perdura, y descubriéndose a la caída de la tarde un extraño cielo del primer día de setiembre de 1892, crepúsculo fresco premonitorio de las próximas tardes primaverales.

Y en la quietud de esas horas silenciosas y saturadas de matices y perfumadas flores, advierto a un joven treintaero, con aire de poeta y soñador, y que con clara voz argentina y un pellizco de imprescindible acento dalmata, dirigiéndome su penetrante y profunda mirada, respetuosa, inteligente y noble, me saluda y a la vez me dice:

Yo soy Juan Vucetich.

Yo, Atilio Milanta -le contesto sorprendido.

Soy quien, exactamente dentro de una centuria, espero encontrarlo con calificados hombres de la fuerza policial bonaerense, en un lugar donde entonces ya se encontrará emplazada una Escuela de Cadetes, que será fundada el 27 de junio de 1941 y la que, desde el 17 de setiembre de 1947, llevará su nombre.

Será una escuela de la que egresarán los hombres que permanentemente nutrirán y consolidarán los cuadros de oficiales de la policía de la provincia de Buenos Aires, los que culminarán como oficiales superiores de la Fuerza.

En esa escuela, Juan, hablaré con usted, más que de usted, porque le diré que en ese momento haré mención del **Decálogo del Policía** que habré escrito con fervor cuando era profesor del instituto, Decálogo que más tarde quedará ligado a usted, porque también su ejemplo me lo inspiró.

En dicho momento, dentro de nada menos que cien años -por Dios cómo pasará el tiempo -, también se recordará la primera centuria del bautismo de fuego de su sistema en el tristemente caso Francisca Rojas. Pienso que, para entonces, existirá algo moderno que llamarán **video** hecho en Alemania -lamentando no se hubiese hecho aquí y por argentinos-; pero, Juan, ¿usted ya sabe cómo son y serán estas cosas!

El tal video recordará sus inicios en policía y el «encontronazo» con **Bertillon**. Estarán entonces conmigo el comisario Giménez, el subcomisario Martínez Molinari y la oficial principal Cosiani.

Tendrá a bien venir al acto el director de la biblioteca de la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales -en la que me habré recibido de abogado en 1954- y en la que además enseñaré derecho desde 1956, quien pondrá en manos del director de la escuela de cadetes que, como le dije, llevará su nombre, un ejemplar de la revista (el auténtico) que usted tuvo en sus manos el año pasado cuando se la entregó el capitán Nunes. ¿Recuerda?

Y será la misma **Revue Scientifique** que contendrá el trabajo de Henry Crosnier de Varigny. ¿Recuerda, Juan?

Y antes de que prosiga mi camino, también le digo dos cosas más: en primer lugar, que frente al Museo, fundado por el perito Moreno, donde usted el año pasado, cuando Nunes le entregó la aludida **Revue**, fue a examinar los dibujos papilares de una momia, frente a dicho Museo -repito-, y junto a cuatro grandes más -el poeta maestro Almafuerte, el antropólogo Ameghino, el filósofo Alejandro Korn y el botánico micólogo Spegazzini- estará también su estatua; y la segunda, que en la Escuela de Cadetes haré una reseña de esos sus primeros 33 años de vida (pública y científica), pues usted vivirá otros 33 años no muy fáciles hasta que sé irá al silencio definitivo en un día 25 de enero de 1925 en la ciudad de Dolores.

Vucetich me mira con alguna sorpresa y se despide de mí con un enigmático y cálido **hasta luego dentro de una centuria**. Y yo me quedo mirándolo con admiración, mientras él sigue por la vereda del frente de policía rumbo a la avenida 51 y cuando se dispone a cruzarla, vuelve sobre sí, me mira, veo que sonríe como un niño y como un ángel traslúcido y poeta, se quita el sombrero con la mano izquierda, me saluda, y con la otra, cerrando el puño dejando extendido el pulgar hacia arriba, me parece que dice algunas de estas cosas.

Mire, Atilio, dígale a sus amigos, que lo que me dijo el Padre Corellano es cierto, pues Dios existe en todas partes, incluso aquí en el milagro de estos dibujos papilares que El puso en mi pulgar.

También le indico, Atilio, que este pulgar para arriba, que solía constituir el gesto triunfante de los exitosos emperadores romanos, es para mí el del definitivo éxito de mi sistema, aunque con bastante lucha, como usted me lo acaba de vaticinar para mis segundos treinta y tres años de vida.

Le agradezco, Atilio, el haberme traído hoy, día 10 de setiembre de 1992, de visita a este preclaro y benemérito instituto que me enorgullece.

Y por último, le agradezco, **Atilio**, que me lleve ese día, que ya lo veo hoy, 10 de setiembre de 1992, al preclaro y benemérito instituto del que estaré orgulloso que lleve mi nombre. No faltaré. Pero, como no podré **hablar, y si lo** hago no me podrán oír porque sólo seré un alma, diga a todos los que me honraron y a todos los presentes de mi eterna gratitud...



II

EL SEGUNDO, O CRONICA DE UN REPORTAJE IMAGINARIO (PERO, REAL)

El 25 de enero de 1925, a los 66 años de edad, y en la bonaerense ciudad de Dolores, adonde se había radicado no hacía mucho tiempo, muere pobre y no suficientemente recordado -como habría tenido que ser-, un hombre que escogió a la Argentina como su adoptiva patria (y a la que honró como los grandes que hacen la patria) : **Juan Vucetich**.

Siempre he sostenido que este vocablo olvidado muchas veces, silenciado la mayoría de ellas no sé por qué y muy poco recordado o equívocamente sustituido por otras voces peligrosas e inextricables -como gobierno, poder ejecutivo, estado, país, etcétera-, es decir, la palabra **patria** no significa otra cosa que **terra patrum**, o sea, la tierra de nuestros padres, de nuestros mayores, de nuestros próceres.

¿Y cuáles son ellos, decía **Derisi**, si no nuestros militares, religiosos, políticos, artistas, científicos, intelectuales o poetas?

¿Acaso, y además de muchos otros, no lo son tales próceres hombres de la talla de **Belgrano** (o el **Santo de la Patria**), fray Mamerto **Esquiú** (o el orador de la constitución), o fray Justo **Santa María de Oro** (el congresista), o Cornelio **Saavedra** (uno de los mayores y mejores políticos, como **Pellegrini**), o el manco **Paz** (militar), o Leopoldo **Lugones** (prócer nacional de las letras argentinas) -al igual que **Marechal**, **Sarmiento** o **Hernández**-, o Juan José **Castro** o Astor **Piazzola** (músicos), o **Leloir** o **Houssay** (científicos), o **Vélez** o Joaquín V. **González** (jurisconsultos y juristas)?

Por eso, digo siempre que **Vucetich**, no sólo honró a su patria natal, sino a la adoptiva, en la que vivió más de la mitad de su existencia.

¿En cuáles cosas habrá estado ocupada su mente en los últimos tiempos de su voluntario exilio u ostracismo dolorense hasta su muerte?

Quizá nadie lo sabe mejor que Dios.

La conjetura, la intuición o la imaginación pueden constituirse en los últimos recursos de que dispongo para escudriñar, o espiar, a través de los escasos y severos resquicios que ofrece este hombre, a quien me lo han pintado de viejo gruñón y retraído, algo que yo no creo. Y por ello es que me armo de la valentía suficiente para ir a lo profundo y aparentemente insondable del interior de este grande.

No me queda más que hablar con él... más que hablar de él, y en este acto, en que se recuerda su memoria con motivo de un aniversario, en el primer día de setiembre, en que hace más de una centuria inauguraba la celeberrima **oficina**, y en este acto, repito, y utilizando aquellos apuntados recursos, digo que, en una calurosa mañana de enero de **1925**, después de las cristianas pascuas que van de la **Nochebuena** hasta la **Epifanía**, me encuentro con él, y aunque con pocas palabras, lo saludo extravertidamente, alegre y con un sonoro «**hola, paisano, ¿puede entrar otro paisano que sólo trae en su mano la esperanza de tener el honor de estrechar la suya!?**»

Se sorprende por mi alegre gauchada o campechana de argentino entero y descendiente por todos lados de la madre latina -Italia-, y más aún de la piemontesa tierra del Conde Cavour (un gran político y patriota de la tierra del Dante), y me extiende su efusiva mano que se estrecha con la mía, y luego de dos o tres leves y corteses sacudones, me mira a los ojos. E invitándome a tomar asiento, se dispone a hablar, y por supuesto, dejo que lo haga (que, por lo demás, era lo que yo quería).

- Así que usted, en lugar de hablar de mí, hablará conmigo?

Así me dice entre atento y curioso, y a preguntas que le formulo, el dicente (?) se confiesa que vino a la Argentina, como muchos otros (los llamados inmigrantes), no para **hacer la América** (fare l'america), como la generalidad, ni para introducir ideologías socialistas o anarquistas, que él no tenía, y que muy de moda estaban por ese entonces (la década del 80, en adelante) en el siglo pasado, como las de **Proudhon**, **Sorel** y otros, sino que dejó su patria -que aún no sabe cuál es ni lo sabrá-, diciéndome algo tremendo.

- Mire, Atilio -así se llama usted, no? -, yo no sé si soy serbio, o croata, o austríaco, o húngaro. En fin, parece que soy dálmata... y que, alguna vez, seré yugoslavo, como que dirán que fue yugoslavo un tal **Stepinac**, ya sacerdote, y que morirá dentro de cuatro lustros, es decir, en 1945, siendo un gran Cardenal de la iglesia Católica, y que resistirá valientemente tanto a la dominación nazi cuanto a la comunista de los sicarios y esbirros de **Josip Broz** (que llamarán el **mariscal Tito**). Yugoslavia... -me decía Vucetich, con evidente nostalgia- y que no veré, como que tampoco veré su disolución y la locura de Bosnia y las matanzas en el archipiélago dálmata y en la isla Hvar, donde nació, disolución, matanzas y desastres, de los que usted, Atilio, se enterará en la década del 90 de esta centuria.

Sí, efectivamente, nació el día 20 de julio de 1858 en una pequeña ciudad o aldea, si se puede llamar así, denominada **Lesina**, en la isla **Hvar**, perteneciente al archipiélago dálmata, que es una región marítima -Ud. sabe- extendida de

NO a SE a lo largo del Adriático, de población serbia y croata, todo bajo el dominio de un imperio mixto (el austrohúngaro). Por aquellos años, el gran político italiano Camilo Benso (conde de Cavour), dirá que si bien es gran admirador de los ingleses... su política no le merece ninguna confianza y a Asutria le dirá que es una astuta comadre.

Mi padre se llamaba Víctor Vucetich, y mi madre, Vicenta Kovacevic, a los que recuerdo con emoción, respeto, felicidad y tristeza.

Tuve una infancia pobre y de una alegría agridulce. Fui a la escuela elemental para aprender a leer y escribir, así como la geografía y la historia de mi tierra natal y de mi viejo continente europeo, y además, algunas nociones de otros, América... encontrando a la Argentina que por entonces me gustó el nombre claro y límpido,

Argentina, **argentum**, luna, metal, plata... Argentina...

Y además, me gustó siempre la matemática, por varias razones. Era la predilecta de los griegos y otras civilizaciones antiguas, donde se formaban buenos filósofos y artistas. Quizá los romanos no le hayan prestado mucha atención, sino la suficiente por considerarla, a mi parecer, con acierto, de que en realidad es sólo un buen instrumento para soporte de muchas ciencias y realizaciones. Nunca creí, ni creo, que tenga un fin en sí misma. En fin...

Pero, nunca me imaginé que un cierto sistema que lleva mi nombre tenga base matemática tan destacada, a tal punto, Atilio, que un ilustre amigo mío, muy talentoso, como lo es el Dr. Luis Reyna Almandos, sostuvo en varias oportunidades que mi sistema constituye un elemento matemático del derecho, así como que es un método infalible y matemático de comprobar la **identidad**. Y bueno... si lo dice Luis... Usted. Atilio, leerá un buen libro sobre ésto de un compañero suyo en la docencia universitaria: Sislán Rodríguez. Allí estará todo o casi todo.

¡Cuántas cosas milagrosas que me han ocurrido en mi vida, Atilio! -me dice el sabio con indisimulada alegría.

Fíjese que Ud. habrá de nacer el Día del Maestro del año que viene, cuando yo tal vez va no esté, pues seguramente me habré de ir al mundo del silencio en estos días de enero de 1925, quizá el día 25 ó cuando la Providencia lo determine. Y también será Ud., Atilio, quien, cuando se cumpla el centenario de mi sistema, hablará en una escuela secundaria nocturna para personal policial y fuerzas de seguridad, la Escuela de Enseñanza. Media N° 24 de La Plata, es decir, el primer día de setiembre de 1991, junto a oficiales técnicos de la policía que llamará Luisito, Carlitos y Jorge, y luego, con este último, me

recordará en la misma fecha de dos años más tarde, en 1993, en un acto del Círculo Policial de La Plata, en un anochecer frío y lluvioso al que acudirán muchas personas.

Pero, también, le digo que lo milagroso es extraño y que lo extraño es normal en mí, encontrarlo a usted cuando mi hora está por llegar, así como que a usted también me lo encontré por el pasado año 1892 cuando yo bajaba la escalinata de la jefatura en calle 2. ¿Recuerda?

Fíjese que, para mí, fue un milagro este hermoso país que es mi patria; y tanto así será que siempre se dirá o se hablará del Sistema Dactiloscópico del argentino Vucetich. ¡Qué honor, Atilio, es ser argentino de verdad, como usted y como yo! Y fíjese que, cuando estaba en este asunto, trabajando en la policía de esta provincia, apenas tenía treinta y tres años de edad y hacía seis o siete años que estaba o había venido a la Argentina. Usted mismo dijo que yo aún tenía resabios o restos del idioma natal.

Fíjese más, todavía. Por una extraña coincidencia, en un primer acercamiento mío, policía se alejó de mí.

(¿Cómo fue esto?! -le pregunto con atrevida extrañeza y estupor). Y Vucetich, contestando, prosigue...

Cuando llegué a Buenos Aires en 1884 la policía de la provincia, aun se encontraba en dicha ciudad, no obstante que hacía dos años que habían pasado de la fundación de La Plata, como capital de la provincia. Y fíjese, Atilio, que llegué a Buenos Aires en 1884, y el jefe de policía don Bernardo Calderón, protagoniza el traslado a La Plata y la inauguración del hermoso edificio de la calle 2 frente a la plaza Rivadavia -donde quedará por siempre-, plaza por lo demás donde luego sería el lugar adecuado para rendir los homenajes a los hombres de la fuerza que ya no estarán en este mundo.

Pero, eso, yo no lo tomé a mal. Todo lo contrario! Tanto es así que en 1888 me voy a La Plata y qué pasó sino que ingreso a la repartición como **meritorio**, sin jerarquía ni plus, que tal era la designación que entonces se daba al agente o vigilante que sabía leer y escribir. Aunque le aclaro, Atilio, que yo aun estaba aprendiendo a hablar, leer y escribir el hermoso idioma español.

Señores:

Yo creía que Vucetich hablaba poco, o que no hablaba, según algunas mentas... Pero, en tratándose de estas cosas, de sus inquietudes criminalísticas, y sobre todo, de la policía, el entrevistado se tornó locuaz, por momentos

épico y festivo. Aunque algunas lagrimitas por allí me pareció que asomaban por sus ojos... Y las añoranzas, más que los años; las nostalgias, más que la próxima vejez o muerte.

Y a otras preguntas que le formulo, don Juan con un humor y un sentido particular del sentido agudo por las cosas, me fue diciendo lo que sigue...

Me alegro que continúe esta indagatoria, amigo. ¿Porque usted me está indagando en inexistentes delitos que no cometí, salvo el de haber sustituido el sistema de Bertillon? ¿No? Y mucho más me alegro que me indague un hombre que va a ser de la policía, porque a usted lo van a convocar para ser profesor de los prestigiosos institutos policiales bonaerenses. Y tendrán en cuenta, para ello, una vieja militancia suya en la docencia universitaria estatal de La Plata.

Además, me place que así sea. Usted tendrá oportunidad de comprobar en un futuro que ciertos individuos modificarán el código de Jofré -que usted sabe que tiene ya una década de vigencia en la provincia-, en lo pertinente a la indagatoria que deberá tomar la policía (según Jofré) y nadie más apropiado para hacerlo, según usted mismo así lo enseñará. Usted dirá repetidamente que un Oficial sumariante bien plantado y mejor capacitado para la instrucción, será lo más indicado para la indagatoria. Pero, en la década del ochenta y tanto, que vendrá, habrá malas noticias al respecto.

Bueno, amigo, sigamos con mi historia del ingreso a policía, en la que orgullosamente revisté por muchos años... Y no sé si las cuentas están saldadas. Tal vez, el estado aun me deba mucho. Pero, a policía...; ¡soy yo el que le debe mucho!

Quedé que ingresé en ese año de 1888. Un año extraño, pues en el mismo, por misteriosa coincidencia, “se fundó la **comisaría de Pesquisas**, que fue sin duda un hito importante, pues antes, y hasta 1870 -en que se implementó la **brigada Secreta-**, las investigaciones estaban a cargo de un **oficial de Partida**, quien hacía lo que podía, según su intuición y capacidad personal. Dicha comisaría de Pesquisas estaba a cargo del comisario inspector Eduardo M. Alvarez, que fue mi amigo, y sobre todo, tenía una fe bárbara en las investigaciones que yo emprendería poco más tarde.

Bueno, Atilio, mi primer destino -le cuento- por orden del jefe de policía don Carlos J. Costa, fue la **oficina de Contaduría y Mayoría**, que estaba entonces a cargo de don Ernesto M. Boero.

Mire que son inteligentes estos hombres, que me mandaron allí, ¿sabe por qué? No le miento si le digo que supongo que fue porque sabían de mis ciertas

predilecciones por los números. ¡Vaya que lo son! Y ¡cómo se juega el futuro de un hombre! Y tan inteligentes fueron mis superiores de entonces que, en mayo del año siguiente, ya estaba yo en la **oficina de Estadística** y como encargado de la misma a partir del 16 de setiembre de 1889, oficina de la cual dependía una **sección** denominada **de Identificación Antropométrica**, en la que conocí a un joven de 18 años de edad y que luego sería famoso como gran dramaturgo: el uruguayo **Florencio Sánchez**. Fue autor de obras de teatro, pero, también, Atilio, por si no lo sabe, fue el que acuñó la palabra **canillita** -cálida y hermosa, ¿no? - para designar al repartidor de diarios, por sus canillas descubiertas..., no por sus canalladas. Estas serán patrimonio no de los que venden diarios, sino de algunos que los escriben y de algunos otros que los leen... ¡En fin!

A partir del siguiente año de 1890 reorganicé totalmente dicha sección y comencé a publicar, a partir de 1891, el **boletín de estadística** de la policía.

Tengo por entonces, Atilio, treinta y dos **pirulos...** Perdón, Atilio, cuando diga esto, no diga pirulos, sino años de edad, pues usted sabe los formales y solemnes que suelen ser afortunadamente algunos señores. Y si no, métale con pirulos, total... ¡qué le hace una mancha más al tigre!

Ya en este año de 1891, justo un mes antes de mi cumpleaños (de los treinta y tres), se hace cargo de la jefatura de policía un tipo interesante, que entonces acusaba 34 años de edad, el capitán de navío don **Guillermo J. Nunes**, quien de inmediato me llama a su despacho y me da la orden de organizar un servicio de identificación por el sistema antropométrico, sistema muy difundido y de sólido predicamento en el país natal de su célebre fundador e impulsor, el eminente francés don **Alphonse Bertillon**.

Por entonces, Atilio, visita a Nunes un prestigioso hombre, el ingeniero **Francisco Seguí**, político, periodista, etc., que nació dos años antes que yo y morirá diez años después que yo, y este hombre olvidó el ejemplar 18 del 2 de mayo de 1891, de la famosa **Revue Scientifique**, en el que se publica una importante crónica de un no menos famoso científico, el francés **Henry Crosnier de Varigny**, quien daba noticias de una reciente conferencia pronunciada en la célebre **Royal Society** de Londres por el eminente **Francis Galton** sobre las impresiones digitales, tema sobre el cual -lo confesé muchas veces- yo no tenía ninguna noticia al respecto hasta ese entonces, pero «penetrado de la trascendental importancia que revestían tales investigaciones», amigo, me dediqué por entero al estudio y sistematización de lo que más tarde se denominó dactiloscopia.

Así nació, mi querido amigo, en ese primer día de setiembre de 1891 -que fue ayer, nomás- la luego famosa **oficina de identificación** en la que quedaron instituidos los dos métodos (o sistemas): el antropométrico (bertilloniano), y el otro, que por entonces denominé icnofalangométrico. Un nombre raro, ¿no? Bueno, lo cierto es que, en ese momento, y no denominando bien la lengua y la especialidad, hice lo que pude, y años más tarde, cuando concluí definitivamente los estudios y el sistema (entre los años 1894 a 1896) le hice caso a un talentoso muchacho, el checo **Francisco Latzina**, estadístico, geógrafo, matemático y publicista, quien en un artículo titulado **Reminiscencias platenses** que publicó en La Nación del 8 de enero de 1894, me sugirió el cambio de aquella designación por la que se haría conocida, o sea, la voz **dactiloscopia**.

A esta altura de la indagatoria, yo le amplió el preguntario al ciudadano Juan Vucetich de la siguiente manera: ¿y, bueno, le digo, yo que no sé nada de este asunto, y estando ya en enero de 1925, el tal sistema que lleva su nombre, ha tenido alguna aplicación práctica? ¿Alguna repercusión?

Mire, Atilio, sólo le diré dos cosas. Una primera, que, cuando el sistema se llamaba aun icnofalangométrico, y constaba de 101 tipos, fue sometido a pruebas en un desgraciado o funesto episodio que ocurrió en junio de 1892 en Necochea y que se conocerá como el **caso Francisca Rojas** y sobre el que no le diré más nada, pues usted tendrá oportunidad de leer algunos libros, y sobre todo, hará conocer, cuando se cumplan los primeros cien años de la fundación de la oficina, un video hecho en Alemania, que usted repetirá en Mercedes, en San Nicolás, en los institutos policiales y otros lugares, y que, el primero de setiembre de 1993, lo llevará al Círculo Policial para que el director del Musco Policial, comisario Giménez, lo exponga y explique.

Y la segunda, es que viajé por muchas partes del viejo mundo y Asia, lugares donde expliqué el sistema, entonces dactiloscópico (reducido a tan sólo cuatro tipos fundamentales). Pero, mucho me interesó la excelente acogida que mereció en mi patria adoptiva, no obstante algunos egoísmos y envidias, que nunca faltan, ya verá, como que irremediablemente usted también tendrá *cerca* a envidiosos, porque también hará cosas que otros no pudieron o no supieron hacer. O no quisieron. Pero, no importa, hay que seguir adelante y no detenerse ni perder el tiempo ante la mediocridad que se opone al progreso y a la creación. Créame que mi sistema me sobrevivirá. ¡Y créame que un cierto **Decálogo del Policía**, del que usted será autor, también le sobrevivirá,

para orgullo de las futuras generaciones! ¡Qué tanto!

Creada la oficina, de inmediato se procede a la identificación de 23 procesados en jefatura y el 7 de diciembre se identifican a los detenidos en la cárcel de La Plata. En 1892, también se identificará al contingente de aspirantes a agentes de policía.

Y le digo más, Atilio, que las autoridades judiciales bonaerenses en lo penal, hicieron honroso sitio a la identificación dactiloscópica... Como que el departamento del Norte (el de **San Nicolás**, su ciudad natal), fue el primero, cuyo juez en lo criminal Octavio González Roura, y a su iniciativa, logra de la suprema Corte provincial, a consejo de la procuración general, la adopción del sistema por la célebre acordada del 4 de octubre del pasado año de 1902.

De paso le digo, Atilio, que dicho jurista fue el mismo que integró la comisión redactora del código procesal penal (así deberá ser designado), junto a los doctores Acevedo y Lozano, código que entró a regir en 1906 y que contiene muchos artículos sobre el particular.

Y Juan comienza aquí a precisar que, por ejemplo, ya se habla de las impresiones digitales (en el art. 259), se identificará (278), filiación dactiloscópica (279), identificado (423), identidad, identificación e individual dactiloscópica (433), identificado (440), identificadas (660), etc.

Después de dicho ordenamiento, un talentoso hombre, del cual usted tendrá noticias en la facultad cuando estudie de abogado, llamado Tomás Jofré, redactó un nuevo código, en 1915, es decir, hace ya una década, código que lleva su nombre -el **código Jofré**-, el cual, entre otras modificaciones que se le hicieron y que siempre se le harán, emparchándose y hasta amputándosele cosas buenas y dejándosele otras, que pasarán a ser arcaicas (las voces términos -en lugar de plazos-, decoro de sexo, etc., etc.), dice que, en el acto de efectivizarse la detención, el instructor procederá a tomar las impresiones digitales (art. 206: para 1993, día de la conferencia usted dirá **210**), pudiéndose denegar la excarcelación si el imputado se hubiera negado a dejarse tomar la individual dactiloscópica (ex 207; actual 211). Y para la valoración de los indicios o presunciones (que, no obstante la «o», no son la misma cosa), el **cuerpo del delito** deberá constar por medio de pruebas directas e inmediatas, y los aludidos indicios o presunciones, deberán ser al menos dos, salvo las impresiones digitales que podrán ser invocadas como plena prueba (ex 256; 259). Antes de procederse al entierro del cadáver o inmediatamente después de su exhumación, se tomarán las impresiones digitales (102; 110).

Al testigo, si el instructor lo considera conveniente, o cuando se tratare de personas desconocidas que no sepan escribir o sin domicilio, se le tomarán las impresiones digitales, lo que se hará en cada una de las fojas (144; 152)...

Para esto, y mucho más que siguió, Vucetich, por supuesto, se valió de un apunte o «ayuda memoria» que tenía a mano. Y don Juan me dijo muchas otras cosas que hoy no podré ya referir por razones de tiempo.

Me despedí de este hombre a quien no volví a ver jamás, sino en los libros, cuadros y bustos, hasta que en 1949, año en que me radiqué definitivamente en La Plata, para estudiar derecho -como lo vaticinó Vucetich-, visité el Museo del Bosque y frente a él encontré el herme del sabio junto a otros hermes que hicieron grande a la patria: Almafuerte, Ameghino, Alejandro Korn y Spegazzini...

Señores:

Cuanto quedó interrumpido en mis cavilaciones desde ese día 7 de enero hasta el 25 del mismo -en que me llegó la noticia de la muerte del sabio-, de aquel año de 1925, lo dejo librado a la fecunda imaginación de todos ustedes.

Por mi parte, y las de muchas que tuve, sólo me resta una que, al despedirme, Vucetich musitó en mis oídos y me dejó más que perplejo... O si se quiere, quizá era el milagro que yo esperaba. Me dijo...

Atilio, ¿sabe usted qué quiere decir en latín «qui in manu omnium signat ut novéri singuli opera sua?»

Yo le respondí sonriente que no recordaba bien eso, y entonces él, también se sonrió y me dijo...

Averigüe cuando pueda qué es de la vida del **Padre Gregorio Corellano Martínez**, que vino a este hermoso país a fines del pasado siglo, procedente de España (pertenecía al arzobispado de Zaragoza) y que el 26 de junio de 1901 se le extendió título de cura vicario en Morón y el 19 de enero de 1902, vino a Dolores, y más tarde, pasó a La Plata como capellán del asilo de Huérfanos (1904), y luego, teniente cura de San Ponciano, hasta que en 1920, o sea, hace cinco años, fue capellán del asilo de Huérfanas, cuando lamentablemente lo perdí de vista.

Este gran sacerdote, y usted lo averiguará algún día si es cierto o no, parece ser el que me susurró a mi oído dicha frase latina, creyendo el Padre que yo no lo sabía. Sí, lo sabía; aunque me había olvidado que se trataba de un versículo del libro de Job de la Biblia (antiguo Testamento) que traducida significa: «el Señor ha marcado con su sello la mano de todos los hombres para reconocer sus obras».

Mi sistema, sin saberlo, corroboró la verdad grande del versículo. Así me acerqué a Dios, querido amigo Atilio...

Y éstas fueron las últimas palabras que le escuché a este hombre grande.

Me vine a La Plata, pensando en Juan, en Corellano, en Job, en Louis Pasteur... Este último con aquella hermosa frase:

Un poco de conocimiento científico, aleja de Dios;
el mayor conocimiento científico, acerca a El.

Y yo me preguntaba -agregando a Pasteur-, ¿por qué no todo el conocimiento es casi Dios mismo, porque es estar al lado mismo de El? Al lado de El, codo a codo, tutearlo..., y por ende, amarlo más que nunca! ¡Qué caray!

También, en mi regreso, pensaba en otro nombre que me pareció escucharle -el de Ernesto Sábato-, un mozo, me pudo haber dicho, al pasar, que ha nacido hace quince años, que habrá que tener cuidado con él, pues alguna vez, hasta renegará de su ciencia (física y matemática) para dedicarse al arte. Dirá en 1993 que la ciencia no sirve para nada. Así, en un programa por TV a cargo de un buen muchacho llamado Grondona, dirá que la ciencia y las tecnologías han ensuciado el planeta de inmundicias y monoácidos de carbono. Y se preguntará más de una vez ¿para qué diablos sirven los aminoácidos!?

Atilio -quizá me hubiese seguido diciendo Juan-, no le haga mucho caso... Hasta él mismo admitirá que está medio loco y que no siempre tiene razón, además de ser gruñón, de no tener muy buen carácter y adherir al anarquismo. ¡Qué más!

Señores: no obstante todo eso que parece cierto -y que suponga fundadamente que lo dijo Juan (o lo pensó)-, Ernesto me remitió una carta hace dos años en la que me felicitaba por un libro mío de poesía, que titulé **Ismael**, y que mucho le gustó. Y que luego fuera dos veces premiado en el mismo año de 1991...

SEGUNDA PARTE



I

ATANASIU

Algo y (mucho) más que el fin y «el origen de la literatura»

a Pablo Atanasiú



En la década del 70 conocí personalmente a este talentoso escritor platense nacido, según mis noticias, un 11 de enero de 1926 en Ensenada.

Cuando mi amigo Enrique Catani peresidía la SADE, filial La Plata, en el período 1967/1969, **Andrés Hornero Atanasiú** desempeñó la vicepresidencia de la entidad, y años más tarde, en el ejercicio del segundo período de mi presidencia en la misma (1975/1977), desempeñó la vocalía titular de la institución.

Por esos años (más precisamente en 1974), Atanasiú fue galardonado nuevamente por el **Fondo Nacional de las Artes**. En efecto, decía **El Día**, este escritor ampliamente conocido por **El retorno y otros cuentos** (que publicara en La Plata en 1962), **Sandro o la soledad** (Buenos Aires, 1963) y **Los restos del naufragio** (Buenos Aires, 1971), así como numerosas colaboraciones en **La Nación** y dicho matutino platense, se hizo nuevamente acreedor al premio de novela que dicho Fondo destina a los autores éditos. Esta tercera oportunidad de ser galardonado, no es más que la persistencia de una alta labor y un acierto de la entidad que ya, en 1961, fue premiado por la misma y la SADE, y nueve años más tarde, mereció análoga distinción. La obra que fuera premiada en aquel recordado año de 1974 era la novela **La luna en menguante** (Buenos Aires, 1976), libro que narra la «historia de un hombre que concita a su alrededor a un heterogéneo grupo de seres aquejados por diversas falencias, a quienes les hace jugar un papel donde intenta poner sus designios perversos».

Es dable decir que el autor de **La casa del tesoro** (Buenos Aires, 1981), incluida en una lujosa edición de **Sekal Bungaku Zenshu (The Collection of World's Literature Series)**, que se trata de la **Antología** de la Literatura Mundial (edit. en Tokyo, 1990), entre los más célebres latinoamericanos (como Vargas Llosa, García Márquez, Mario Benedetti y otros), ha sido considerado en tales ediciones, bajo el título **El autor y su obra**, con elocuentes comentarios: «Como todos los escritores argentinos que se conocen en nuestro país, Atanasiú tiene estrechos vínculos con la literatura europea, pero en su caso estos vínculos tienen características propias, como la depurada capacidad de hacer llegar al lector sentimientos originales, así como las sutilezas de un erotismo exquisito». **La casa del tesoro**, está dividido en las siguientes partes: **Tiempo; Destino; Peripecias**. Y los textos pertinentes ocupan las páginas 1168 ss. del v. 19.

En fin, Atanasiú tiene pergaminos suficientes como dar lustre distinguible a la escritura hispana, e incluso, de otras lenguas, como que en la actualidad

se desempeña como miembro correspondiente de la **Académie Européenne des Sciences, des Arts et des Lettres (Antibes, Francia)**, habiendo sido distinguido en varias ocasiones por la SADE y el referido Fondo Nacional de las Artes. Fue asimismo jurado en diversos certámenes literarios. Durante mis presidencias en la filial platense de la SADE, me preocupó, entre otras actividades culturales, literarias y hasta gremiales, honrar la figura egregia del prócer de las letras nacionales, fundador y primer presidente de la SADE: **Leopoldo Lugones**. Y en tal sentido, diversos actos se cumplieron en dichas ocasiones conmemorativas. En una de ellas, llevada a cabo el día 13 de junio de 1975, fue invitado Atanasiú, y en las instalaciones del Jockey Club de la Provincia de Buenos Aires (en su salón dorado), pronunció una conferencia titulada sobre el **Origen de la literatura**, cuyo texto es el siguiente.

Ocurre con los títulos lo que con las definiciones. Cuanto más amplias, más imprecisas; cuanto más extenso el objeto que quieren abarcar, menos lo definen y rotulan. Por eso creo que es necesario aclarar, antes que nada, el sentido de este título, tan amplio como indeterminado.

Preguntarnos por el origen de la literatura abarca, entre otras, la pregunta «¿en qué momento surge la literatura?». Aun así la cuestión tiene varias interpretaciones posibles. Podemos, por ejemplo, entender la pregunta en el sentido de «cuándo nace la literatura en la historia, en qué momento histórico aparecen las obras que definirán una época, un país o un continente». La pregunta puede entenderse también en el sentido de «cuándo nace la literatura, nuestra literatura, en cada uno de nosotros en cuanto individuos».

Pero hay también, por lo menos, otro aspecto de la cuestión. La pregunta puede referirse a «en qué momento de la creación, entendida ésta como fenómeno individual, surge lo específicamente literario, lo que es innegablemente una obra de arte elaborada con las palabras».

El problema de determinar el origen histórico de la literatura en un determinado país o zona del planeta no es un problema sencillo.

Decimos, por ejemplo, que la literatura griega nace, por lo que nos ha llegado hasta hoy, con los **Poemas Homéricos**, o que el origen de la literatura inglesa debe fijarse en una época anterior al milenio. Sin embargo estas afirmaciones desatarían una serie de objeciones, ya que puede negarse, o no, la inclusión en el conjunto titulado «Literatura Inglesa» de lo que ha sido escrito en un idioma que está todavía lejos del inglés de la época isabelina, o que el tema y el contenido, en general, de esa literatura, no es específicamente inglés. Con respecto a los **Poemas Homéricos**, éstos son, casi con seguridad, la culminación de una larga tradición épica, cuyas obras se desconocen, por lo que el problema ni siquiera puede solucionarse dentro del campo de la pura investigación literaria. En la dilucidación de estos interrogantes influyen

también hechos estudiados por la arqueología, como los que se refieren a la mayor o menor perdurabilidad del material que se utilizó para grabar o pintar los signos de la escritura.

Quiere decir que el que hayan desaparecido o no ciertos manuscritos es un hecho no literario que afecta nuestro conocimiento sobre el origen histórico de la literatura y nuestra posición sobre el hecho histórico en sí.

Si una catástrofe, y seguimos con los ejemplos, hiciera desaparecer de la tierra todo el papel existente, hecho técnicamente posible con los actuales medios de destrucción con que el hombre cuenta, los arqueólogos del futuro, si es que quedan arqueólogos en el futuro, con seguridad afirmarían que la literatura decayó y terminó por desaparecer después de la invención de la imprenta.

Pero, no nos perdamos en conjeturas. Además, no es ese el problema fundamental que queremos tratar hoy. El origen histórico no es un problema para escritores, sino para historiadores de nuestro arte. Dejémoslo, pues, a los especialistas.

Hay también, dijimos, un origen individual de la literatura. La pregunta correspondiente sería «en qué momento nace la literatura en cada uno de nosotros». Si organizáramos una encuesta en punto a esa pregunta, la mayoría de los interrogados respondería inmediatamente: «en la adolescencia». Y es en realidad, en esa época de la vida cuando se comienzan a escribir, generalmente, pequeños trabajos que, con un poco de generosidad, podemos incluir en la denominación general de «literatura».

Pero, esto es sólo en parte acertado. ¿Por qué? ¿Quién hace literatura, verdadera literatura, a los quince años? O tal vez sería mejor preguntar: ¿qué escritor se inicia como tal, como escritor, a esa edad? Acaso ¿la mayor parte de los hombres no recuerdan sus poemas o cuentos de la primera juventud con una mezcla de melancolía y de rubor, como propios de la edad y no como una actividad a la que vale la pena dedicarle toda la vida?

Dado que la literatura es una tarea poco o nada rentable, podemos decir que lo único que perdura en el escritor, de aquel adolescente que escribía versos, es su desinterés y su ingenuidad. Todo eso mezclado con una gran dosis de testarudez que le hace obstinarse en una labor que exige mucho esfuerzo y no se traduce casi nunca en dinero, ese poderoso señuelo de la edad viril. No en vano la palabra «vocación» suena casi como «obstinación».

Pero ocurre que no todos se obstinan tampoco con igual resultado. Recuerdo que **Pedro Henríquez Ureña** nos decía, a menudo, que todos los jovencitos deben escribir versos, pero sólo los que continúan haciéndolo son poetas. Tal vez el maestro Henríquez Ureña se proponía animar la actividad de los adolescentes que escriben romances apasionados a la novia, pero al hacerlo concedía, por pura generosidad, el título de poeta a todos los que continúan

en la práctica del oficio, incluso aquellos que se empeñan, contrariando el dicho popular, en la práctica de un oficio para el que no han nacido. Tal vez sabía, y cómo no iba a saberlo, que el que se obstina en escribir sin ser escritor, actúa convencido de la infalibilidad de su destino, mientras que el que lo es realmente no deja de preguntarse, todos los días de su vida, si su tarea es útil y valiosa. En el escritor, como en el creyente, la duda coexiste con la fe, y la seguridad, en cambio, es un elemento negativo, que no ayuda a nadie a descubrir su propio camino, sino, precisamente, a ocultárselo.

Pero hay, por lo menos, otra manera de enfocar el problema del origen de la literatura, o, mejor dicho, otro significado valedero de esa frase ambigua. Se refiere al **momento** que nace la literatura, la verdadera literatura, la alta literatura, en relación con las posibilidades del lenguaje. Para ser más claros: si ahondarnos en el estudio de las posibilidades de ese lenguaje, en qué momento aparece lo literario.

Como todos sabemos, la literatura utiliza un material que es la palabra. Esta constituye en líneas generales, lo que el sonido para el músico o la piedra para el escultor.

Pero la palabra se diferencia del sonido, por ejemplo, en que es un elemento espurio, adulterado. No es un elemento creado para hacer con él exclusivamente literatura. El mismo término que el cuentista o el poeta utilizan en sus obras ha sido empleado ya muchas veces en la vida cotidiana, en la actividad científica o artesanal, y aún en otra tarea artística. De esa vida anterior de la palabra, ésta ha quedado como cargada de diversas connotaciones que el escritor debe tener en cuenta antes de utilizarla.

Para hacer más clara esta afirmación, pensemos en cualquier palabra del lenguaje común. Por ejemplo, la palabra **piel**. Esta palabra, **piel**, aparentemente coincide con el concepto que designa, no sólo en su esencia, sino también en su extensión. El concepto **piel**, podemos afirmar **prima facie**, es tan extenso como su designación. Pero observemos un poco más detenidamente, y en función de escritor. Comprobaremos enseguida que para la medicina, la palabra **piel** designa un órgano de determinadas características. Para la técnica, y en especial para el lenguaje femenino, **piel** significa preferentemente «cuero curtido de ciertos animales». La palabra implica también connotaciones raciales, que en algunos individuos son particularmente destacadas. Además el término alude, directa e indirectamente, a la suavidad de ciertos frutos y con ella al aroma fresco del verano. El perfume, natural o agregado de la piel humana, toma también su lugar en esta cadena de sugerencias. Por otra parte, y ahora desde el punto de vista del sonido, la palabra **piel** es parcialmente homófona de **hiel y miel**.

Todas estas relaciones son consciente o inconscientemente establecidas por el lector. Claro está que podría señalarse que la posición de la palabra en

el contexto limita notablemente la cantidad de connotaciones válidas, pero esta limitación es mucho menos importante de lo que puede suponerse, ya que detrás de la significación inmediata y consciente, se sitúan todas las otras. Estas últimas, que podríamos llamar secundarias, conforman una especie de trasfondo, cuyo matiz puede influir decisivamente sobre el éxito del relato o del poema como elemento expresivo.

Esas connotaciones parásitas no siempre abandonan con facilidad el término en cuestión, y a menudo, el autor tiene que renunciar a su utilización por venir cargado de significaciones que molestan y hasta contradicen aquella que juzga más importante para el caso.

Pero, depurado el vocabulario y elaborada la obra, ésta se presenta al público con valores que no se encuentran todos, en el mismo nivel. Analizadas con atención, pueden observarse en las obras literarias tres planos desde el punto de vista de su expresividad. La riqueza de una obra literaria se puede medir de acuerdo con la cantidad de niveles en que con expresividad se manifiesta.

El primer plano, el más evidente para todo lector, es el que muestra la obra literaria en cuanto simple crónica de una realidad. El cuento realista, la novela testimonio, toda literatura-verdad, se propone sólo **mostrar** la realidad, y aunque ésta concluya con una tesis, o sirva a una tesis determinada, el vocabulario pretende actuar designando los hechos y los objetos directamente, sin deformación artística alguna. Su logro es nombrar las cosas por su nombre, y en su conjunto, tiene por objetivo, como obra de arte que el idioma no moleste a una representación exacta del mundo que el lector conoce o quiere conocer. Es, por consiguiente, el tipo preferido de la literatura de compromiso y de la costumbrista, según posea o no una tesis a demostrar.

El segundo plano es el de lo simbólico. En este nivel, la palabra no se utiliza ya para designar aquello que normalmente significa, sino otro objeto o hecho que, por encarnar valores supremos o experiencias inéditas, carecen de nombre apropiado, o lo poseen con un bagaje de connotaciones no convenientes para el mensaje artístico que se emprende. Al mismo tiempo, y por una suerte de justa compensación, los personajes, los hechos y los objetos así designados sufren una jerarquización que los ennoblece, aumentan su significación normal o los ubica en el mundo de las ideas y los valores permanentes. Este plano es el utilizado generalmente por la literatura religiosa, la moralizante, los ejemplos, las fábulas, la literatura destinada a los niños, aquella en que se exalta el valor cívico, etc.

Pero, hay aún un tercer plano, tal vez el más difícil de descubrir, el que menos se muestra a la atención del lector, aún del lector inteligente y curioso. Es el más específicamente literario, el que escapa a todo propósito no artístico. Más, aún, es el que responde al propósito primordial de todo autor ambicioso.

Este autor ha empleado a veces mucho tiempo en definir para sí mismo la

dimensión y el carácter de la obra que aspira a escribir; ha gastado su tiempo en un aprendizaje arduo del idioma y para **el que no encuentra maestro válido**, porque no lo hay. En cambio, ha tenido **que desmontar pieza por pieza la obra de sus autores admirados** y en ningún lugar halla **solución a su problema expresivo**. Su situación es desconcertante, y debe, de alguna manera, **solucionarla**. Ha **descubierto** que el lenguaje le ofrece la designación correcta **de los entes de la realidad, y mediante el** artificio de lo simbólico, puede moverse en **el mundo de las ideas supremas**. Pero, para su propósito actual, ambicioso como todo **el que preside una verdadera obra de creación**, ni el procedimiento directo ni el indirecto **le bastan**. **Se ha acercado tanto** al mundo de la palabra que ha descubierto que éstas, **en su conjunto, no designan sino** de a trechos la realidad, esa realidad que ahora aparece **ante los ojos de su inteligencia** como continua, es decir, infinita.

Entre una y otra palabra, aunque parezcan **sinónimos, hay una distancia** inconmensurable, pero no el término que él necesita. **Podría crearlo, pero la palabra** nueva resultaría incomprendible para los otros, y él **escribe para los otros**. **Hasta las** personas gramaticales resultan escasas. Son sólo tres. **¿Cómo hacer para designar aquello que ha dejado** de ser **yo** y no ha llegado a ser todavía **tú**? **¿Cómo hacer para llegar**, o lo que es lo mismo, para **designar**, algo que está **entre esos dos mojones** separados por una distancia tan grande? Sólo puede, para no **desvariar, para no caer** en lo ilegible, que constituiría su error más craso, rodear incansablemente **el objeto** de su esfuerzo, rebotar continuamente de un término a otro (todos **aproximados**, todos falsos), afanarse sobre la página en blanco «como un forzado» **dirá algún día Gustavo Flaubert**, quien sufrió tan arduamente este problema, sin dar a **su obra más** que una forma sólo cercana a la que intuyó conformándose malamente **con ese** resultado imperfecto y postergando su sueño para la próxima vez.

Sin embargo, a veces, no tantas como sería de desear, ocurre el milagro, **la obra** expresa lo inexpresable, lo que es imposible de decir de otro modo que por **medio de** la obra total. Y ése es su valor supremo. No sólo como obra. Su presencia, su presencia irremplazable, quiero decir, **es la justificación de la literatura**. Porque **ésta nace, paradójicamente, de una incapacidad del lenguaje**, su incapacidad de nombrar aquellos sectores de la realidad que por sutiles, lejanos o incomprensibles, no han merecido la gratificación de ser coronados por la palabra justa.

Tal vez ése sea el verdadero origen de lo literario. Un origen que escapa al tiempo, pues se hunde en la esencia misma del lenguaje humano. Un origen que nos sirve para reconocer la más alta literatura, la literatura verdadera, la única que merece, en sentido estricto, el nombre de tal.

Y llegados a lo inefable, debería terminar aquí mi charla, si no fuera precisa una aclaración: sería pecar de severo, de bizantino o de puntilloso no

aclarar que este último plano, en donde queremos señalar las características de las grandes obras de la literatura, comprende también, invariablemente, a los otros dos, de tal manera que cualquier obra que ha alcanzado el nivel a que todo escritor aspira llegar alguna vez, no deja de encerrar también un valor descriptivo y un valor simbólico. Desde esos puntos de vista se puede, y es lícito analizarlas, pero teniendo en cuenta que estos dos planos, el de la crónica y el de la representación simbólica, no justifican su perdurabilidad, y menos aun, encierran las características que la han transformado en una obra irremplazable.



II
BENÍTEZ



SONETO A MARIAL

*Llena el alma de pena y desconsuelo
de ver el día de hoy sin tu presencia.
Así, en la gravedad de esta confluencia,
mi mismo corazón está de duelo.*

*Es mucho más que un cielo sin el cielo,
como fe desprovista de creencia.
O algo más, la virtud o la tendencia
de soñar incansable en el desvelo.*

*Por eso es que persisto en el anhelo
de transformar en calidez el hielo
y ocuparme, tal vez, en la inocencia*

*de exigirme quizá ruda exigencia,
de tener tu presencia en esta ausencia
como un vuelo sin alas. Pero, vuelo.*



III

BERNARDEZ

...0 una pregunta: ¿Alguien escribió mejores sonetos que él?

*A Carmen Manuel, Cristina Urbina, Analía Causa,
Cecilia González, Olwen Krause, Elida Carugo y
Guadalupe Barriviera, con gratitud.*

*A María Elena Valentina Silvia Azucena Cravero,
José María Banfi y Esteban Beato,
con no menos gratitud.*



FRANCISCO LUIS BERNARDEZ

Surca el buque y se aleja. Por mar dentro,
ignora el horizonte de la duda.
Figura de infinito, se desnuda:
cielo y agua, por fuera y por adentro.

Fue. Y se llevó hacia el hispano encuentro
lo que aquí queda como pampa cruda.
O aun lo que espera la ansiedad, que escuda
una poesía por contorno y centro.

Los futuros ibéricos esperan
que los días transcurran y difieran
el retorno de tierra, mar y cielo.

Pero, el poeta vive aquí en el libro,
en el que aprehendo de mañana, y vibro,
la soñada poesía del desvelo.

Publicado en Interés Público, dic. 1961. Bernárdez, al igual que Castiñeira de Dios, Adler y otros, es considerado un destacado representante de la poesía católica argentina contemporánea. Participó en el ultraísmo e integró el **martinferrismo**. Nació y murió en Buenos Aires (5 octubre 1900 y 24 octubre 1978). Obras: **Bazar**, **Orto** (1922), **El buque** (1938), **La ciudad sin Laura** (1938), **Poemas de carne y hueso** (1944), **La flor** (1951), **Florilegio del cancionero vaticano** (1953) y muchas otras, incluyendo su **Antología poética** (1951), en la que menciona, además de los libros aludidos, **Alcándara** (1925), **Cielo y tierra** (1947), los estupendos **Poemas elementales** (1942), **El ruiseñor** (1945) y otros poemas. **La Nación** publicó en su suplemento literario (22 octubre 1961) el siguiente soneto (que tituló **El instante**). Publicado también en el mismo diario en la nota necrológica (en la edición del 25 de octubre de 1978).

Lo poco que en el mundo soy y he sido
pasará como el humo vago y lento,
transformado por fin en alimento

de la insaciable muerte y el olvido.

Lo que acaso gocé, lo que he sufrido,
lo que pude soñar y lo que siento,
todo se apagará sin un lamento,
en impalpable polvo convertido.

Pero entre tanto desvanecimiento
quizá dure un instante el hondo acento
con que canté lo mucho que he querido:

tal vez pueda durar lo que un latido
la voz de la pasión con que he vivido
antes de ser también ceniza y viento.

Pero, yo he preferido en esta recordación, hacer también la de **Cervantes**, en el soneto **Lepanto** que Bentárdez publicó en el suplemento literario de **La Nación** del 3 de octubre de 1971, en ocasión de la cuarta centuria de la batalla homónima.

Cuatro siglos de fuego han transcurrido
y de Lepanto apenas si perdura
lo que el recuerdo sin cesar procura
disputar a la muerte y al olvido:

el gran fragor, el múltiple alarido,
el encontrón de amura con amura.
y el vencedor que como el sol fulgura
sobre la yerta luna del vencido.

Sólo un resto de aquella coyuntura
con el mismo tesón sigue encendido
y con el mismo encendimiento dura.

Y es la fe con que un ser desconocido
prefigura en su cuerpo malherido
la fe de su futura criatura.

Es dable mencionar que coincidentemente en el mes de octubre nació y murió el poeta, así como que en el mismo se publicaron los dos sonetos. Además, y tal su extraordinario manejo de la forma soneto endecasílabo, frecuente en su obra, y no muy frecuente en otros autores, la rima de los dos primeros versos, o líneas, la mantiene no sólo en la segunda cuartera, sino en los terceros, esto es, en el primer soneto, abba-abba-bba-aab, y en el segundo, alaba-abba-bab-aab.

En 1990 edité **Microcosmo** (poesía) presentado en San Nicolás por **María del Carmen Garay**, libro en el que incluí un poema escrito unos años antes y que, titulado **El manco**, dice así:

Fue la criatura, lanza y escudero,
el paso, la embestida, la escritura.
El filósofo en ser más criatura

que su creador en celda, el recluso,
el preso,
el abismado y el que fue.

Después vinieron las lecturas y los sueños,
las glosas y los comentarios,
los institutos y los departamentos de letras.
¡Oh, las letras! ¡Y los departamentos!

Hasta que un día
recayó mortificado de cenizas, escondido
entre escombros y miserias. Mohíno.

Fue sólo destello, un instante.
Aunque el mundo careció de la lumbre,
y de la cruz, el ephod y el solideo,
perdióse el firmamento
y los que creyeron que murió.

Murió, nomás,
murió sin glorias, dulcineas ni escuderos,
sin bostezos y sin hazañas ni proezas.

Sin moral.
Y sin fuerzas.

Alguna vez, alguien que pasa
y camina por la calle a nuestro lado,
anda en otro mundo con un compañero de penumbras,
con una coraza escondida entre los ojos
y un yelmo prendido en la solapa
(aromando a espliego).

IV

BUSTOS

... ¡O un CESAR en desmandado vuelo!



CESAR BUSTOS

El sol que ya ha caído. Y en la mente
yo me vuelvo hacia un cielo atardecido.
Como nube que fue, como algún nido
que ya cierra sus puertas. de repente.
No otra cosa es el hombre. El que la siente
sobre todo su ser anohecido,
la nostalgia en el canto preferido
clavando honda oquedad hasta en su frente.
Quizá por eso vuelva hacia esta vida
esa sombra en más sombra, y convertida
en sólo una esperanza de esa espera.
Porque después el nuevo día incierto
dirá también que todo está ya muerto
sin esperar que realmente muera.

Este es un soneto que hace siderales distancias que he compuesto y que permanentemente le estoy encima, empeorándolo por supuesto. Se lo dediqué a Bustos hace un poco más de un milenio cuando dialogaba yo con el célebre San Bernardo, monje y caballero. Un fraile con toda su trapa y monasterio, su caballo y su travesía, su palabra y sus disputas.

Pero, vuelvo a Bustos y quedo profundamente en estado de perplejidad al comprobar que, en algunas obras antológicas (**inter alia**, la hispanoamericana actual -léase 1968- del platense Mario Marcilese), así como en otras publicaciones donde ya se encuentran otros no tan grandes como César, no figure este notable poeta, uno de los prominentes valores nacionales, después -o junto a- Horacio Rega Molina, Baldomero Fernández Moreno y Francisco Luis Bernández, entre otros. Desde estas modestas paginas, llamo seriamente la atención de este todavía reparable olvido. O desatención.

Nació este gran poeta en mi ciudad natal del inolvidable **Acuerdo** un 26 de diciembre de 1913. San Nicolás tiene el regalo de verlo. escucharlo y entretenerse cálidamente con el pensamiento de que, a cualquier hora, se pare en la puerta de su casa de la calle Ameghino (enfrente vive mi hermano y vivían mis padres). Tiene relevante obra editada: **El matiz y de los días** (1945) y **El aire y la nostalgia** (1987), pero sin lugar a dudas el libro de sonetos **Desmandado vuelo** (1949) está llamado a constituirse en uno de

los mejores logros no solo del gran poeta nicoleño, sino de habla hispana. No es oportuno este momento ni este lugar para efectuar una crítica literaria a la que no me siento capacitado. Pero, me parece justo referir que, en 1974, invitado yo por el Rotary Central de La Plata, para disertar en las instalaciones del ex Jockey Club de la Provincia de Buenos Aires, en celebración del día de la primavera, determiné como tema de mi conferencia el comentario de dicha obra a propósito del vigésimo quinto aniversario de su natalicio. Entonces efectué una exposición, comentada por El Norte de San Nicolás, con apropiada lectura de varios sonetos para demostrar la vigencia lírica y la calidad poética de las composiciones que merecieron unánime respuesta laudatoria. Preciso es que deje sentado que, entre la concurrencia, estaban dilectos poetas y escritores platenses. Con esos ejemplos y ayudado por la reflexión de varias líneas de otros sonetos, me resultó fácil afirmar que Bustos se inscribía entre los más destacados sonetistas argentinos de todos los tiempos, tales como Lugones, Mastronardi, Bernárdez, Fernández Moreno, Rega Molina y García Saraví, entre otros.

En la edición del diario El Norte del último día del año de 1978, se publica el siguiente que Bustos tuvo la deferencia y la grandeza de dedicarme (y que tituló **Soneto en gris**).

Me llama el gris hermano de la bruma,
oh, lento gris que avanza en lejanía.
Grisácea luz que el corazón enfría
y se convierte en leve gris de espuma.
Por ese gris de antaño que me abruma
sé transitar en gris por la poesía
y el crepúsculo gris que apaga el día
es un gris de nostalgia que se esfuma.
Ya tengo el gris que mi memoria anhela,
ese gris que atraviesa las edades
y que ahora entre grises se desvela.
¡Oh envoltura tan gris, tenue sordina,
el corazón en gris de eternidades
ya se hunde en el gris de tu neblina!

Et haec omnia adjicientur vobis (Mt. 6, 34).

V

CATANI

**Después del crepúsculo (o el ocaso), ¡siempre tiene una
mañana!**



«OCASO» DE ENRIQUE CATANI

La vida fue sustancia. O el abrazo.
La canción del jinete, la presencia
del canto. del sendero, o de la ausencia,
O el paso breve que se amaga en paso.
Fue más que todo lo que fue. Acaso
un poco de justicia en la sentencia.
O algún místico ateo de la ciencia
que muere o resucita en cada ocaso.
No se le mueva ni un terrón al suelo,
ni se revele lo que tras del vuelo
el alma enuncia en vocación de ascenso,
porque el cielo tal vez no es este cielo,
sino visión. nomás, sueño o desvelo,
la ocasión de evocarle en arco tenso.

1974

Catani nació en Nueve de Julio el 28 de setiembre de 1914 y murió en La Plata el 21 de enero de 1974. Fue profesor de letras en la facultad de Humanidades de La Plata, director de Bellas Artes y presidente de la SADE, filial La Plata, en dos períodos (1967-1969 y 1969-1971). Publicó recordada obra poética, libros tales como **Core y otros poemas** (1943). **El héroe** (1945). **El bosque** (1947) y el poema histórico **Nueve de Julio** (1950), así como historias literarias, ensayos y teatro.

Compartí con Catani un encuentro de escritores, realizado el 19 de mayo de 1973, en el Club Universitario de La Plata, llevado a cabo bajo la sugestiva designación de **El terruño en la poesía**, él representando a su tierra natal y yo dando a conocer el entonces inhallable pequeño libro **Resonancias nicoleñas** (1960), en el que, con la presencia de mucho público, entre el que se encontraban la actriz **Olga Zubarry**, directivos de importantes instituciones, como el **Centro Cultural Platense** -presidido por la nicoleña **Dra. Utrera**-, escritores y poetas (**García Saraví**, **Cintora**, **Barilari**, **Micucci**, Preler, Seigel y otros), tuve el placer de leer una lira (introducción al pago), un soneto (elegía) y tres espinelas (a orillas del Paraná, senda y sauce) (crónica de **El Norte**, 25 mayo 1973). Y **El Norte** recordaría a Catani el 21 de enero de 1975, en ocasión de un homenaje que yo le hacía ese día por Radio Nacional, al cumplirse el primer aniversario de la muerte del poeta. El soneto fue leído en la necrópolis platense el día de inhumación de los restos del vate y amigo.



VI

CAZALLA

**...Un monje solidario y obediente cuando se consagra a la
religión del soneto**



...QUARE ME DERELIQUISTI

a Manuel Cazalla

Sombra. El leño. La tarde. La Cabeza tendida.
Y la estrella en el pulso que atardece la luz.
Se descuelga en silencio hoy la voz del Jesús
y en la noche se hunde el rumor de su herida.

El dolor es silencio que hoy no tiene medida
y el mirar es la sangre que hoy se lleva su Cruz.
En sus venas hay muerte y en sus ojos y en sus
elementos totales de este hombre sin vida.

Hay un lago en el alma donde está su navío
y su nave es velamen de blanquísimo brío
donde el albo es tan puro como su estro y su frente.

Desde el Verbo que viene con la voz cristalina
este Dios nazareno, que nació en Palestina,
nos prodiga, sin mancha, su Raíz, su Simiente.

1974

Este es el único, tal vez, alejandrino, de todos mis imperfectos sonetos. Mas, lo traigo hoy y aquí por variadas circunstancias de los aniversarios y de los afectos. Mi amigo García Saraví, de entonces y de siempre, no me desalentó en el cultivo y acertadamente nunca me alentó en tal dificultoso oficio. Cuando leyó este producto (de la poética), y a mi pregunta de si era potable, me miró con alguna sorpresa, me cerró un ojo (como haciendo la seña de as de basto en el truco o de las treinta y una en el mus), puso su pulgar derecho hacia arriba y se fue lentamente por mi calle cuarenta y dos hacia la siete...

El título de entonces era **Eli, Eli, lamma sabacthani?** (venido de los Santos Textos: Mt. 27, 46, y Mr. 15, 34), con el que yo daba fin a las páginas de mi libro **Ismael** (poesía), y un más tarde (aunque reciente) el de **Mein Gott, mein Gott, warum hast du mich verlassen** (Sal. 21). Dice **Narciso Pousa** (Los Starsi de La Plata, Almenara, La Plata, 1991, 121), que lo enseña en alemán, que se trata del «Salmo XXII (Según la numeración de la Biblia de Lutero)». De última (1), preferí la cita en el añorado y nostálgico latín (ya no el viejo, querido y amado arameo ni el respetable alemán): **Deus meus, Deus meus, respice in me, quare me dereliquisti?** (porque David profetiza, aquí, muchos de los padecimientos, aun en una crónica poética para recordar). Y como se advierte el Deus meus, **Deus meus** (o también

Deus Deus meus), rēspice in me (Dios mío, Dios mío, mírame), lo he obviado o suprimido. No olvidado.

El destinatario del soneto, se trata de Manuel Luis Alfonso Cazalla, nacido en la bonaerense Tres Arroyos el 11 de mayo de 1907 y murió en esta ciudad de los tilos el 28 de mayo de 1973. Casó con Rosa Elvira Mirco, de cuya unión nacieron Luis Gabriel, Alejandro Manuel v Christian Fernando.

En la recordada **Antología Poética Bonaerense** (FEB, SADE, Filial La Plata, 1977), ps. 73/79, se publicaron nueve sonetos (La muerte del resero; Soneto íntimo; Soneto de las dos rosas; Soneto para una tarde de ausencia; Soneto en soledad; Soneto esperanzado; Una hoguera en Ruán para quemar el amor; Natividad y De cómo el juglar finalmente pidió entrar en el cielo), **Antología** que, como se sabe, se editó durante mi gestión presidencial de dos períodos en la filial platense de la SADE (1973-1975 y 1975-1977). Para recordar merecidamente al poeta, al cumplirse el primer año de su muerte, promoví la realización de un acto de homenaje, organizado por la SADE, filial La Plata, y la adhesión de la Municipalidad de La Plata, llevado a cabo el 22 de junio de 1974, en el salón dorado del municipioo platense, oportunidad en que hablaron el director de cultura municipal, Dr. Jorge E. Vázquez, la profesora Raquel Sajón de Cuello (sobre el tema **Valoración poética de la obra de Manuel Cazalla**) y yo sobre **Algunas motivaciones y trascendencias en la poética de Manuel Cazalla**. En un nuevo homenaje al vate, inmerecidamente olvidado, y a dos décadas de su muerte, reproduzco textualmente cuanto dije entonces.

Como decíamos a poco de asumir el gobierno de la filial platense de la SADE, y como tendría que ser expresado con respecto a otros poetas inmerecidamente olvidados o no recordados con la frecuencia que merecen, y sobre todo, como debiera ser dicho en su oportunidad, es decir, en vida de los mismos, hoy habremos de hablar con Manuel Cazalla, poeta, con la única manera que existe hoy para hacerlo -y la más idónea y representativa-: hablar de Cazalla a través de lo que, sin duda, tiende a la perdurabilidad: su poesía.

Nuestro tema versa sobre **Algunas motivaciones y trascendencias en la poética de Manuel Cazalla**, con la única mínima salvedad de que lo nuestro no sabemos si será algo tal vez carente de algún tibio sentimentalismo, pues no hemos conocido ni tratado personalmente al poeta. Pero, también, amigos, esta circunstancia nos autoriza a decir que, nuestra exposición y el homenaje que la SADE le rinde en este acto por nuestro intermedio, es absolutamente objetivo, porque esas motivaciones y trascendencias de la poética en la obra de Cazalla, realmente existen en sus obras.

Como poeta, y como una premonición del matiz específico de casi toda

su obra, Cazalla vino a este mundo en un otoñal mayo en la noble localidad tresarroyense de nuestra provincia, y se nos fue un otro otoñal mayo de hace un año, y todo, tal vez, para que fuera más otoñal, y con ello, melancólico y nostálgico, el tono de su poética. Y ésa, su partida, fue en esta ciudad de los poetas y de tantos y tan buenos, aunque no siempre debidamente recordados, como recién dijimos.

Manuel Cazalla pertenece, a nuestro modo de ver, a una indefinida generación de la poética platense (dicho esto desde el punto de vista cronológico), pues no pertenece a la generadora que se fue con **Behety**, así como tampoco a la que se iniciara con Pedro Palacios, ni con la llamada primavera fúnebre, quizá la más auténtica de la aún inextricable o inexistente escuela de La Plata.

Sin embargo, en **Sueño Medieval**, que fuera distinguido en 1963 por la subsecretaría de cultura de la provincia de Buenos Aires, ya se insinúan las acústicas de estas latitudes. Pero, también ya, aquí, Cazalla determina una motivación que no es exclusiva de La Plata, pues si bien en su soneto **Luz en la catedral** parecería que habría tenido en presencia a nuestra Catedral, lo cierto es que la imagen y el contenido del poema, como los restantes, confirman y conforman la tesis de que otra verdad no platense -pero trascendente- es la que principia a predomina en su obra. Así, **El mensaje del bárbaro**, como en **De las preguntas de Atila**, o **Sueño medieval**, o **La virgen del rosal** (homenaje a Lochner), **Las tres divagaciones del juglar** (tres sonetos, el último dedicado a Elena Duncan), **Meditación de un siervo de la gleba**, o la **Reflexión del vasallo por la injusticia de su rey**, o **De un guerrero anónimo y de su imagen de piedra**, o **Impaciencia feudal**, o **De la extraña cazadora**, o el **Lema del loco caballero etereoamor** y todos los restantes (Diálogo del alquimista y el poeta; Del vuelo del mio Cid; Del éxtasis del leproso; De la humilde muerte del rey San Luis; Intimas palabras de San Francisco de Asís; Una hoguera en Ruán para quemar el amor; Donde el juglar le canta a su novia poesía; De la última súplica del Juglar; De cómo el juglar finalmente pidió entrar en el cielo). El libro, cuando fue editado en 1968 por la subsecretaría de cultura bonaerense, el autor lo dedicó a su esposa, **A Rosalvira por todos los sueños que quemó en la hoguera de los míos**.

Pero, debamos volver grupas para internarnos en su (anterior) libro **Sonetos a María y otros poemas** que, en 1964, fuera galardonado con la Faja de Honor de la SEP, y al siguiente año, con prólogo de Bernard, es editado, oportunidad en que el prologuista expresa de nuestro vate que es «el bardo ecuménico, transido de cristiandad que, tras larga forja intelectual, concreta bajo los mejores auspicios su primer libro». Y es que Cazalla «no escribe por escribir, no hace de la poesía un oficio ni un mero arte», pues «escribe impelido por una necesidad interior, por su secuencia natural de su FE».

Y no podía ser de otra manera, ante la notoria e impecable calidad, pues Cazalla es, por sobre todo, un verdadero «hombre de fe».

He aquí, entonces, una de las motivaciones y trascendencias de (toda) su obra poética. Rigurosamente podemos decir que Cazalla es un poeta ascético, un vate de la religión, y por ende, uno de los más conspicuos de la poesía de la fe, al menos, en buena parte de nuestra poética. O dicho de otra manera, es un artífice de una poesía religiosa del mejor nivel, y en algunos casos, poesía mística en los dos libros que venimos señalando, y quizá fuera innecesario decirlo, por tratarse de una temática no de avanzada (o al menos, modernista), pero actual, sin duda alguna, Cazalla utilizó la forma soneto (clásica, si se prefiere), que es algo así como decir en música la forma sonata, que no es decir cualquier cosa (pues se trata de un difícilísimo esquema o forma en la música de cámara del clasicismo).

Fácil es entonces advertir en Cazalla hasta las reminiscencias de algún movimiento de los cuartetos de Haydn, o aun de Mozart o de Los Adioses o La Patética de van Beethoven (aunque tal vez no se escuchen las resonancias del Petrarca, que tradujo Listz).

Algunas motivaciones de éste, su primer libro (que dedica a María), ya en su anunciación, como en **Rosa mística**, o en **Stella Maris**, o en **Causa Nostrae Laetitiaie**, o en **Nuestra Señora de la Patria**, o en **Stella Matutina**, o en **Natividad**, que como se ve exhibe un repertorio imprescindible de fe, religiosidad o ascetismo, de alta estima y encarecida consideración. Sobre todo, hábil y válida para cualquier lectura, ya con el **Soneto de la luz renacida**, o el de **La nube**, o el otro de **La olvidada mansedumbre** y hasta el **Soneto de las dos Rosas**. Esto así, sin perjuicio de incursionar por otros temas, tales como el de la melancolía en el **Soneto perdido**, o la descripción inefable en **Reminiscencia**, o la pampa y el misterio del hombre en la inmensidad de campo y esencial distancia o lejanía en **Búsqueda...**, o en **El viejo payador...**

Todos estos temas, al igual que los de **Las dos divisas** o los de **La muerte del resero** -que alguna vez podrán ser mejor expuestos que ahora-, si bien no son inéditos en nuestra literatura, al menos mejor tratados con tanta realidad y a la vez con vena lírica. Cazalla para hablar en esta temática, no se valió del lenguaje propio de los gauchescos. Mas, al modo de **Obligado** con su **Santos Vega**. Y sin descuidar el aire, la nostalgia y el clima de tales temas utilizó, si se prefiere el lenguaje en cierto modo académico (o mal llamado culto).

Si bien los **Sonetos a María** se inician con aires religiosos, luego concluyen con los referidos al hombre nuestro, el argentino y su misterio de pampa bonaerense que vive y *se* lo ve por aquí nomás, como en la pampa cierta de La Pampa, o como quizá lo vio en sus mocedades en la pampa húmeda que aun le sobrevive en su tierra natal.

El autor de **Sonetos a María y otros poemas** se radicó entre nosotros en 1930 y cursó hasta el cuarto año de abogacía en la facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, ejerciendo la docencia en la Escuela Industrial de la Nación, en la Nacional, de Comercio y en la Profesional N° 3 de la Provincia de Buenos Aires.

En consecuencia, fue coetáneo de la llamada **Generación del 40** (estirable, o no) que suele hacérsela nacer con (el semiplatense) **Barbieri** y a la que se le incorporan tantos que quizá en lugar *de* confirmarla, la desvirtúan. Y hasta la ponen en duda. La tal generación, con nombres indiscutibles (como Speroni, los Ponce de León, García Saraví y otros muchos), con ser intacta, alguna vez habrá que revalorizarla en su justa medida y hasta caracterizarla con mayor precisión, indicándose estilos, perfiles, vocablos, enunciaciones, estéticas, nombres, etc.

Y mientras Cazalla era contemporáneo, sin embargo no frecuenta los cenáculos, bares y espacios que llenaban semejantes nombres que ya son significativos en literatura nacional. Escogió como muchos otros conocidos poetas -y otros, menos conocidos-, en vez de tales círculos, cofradías, escuelas o ateneos, la soledad de su propia mano, evitando influencias que pudieran desvirtuar su estilo o su mensaje.

Siempre se dijo que, en los tiempos de Darío que tuvo una inevitable y arrolladora influencia en América y España, sin embargo Machado seguía su propio estilo. Y por ello, no dejó de ser uno de los máximos poetas (filósofos) de la lengua española y admiró a Darío (el nicaragüense también admiró al hispano).

En tanto la mayoría de los cultores de la tan elogiada generación del 40, en su gran mayoría, y en la mayoría de sus obras, ignoraba, desdeñaba, o al menos, descuidaba la dimensión de Dios, Cazalla lo abrigó entre sus manos, convirtiéndolas en nido, y el ave alzó su propio canto con toda la dimensión en El.

Esto sólo, a nuestro criterio, es la prenda más elogiada y trascendente de la poesía de nuestro hombre.

Su camino indesandable, es que no lo abandonó nunca, porque Cazalla fue un poeta de profundas convicciones religiosas, las que le indicaron su línea de canto y su razón de vuelo y de existencia.

Si la obra hasta aquí mencionada no resulta suficiente, veamos qué nos trae en 1969 con su libro inédito **Quince poemas para un Vía Crucis**, texto utilizado en el Viernes Santo de dicho año para la realización de un solemne acto en las adyacencias de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús (en La Plata), el cual presentado al concurso de la SEP, fue galardonado con Faja de honor y Edición (esta última, lamentablemente, aun no se ha cumplimentado quizá por falta de fondos, más que de la buena voluntad). Con posterioridad

fue editado y además premiado con Faja de Honor de la SADE. El autor lo dedicó entonces a Guillermina Truzzoli en su memoria. Utiliza el vate el verso libre, y como es de esperar, Cristo está presente en toda la obra, donde se tratan los siguientes temas: **Flagelación; Sentencia de muerte; Carga de Cruz; Sus tres caídas; Encuentro con María; Despojo de vestiduras; Clavado en la Cruz y levantado; Muerte.**

En 1970 Cazalla obtuvo el primer premio de poesía en el concurso internacional (organizado por la revista **Domani**, de Verona) consistente en una importante suma de dinero (cuatrocientos mil pesos moneda nacional), medalla de oro y diploma de honor, por los inéditos **Sonetos e íntima carta a Verona**, premio que le fuera discernido el 18 de diciembre del mismo año, en este mismo salón dorado municipal.

En tales quince hermosísimos **sonetos**, así como en la **carta**, Cazalla muestra toda la calidad de su estro poético, la excelencia de su lirismo y la profundidad de su poética.

Amigos: con **Un rosal en el cielo**, obra postuma de nuestro poeta, que ustedes ven ilustrada por **Lucila de Bautista**, Cazalla quizá se despide con el poema a **Santa Teresita del Niño Jesús en el centenario de su nacimiento** (ocurrido el 2 de enero de 1873) y como homenaje del poeta a las Carmelitas Descalzas del Monasterio de “Regina Martyrum y San José.”

Todo está dicho, aunque no se ha dicho todo. Y como dicen tan sabiamente los sabios textos, todo está escrito, o simplemente, está escrito.

Y escrito está. En la poesía de Cazalla, hombre, creyente y poeta.

VII

DARIO

...O ¡el vate máximo!



MAGISTER NA VIS

a Rubén Darío

Cleopompo y Heliodemo. Así Heliodemo
vino a mi verso un poco ya lejano.
Cleopompo dice de lo que es ya vano,
Y ambos fueron mi instante ayer supremo.
En el lejano tiempo, aquél, sin remo
anduve por el margen rubeniano.
No tuve otro consejo y otra mano
que el fruto imprescindible de un extremo.
Su verso se cantó porque ha nacido
con el ritmo señero del latido,
coreado entre la luz y el rui señor.
Y ha elevado hacia el verso al verso mismo
(a la altura, viniendo del abismo):
cuanto es raíz para trocarlo en flor.

1950

Puedo confesar aquí, sin pizca de exageración, que en aquella inolvidable juventud de estudiantina y de romances, la música ocupaba el primer lugar. Ya aprendía en San Nicolás a ejecutar el violín y todo, o casi todo, era Paganini, Beethoven, Schubert, Brahms, Shumann, Bartok, Heifetz, Campoli, Elmann, Szigheti...

Hasta que, como digo en mi **Resonancias nicoleñas** (98) , apareció en mi vida estudiantil (literatura del tercer año) la «grandiosa v fenomenal **Leticia de la Casa**.», insustituible, inolvidable, inefable... ¡qué sé yo que más!

Y con esta extraordinaria mujer, a quien tanto le debo al respecto, me hace querer lo que yo al menos desdénaba -o si se quiere despreciaba,» (es decir, -no apreciaba): la literatura. Tanto me hace amar esta materia o disciplina noble y humanística que hasta me compré el Quijote (que leí íntegramente ¡cuatro veces!) y las obras completas de Rubén Darío. Desde entonces la poesía y la música están constantemente en mí... Y de Darío no diré nada, pues cualquier glosa constituiría, por más laudatoria que fuere, una pequeñez y una mezquindad, cuando no una ofensa tácita o ficta al vate máximo, a tanta magnitud, a tanta montaña, a tan avasallante lírica. El implícito rival del nicaragüense quizás haya sido Antonio Machado, que siguió con lo suyo y decidió no dejarse avasallar por tan arrasador ímpetu del modernismo. Pero, si digo esto así es por que .uno para el otro, fue considerado el mejor después de sí mismo.

La apoteosis del reconocimiento de ambos pueden verse en las dos composiciones que ambos se «cruzaron».

MISTERIOSO

a Antonio Machado

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.
Su mirada era tan profunda
que apenas se podía ver.

Cuando hablaba tenía un dejo
de timidez y de altivez.
Y la luz de sus pensamientos
casi siempre se veía arder.

Era luminoso y profundo
como era hombre de buena fe.
Fuera pastor de mil leones
y de corderos a la vez.

Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.
Las maravillas de la vida
y del amor y del placer.

Ca.ntaba en versos profundos
cuyo secreto era de él.
Montado en un raro Pegaso,
un día al imposible fue.
Ruego por Antonio a mis dioses;
ellos le salven siempre. Amén.

A LA MUERTE DE RUBEN DARIO

Si era toda en tu verso la armonía del mundo,
¿dónde fuiste, Darío, la armonía a buscar?
Jardinero de Hesperia, ruiseñor de los mares,
corazón asombrado de la música astral,
¿te ha llevado Dionisos de su mano al infierno
y con las nuevas rosas triunfantes volverás?
¿Te han herido buscando la soñada Florida,
la fuente de la eterna juventud, capitán?
Que en esta lengua madre la clara historia quede:
corazones de todas las Españas, llorad.
Rubén Darío ha muerto en sus tierras de Oro.
esta nueva nos vino atravesando el mar.
Pongamos, españoles, en un severo mármol,
su nombre, flauta y lira, y una inscripción nomás:
Nadie esta lira pulse, si no es el mismo Apolo,
nadie esta flauta suene, si no es el mismo Pan.

Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil, quod factum est (Jn. 1, 3).



VIII

DEL POZO

...Y la generación del 30



CON ANDRÉS DEL POZO

A la ciudad, la que vivió en del Pozo,
alguna vez mi canto se aproxima.
Un nuevo muerto es quien quizá lo anima.
También vive mi canto del sollozo.

En este verso con su nombre esbozo
una criatura que en el ritmo rima
el nombre propio que mejor se estima
en poesía cabal y sin embozo.

Todo viste el sollozo de su luto,
su ciudad, mi ciudad. Todo. Absoluto.
En lo oscuro el dolor inscribe el nombre

de este vate de luz, que ya sin muerte,
prefigura en recuerdos que convierte
un pedestal de sueños que le nombre.

Nació y murió en San Nicolás (1905-1962). Obras: **La fuente** (Buenos Aires, 1931), **Las ternuras** (Buenos Aires, 1935), **Vidriera de la última poesía argentina** (seleccionador y prologuista, 1937), **Arco de horizonte** (Buenos Aires, 1942), **Luna y jagüel** (Buenos Aires, 1944), **Mensaje de viento y sol** (Buenos Aires, 1948), **Tres sonetos con pájaros** (1954), **El río hechizado** (1957), **Sonata fluvial en tres movimientos** (Buenos Aires, 1958) y **El país del alba, luz y sombra de los días perdidos** (ed. póst., 1981). Dice Vicente Trípoli, entre otros juicios, que «cantor litoral de San Nicolás de los Arroyos, es uno de sus auténticos representantes, pues integra su canción con la esencia misma de los nombres que dan razón a los seres y las cosas del contorno» (**Rev. Histonium**, Buenos Aires, oct. 1958, cit. por Lidia F. **Lewkowicz**, en su **Generación poética del 30**, Ed. Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1974, 229).

Es una lástima que sus amenazas líricas (ya **Campo de Buenos Aires**, versos, y ya en prosa, la **Estampas del río natal**, así como el ensayo de crítica **Poetas del Pago de los Arroyos**) hayan quedado sólo en eso, amenazas líricas o en grado de tentativa...



IX
DULLES

...¡Uno que muere en contumacia!



JOHN FOSTER DULLES *

Ver è, che quale in contumacia muore**

Acertaste en morir, ¡hoy regio muerto!
Te fuiste, silencioso, en esta hora
en que el mundo suplica, ¡ y hasta implora!,
un poco más de paz, un mejor puerto.
Es cierto que callaste ahora. Es *cierto*
que una parte del *globo* hoy *te* llora
y que la otra de odios se colora,
mientras sin gestos tú, ¡inmóvil, yerto!
Si es verdad que surcaste tú los mares,
que fuiste por América y los lares
de Europa, de Oceanía, o por el Asia,
también es cierto, verdad, oh ceño adusto,
que mueres en verdad, que muere el busto,
y que mueres en plena contumacia.

1959

(*) Banquero, jurisconsulto y diplomático estadounidense (1888-1959), *después de varios cargos importantes llegó* a ser secretario de Estado (durante la presidencia de Eisenhower, en 1953), *desempeñando trascendentales* cometidos. Este soneto fue publicado en **Interés Público**, periódico dirigido por Manuel Ramos (jul.-ag. 1959).

(**) Dante, **Purgatorio, III, 136.**



X

FONTANA

Un vigilante de «cuerpo entero» que siempre dijo lo que pensaba

*al comisario general (R) Raúl Oscar Furest y
al comisario mayor (R) José Eugenio Gryns*

Nació Carlos Enrique el 11 de julio de 1911 en La Plata (hijo de Mateo y de Orfilia Alberdi) y falleció el 24 de abril de 1993 en el paraje El Triángulo, Villa Elisa, partido de La Plata. Se graduó de Licenciado en Administración Pública (Universidad Nacional de La Plata, Escuela Superior de Administración Pública) el 6 de diciembre de 1956. Fue jefe de policía de la Provincia del Chubut, Territorio Nacional de Tierra del Fuego e Islas del Atlántico Sud (1953-1954), Juez de Instrucción Policial (1954- 1955) y autor de **Normas para la Instrucción del Sumario Judicial**, obra de 230 páginas aprobada por Resolución N° 34075 del 27 de octubre de 1976 del jefe de policía coronel D. Ramón Juan Alberto Camps (public. of. de Policía, La Plata, 1977). Ingresó a la fuerza policial en la guardia de seguridad como auxiliar 7° (tercer of.) el 2 de junio de 1933, y luego de los ascensos correspondientes (auxiliar, subcomisario, comisario y comisario inspector) y diversos destinos (entre otros muchos, estuvo en la comisaría de San Nicolás, a cargo entre los meses de octubre y noviembre de 1950), pasa en situación de retiro el 16 de enero de 1956 (renuncia aceptada por el D. 340), después de más de cuatro décadas de antigüedad en la repartición a la que siguió ligada en la Dirección General de Institutos (Escuela de Policía «Juan Vucetich» Centro de Instrucción Policial, Escuela Superior de Policía «coronel Adolfo Marsillach») hasta el día de su muerte.



A

(La) Carta...*

Querido Carlos:

1

Sé muy bien que hoy no es el momento propicio para hacer literatura ni hablar de ella, aunque siempre existe una noble, clara y espontánea propensión instintiva hacia la metáfora, ese tropo inevitable de la retórica y del discurso poético. Tampoco hoy será oportuno filosofar, o hablar de filosofías, de buscar incansablemente la **verdad mayor** -que es **Dios-**, utilizando la escalera, soporte o instrumento de la filosofía. No es aun ésta la ocasión de la oratoria, la más de las veces vacua y para propio lucimiento del que habla, más que la de servir al que se despide. Por eso, opto por esta correspondencia epistolar en sencilla carta que te escribí hace unas horas y que ahora leo, querido amigo.

Quiénes atinaron a nominarme para hablar con vos -más que de vos-, tuvieron simultáneamente la generosidad de considerar que fuiste uno de mis mejores amigos. Y viceversa.

Y estas designaciones las acepto conmovido y como uno de los mejores reconocimientos en el campo del honor y de la dignidad. Es un honor ser tu amigo y es un honor para mí que seas mi amigo.

(*) Escrita en la mañana del domingo 25 de abril de 1993 en La Plata y leída en la misma mañana otoñal en el acto del sepelio de los restos mortales de Fontana, organizado por la Jefatura de la policía bonaerense, en el panteón policial de la necrópolis platense.

Entonces, ya no serán la perorata, la vanagloria, las veleidades poéticas y las profundidades filosóficas o metafísicas, sino simplemente unas reflexiones, como tantas otras que tuvimos a solas; y otras, compartidas con amigos comunes del claustro de profesores de la Escuela Superior de Policía de la Provincia de Buenos Aires, quienes te saludan por mi intermedio.

Un diálogo en el que, la mejor manera de hablar de vos, quizá sea la de hablar de mí, y el mejor modo de volver al pasado -que siempre constituye una variable de dejar el presente para atisbar el futuro-, tal vez sea el de hablar de ambos, entre vos y yo están todos los demás que te quieren, recuerdan y respetan.

Los generosos amigos que me nominaron habrán pensado. con inevitable equidad, que nadie -más que yo- habló públicamente de vos.

2

Recuerdo, querido Carlos, que en mi primera edición (1960) de mi primer libro de poemas, escritos éstos en esta ciudad en la década del 50, llamado **Resonancias nicoleñas**, había una décima titulada **El vigilante de la esquina**, que lo era justamente el que hacía la ronda y parada en la esquina nicoleña de mi niñez donde yo vivía, y «el que me enseñó a crecer sin miedo» (José María Suárez).

Me comprometí conmigo mismo dejar entonces el poema sin dedicatoria para que, en un futuro, y sin menoscabo de nadie, dedicarlo al mejor hombre que yo conociera de la fuerza policial bonaerense.

Y más de cuatro décadas más tarde, y además por la calidez de *ese* vocablo vigilante -que vos utilizaste en tu precioso libro **Reflexiones de un vigilante**-, encontré tu nombre y te lo dediqué irreversiblemente en la segunda edición de mis **Resonancias nicoleñas** (1991) con esta brevísima nota que hoy,- me permitirás transcribir.

A **Carlos Fontana**, no conocido por los nicoleños, se trata de un joven octogenario oficial superior en situación de retiro, de la policía bonaerense, probo y honrado funcionario de los que tanto ha menester en los caminos de Dios.

3

Recuerdo también, hermano del alma, que, cuando decidí en la primavera de 1989 dar a publicidad mi modesto **Decálogo del Policía**, y luego de

reflexionarlo un poco con la almohada, con la historia y con el amor que tenés y tengo de la policía, también decidí incluir el discurso que a su hora me encomendara, pronunciar el entonces Director de la recordada Escuela Superior, Comisario Mayor D. Raúl Oscar Furest, cuando a una de las aulas del instituto se le impusiera tu nombre, oportunidad en que me permití decir de vos, con inobjetable sinceridad y austeridad, las palabras que me permitirás que hoy recuerde.

¡Y qué se puede pensar que no se hubiese pensado antes de Carlos Enrique Fontana, que en nuestro lenguaje académico -donde reina la disciplina de los viejos claustros- se constituiría nada más ni nada menos que en el decano, el mayor, como decían los clásicos de la **universitas!**

Y aquí le tenemos brindándonos esta fundada alegría por sus inigualables -y sobre todo inextinguibles- enjundias de las experiencias, por sus prendas morales y esas virtudes de los mejor dotados para aspirar aun a más y para forjar esperanzas y optimismos, para desear alcanzar las alturas de sus logros, sus esfuerzos, sus vivencias y los imponderables de sus afanes y su nombre. ¡Su camino extenso y anchuroso!

Desde su ingreso a este Instituto, hace más de tres décadas, y luego de haber transcurrido en otras latitudes, no más pero no menos importantes que las bonaerenses, ejerciendo altas funciones públicas -entre las que destacamos las policiales-, regresa a la ciudad de las diagonales para continuar prestigiándola. Y todo, sin prisas, ¡pero sin descansos!

4

Y en la primavera del siguiente año, en que tuviste a bien consultarme sobre tus preciosas **Reflexiones de un vigilante**, publicaste dicha obra, yo me permití incluir -en el mismo, y a tu pedido-, unas reflexiones que me place recordar hoy.

A **Carlos Enrique Fontana** le gusta la verdad. Igual que a mí. Por eso, y algo y mucho más, es mi amigo. Y con él tengo trato fraterno con incontables «peleas», desde hace milenios. Es que luchamos por lo mismo: la verdad, la justicia, la decencia, la fe, la libertad... ¡Pucha, casi nada! Y ésta es la verdad «cruda» como a él le gusta (al igual que a mí). Colaborando en la corrección de las pruebas de imprenta (galeras, páginas...) tuve ocasión de leer los originales de sus **Reflexiones de un vigilante**, libro del que no puedo ni debo hacer ni un prólogo ni un epílogo, aunque sí debo dejar escrito lo que a su autor le dije cuando me pidió parecer o concepto (no consejo). Le dije entonces que todo escritor, y especialmente él (luego diré por qué), tiene el derecho, y sobre todo,

el deber de dejar el testimonio de su pensamiento, reflexiones, principios y experiencias para que alguna vez se interprete y conozca mejor su tiempo, su mundo, sus pasiones, sus amigos (y los otros), su policía... Y además, poder hacerlo con otras dos virtudes más de sus escrituras. La memoria, pues sin ella no se puede «reflexionar» . Y la prosa «contundente», con estilo personal y a mazazo limpio, sin mirar a quién; ni a sí mismo, siquiera. Ponderable intento que desafía la perdurabilidad con sólidas bases. **Simile modo**, así lo hicieron León Bloy, León Felipe, Almafuerte... Nada debo comentar de la precisa, oportuna y predeciblemente cálida palabra vigilante.

5

El 29 de junio de 1991, en un hermoso acto llevado a cabo en el **Círculo Policial**, se presentó dicho libro y también hablé de tu literatura, de tu filosofía y cuántas más cosas, compartiendo el acto con recordados amigos y oradores.

Ya no diré qué dije allí, pues ese discurso lo publicaré próximamente en un libro donde recuerdo a hombres egregios de la policía, como **Vucetich**, o de la historia y la política, como **Belgrano** y **Cavour**, o de la Universidad y la ciencia, como **Carnelutti**, **Ramírez Gronda** y **Benito Pérez**, o de la judicatura, como **Rocco**...

Sé que aprobarás mi gusto de que compartas esas páginas con tan venerables hombres.

6

Pero, sí me permitirás, mi querido Carlos, que te refiera que ayer cumplí con toda dignidad y honra dos funciones primordiales del alma y la veneración (además de haber orado en tu presencia junto con mi amigo el profesor Dr. **Daniel Ceccherelli**), como fueron los de ayudar a colocar el rosario de tu madre en tus manos y haber sentido mi pecho como consuelo de las lágrimas de tu mujer **Beba** y de tu hijo **Pablo** (a quien sabrás le tengo en mis planes en la cátedra univesitaria). ¡Qué más quieres que te diga o de qué más quieres que hablemos en esta otoñal mañana de abril, querido **viejo vigilante**, descendiente de algún integrante de las rondas nocturnas, portandó como símbolo de autoridad el arcabuz y el viejo farol de aceite!

¡Qué otra cosa quieres que reflexione en este saludo epistolar -que entraña una despedida- que agradecerte ser lo que sos y seguirás siendo, para que te tengamos en cada uno de nuestros latidos, en la esperanza de emularte, en

la seguridad de comprenderte cada vez más, y sobre todo, en la sabiduría de mencionar tu nombre como el de un policía ejemplar, toda vez que sea necesario referirle eso a los demás (en especial a los alumnos de la Escuela Superior de la institución)!

Y además, querido Carlos, otra gratitud hacia vos por haberme permitido ser el único, en la Escuela, según lo creo así, que te tuteaba, y que, en lugar de decirte **don Carlos** -como los demás lo hacían-, te decía **Carlos** -a secas-, o la mayoría de las veces, **Carlitos**; y un otro más, que demuestra toda tu bondad y el **exquisito aliño** de tu espíritu, y es que me permitas leer, ahora que estoy al filo de la despedida, la dedicatoria que estampaste en un ejemplar para mí de tus **Reflexiones de un vigilante**, en la que me dijiste

Estimado **niño** viejo Milanta: Como dice el precepto bíblico, más o menos: ...los últimos serán los primeros... Y tú, **niño** Milanta, eres quien menos he tratado en el «tiempo» de los hombres; y quien creo conocer desde siempre. Gracias por el apoyo de tus «molestias» literarias.

Otoño 1991, paraje **El Triángulo**, **Carlos Fontana**.

Te saludo en el recuerdo del claustro de profesores de la Escuela Superior de Policía y de todos tus amigos. Chau...

Atilio



B

...Y (las) reflexiones *

No es ya la ocasión de precisar o reafirmar el concepto de que **todo libro es un misterio**. Y además de misterio, se puede decir, también, milagro. Y el milagro, en suma, es un misterio.

Ontológicamente, el libro pareciera ser esto que hoy se presenta aquí.

Pero, ¿esto es realmente así? ¿Este ente extraño, raro, maravilloso? ¿O es que, acaso, en esencia, sustancialmente, el libro ya es tal cuando se gestó en la mente del autor?

O será, quizá, cuando se le vio en las **pruebas** de galera, de páginas, etc., en ese otro mundo misterioso que es la imprenta?

Hoy el libro está aquí, es lo cierto, fuera de nosotros y con nosotros.

¿Qué dirá el propio autor cuando ya advierte que su criatura vuela con alas propias?

¿Qué dirá alguna vez cuando inexorablemente le sobreviva y se piense que es, verdaderamente, cierto, no tanto lo que suele traer el hombre cuando viene a este mundo transitorio, cuanto lo que deja cuando nos abandona?

¿Qué, de **Gustavo Adolfo Bécquer**? ¿Qué, de **Beccaria** o de **Chesterton** o de **Saint John Perce**? ¿Qué, de **Montale** o de **Ungaretti**? Casi nada... No lo que trajeron. Sino cuanto dejaron.

Y situado en esta alternativa de misterio y metafísica, y del minúsculo físico material, recordemos que alguna vez se le dijo **librito** a las **Rimas** becquerianas o al estupendo ensayo **De los delitos y de las penas** del célebre **César Beccaria**... En tanto se le suele decir **libro** al portentoso monumento que es la **Biblia**, cuando justamente **biblia** quiere decir **libros** -no **libro**-, y muchos de ellos, pequeños, o si se prefiere, breves (**Rut**, por ejemplo, o **Esdras**, o **Nehemías**, o **Tobías**, así como el de la **Sabiduría**, o también el libro de las **Lamentaciones**, o **Barue**, u **Oseas**, o **Joel**, o **Amós**, o **Alxliás**, o **Jonás**, o **Miqueas**, o **Nahun**. o **Habacuc**, o **Sofonías**, o **Geo**...).

(*) Este es el texto de la conferencia aludida precedentemente (I, Carta, 5) pronunciada en el acto de presentación del aludido libro de Fontana titulado **Reflexiones de un vigilante** (Dei Genitrix, La Plata, 1991), llevado a cabo en el salón de actos del Círculo Policial de La Plata, con asistencia de calificado público y altas autoridades de la fuerza, incluyendo al jefe de policía, autoridades del Círculo y de instituciones culturales, literarias y de bien público.

Y aquí tenemos las **Reflexiones de un vigilante** que generosamente nos trae nuestro amigo, camarada y compañero de vida, vigilancia, decencia y docencia, comisario inspector D. Carlos Enrique Fontana.

El libro, sí, con todo lo que trae de desafío y de propuesta, con la inalcanzable perspectiva de aspiración a sobrevivirnos en esa perdurabilidad inevitable de la humanística, que, en definitiva, ¡eso es el libro y **eso es el propio** Carlos Enrique!

Y es que el hombre no puede vivir sin el libro... Y éste, sin aquél. En una comunión indisoluble, y extrañamente, imprescindible, conviven. ¡La invivencia recíproca!

¿Y cuál puede ser más que la común inquietud de ambos para **inter** relacionarse si no la palabra (esa voz que sale de la mente y del papel, que milagrosamente se traslada por sí misma entre nosotros)?

¿Y cuál es si no la palabra dicha, expuesta, expresada? ¿Y también, la otra, la vecina, la semioculta que se insinúa en el parangón o en la metáfora (tal vez en la retórica y en la catarsis, como purificación de las pasiones mediante la emoción estética)?

Y por último, por qué no hasta la palabra silenciada (ya no tanto la palabra expresa, cuanto la callada, la palabra que no necesita ser dicha)?

Y es que estas **reflexiones** de Carlos, o aforismos, pensamientos, y a nuestro modo de ver, más que todo ello, se encuentra un estupendo libro de filosofía (si por tal se entiende a cierto **estudio** racional del pensamiento humano). Filosofía de vida, de conocimiento, de conducta, de comportamientos, de lucideces, con un repertorio ineluctable de palabras dichas, semisilenciadas y calladas.

¡En todo momento, la sugerencia precisa en el testimonio de un hombre, de un tiempo, de una prédica, una visión, un oficio de la verdad!

¿Qué más para este **misionero** o **peregrino** que sólo llevar lo puesto, y consigo, el mensaje de su tiempo, su mundo, sus pasiones, su policía..., la verdad, la justicia, la decencia, la infaltable fe y la imprescindible libertad de exponer su pensamiento y de luchar a brazo partido para que su semejante pueda ejercer análogo derecho?

¿Es que, además, estas **reflexiones** de Carlos, son o constituyen un libro de lucha con prosa contundente -como alguna vez dijimos- a «mazazo limpio» y sin mirar a quién. Ni siquiera a sí mismo. Con el ponderable intento de desafiar esa perdurabilidad con la fuerza lenta, inexorable y minuciosa de la gota de agua que horada la piedra, como asegura, en sus juicios, nuestro

común amigo y compañero Massa.

La precisa, oportuna e imprescindible cálida palabra **vigilante** atrapa desde sus inicios, porque, en ella, simultáneamente, se distingue y se asimila al agente, oficial, milico, uniformado, policía...

Al igual que la ternura que sugiere, por allí, alguna vez, la voz pibe -la que no pocas veces se la decimos al propio Carlos-, la cálida expresión **vigilante**, que dice mucho más de lo que los diccionarios dicen, ya infiere no sólo a aquel habitante, lejano y cercano, trasplantado a la **gran aldea**, ya en el virreinato de Vértiz, integrante de rondas de vigilancias nocturnas, portando como símbolo de su autoridad su inefable **arcabuz** y su infaltable **farol de aceite**.

Ese viejo aldeano, habitante de **la terra patrum** que, venido de los viejos tiempos de Roma. a la hispana latitud de la península europea, el extremeño la incrustó aquí, tal vez., como un modelo de quijote y paisano, que llega a nuestros días, imperceptiblemente., en ese vigilante que, cada uno de nuestros hombres, unos más, otros tal vez menos, tienen dentro de sí. **Per seculam seculorum**.

Y aquí tenemos al vigilante, constituyéndose en **muralla o resguardo** de la **ciudadanía** y del sosiego civil.

Si existe el vigilante, como en el caso de Carlos, entonces. podemos ya saber de las ciudades referidas por el filósofo Sun-Sun cuando enseñó sobre las dos clases de ellas; las ciudades **amuralladas** y las ciudades **sin murallas**. Las amuralladas, pueden elegir entre constituirse o no en ciudades abiertas. Las otras, carecen de esa libertad.

Pero, y por último, este acto tiene otra significación, pues, además del libro en sí- que ya es mucho-, apunta al viejo joven vigilante de nuestra policía bonaerense don Carlos..., que el próximo jueves 11 de julio cumplirá sus primeros ochenta jóvenes años de su vida fructífera y enaltecida.

Y en tanto se están recordando -y celebrando- justificablemente, los **octogenarios** de un famoso deportista del automovilismo y de un renombrado escritor de Santos Lugares, todos los amigos de Carlos queremos que el imperceptible próximo día **11**, ya no sea un ignorado y un cualquier día, sino el que singularice en los calendarios y en las mayúsculas a un hombre que personifica la mejor estirpe del propio vigilante que no sólo **lo pinta de cuerpo entero** -su comportamiento diario-, sino que se nos entrega con todo su espíritu de vida en las cotidianas reflexiones... ya de la cátedra, o ya del libro... ¿Y por qué no, también, de las caminatas, los encuentros, las esquinas, las veredas?



XI

FRONDIZI

Sobre la luz... ¡la estatua!



ARTURO FRONDIZI

a Horacio Bustos Berrondo

Sobre el sepulcro, en el instante mismo
en que la cruz medita su existencia,
el ataúd sepulta sin presencia
cuanto estuvo en la cima, en el abismo.
Se mira el decaer, como asimismo.
Y en la madre fallece la creencia
que al sepultar hay decisión y urgencia
de trocar el latido en mecanismo.
La luz sobre la estatua... Y el destello
de laurel y silencio pone un sello
de brazos que se extienden en la cruz.
Si hoy se evade del hueco alguna sombra
es a la vez porque una voz lo nombra,
porque la estatua está sobre la luz.

1 abril 1962

El Dr. Bustos Berrondo me distinguió con su amistad mientras él era juez del por entonces Juzgado N° 2 de Primera Instancia en lo Civil y Comercial (La Plata). Le visitaba cotidianamente, los martes o jueves de ritual en que efectuaba los sorteos de peritos, cuyas actas firmaba yo acreditando la transparencia de la audiencia y la corrección de las desinsaculaciones (oh, ¡qué vocablo tan feo!). De allí es que conversaba con él de muchos temas (era un hombre culto y sensible). Y hasta de política, tema sobre el cual disentíamos muchas veces sin discrepar demasiado -si es que existe alguna diferencia entre tales voces- y el de Frondizi era el predilecto, pues yo adherí fervientemente a la UCRI, sobre todo después del acuerdo o pacto con Perón. De Bustos Berrondo conservo la imagen de uno de los pocos hombres que honraron la magistratura judicial bonaerense. Ecuánime, prudente, sencillo, austero. En suma, un buen juez, antes que un juez bueno, sin dejar de ser bueno.

Había nacido en General Viamonte, el 1 de diciembre de 1910 y se desempeñó como juez en lo Civil y Comercial en San Nicolás (1956-1958) entre otros importantes cometidos en todos los que dejó la impronta de su talento y probidad intelectual y moral.



XII

KENNEDY

Un nuevo huésped de Lincoln



JOHN FITZGERALD KENNEDY

*Los sitios que luego fueron huéspedes de Lincoln.
Speroni*

Sensitivo es tu triunfo. Es comprensible
que el mundo espere que tú seas la paz.
Cielo empañado es el Caribe agraz
y evidente su odio imprescindible.

¿Será Cuba la nueva sucesible
de la roja bandera más voraz?
Pero, ¿qué puede quien sólo es secuaz
y se sabe y se siente tan punible?

Comprende, presidente, que es tu hora,
que la paz, con la Cuba, hoy se evapora
y que tienes que hacer un buen gobierno.

¡Y es preciso que sepas, presidente,
que tú estás, sobre todo, en Occidente...
donde todo no es dólar ni es averno!

1960

Espectacular fue su vida, y sobre todo su presidencia, así como su muerte, acaecida en Dallas, Texas, el día de Santa Cecilia de 1963, a los 46 años de edad (había nacido en Boston, Massachusetts, en 1917). Fue candidato triunfante del partido demócrata en las elecciones presidenciales de noviembre de 1960, recibiendo el mando como el presidente más joven de los EE.UU. En punto a la valoración de su obra, gestión, política y vida, así como la del clan Kennedy, por razones obvias de prudencia y discreción, evito todo ello ahora y aquí. Por lo demás, no es el cometido de esta parte de la obra. Y por último, carezco del tiempo y espacio suficiente como para encarar el desarrollo de tales juicios y reflexiones de este simpático personaje de la Alianza para el Progreso, a quien se le solía ver en sus viajes presidenciales acompañado de algunos de sus hijos, entonces niños. Menos, aun, me ocuparé de su viuda.



XIII

KHRUSHCHEV

**...¡Ese inesperado redentor
de perestroikas!**



NIKITA SERGEYEVICH KHRUSHCHEV

Cadencia nórdica en nevada faz.
Oso polar. Blanca mirada. Oíría
tal vez este hombre y sonreiría
si la maza y la hoz fuera, quizás.
Quizá tiene en su férrea mano el haz
de orbitadas potencias. Y él haría
que la luna perdiera su poesía
si a atraparla pudiera... Mandamás,
oh, genio discutido de la paz,
tras su cortina fría y férrea, tras
su oriente sin igual, ¿la paz querría?
Y un mundo más sensible a la agonía
escucha a este estadista, en tanto ansía
una Paz más segura y eficaz.

1960



XIV

LUCIANI

... o esa aventura de cualquier camino

Nadie sabe más que yo de este poeta. Nadie sabe menos de él que yo, sin embargo...



1

Los afectos normalmente suelen corresponderse con ese saber o no querer saber demasiado. Basta con la amistad...

Lo poco que yo sé de Oscar Luciani, es que nació en Firmat (provincia de Santa Fe), el 15 de setiembre de 1932, y que en la década del 70, le conocí. Y después de diez o quince años en que estuvo intimando con la poética platense, emigró con **esa** suya **aventura de cualquier camino**, como lo dice en el soneto 7 editado en la **Antología poética bonaerense** (FEB, SADE, Filial La Plata, 1977, 217), el que realmente lo define. Pero, claro está, el trato lírico cotidiano durante ese tiempo, los libros, mi amigo durante mis dos períodos al frente de la filial platense de la SADE (1973-1975 y 1975-1977) y los sonetos que me dedicó, uno de los cuales publicó **El Norte** de San Nicolás (6 enero 1979), constituyeron ocasiones más que suficientes para consolidar los afectos que las ausencias o distancias confirman o consolidan con el permanente recuerdo.

2

Me encuentro en estos tramos finales de este inefable libro, cuando me visita la poeta nicoleña Rosita Castelli trayéndome la hermosura del cuarto cuaderno de ese mi querido ahijado espiritual que es el **Taller de Expresión Poética** de San Nicolás, de cuyo nacimiento mantengo el testimonio de mi presencia en la mentada mañana lluviosa del sábado 6 de abril de 1991, en la que un grupo de poetas, bajo la dirección de Piero De Vicari y la profética y serena inspiración del director de cultura municipal Duilio Cámpora, iniciaba un camino de trascendencia y perdurabilidad. Ese, mi querido ahijado, lleva ya editado cuatro cuadernos (uno en 1991, otro en 1992 y dos en 1993), así como una hermosa antología (**Al filo de los nombres**, marzo 1992), título extraído de un poema de Piero, incluido en dicha obra, la que tuve el gusto y privilegio de presentar en San Nicolás y La Plata, respectivamente, el 27 de marzo y el 5 de setiembre del mismo año.

Pero, hete aquí que Rosa María, además, me trae la noticia de la muy sentida muerte de una gran poeta nicoleña, a quien tenía en mis planes visitar próximamente: **Josefina Acosta**. Josefina nació en San Nicolás el 27 de agosto de 1902 y murió en la misma el pasado 13 de junio (1993), coincidiendo con el Día del Escritor, dejando editada la siguiente obra: dos libros de prosa para

niños (**Historia del Libertador**, 1978, e **Historia de Bey y otros enanos**, 1985), además de cinco sonetos y otras cinco cuartetos endecasílabos (en la **Segunda antología de la poesía nicoleña**, FESN, 1992). Por lo que llevo dicho de Luciani, menciono a esta poeta nicoleña, aquí y ahora, como el mejor homenaje de vincular su nombre con el de un caro amigo y valioso poeta santafesino. Y este recuerdo no quedaría abastecido, realmente, sino trajera uno de sus mentados sonetos escogidos al azar.

LA CASA

A veces sueño con la casa vieja,
riguroso refugio de la infancia,
y se me rompe el corazón, sin queja,
porque sólo se rompe de abundancia.

Aquellos patios de amplitud pareja
con aire, sol y vegetal fragancia,
cita de libres juegos en añeja
comunidad de quehaceres y vacancia...

Y aquellos fondos siempre seductores,
puertas de vecindad sin llamadores
por donde el niño se colaba ufano...

Fieles sentires de la vieja casa,
cuyo recuerdo el corazón rebasa,
añoran el hogar hoy tan lejano.

3

El aludido soneto de Luciani, publicado en **El Norte**, es éste.

ATILIO MILANTA

con un testimonio de sincera amistad

Encina de cristal. Duro espejismo
donde un ocaso cauteloso piensa.
Vestigio de la luz donde comienza
el vértigo asombrado del abismo.

Eternidad del pensamiento mismo
que en silencios profundos se sustenta
como un destello al alba que revienta
su cansancio de cielo y cataclismo.

Demorado dolor de una tortura
que en ermitaña soledad resiste
en el fondo de espesa arboladura

donde un pájaro ávido persiste
el crimen de su canto y la ternura
de no saberse demasiado triste.

4

La obra éditada de Luciani está constituida por los siguientes títulos (en poesía): **Perduración** (1976), **Postales de un álbum de provincia** (1976), **Fragua y yunque** (1977) y **Desolación y bajatarde** (1979, y además, es de destacar que recibió, como galardones, una mención especial de la municipalidad de La Matanza (1974), el primer premio de la ENET N° 1 «Albert Thomas» de La Plata (en 1975 y otro en 1976), primer premio de la municipalidad de Mercedes (1975), mención especial de la SADE (1976),

primer premio de la SELP (1976) y faja de honor de la SEP (1977 v 1978).
entre otros.

Y con el título **Investigación a la barba de Atilio Milanta**, de la pluma de Oscar salió este soneto (1978).

Una barba ambiciosa, gris, tiránica,
judicial, doctoral, declamatoria;
una barba informal, casi ilusoria,
o tal vez, proverbial, tal vez mesiánica

o azul de semidiós, o vil, volcánica,
volcánica y senil, de prehistoria,
cavernícola, llena de memoria
y de pájaros tristes, oceánica,

de feudal dramatismo, sugerente
como un vino secreto, o un torrente
subjetivo; ancestral, lúgubre, labra-

dío sensual, féérica, escueta;
pesadumbre de Cristo y de poeta
Hay un siglo detrás. Una palabra.

*A Afilio Milanta
profundamente agradecida
por el envío de Microcosmo,
esa poesía penetrante que nos
toca irremediablemente el
pensamiento y el corazón.
Sofía Acosta, 1993*

La tempestad

Catedrales de agua avisora la siesta.
Aún el cielo es claro pero el hierro retumba
más allá de las tipas.

Un látigo de fuego desciende en el estero
y el sirirí resuella y el flamenco declina
su elegancia rotunda de criatura perfecta.

Los jinetes del viento pisotean la selva
y muerden sin cansancio su corazón de lila.

Quebrachal y lapachos y la demente furia de afilados machetes.
El agua casi hirviendo penetra la encendida solana de las abras.

¿Qué dolidas criaturas dormirán sin regreso?
¿Qué flor estremecida habrá llevado el viento
a su heredad oscura?

Siempre verde y amiga la selva dilatada.
Siempre celeste el río donde beben las garzas.
¿Por qué llegó el espanto en las fauces del viento
silbando su aquelarre,
la noche sobre el oro dormido de la siesta?

(Facsímil de poesía dedicada por Sofía Acosta.)



XV

MOLINARI

...0 el distinto que a él tanto me unifica

A Mirta Noemí Jaime

Ricardo E. Molinari, considerado el poeta más original de la generación posterior al modernismo, nació en Buenos Aires el 20 de marzo de 1898. Obras: **El imaginero** (1927), **El pez y la manzana** (1929), **Hostería de la rosa y el clavel** (1933), **Odas a orillas de un viejo río** (1942), **Mundos de la madrugada** (1943), **El alejado** (1943), **El huésped y la melancolía** (1946), **Esta rosa oscura del aire** (1949), **Días donde la tarde es un pájaro** (1954), **Poemas y relatos** (1957) y **La escudilla** (1973), entre otras. Fue galardonado en varias oportunidades con las más altas distinciones y otros reconocimientos. Ha colaborado permanentemente con las publicaciones del mejor nivel cultural y literario. En una palabra, Molinari honra a las letras nacionales. En especial, a la poesía.

El poema que se incorpora a este libro, fue publicado en **El Norte** de San Nicolás (19 junio 1977).

POEMA A MOLINARI

1

Caminaba sobre un puente
de hojas. Cosas le cubrían del crepúsculo
o del cielo, de alguna pena
o el último poema. La soledad.

Dijo que esperaba la muerte, la fatal,
la irremediable. En fin, la inevitable.

Mientras
luciérnagas viven su interior
llego al libro, a su mensaje,
en esta tarde de viento que cruza la arboleda
y mi interior.

Le vi alcanzar la aurora, presentir
mariposas, flores indecisas, sin divisas
e indivisas. Y también
alguna moza que estará en su muerte.

Esperaré su rumbo desmandado. Me veré
reflejado en sus instancias y constantes.
Y entre todos, seré único y cierto.
O un rumbo desandado.

Cuando
al final del tiempo hecho resumen,
la eternidad instante, o el viejo atardecer,
sólo una herida o una historia,
o un olvido,
habré visto los polos en su línea
unificarse,
como un vuelo (o como un soplo),
sin intersticios: soldarse
el universo, angostar apocalipsis
y sucesiones del Parnaso.

Luego, fuera de todo, al fondo, esa imagen gris, externa, en el sendero que ha quedado vacío.

2

El sendero...
a mis pies se determina entre hileras
de pájaros, auroras y oboes.
Un pensamiento entre los árboles destaca
sus márgenes, sus copas. Y las raíces
mueven lo que socavan.

Oh, lo que estoy esperando y lo que muero
en cada paso, en cada travesía,
en lo que miro. O en lo que ya ni oigo,
ni siquiera siento.

Está, se multiplica, se reduce.
Se transforma y allí crece. En esa travesía.
El final espera.

Un niño que me vio pasar entre los árboles
con el violín que había olvidado
por estas líneas
descendió hacia su mirada.

Y en la primera luz, encuentro otro poeta
naciendo la otra muerte,
la que viene a pretender misterios,
a extrañar castigos o perdones, o a mirar
simplemente éste: mi paso, el mismo
de Ricardo,
o el distinto
que a él tanto me unifica.



XVI

PALACIOS

**Protagonista de más de media centuria en la política
argentina, paladín de la libertad y la república... o ese
singular personaje de las más serias historias de los serios.**

a Zunilda Costa



ALFREDO LORENZO PALACIOS

Corre el río. Es el río el que traduce
el lenguaje del árbol, que saluda.
Vuela el viento. Es el viento el que desnuda
la vida que hacia el polvo se conduce.
Pasa el verbo sin voz, el que produce
la verdad del silencio, que no duda.
Una espada en el viento vuela aguda
y a una pluma en la mano se convierte.
O León XIII o De Andrea habrían escrito
que «éste es monje o es cruz, jurisperito,
que con fe en lo social, todo predica».
Las alas de la estela están en proa.
Es que avanza este buque, esta canoa,
y el agua de las alas lo salpica.

1961

Un lustro antes, en mi curso del Doctorado en la facultad estatal platense del derecho, en la asignatura **Política Económica**, le tuve de profesor durante un año. Y creo que, cuando ingresé a la misma unidad académica, tres lustros antes, Palacios presidía la Universidad de don Joaquín V. González. Cuando le visité con mis compañeros **Darío Olmo** y **Manuel Marcos**, en su vieja casa de la calle Charcas a mediados de 1952, observé que, en su inmensa biblioteca, no había retrato o cuadro alguno (ni siquiera el de **Justo**), salvo el de la cabeza del **Cristo** coronado de espinas. Se le atribuye a don Alfredo haber dicho, por su pública amistad y respeto por Mons. Miguel De Andrea, que si éste volviera a nacer, sería socialista. La réplica de monseñor no se hizo esperar: pues no bien el mismo tuvo conocimiento de ello, dijo que «si Palacios volviera a nacer, sería católico». El poema fue publicado en el periódico **Interés Público**, dirigido por Manuel Ramos, en **1961**. ¡ Qué puedo decir yo de Palacios que no se haya dicho antes, que fue protagonista de la política argentina durante más de media centuria, paladín de la oratoria, legislador, profesor y personaje prototipo en las más serias historias de los serios!

Por lo demás, debo decir que el ilustre **monseñor** (n. Navarro, 5 julio 1877, y m. Buenos Aires, 23 junio 1960), fue ordenado sacerdote en Roma con especial licencia del Sumo Pontífice en razón de su edad (**1899**, tenía 22 años). En 1920 fue consagrado obispo titular de Temnos (venía desempeñándose como cura rector de San

Miguel Arcángel desde 1912). Publicó obras trascendentes, tales como **El evangelio y la actualidad** (1940), **El catolicismo social y su aplicación** (1941), **Discursos y sermones** (1951), etc. En los años 50 tuve el privilegio de escucharlo en el **sermón de soledad** (Viernes Santo). ¡Inolvidable!

En cuanto a mi amiga **Zunilda Ethel Costa**, nacida en Berisso -con carta de ciudadanía platense-, es asistente social, escritora y poeta. Obras: **Pueblo de infancia** (poesía, 1970), **Función educadora del servicio social** (1972), **Importancia del dirigente** (1972), entre otras. Colabora en diarios y revistas locales y capitalinos.

XVII

STEPINAC

Gran Cardenal, in absentia

El Cardenal Alojzije (o Aloysius) Stepinac falleció el 10 de febrero de 1960 a los 67 años de edad en Krasik (Yugoeslavia). Este soneto fue escrito y publicado pocos días más tarde de su irreparable muerte (diario **El Tribuno** de San Nicolás, 9 de marzo de 1960). **La Nación** reconoció que la muerte de este dignatario marca el término de uno de los destinos religiosos más arduos y admirables de estos tiempos. Resistió heroicamente tanto la dominación nazi cuanto la comunista en su patria (Croacia), siendo encarcelado por los esbirros y sicarios de Josip Broz (mariscal Tito) en 1946. El papa **Pío XII** lo elevó al cardenalato **in absentia** (1953).



ALOIJZIJE STEPINAC

Enjuto de silencios y martirios,
quien enseñó con obras del ejemplo.
Templo mi espíritu en tu ejemplo y templo
mi corazón en tu blancor de lirios.

Templo es tu amor, pletórico de cirios,
de ser siempre tan santo como un templo.
Contéplote cual santo y te contemplo
exornado tu cuerpo en letargirios.

Hoy has muerto magnífico en tu lucha.
Mucha es tu suerte de morir. Y mucha
es tu muerte, tu pasión, tu yugo.

Y hoy se sabe en el mundo tu grandeza
de dolor y Evangelio sin tristeza,
pues venciste, en la muerte, a tu verdugo.

1960



XVIII

PÍO XII, JUAN XXIII, PAULO VI

El Pre y los Postconciliares...

a José Benito Segalerba (T 30 de setiembre 1993)



TRIPTICO CONFESIONAL

I

PIO XII

la humanidad inquieta, ve la muerte de un Papa
Pax, Rubén Darío

Mientras la luz callaba tenuemente
un límpido fulgor se atardecía.
Y en la mirada de esa luz moría
el latido sangrado del poniente.
Y todo culminara en noche umbría.
Mas, luego amaneció serenamente.
Aunque es cierto acaeciera en occidente,
el orbe conmovióse. Presentía
la muerte trascendente. Trascendente
su corazón, su verbo. Y su esplendente
mente, ya enmudecida, renacía.
Era un lucero sin la lejanía,
que existía sin muerte y que asistía
al descanso de un santo, aunque yacente.

II

JUAN XXIII

Campiña que va al templo. O el labriego
que en la cruz se introduce por su centro.
En la campana de la torre late
su corazón metido en el calvario.
Canta en la altura de su sien. Y adentro
comprende el canto que al dolor combate
con la mano que esparce, con su riego,
las cuentas, sin cesar, de su rosario.
Y todo sufrimiento es corolario
del campesino que al dolor abate

con la sonrisa que se ve en su encuentro.
Y todo manto es desde el trono un ruego,
porque antes de ser papa fue vicario
de la bondad que hay en el Cristo vate.

III

PAULO VI

auguri, Pierino!, dijo el noble;
auguri, Santitá!, dijo el humilde.

En el profundo y caudaloso río,
el río es tiempo que al pasar convoca
al Luminoso, que el afán coloca
quizás en lo alto del simpar Navío.
En este inmenso mar del extravío
el trono no sucumbe, pues evoca
lo que una vez, de una tan pura boca,
mensaje fue y Verbo en el judío.
Habla en la cruz la fe. Mas, con la luz
que la misma mirada halla en su cruz,
se eterniza hasta el Juan que es redivivo
Por eso es que si hay manos que bendicen,
vienen ellas del pecho, todos dicen,
donde está siempre Aquél, el Sensitivo.

1965

XIX

EL PLATENSE

Tribunal del Trabajo N°1

... ¡Donde alguna vez fue canto el veredicto!

*a Héctor Rodolfo Mamblona
y Carlos A. Carrasco Quintana*

Postscriptum a los amigos, camaradas y colegas con quienes, y a su turno, y durante un no tan breve lapso (...1957/1982...), al menos, me vi con ellas “pateando” (perdón, “recorriendo” o “corriendo”) los pasillos tribunales, improvisada e inspirativamente, y sin orden ni capricho, y entre otros, que son los siguientes: Julio César TRIACA, Francisco MANCUSO, Roberto Germán CUFRE, Vicente L. BRETAL, Norberto BLANCO, Baldomero J. VALERA, Matilde CREIMER, Guillermo LAPALMA, Alberto CASEY, Estanislao de URRAZA, Jorge S. BRAVO, Benito PEREZ, Julio IOSKIN, Henry O. CIRELLI, Lida MAGNI, Javier PERKOW, Pedro CAZZOLA, Lisandro BENAVIDEZ, Néstor CORTELEZZI, Carlos RAMIREZ ABELLIA, Enrique SEILLANT, Enrique PRATES, Rubén CHIMENTI, Rubén DANOVARA, Eduardo MONDINO, Raúl TIERNO, Eduardo ROGGERO, Alberto C. INSUA, Pedro CIALLELLA, Hugo E. MENDIOREZ...



SONETO DE DESPEDIDA

En el lugar, que alguna vez Camino
desensilló para volver al cielo,
dejé el vacío intacto. Y ese vuelo
me hizo, con su adiós, más peregrino.

El numen de alas blancas fue destino
del alma de los dos. Y en ese anhelo
de este oficio de honor y de desvelo,
en mi mano su nombre se hizo trino.

Hoy y en este momento me despido
llevando esa amistad, que nunca mido
sino con el amor que es siempre invicto.

Y además, les confieso, he descubierto
que en el trío, con Beco y con Roberto
alguna vez fue canto el veredicto.

1

El tal Tribunal, en realidad, y como entelequia, no es ni significa nada. Es o constituye una mera e insignificante abstracción. Puede ser una simple designación o implementación en la ley de su mal llamada **creación**... Después, con lugar, muebles y todo, quizá signifique algo o mucho, si es bueno o malo, si anda bien o no anda ni siquiera mal... En fin, como se ve o va viendo, lo que cuenta son sólo los hombres -todos los hombres- que lo integran o componen. Todos. Sin excluir a nadie. Ni al **ayudante de mesa** o el **chico** de la mesa (de la mesa de entradas) o el de la **costura** (que es quien cose expedientes). Ni al **ordenanza** (como se le suele decir con algún tono o pellizco despectivo). Todos.

2

Desempeñé el honroso cargo de juez en los años 1983 y 1984, al que me convocaron -sin esperarlo ni pedirlo ni palanquearlo- el entonces buen

ministro de Gobierno, Durañona y Vedia, y un mejor subsecretario de Justicia, Héctor Rodolfo Mamblona, a quienes les guardo profunda y eterna gratitud porque me dieron ocasión de culminar mi actividad profesional en la abogacía desempeñando un cargo en la magistratura laboral, a la que, además, la honré con lo mejor de mí, y sobre todo, porque creyeron en mí (y un más: no los defraudé). Igualmente a todos los miembros de la entonces Corte (que recibí mi juramento de cumplir) y al gobernador Aguado que «metió» la firma en el decreto...

El cargo me venía propuesto ante la vacancia producida por la irreparable y lamentable muerte del juez Carlos A. Camino -que menciona el soneto- y allí tuve esa oportunidad de conocer -exceptuando a los jueces García y Lescano, a quienes conocía de años atrás- al estupendo personal del tribunal.

Y a todo él, incluyendo a mis compañeros en los acuerdos de ritual, dediqué la composición, el poema, al momento de tomar otros caminos y reanudar otras actividades. Con ese desempeño de juez culminé mi actividad en el pretorio que vi iniciada en 1955, no bien me hube diplomado de abogado en el anterior año.

Dejaré para otra oportunidad verter mis concepciones, experiencias y otras historias y menudencias de ese largo proceso que culminara desempeñando la función jurisdiccional.

3

Los nombres, los hombres... Y como deseo evitar involuntarias e instintivas predilecciones o preferencias, que suelen motivar sólo las simpatías, los tratos y algunos afectos de años -originadas por innumerables coincidencias o disidencias políticas, culturales, deportivas, etc.-, me inclino por nombrarlos a todos del siguiente modo alfabético (con profunda gratitud): Diego Alejandro Argüello, María Alejandra Balatti, Juan Bares, Marcelo Benavídez, Bibiana María Brunelli, Corina Cabrera, Liliana Basterrechea, Carlos Alberto **Paco** Dellanque, Gustavo Carlos Dellanque, José María **Beco** García Cámara, Guillermina Rita Lecot, Roberto Jorge Lescano, Héctor Alfredo López Andrade, Carlos Mazzacane, Antonio Niosi, Osvaldo Martín Puchuri, Hebe René Robalo y Mario Salles. Tal vez, se me olviden ahora algunos nombres, tales como Padilla o el sargento Riquelme o la Dra. Fontana... Pero, en fin, ¡ya se ve que el olvido no es para tanto!

4

Y porque en **numerus claussus** no pudiera ni debiera incurrir en exclusiones involuntarias de ninguna clase, me eximo de mencionar el «otro lado del mostrador», que no siempre es tan así, al menos en mis tiempos de **tribunal abierto** adonde tenían acceso todos los profesionales a las distintas dependencias del pretorio, incluyendo mi despacho de juez. Por el solo hecho de constituirse en tribunal cerrado, éste no pasa a ser respetable...

Y ¿quiénes son aquéllos, los del otro lado del mostrador, si no **los que hacen el** (llamado) **pasillo? ¡Si** lo sabré yo después de haber caminado -por no decir, «pateado» - tanto los del fuero civil platense, como los del penal capitalino!

Aquí, por ese rigor de numerar exhaustivamente a todos, habré de prescindir de aludir a los tantos profesionales del foro laboral, iuslaboralistas, abogados... tantos que tuve el placer y honor de tratar, que tuve el privilegio de conocer a muchos que no conocía y de seguir tratando a los más, que ya conocía, por la cátedra o por el ejercicio profesional de la abogacía, o por tantas razones de las convivencias humanas.

Así es que los doctores Balboa, Boccia, Chimenti, Quartango, Ponce Varela, Brandwajnman, Bravo, Carrasco Quintana, Cerri, Gluzmann, Karakachoff, Lecot, López, Millán, Plot, Rocco, Simoncelli o Sureda fueron y son apenas algunos de los otros muchos tantos que tuve ese «gustazo», como dicen los paisanos.

5

Por último, aclaro que Camino, como dije, se trata de mi noble predecesor en el cargo, el Dr. Carlos A. Camino, y que los aludidos Beco y Roberto son, respectivamente, los ex *jueces* compañeros, Dres. José María García Cámara y Roberto Jorge Lescano, y para quienes puedan desconocer ciertos tecnicismos procesales del juicio oral, también les digo que **veredicto** -mencionado en el soneto- no es otra cosa que una sentencia de los hechos que dicta el tribunal (los tres jueces, mediante) inmediatamente de concluida la audiencia oral de pruebas y alegatos, llamada **vista de la causa**.

In legibus salus!



XX

ARGENTINOS Y POLITICOS

... ¡Oh, mi patria tan querida!



DIPTICO

1

ARGENTINO, NO TE RINDAS!

a Beco, que nunca se rindió

Dicen de soledades y añoranzas
los que visten sus cuartos de hortalizas,
en tanto que sus rosas son cenizas,
engordan y se llenan bien sus panzas.
Así de no Quijotes sino Panzas,
ellos van precisando sus precisas,
lentamente, sin pausas y sin prisas,
con escudos y alforjas. Y sin lanzas.
Cuando alcanzas a verlos, no descansas
de verlos descansar en sus holganzas,
mientras sueñan con anclas y balizas.
Y si luchas les llaman, tú no alcanzas
a verlos en el campo. Y huyen sin chanzas.
Y sus armas esconden. O hacen trizas.

2

¡A los (casi todos) políticos!

Lleno de interrogantes y misterios
está detrás de sí y de su sombra.
Nada hoy le conmueve ni le asombra.
Ni piedades, ni amor, ni vituperios.
Y así, cuando los serios no son serios,
el todo se convierte en una alfombra;
alfombra, o sustantivo, el que le nombra
en cada hueco de los cementerios.
Lleno de interrogantes, yo decía,
quizás son muchos los que día a día
van por el mundo sin saber ni adónde.
Luego a la tumba van. Luego a la tumba,
donde todo termina y se derrumba.
Y al olvido total se corresponde.



XXI

UN TALLER POETICO NICOLEÑO

... Que no es un taller cualquiera y es mi ahijado

a Duilio Cámpora

1

Con el escasísimo tiempo que me resta, esbozo con ese apremio imprevista y espontáneamente, estas breves líneas para un ahijado singular y nobilísimo (del que me siento tan orgulloso, como emocionado) : el nicoleño **Taller de Expresión Poética** (dependiente del municipio **arroyero**).

Ya tengo repetidamente dicho cómo y cuándo nació, así como por qué estuve presente el día mismo de su nacimiento: el 6 de abril de 1991.

La víspera de ese día había viajado a San Nicolás para presentar la segunda edición de mis **Resonancias nicoleñas** (que yo había escrito en la década del 60 en mi voluntario exilio platense y que publiqué a fines de dicha década, en una modestísima edición de entonces).

Y en la lluviosa -por no decir torrencial- mañana del sábado siguiente, en recintos del teatro municipal «Rafael de Aguiar» (fundado el 10 de agosto de 1908, en calle de la Nación y Maipú), se fundó el querido Taller pasando a integrar la lista de otros emprendimientos importantes, tales como las distintas escuelas hoy en pleno funcionamiento. Así, Danzas Clásica y Contemporánea, Ballet Folklórico Municipal, Coro Municipal de Niños, Coro Estable Juvenil, Coro Estable Nicoleño, Escuela de Teatro Vicente Díaz, Teatro Estable Nicoleño (TEN), Taller de Teatro Infantil, Taller de Teatro para Discapacitados, Taller de Dibujo y Pintura y Taller de Piano y Flauta Dulce.

2

Como casi siempre ocurre, pocos son los que acuden a tan fausto acontecimiento. Pero, además de los integrantes del grupo, su director Piero De Vicari y su fundador Duilio Cámpora, estaba yo que dije algunas palabras y trataba de representar a todos los ausentes, ya los que no sabían de la realización de tan hermoso acto, ya los que le tuvieron miedo a la lluvia, ya los que no pudieron asistir, ya los que no supieron hacerlo, o ya los que no quisieron presenciar tal alumbramiento...

Inmediatamente se procedió al bautismo con esa copiosa lluvia del cielo que **vaticinaba** asimismo copiosos frutos. También se me designó padrino espiritual y además se le puso un nombre, que fue el de Andrés del Pozo y que pudo ser el de algún otro grande vate nicoleño: Horacio Rega Molina, o Astul Urquiaga, o César Bustos, o Rogelio Luis Ameri, o Ginés García, o Amandio Méndez Rojas, o Arsenio Salces, o Nicolás Semorile...

Varón bien nacido, mejor concebido, insuperablemente engendrado, recibió sus óleos y comenzó a balbucear y a hacer palotes. Cuantos allí fueron no esperaban ser poetas; ¡ya lo eran! En un taller de estas características se estudia, se perfecciona, se investiga... Y por supuesto, se produce. Son, entre otras finalidades, no menos trascendentes, las de retribuir a la sociedad o al pueblo lo que éste se esfuerza en mantener, lo que se ha implementado oficialmente.

Yo siempre sostengo, como en los casos de Mercedes o Junín, para no citar sino lo que conozco en forma directa, que la labor municipal no comienza ni termina sólo con la obra pública, ¡que es imprescindible por cierto!, sino en cumplir un compromiso inevitable con la cultura. ¡Y sobre todo con la poesía!

Cuando la política -una cenicienta: del espíritu, en el decir de Irazusta- olvida a la poesía-la más esencial de las tales cenicientas-, aquélla está destinada a intrascender, a ser olvidada, y sobre todo, a fracasar. Cuando los pueblos y los políticos olvidan a los poetas.. ¡pobres de ellos!

3

¿Y los frutos? Pues, que no se hicieron esperar. Cuando se publicó la primera antología **Al filo de los nombres**, la gente del Taller (Migliarini, De Vicari, Cámpora y otros), me dio el regalo de la presentación en San Nicolás, el 27 de marzo de 1992, y en La Plata, el 5 de setiembre del mismo año, oportunidades en que, con respecto a todo esto, efectué las siguientes consideraciones:

A. En la primera, tuve ocasión de decir que, en este mundo de la política y del derecho, parece que no se anda del todo bien, quizá porque ya no hay romanos -entre otras especies en extinción-; pero, no todo va tan mal -podría ir peor- porque, al menos, y a pesar de tanto materialismo egoísta e individualismo perverso, aun persiste la poesía, y sobre todo, y a pesar de todo, sobreviven los poetas, hombres al fin que se atreven hoy a la aventura de la disciplina, el claustro, el trabajo, la escuela o el taller, como en los viejos tiempos de cenáculos y artesanías. En una palabra, el trabajo cotidiano, disciplinado y conciente. Hasta con religiosidad, si se quiere. Puedo afirmar que con tales vocaciones, talentos y cenáculos, esta rara especie, que son los poetas, no corre ningún riesgo de extinguirse.

Si únicamente se cree que trabajo es sólo producción de bienes materiales, o confunden lastimosamente las cosas o ignoran lamentablemente la verdad, pues el **trabajo** comporta una **realización ética** de **todo** el hombre, como ser conciente y con alma, dotado de inteligencia. Ya el labriego, el artesano, el

intelectual o el artista, para no aludir a muchos otros de diversas ocupaciones, actividades o profesiones.

El origen de la literatura admite que no sólo fue su preocupación el solaz estético, sino también la memoria y el conocimiento, el cateo o exploración del misterio y las sombras del hombre y de todo cuanto despliega el infinito que le rodea o envuelve.

Hace varias décadas, Disandro dejó expuesto que toda perspectiva sobre la construcción del hombre se podría resumir en dos motivos fundamentales: memoria e interiorización. La primera, trae al ser no sólo el recuerdo mecánico de un pasado abolido, sino la propia autopresencia, confrontada con un acto de existir en el todo. Y la segunda, coloca al hombre al nivel viviente del poeta que devuelve a la existencia su original estado de plenitud y armonía. Con una profunda actitud filosófica, el nacionalizado francés de origen lituano, y premio Nobel, Wladislas Milosz, alguna vez sostuvo que la poesía es memoria, es decir, como potencia del alma (como les gustaba decir a los clásicos). Cicerón solía decir **memoria custodire**, o también, **pródere**, es decir, conservar la memoria. Y hacer pasar a la posteridad...

Si como lo propone Pfeiffer, la meta debe ser un trato honrado y objetivo con la poesía, de ninguna manera se puede desconocer que se trata de un trabajo intelectual, una tarea explorativa, el ejercicio de una memoria contemplativa, una evocadora resonancia, una extrema tensión de fuerzas expresivas con imperecedera diafanidad de contrastes y contemplaciones, una suprema y sorpresiva excelsitud, un punto medio entre la esencia y la palabra en que se funden estética y verdad. O, que un modo de verdad, se ha vuelto realidad en el encanto de la poética. En la poesía, se ha dicho, lo esencial suele ser intentar vivir las palabras en toda su virginal plenitud de sentido y plasticidad. La intuición se eleva por sobre la comprensión. La imagen, sobre el concepto.

Pero, entiéndase bien, hasta aquí, dos ideas fundamentales.

Una primera, que ese trabajo, tarea o estudio en la escuela, academia o taller, comporta perfección, conocimiento y comprensión. Obtener la certeza de encontrarse ante un vocablo que, por sí solo, es poesía, sin desechar la probabilidad de hallarse con otros que no revistan dicha calidad, pero que, unidos o enlazados con otros, se pergeñe esa línea de hermosura, como le gustaba decir a Gustavo, o para que adquiriera belleza esa última palabra que se diga. Entonces, trabajar, estudiar, conocer, meditar, reflexionar...

Y la segunda, con ser o constituir un hito realmente interesante **Al filo de los nombres**, no obstante es un paso más. Aun falta para llegar, y si se llega, siempre que se llega, nunca se llega, pues siempre hay que seguir. La virtud está en saberlo porque ése es el milagro de la perfectibilidad en arte como en cualquier otra actividad humanística. Recuerdo a los griegos... Por eso, no es creer que se ha llegado y quedarse a dormir en los laureles. Y el camino no es

largo, aunque tampoco corto. Es hermosamente infinito, porque es lo más parecido a la perennidad.

B. En la segunda, con otras reflexiones sobre la fundación del Taller, los propósitos de éste y los resultados obtenidos, me pareció prudente acercar algunas ideas más con apoyaturas de Umberto Saba, de Juan (20, 29), del concepto de generación a través del cubano Raimundo Lazo y la escritora Lidia Lewkowicz, de Pavese, de Gironde o de Friedrich Hagen.

Los resultados... Pues, después de la fundación vinieron los días, los estudios, los diálogos y los esfuerzos y sacrificios. Las promesas y las confesiones. Las reflexiones y la inspiración, a veces, seguida de la transpiración. Los temas, el vocabulario, los ritos. Las secuencias. La tierra. La semilla. El sembradío. Y más tarde la cosecha, la vendimia y ese lento atardecer con los frutos recogidos para ofrendarlos, al través de la ciudad nicoleña, a todos los hermanos hispanoamericanos y europeos.

En la fuga de las cosas cercanas -decía al poeta Friedrich Hagen- sólo lo lejano, la lejanía, perdura...

Y los héroes de esta primera empresa, sin contar los cuadernos -de los que luego me ocuparé-, fueron los siguientes por el orden de aparición: Mónica Scaldaferro, José Luis Tenaglia, Celina Cámpora, María Andrea Biekler, María de los Angeles Scaldaferro (de) Bottari, Pablo Balbis, Miguel Angel Migliarini, Cintia Bravo, Mónica Rodríguez, Olga Villegas Coba, Honilda Orellana de Camuzo, Emilse Ríos, Manuel Oscar Días, Marcela Tapia, Nelson Coronel, Arturo Ríos, Irma Beni y Piero De Vicari.

4

Otro de los frutos fue **Perfiles del fuego**, la segunda antología con colofón de agosto de 1993, cuya primera presentación se efectuó en La Plata, el 28 de ese mes de edición. Otro hermoso hijo de mi ahijado, tan hermoso como el anterior. En esa nueva oportunidad, aunque efectué algunas reflexiones similares, sin embargo me pareció conveniente dejar expuesto otros conceptos.

Tengo para mí, como preguntas válidas en literatura, las que suelen girar en torno de cuanto debe entenderse por género literario, por ejemplo, o aquellas que versan sobre la temible e incierta palabra escuela (en literatura, se entiende, pues aun se discute sobre la supuesta escuela platense de poesía), o las relacionadas con las no menos dificultosas que provienen de las nebulosas que dejan las generaciones (sobre las que, con textos precisos de Lidia Lewkowicz tuve ocasión de ocuparme al presentar, aquí en La Plata, con Mari Chirico, un libro del poeta nicoleño Daniel Ruiz) y las relativas a los inextricables, a veces, talleres literarios, entre otras designaciones convencionales -no siempre felices

y adecuadas a la realidad-, entre otros temas no menos importantes. Excepto dejar puntualizado aquí que la designación Taller de Expresión Poética me resulta precisa y adecuada, con ser válidos tales preguntarios, y lo digo con respeto, los dejo por ahora en manos de los académicos, tan escolásticos como imprescindibles.

Y el Taller, iteré, se trata de un noble instrumento, instituto o seminario -o casa, abrigo u hogar-, donde el hombre acude allí, como si fuera tal vez un monje al monasterio de la reflexión y el misticismo, para dialogar con ese inevitable instrumento -como el sonido y el silencio es para la música- que es la palabra, descubriendo el misterio de ella, más allá del efímero, intrascendente e inmediato significado de los diccionarios.

La palabra... Juntarla, unirla, alejarla o acercarla, o entrelazarlas, con otras, evidenciarla, callarla, aterciopelarla, exponerla natural y límpidamente, extraerla de la naturaleza y anunciarla tal cual...

¡Esos hombres y mujeres que integran y protagonizan las vitalidades de ese organismo viviente, monasterio o corporación, utilizan yunques, martillos, mazas, tildes, balbuceos, brújulas y filosofías, faros y entendimientos, veneros, penas, tristezas y perplejidades, así como algunas otras flores, pensamientos y otros dramas de la realidad viviente, las más de las veces difícil de explicar y conocer, en la que el hombre está inserto y reinando con un trono inexistente y un cortejo de delirios, impudicias, grandezas, vilezas, inmoralidades, tentaciones, heroísmos y otras declinaciones y virtudes!

La dimensión del canto tiene inocultablemente ciertos perfiles -entre otros los **del fuego**- que intentan invadir zonas donde no penetra el ojo, el oído o el tacto,

Extrae de esa materia insondable, por textura o inaccesibilidad, o por impenetrabilidad, la realidad que, muchas veces, oculta o disimula el exterior visible de la simple vista, además del propio hombre. Esa dimensión, además, no desdena frecuentemente diversas expresiones particulares que en literatura suelen denominarse estilos, formas o concepciones extrínsecas, además de los tropos, y entre éstos, la metáfora.

Cuando el poeta sólo se preocupa por estos enunciados formales, que, aunque son válidos, valiosos y relativamente imprescindibles, por cierto, y descuida, elude o desdena el mensaje y todo lo otro de aquella dimensión, está a punto de sucumbir y de perder la categoría máxima de poeta para descender a la menor de simple versificador. O algo por el estilo.

En esta segunda antología se advierte fácilmente que se está en el buen rumbo y que se ofrece la buena poesía que se desea leer y disfrutar.

Como la primera, esta segunda antología tiene otros dieciseis nombres que los menciono por el orden de su aparición: Pablo Balbis, Emilse Ríos, Avelina Alvarez, María Cecilia Civilotti, Silvia Mathieu, María de los Angeles

Scaldaferro (de) Bottari, Mónica Scaldaferro, María Eugenia Maiztegui, Arturo Ríos, Olga Villegas Coba, Santiago Andino, Honilda Orellana (de) Camuso, Irma Beni, Miguel Angel Migliarini, Cintia Bravo y Piero De Vicari. Como se advierte, con respecto a la anterior, aparecen cinco nuevas voces (Avelina Alvarez, María Cecilia Civilotti, Silvia Nathieu. María Eugenia Maiztegui y Santiago Andino).

5

Aludí a los cuadernos que periódicamente edita el Taller, todos de excelente nivel, y que suministran la prueba del trabajo cotidiano, sin prisa, sin pausa. Promociona al Taller y a las nuevas voces que intentan hacerse conocer de otra manera que no sea la humildad en que se refugia siempre la verdadera poseía, la buena poesía, la elemental comunicación con el exterior. Quedó puntualizado que las dos antologías, respectivamente, nacieron o dieron a luz en los años **1992 (enero) y 1993 (agosto)**, en tanto que los cuatro Cuadernos, que han sido aquellos anticipos y bocadillos de buenos festines, fueron editados en **junio de 1991, junio de 1992, marzo de 1993 y junio de 1993**. Pero, no sólo esta loable cantidad, sino la calidad de sus producciones insertas y ciertos nombres importantes que aun no han salido a la escena de la antología, tales como los siguientes (doce) nombres: María del Carmen Ruiz, Beatriz Soto, RosaMaría Castelli, Roberto Corovini, Jéssica Camé, Juan Almirón, Juan Arburúa, María del Carmen Motta, Mónica Rodríguez, Juliana Guerezta y Ariel Cordisco. Sin duda, habrán de venir otros... Es mi deseo ferviente.

6

Tenía pensado unas pocas líneas finales para este emprendimiento nicoleño, pero como se dice vulgarmente me **recopé**. No podría ser de otro modo porque, además de todo lo evidenciado por la buena poesía que se ofrece en una ciudad tradicional por su alta poética, digo con (santa) vanidad, que se me ha regalado con amor la oportunidad de presentar obras que dignifican a la ciudad y a sus autores. Y que también me prestigian.



*La cantante Elsa Peralta que llenó el ciclo con la mejor música que fue dable
en el siglo de oro de la música melódica*

XXII

BACH

Ese poeta incansable del teclado y de El Teclado

a Elsa

Raúl Oscar «Coco» Bach nació y murió en La Plata (17 marzo 1909 y 13 febrero 1978). Casado con **Enna Mari Nervi**, hizo de su casa un cálido hogar de amigos cuantiosos, con el denominador común del arte, en especial la música, que parecía allí una especie del género tal vez mejor comprensivo de todas las variantes de las bellas artes : ¡la **poesía!**

Y quizá por ello, y otras muchas razones de los sentimientos, en el día del homenaje que los amigos (muchos) le brindaron a **Coco** Bach -que así se le llama en la calle y en el recuerdo de todos los días-, el día 13 de noviembre de 1975 (en Macondo), y entre otras demostraciones afectivas y artísticas, yo leí el siguiente poema (escrito horas antes), como uno de los tantos presentes «líricos» de esa inolvidable noche, tan feliz para él, **tocador** infaltable e infatigable del piano.



1

PARA «COCO» BACH

¿Te acordás, hermano, de las viejas calles,
aquéllas de entonces, con lunas y estrellas,
los viejos tranvías, silencios lejanos
y algunas canciones que hoy son presencia?
¿Te acordás, sin duda, del que fue El Teclado,
donde muchos fueron a olvidar tristezas?
Alguna cuartilla se perdió en la noche
y cantó tu piano esa noche entera.
¿Te acordás de aquello que nació en nosotros
al influjo cierto de un sensible acento,
aquel que, sin duda, fue siempre en tu vida
la señal precisa del que impacta un centro?
¿Te acordás del bosque, de la noche llena
que nació en la tarde y que se fue hasta el día;
de esas horas densas de amistades puras,
de América el trío, Pitaguá, o de Rivas,
de Soler, de Sánchez, y también de Mingo
con su plato y bombo, con su batería?
Te acordás... la plaza y el vecino simple,
o el que te saluda sin saber por qué.
El que estuvo siempre, o Cobián, o Lara,
Benny Goodman, Sachtmo o el eterno James.

¿Te acordás de aquella, que ha cantado siempre
con la voz dilecta de su propia voz
(Elsa de los días, la que otrora fuera,
la que sigue siendo, la que fue y volvió)?
Años que pasaron, Coco y piano, es cierto,
pero nunca muere lo que no murió,
lo que siempre vive, lo que aun perdura,
lo que nunca puede traducir su adiós.
y es por eso, amigo, que hoy nos acordamos
lo que fuimos siempre y que nos unió,

una simple nota, o un matiz y un canto
y la frase eterna de alguna canción.

Hasta pronto, hermano, todos te decimos
con algún latido y con alguna flor.
Te decimos siempre te acordás, hermano,
te acordás, hermano, con el corazón,
te acordás, es cierto, de los nuevos rumbos,
de las viejas calles, de los que estuvimos
siempre al lado tuyo y de tu canción,
los de siempre, Coco, los de entonces, todos
todos infaltables... y en unión con vos.

2

Explicé esa noche del Macondo, brevemente, dos o tres cosas de la versificación, del ritmo y de la rima, para denotar que estos dodecasílabos no exhiben la frecuencia que otras métricas más comunes, si se quiere, como los octosílabos, los endecasílabos o las catorce de los alejandrinos, parnasianismos, etc.

Pero, hoy y aquí, además de las alusiones de viejos queridos míos y de todos, como el pájaro chogüy (no sé si está bien escrito, pero con él digo Pitaguá), o Ginocchio (mejor, Sánchez Soler), Rivas o Rodríguez Rivas ¡y tantos otros!, vale aquí el recuerdo emocionadísimo para muchos -en especial para mí (que fue mi esposa) -, en primer lugar siempre para Elsa Peralta, cantante, poeta, novia, amante, madre, divina... que se fue de este inundo un 23 de enero de 1982. Pero que vuelve siempre, todos los días, a cada momento, en el recuerdo hogareño, en la calle, en la radio, en los amigos, en el disco, en el aire... ¡y en la poesía!

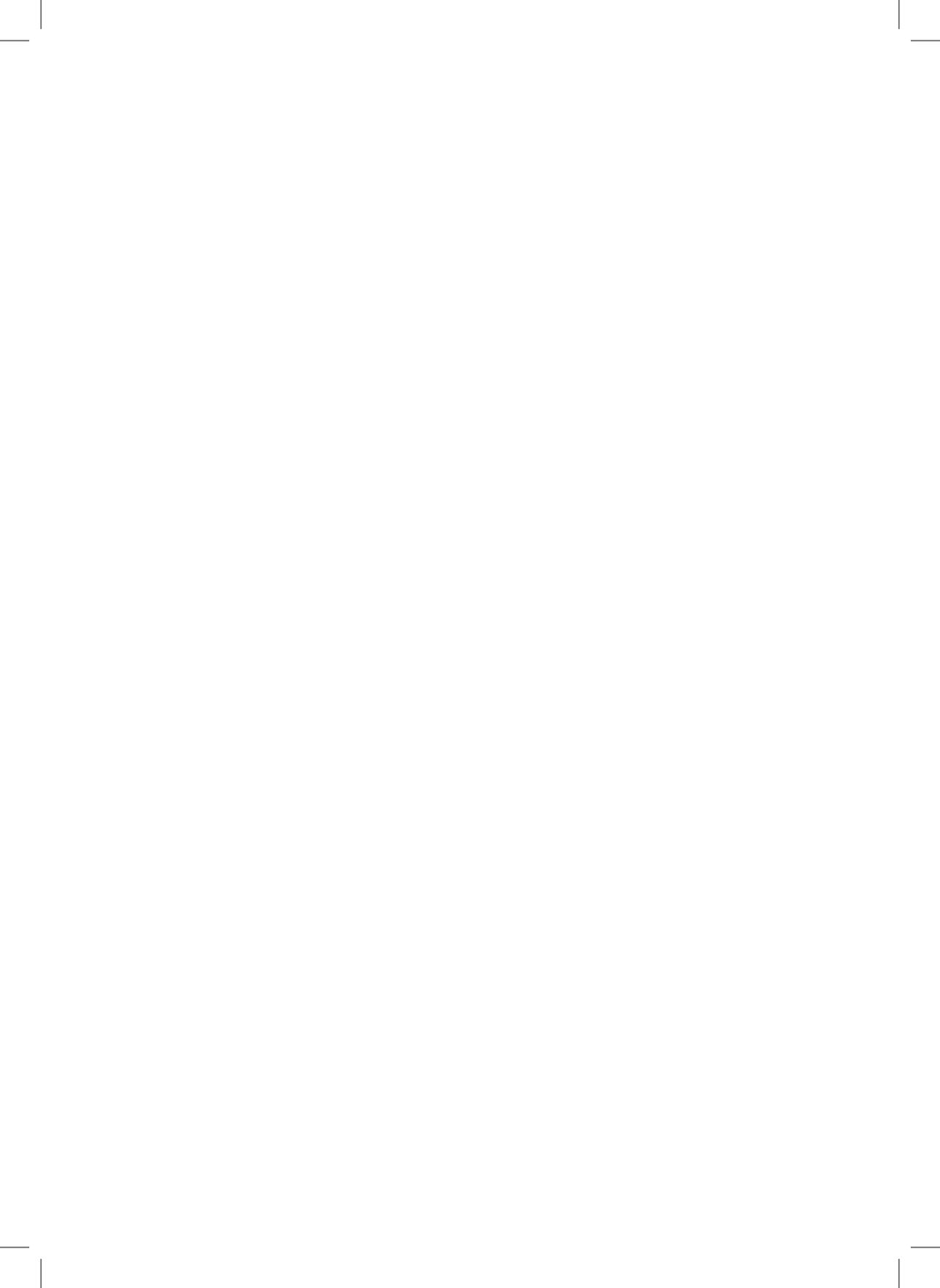
Mi hija Claudia (Angélica Matilde) -interpretando el imprescindible sentir de sus hermanos Patricia (Elsa Marta) y José. Leandro Atilio (o simplemente Leandro, o Atilio Jr.)-, en la dedicatoria de **La escudilla** (de -Molinari), que me regaló en 1973 para mi cumpleaños (que como se sabe es el Día del Maestro), entre otras inmerecidas gratitudes, me dice una (que es cierta): «gracias por haber elegido para mí una madre como la que tengo, con la que juntos me enseñaron a reír, me enseñaron a cantar, me enseñaron a quererlos». Si esto tuviera que expresarlo oralmente, leerlo a los demás... nunca podría

sino con una lágrima en la garganta. Y hoy no deseo otra. cosa que cerrar este libro pronunciando un nombre que tengo permanente en mi corazón y en mi alma y que llevo en mis noches a la almohada:

¡Elsa!



**POSTSCRIPTUM DE LA PROF.
RAQUEL SAJÓN DE CUELLO**



El martes 21 de junio de 1994, a las 19 hs., en el Colegio de Abogados de La Plata, presidido entonces por el Dr. Juan Carlos Simoncelli, junto con la Asociación de Jubilados y Pensionados de la Caja de Previsión Social para Abogados de la Provincia de Buenos Aires, presidida por el Dr. Oscar Lapalma, acto realizado en adhesión al Día de la Bandera y evocación del prócer Gral. Manuel Belgrano, en que presenté un extraño y difundido libro que mi hijo, una vez leído en su totalidad, me sugirió este título: **De las almas que no mueren.**

No habré de incluir, aunque quisiera hacerlo por todas las personas aludidas y evocadas en el libro, pues ya excedería considerablemente esta introducción. Pero, en su lugar, y en sentido homenaje a la gran amiga que despedí cuando se fue con el Señor (+11/05/01), talentosa personalidad en las letras y directivas de la SADE, Raquel Sajón de Cuello, dejaré el texto del 26 de abril de 1995 que ella escribió, con indisimulado amor y notoria probidad intelectual, bajo el título **Sobre “de las almas que no mueren” de Atilio Milanta.** Dice así:

1

¡Destacable humildad la de este Doctor, Profesor, amigo y compañero en tantas andadas por el mundo de los poetas, escritores, soñadores, creadores del mundo que, a veces, sólo existen en sus mentes o creyeron que existían!

Y repito, loable humildad para presentar un libro de tan alto valor literario, informativo, anecdótico, intensamente vivencial, altamente nutrido de tanta presencia querida de algunos que se fueron y de tanta aroma que se quedó prendida en las aulas, en los jardines, en los árboles que rodean nuestra siempre presente Universidad, la que nunca podremos olvidar porque allí, en sus paredes, aún resuena la voz de los maestros que dieron brillo a esta Casa que llevaremos por siempre en nuestra alma.

Y volviendo al libro, con tan precioso título, sorprende la precisión de las citas bibliográficas, inevitables en una obra de tan largo aliento como en memorar vivencias, rostros, voces, ya muchas en un tiempo de Eternidad.

2

¡Magnífico exordio al creador de nuestro símbolo patrio al que, a veces, sólo se lo recuerda en los días festivos! Y bien viene a muchos recordar ese soneto de uno de los grandes poetas nuestros, Gustavo García Saraví, en una sola justísima expresión versicular para definir al patriota: «general de la pena y el desvelo,/ adelantado, fundador del cielo,/ eternamente limpio y silencioso”. ¡Cuánto valdría que nuestros niños, llegados apenas a pisar los umbrales de la escuela, lo aprendieran de memoria como se reza un Padrenuestro!

3

Los datos biográficos de cada figura evocada, hacen que esta obra sea multiplicadamente útil para el lector común que no habiendo estado en contacto con ese friso evocativo le sea doblemente útil su lectura por la limpieza de la pluma evocativa, pues el cuidado profesional de los datos biográficos evitará una otra lectura de carácter histórico.

¡Generoso espíritu el del autor de esta obra que lleva de la mano al lector por caminos a los que no todos acceden y, por tanto, desconocidos!

Así se justifica desde el comienzo el título de la obra: **De las almas que no mueren.**

Biografías vitales, intensamente vivas, aproximan al lector a las fuentes que no siempre accederán por sí mismo.

Y, transcribir -como en éste y otros casos- poesía, denota un espíritu de desbordante generosidad.

El valor reside en que no sólo se hace referencia a la fuente, sino que se la transcribe. ¡Doble mensaje! Y ¡altamente rico!

Señalar, por ejemplo, que del «contraste” entre «sedoso cabello rubio” y su «piel blanca y sonrosada”, nació en su alma el color de la Patria, es nota digna de destacarse.

¡Cielo y sol! ¡Exaltación del alma de los grandes llamados a acciones ciclopeas!

La gloria no reclama riquezas, porque aquélla es la verdadera riqueza de los grandes.

Y me detengo para decirme: ¡Páginas para leer en silencio, sin prisa, sin tiempo, quedándose después de la palabra para meditar... meditar largamente! Porque esto es exaltación de los grandes valores del espíritu que significa «docencia”, “enseñanza” y, de la primera, otra palabra casi homóloga y... ¡tan olvidada!: **¡decencia!**

Estas páginas dedicadas a la evocación del humilde gran patriota de nuestra civilidad, merecen ser leídas por niños y grandes.

Labor de rigurosa pluma que no se basta con evocar sino que se acorre siempre con una densa bibliografía transcrita en jugosas páginas. Fuentes detonantes de una mente lúcida y de un nobilísimo espíritu que no oculta el origen de una lectura, sino que refuerza su pensamiento sirviéndose de otra fuente de apoyo y, esto, no es común.

Cierro este comentario del primer capítulo con una frase imperdible: “¡Gracias, General celeste y blanco, oh Santo de la Patria!».

4

Y vendrán luego la evocación de los poetas y, en el comienzo, aquel compañero, luego Profesor, que enseñaba con la palabra lenta, virtuosa, con un gesto de humildad y voz en casi medio tono, amigo de antaño con quien transcurríamos las clases de Literatura Española en nuestra vieja Facultad de Humanidades.

¡Facultad de maestros insustituibles que dejaron en el alma de sus alumnos la semilla del saber, auscultar, penetrar en el mundo radiante de la mejor poesía secular! Y, todo, en el capítulo dedicado a **Mario Camacho**.

Su lectura me devuelve presencia, su figura lenta en el andar, pausado en el hablar, rico en la imagen del decir.

También yo he compartido su amistad durante y después, ya graduados y profesores en largas horas de exámenes. Nunca lo vi violentarse. Calmo, sereno, esperando benévolutamente que el alumno “acertara” en algo de aquellas luces del Parnaso Español.

Me he emocionado en la evocación de ese ser querido que, aunque ausente físicamente, permanece en las horas de la evocación. Su recuerdo justifica el título de esta obra de tan rica estirpe.

Los recuerdos se entrelazan, cruzan, van y vienen y hasta su escritura, el aula, el patio, el parque, los árboles... el sol, la lluvia, el **abril**, los **octubres** ¡estupenda manera de evocar un otoño y una primavera por los nombres del calendario!

Me he deleitado en el recuerdo de esta figura inolvidable para quienes compartimos horas comunes en los años de estudiantes y, luego, en la docencia: el recreo, el café bebido a grandes sorbos, de pie entre una hora y otra; y luego, en las interminables horas de los exámenes; en el distendimiento del espíritu para abreviar el tiempo y, así, en “su tenue y permanente sonrisa y su mirada pícaro de niño”.

¡Magnífica semblanza que enaltece el recuerdo del amigo, del «correntino bueno» con su particular tonada que un día nos dejó!... ¡Hasta en esa muerte hubo un extraño recato!

La feliz cita de unos versos lo muestran humildemente bueno, sencillo

como el canto que sube alto sin alharacas porque se llevó «el corazón entre las manos/ satisfecho y cantando como un nido».

¡Feliz evocación de tu pluma, Atilio Milanta!

Por sobre el valor de la palabra, relumbra la terneza de tu evocación. ¡Y es de admirar!

¡Claro que venía aquí de perlas este título de la obra “**De las almas que no mueren**”! ¡Pero, no es fácil lograr esta suerte de epitafio intemporal!

5

Deseo leer a ir diciéndote algo sobre cada fragmento, cada página dedicada a memorar ese tiempo que perdura en un mundo que casi nos ahoga y en donde el verso, la nube pasajera, el canto de un pájaro, la serena levedad de una tarde de lluvia o el sol quebrándose sobre el pétalo de una rosa, nos parece hasta absurdo o, bien, nos ayuda a reconciliarnos calladamente, serenamente en soledad con el entorno. ¡Y guardar la palabra, esconderla para que nada la hiera y le robe la tibieza del recuerdo!

Así, voy leyendo y anotando estas sencillas notas, porque aquello que no se siente no puede hacerse sentimiento cálido, doliéndonos por la ausencia temprana, memorantes por siempre de horas inolvidables que vivirán hasta el momento último de la partida.

Emotivas nostalgias, vivencias con amigos entre encuentros y desencuentros y, entonces, la palabra espontánea, el retorno memoroso a flor de piel, las almas que se encuentran con las que partieron, la nostalgia, la media voz y, a veces, el elocuente silencio.

Páginas que quedarán unidas a los recuerdos, también, de la mejor Facultad de Derecho, sus maestros insustituibles, las clases magistrales, los estudiantes, la picardía, el tiempo sin tiempo vívido y permanente del “ayer” vuelto “hoy”; luego, la librería y el poeta que se fue con un verso en el alma que nunca sabremos ya cómo era, pero sospechamos envuelto en aires nostálgicos de tierra nativa que el amigo ido escribió un día: camino, derrotero. Rumbo, norte, destino; es, entonces, cuando se vuelve a la añoranza de la tierra que un día se dejó, pegada a la montaña con aires de cuecas y bagualas.

6

Vendrá luego el maestro **Francesco Carnelutti**:_abogado, profesor, maestro, humanista y el principio vital que lo distinguiera: “la inmensa palabra: libertad”.

Recorro páginas y salta otro nombre: **Cavour**, “político de raza” y, enseguida una pregunta **en** pregunta: “¿...una versión evolucionada del Machiavelli?”.

Sucesión de estampas, recuerdos; tiempo de estudiantina; tiempo de **siempre** en el alma escondido, muchas veces, como algo sagrado.

7

Salto a los poetas y me estremezco con un nombre, apenas incompleto **Mendióroz** (puntos suspensivos con todo lo que encierra) ...**Esos poetas platenses.**

Datos biográficos, origen, tierra adentro con sabor a patria: Tucumán, que es decir **Independencia, Libertad**, mayorazgo del espíritu, amanecer y mediodía de una Patria libre y soberana.

Y, de allí, ese poeta de vida breve que otro poeta encerró para la memoria y el recuerdo en **La Primavera Fúnebre** junto a otros, también tempranamente idos.

Para evocarlos se necesita la pluma de otro poeta: Rafael Alberto Arrieta.

Deleitosas páginas las tuyas, **Atilio**. He sentido vibrar tu alma trayendo el ayer, poesía, alma, sueños, temprana ausencia definitiva.

Allí “estuviste” y allí “estuve”, gracias a tu recuerdo, Páginas escritas con emocionada unción. Espléndidas notas.

8

Cuanto más me adentro en la lectura, más me sorprende la riqueza bibliográfica. No han sido desdeñados ni los artículos periodísticos; cuando los firmantes constituían una fuente autorizada de conocimiento.

En líneas y entrelíneas desfilan nombres de maestros inolvidables. Para quien los conoció, la evocación se impregna de palabra emotiva, para quien no tuvo esa suerte, la referencia se convierte en cita de inexcusable dato biográfico.

Así veo al pie de página el nombre de **Samuel Daien**, profesor, auténtico maestro del Derecho.

Luego, ¿cómo no emocionarse con el nombre de **Romita Mendióroz** que fue nuestra profesora en el viejo Liceo de Señoritas?

9

En orden de continuidad, llegan las páginas dedicadas a **Mitre**, con el subtítulo de “...Heraldo del equilibrio y la medida”, tal como lo llamara **Adolfo Korn**

Villafañe.

Valorativas páginas de quien enalteció la cátedra universitaria de Derecho Público Provincial y Municipal.

Datos que enriquecen el conocimiento del desconocido lector, llevándolo

por vericuetos inesperados, allanando recurrencia de fuentes informativas para aquellos que no frecuentaron ni en tiempo ni en lugar dichas aulas universitarias.

10

Sorprende a cada paso la precisión y esa doble exigible lectura que lleva de lo particular a lo general; ya que el primero quedaría perdido en circunstancias que, de no conocerse, restarían valor informativo.

Ponderable labor la tuya, **Atilio**, de escritor y Profesor, asequible al desconocido lector. Las frecuentes notas aclaratorias al pie de página, denuncian al maestro que no olvida cosa alguna en el tintero.

11

Luego vendrá **Nápoli** y un subtítulo: "...O (la lección de) un indoblegable espíritu". Este trabajo fue publicado en la Revista del Colegio de Abogados de La Plata (Año XVI/XVII N° 34/36, 1975/76, 12 ss.).

Sentidas páginas que aclaran por qué ese subtítulo del "indoblegable espíritu". El autor lo aclarara: «porque no cejó nunca ni menos en estos últimos penosos años de su sensiblemente deteriorada salud», ...por «su entrega a la ciencia jurídica ...por "su optimismo ejemplar", por su incansable entrega al saber. Emocionada evocación del autor de esta recopilación de poetas, maestros, amigos, circunstancias, todos levantados en el alto vuelo de su palabra.

12

Y ¿cómo escaparía a un estudioso de su ciudad y de sus maestros y poetas la página a Pedro Palacios, mejor **Almafuerte**, que ya parece nombre bautismal que seudónimo?

El capítulo se inicia con una dedicatoria más emotiva hoy que en aquel instante porque se dirige no sólo a la Institución SEP, que lo tiene por patrono, sino, más abajo, a Héctor M. Rivera, hoy recuerdo del alma, herida muy fresca todavía; poeta y maestro en su taller literario impartiendo conocimientos y libros y ejercicios para quienes se iniciaban o deseaban transitar en el arte de la versificación.

El discurso transcrito del autor de esta obra sobre la figura del autor de **El Misionero** en una efemérides de 1993, ilumina la visión de aquel poeta que hendía el viento con la fuerza indomable de su verso. Hermosas páginas dignas de leerse y meditarlas.

Para un desconocer del vate de esa conmovedora **Sombra de la Patria** le rendirán óptimos frutos.

Ya frente al vate me topo con un nombre querido y respetado de aquella vieja Facultad de Humanidades donde, de paso, mucho anduvo junto a su hermano Martín, condiscípulo nuestro: **Benito Pérez**, el «cristiano austero y estudioso», así lo llama nuestro autor, capítulo que dedica a su sobrina carnal **Myrna Rebullida Pérez**.

No se olvida el tiempo que vive el alma mientras ella recuerde. La única muerte verdadera es la del olvido.

Allí leo tus sentidas palabras, **Atilio Milanta**, en tan dolorosa circunstancia al despedir los restos de quien mis ojos no lo imaginan sin el aliento vital del humano ser. Luchador infatigable amigo de inolvidables horas en la agitada vida universitaria.

Todos los nombres que desfilan en esta inexcusable virtud de la evocación me son queridos, pues quedaron asociados a mis recuerdos de aquella estudiantina que nunca se nos fue del alma.

13

Esta lectura lenta suspendida, por momentos, sin tiempo, cae como una suave llovizna sobre mi corazón...

Es el “tiempo” inolvidable vivido desde siempre -antes y después-, de haber escuchado a imborrables maestros.

Nuestra facultad de Humanidades estuvo siempre, entonces, como un apéndice de la Facultad de Derecho. Subíamos y bajábamos por la escalera que daba al patio de la nuestra por el lado de 6.

La evocación de los grandes maestros que hemos tenido en nuestra antigua Universidad (yo la llamo «mi vieja Universidad»), se ha ido para siempre. Ahora vive en cada uno de nosotros al recordarla en la imagen de lo que debía ser la cátedra universitaria.

Alguna vez silenciamos porque estamos frente a un don perdido de respeto y saber. En ese silencio se queda nuestra tristeza.

Con el adelanto técnico del mundo el espíritu se va replegando en una muda tristeza; en, apenas, una voz, en una frase socrática que encierra todo: «solo sé que no sé nada”.

Entonces vienen a mí con dolor aquel inicio del «loco» (¡divina locura!) de Don Quijano, el Bueno, quien frente a unos rústicos y humildes pastores que nada entendían soltó al viento: «Dichosa edad y siglo dichoso aquel...”, dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...”. ¡Oh, lejanos Siglos de Oro de la Humanidad!

Hoy, apenas, si alguien del común los recuerda...

14

Doy vuelta la hoja y me encuentro con un nombre y sonrío: **Ramírez Gronda**.

Vuelvo, entonces, a mis años de antigua soñadora siempre en rebeldía con la mediocridad y recuerdo porque, en un pequeño artículo, casi blasfemo, ¿Por qué, preguntarás? Porque los carenciados de dinero aunque ricos de alma no podrían entonces acceder a las lujosas butacas del Teatro Colón para solazarse con un concierto, una ópera y conocer, en vivo, a los grandes cantantes, a los cuales, yo, entonces, escuchaba por Radio Municipal.

¡Hoy me río! ...de aquel irreverente artículo publicado en un diarito que tenían los Ramírez Gronda, pero ¡no me arrepiento! ...Sigo tan rebelde como entonces, aunque hoy se ha ablandado mucho todo esto.

En aquel momento era un grito de vergüenza, porque los no pudientes quedaban marginados de la cultura de nuestro máximo Coliseo. ¡Artículo guerrero fue aquél!...

¡Feliz juventud! ¡Si ella nos sirvió alguna vez para hacer justicia!

15

Continúo, caro amigo. La lectura paciente, detenida, sin apuros, me traen el registro de más años pasados.

Yo sigo «pegada» a aquella Universidad -que fue, también, tuya- pues muchos de (mejor dicho “todos”) los de esta evocación, en tu espléndido libro, nos son comunes en muchos recuerdos.

Cuando se puede evocar así la vida y, sobre todo, el contacto con los virtuosos del saber, es volver a vivir; retroceder en el tiempo, correr las agujas del reloj y las hojas de viejos almanaques para sentirnos, otra vez, limpios por dentro y es, esto, lo que hace que no podamos aceptar, según algunos, la torpe mediocridad que nos acorre en una intolerante modernidad decadente.

Un **maestro** era, entonces, sinónimo de respeto ante su palabra; hoy, le dicen: ¡che!...

16

El poema que inicia la evocación de **Rega Molina** (del que ya se ha dicho todo como creador), lo he degustado detenidamente.

Ese mentado “territorio de densidad, de geografías/ de prados y mesopotamias, el sauce/ está vecino del ombú./ Allí, tan cercano, el río y la pampa,/ la isla y la campiña”, etc., etc., me traen mucho de una parcela hacia el oeste de la provincia de Buenos Aires en donde no había ríos, ni pesca,

pero, sí, sobre todo lo allí mentado y en donde viví casi toda mi infancia. Yo vine muy niña de San Juan, mi provincia natal (nacé frente a la casa del gran Sarmiento, regalo para mí de los dioses); cuando se abría la puerta de una habitación que daba directamente a la calle (como en muchas casas antiguas), se veía desde la mía la higuera en donde Doña Paula tenía su telar...

Siendo niña todavía, nos trasladamos a Pehuajó y luego a Passo (vía del oeste) en donde a los cuatro años mi madre me mandó a una maestra particular para aprender a escribir y a leer... Por eso, cuando fui a la escuela (una humildísimo escuela de campo), que sólo tenía hasta tercer grado, me tomaron examen y entré directamente a segundo grado. No hice primer grado.

¡Cuántas cosas se van asociando en mi mente con esta memoración tuya!

Pero, ¡volvamos!: esta memoración tuya sobre Rega Molina despidе calor del alma y adyacencias de algún poema, como el de **César Bustos**. ¡Bellísimo soneto el de **Rega Molina**!

17

A esta altura de lo leído y escrito, me detengo y me pregunto (como lo hice otra veces), si tienes la noción exacta de lo escrito en esta recopilación minuciosa, amena (lectura sin cansancio), estampa de personas y seres allegados en una suerte de fotografía literal de una vida que no pasó en olvido, sino que fue guardando en un archivo del alma, una vida hondamente sentida, gustada por el deleite de las cosas simples, de los rostros y palabras pronunciadas, de los latines y romanas sentencias aprendidas en la voz de los maestros y de las horas en que, bajo la lámpara de un velador (así estoy, en este momento), se van enhebrando instantes vivenciales, plenos porque el espíritu no sabe de pasado; lo que en él está es siempre "presente". Sólo debemos saber qué hacer para que el tiempo retorne...

Me he deleitado con la lectura de los poemas, incluyendo uno tuyo.

Rega Molina ya no se discute. Las coincidencias entre los poetas poseen un extraño misterio.

18

Avanzo en la lectura y encuentro otro nombre: **Rocco** y su quehacer como juez, abogado, profesor, amigo.

Páginas sentidas ante la partida definitiva.

La transcripción de algunos versos y dedicados en **Ismael**, dicen claro del respeto y algo, mucho más, todavía, sobre este interrogante sin respuesta de la vida y de la muerte... ¿Cuál frente a cuál?

Las variadas facetas de su saber y decir están aquí clasificadas en las palabras evocativas de su figura en tan diversos magisterios.

19

Más adelante la lectura y más ratifico el valor de este libro para aquel que, de pronto, se desorienta en múltiples labores.

La lenta lectura que hago me muestra, además, que todo está no planificado, sino elaborándose en la medida y necesidad del avance evocativo, porque las referencias de circunstancias, momentos, anécdotas, parangones, etc., completan una visión de vida que no es biografía, sino un ser que vive en el momento mismo de ser evocado en **su circunstancia**. ¡Y éste es tu verdadero mérito!

20

Y me voy a **Speroni** con esas tus definidas palabras: “ese poeta intemporal”.

Aún lo recuerdo con sus enormes ojos verdes, de mirada penetrante, con expresión no sé si de asombro ante las cosas y las circunstancias, hablando y precipitándose siempre; con su cabello revuelto, el paso largo y rápido.

¡Extensa obra la de este muchacho, para tan breve vida!...

Vivió intensamente sus días existenciales y los agotó en el verso. Todo en él parecía apurar el tiempo. ¿Tuvo noción de esto? ¿Presintió su breve temporalidad? Siempre lo vi apresurándose con paso largo, palabra rápida como si temiera perder algo. ¿Acaso, su vida?

Me he detenido en una reflexión tuya en cuanto a lo **intemporal** que coloca al lector en un plano superior.

No se trata sólo de un adjetivo, sino que sobrepasa su función gramatical para llevarnos a la reflexión. Y ya no es ahora saber si estuvo fuera del **tiempo**. O fue su poesía (su **modus vivendi**) la que realmente estuvo fuera del tiempo.

Como tema de reflexión, sabemos bien que el poeta en el instante creador ya no es él como tal, sino su creación la que toma color, evasión, atemporalidad, pues su naturaleza no encaja ya en límites medibles porque es el acto creador el que posee el tiempo ilimitado, encerrado entre dos puntos: comienzo y fin.

Cuando Hölderlin, el gran poeta alemán, creaba, su mente carecía de límites que excedían la racionalidad. Y esto, lo sabemos.

Su mundo poético brotaba de los abismos de su espíritu y de su mente oscurecida en busca de la **esencialidad** de la poesía, inmedible en términos de tiempo. Entonces, podemos preguntarnos: ¿Hasta dónde su mentada locura? ¿Quién se anima a afirmar su extravío? ¿Se llama “locura” ese “decir” del poeta

en trance creador? ¿No dijo, acaso, que el poeta se coloca entre los hombres y los dioses para recibir de éstos la palabra?

Cuando escribí esto ví una cita al pie de página 97 donde tú, también, citas a Hölderlin. Es extraño; no la había leído cuando escribí lo anterior. El trabajo de Heidegger sobre Hölderlin, en este sentido, es esclarecedor.

Ahora intento contestar o contestarme: no es que el poeta se crea a sí mismo como un **dios**, sino que es simplemente un intermediario que recibe la palabra de Dios para transmitirla a los hombres.

Tal vez, como tú dices de Speroni, a propósito de la creación, sueña más que **reflexiona**; no es en realidad un dios, sino un transmisor de la palabra divina.

Comparto tu deducción a propósito del poeta de **paciencia por la muerte**: su intemporalidad, su actitud metafísica, su existencia fuera del tiempo, un estar vivo tanto en la vida como en la muerte, mas prescindiendo de ellas.

21

En cuanto a **Vucetich** es de alabar tu fina sensibilidad e inteligencia para allegar a la pluma la presencia poética de un nicoleño: Nicolás Semorile. A propósito del vocablo **hermes**, en nota aparte.

Estudio sobre su ya universal método identificatorio dactiloscópico en el mundo entero.

Me digo ahora: el autor **De las almas que no mueren** acerca a las páginas la presencia de aquellos que en nuestra ciudad o allegados a nuestra ciudad, dejaron huellas imborrables de su quehacer no sólo en la pluma creadora sino en la cátedra, en la enseñanza, el descubrimiento que eterniza su presencia espiritual en el tiempo y que los hace modelos a las generaciones venideras. ¡Valor sin límites!...

Esta portentosa obra de **Atilio Milanta** se va convirtiendo, a medida que se adentra en ella, en una suerte de libro inexcusable de cabecera; ese libro que no puede faltar en una mesa de trabajo y al que hay que recurrir en la nutricia imponderable de las figuras estudiadas, su entorno, su época, sus circunstancias.

Reflexiones propias, comparaciones, fuentes bibliográficas referentes ineludibles, citas, etc., presuponen un lento trabajo reflexivo, cuidadoso, claro en la separación temática de fuentes, todo lo cual constituye y constituirá una obra ineludible en una mesa de estudio, porque es un amplio abanico abierto conducente a salvar escollos para un lector carente de tan pasmosa radiación.

El estudio sobre el descubrimiento de **Vucetich** se convierte en fuente de

estudio informativo en cualquier bibliografía sobre el mismo; ya que el carácter de su descubrimiento implica un reconocimiento como fuente universal sin fronteras, límites ni lenguas.

La información excede los límites de la simple cita; y aquí leo a don Antonio Herrero, con quien comencé una recopilación de las obras de Almafuerie en una edición que había asumido nuestra Universidad y que quedó detenida como tantas obras (Joaquín V. González, Marasso, etc.).

De mi recopilación sobre Almafuerie sólo apareció el primer volumen; el segundo, quedó casi impreso en la Imprenta López con sus originales; pues no alcanzaron a salir porque en ese momento una revolución política echó por tierra este trabajo. Tres años después apareció un volumen de sus discursos (no todos) y, finalmente, se suspendió.

Así parece hacerse todo. En mis manos (en mi biblioteca) quedaron las **Evangélicas** que no se publicaron nunca (a pesar de fallidos intentos). Insistentes llamados y no menos promesas no se superaron en cosa positiva. Sin embargo, a pesar de esto, cada año de su muerte se lo recuerda, pero su obra inigualable duerme sobre cientos de promesas incumplidas.

Y vuelvo a lo nuestro: el trabajo sobre Vucetich debe ser obra de lectura obligatoria de todo estudioso del tema por la información bibliográfica que trae esta obra **De las almas que no mueren**. Considero ser un estudio de incalculable valor didáctico, que se suma, además al **personal encuentro: Vucetich – Milanta**.

Páginas que se hacen de lectura obligatoria para quien desee sortear el, a veces, complicado estudio académico que suele obstaculizar más que aclarar. Aquí se suman recuerdos de una trayectoria rica en anécdotas, encuentros, que poseen siempre la calidez de las cosas vivas; las que se consideran libres de retórica y que, por eso, destilan un algo imponderable: el calor de la vida vuelta a ser vivida por la recordación.

Estos capítulos dedicados al evocado encuentro—un día cualquiera— con Juan Vucetich, deben ser conocidos y leídos por muchos jóvenes de hoy tan carentes de este tipo de lecturas, ignorantes de tan ricos entretelones espirituales; así como éste, cuando se hacen las cosas verdaderamente perdurables, amasijando sueños, cansancios, hasta que un día Dios pone la mano sobre la inteligencia y el alma y... ¡sale el milagro! Pero, esto lleva su dura cuota: la de largas noches en vela; de fracaso, otras; de quemarse los ojos bajo la luz de una lámpara y, otra vez, la insistencia de volver a probar; el perdurable empuje de la voluntad que arrastra hasta la consubstanciación con su sueño; el sueño que perdurará por siempre en la Humanidad; el de la insondable persistencia; el de la mente que cruza la tierra para servir a la Humanidad. ¡Regocijante placer!

El estilo conversacional de la obra, diría yo, “epistolar”, el encuentro,

los diálogos, las certezas, la afirmación del que sabe qué cosa quiere, el amor, la entrega, todo fluye de este libro coloquial, transparente y atrapante entre autor y lector; y afirmo convencida, que estas páginas deben ser conocidas para que los jóvenes estudiantes sepan cómo se descubrió ese sello universal, por la lucidez de una mente tenaz con destino divino que hoy pertenece al mundo entero.

Pienso, creo y aplaudiría entusiastamente si se intentara imprimir un pequeño folleto para los alumnos de la Escuela Secundaria (Colegio Nacional, Liceo de Señoritas, Escuela Industrial, etc.), en donde nada de esto se conoce. Una impresión gráfica económica que se repartiera en todos los institutos de enseñanza secundaria donde nada de todo esto se conoce y sería loable se conociera.

Hacer que el alumno lo lea, lo analice, exponga y, por supuesto, visualice la dimensión de estas entregas cuyo nacimiento es hartamente desconocido.

Todos hablamos de imprimir el pulgar, pero ¿cuántos saben cómo se llegó a él?

Me he deleitado con estas páginas a las que seguramente volveré muchas veces para refrescar y fijarlas en mi memoria, pues poseen, más allá de la calidez del recuerdo, el valor de la enseñanza. ¡Hay que hacerlo, **Atilio Milanta!** ¡hay que hacerlo!...

Viene ahora un recuerdo personal que vale la pena conocer.

Cuando entré a la Facultad, por el lado de 6, había un gran jardín y una estatua (creo que de Rivarola) y, hacia el costado izquierdo, una pequeña casilla: el Museo Juan Vucetich, dirigido por don Antonio Herrero.

En una pequeña habitación hacia el costado izquierdo, había una bolsa de arpillera en el suelo. ¿Qué contenía? (me siento morir): ¡manuscritos de Almafuerte! Todos como papeles inservibles que se tiran a la basura. Me puse a arreglarlos; los ordené precariamente; eran páginas vírgenes de poemas y “evangélicas”; versos incompletos del vate, etc.; bolsa que corría hacia otro lugar cada vez que llovía, porque había una gotera que caía sobre la bolsa. Un día para un lado, otro día para otro lado. ¡Es horrendo! Pero, esto lo viví yo. ¡Eran papeles sagrados! ¡Que ironía!... ¡Sagrados, amigo querido!...

¡Vucetich, Almafuerte! ¡Ambos grandes! ¡Ambos humillados!, como cuadro –parece siempre- a un auténtico sabio o a un creador.

Luego yo pasé a la Universidad a trabajar en la sala contigua a la Presidencia (en ese momento era presidente el Dr. Alfredo Calcagno) que fue quien me designó en ese cargo, de modo que nunca más supe qué pasó con la **bolsa** y los **preciosos manuscritos**.

A veces pienso que estas cosas escritas al correr de los recuerdos, deberían dejarse para las generaciones presentes y futuras, porque un día se pierden y ninguno sospecha que estos grandes de la historia no vistieron oropeles de vanidad,

sino áureas vestiduras del alma y de la inteligencia con humillaciones!...

Final estremecedor, conmovido con el recuerdo de un grande que cierra esta primera parte del libro. Insisto: un libro que deberá estar en toda biblioteca y al que habrá que volver muchas veces en el diálogo, el hablar, el discurrir con vívida unción espiritual.

22

Y viene una Segunda Parte. Presencia de poetas. Algunos felizmente vivos todavía. Otros que partieron hacia la memoria eterna.

Entre nosotros, compañeros de ideales: **Atanasiú** y, enseguida, el nombre de **Enrique Catani**, amigo de siempre.

Feliz entrega al lector de este “talentoso escritor platense”, dicho con tus palabras, por aquel que no lo cuenta cerca en presencia y con quien se comparte lo serio y lo “en broma” natural de la mistad.

Destaco otra vez la nota bibliográfica respecto a su labor literaria. Lo lamentable es que la obra de los autores citados no aparecen en las librerías porque se instaló la costumbre de que el autor “regale” su libro a los amigos en gesto de amistad...

En cambio, compramos a los autores importados, cueste lo que cueste... Y el poeta-autor nuestro seguirá siendo pobre...

Fue de buen tino de tu parte incluir su conferencia sobre **Origen de la literatura** con las variantes interpretativas del autor que merecen reflexión. Tu loable, como agradecido acierto, es haber incluido el texto original.

23

Sigue luego **Benítez** y un hermoso soneto.

Enseguida **Bernárdez** con quien crucé larga correspondencia mientras estaba reponiéndose en La Caldera (Córdoba).

Fue autor estudiado en el Seminario de Letras (entre otros) de la Facultad, en la Cátedra de **Carmelo Bonet**, excepcional profesor y amigo.

Bernárdez me envió un ejemplar de **El buque**. Exquisito poeta. Tuve el gusto de que me visitara en La Plata. Esa tarde invité a la nunca olvidada **Cochecha Garay** y, luego, otra tarde en lo de **Elina Storni** con un grupo de amigos.

Tus notas, **Atilio**, son de incalculable valor para quienes –incluso por su edad– no pudieron conocerlo. Veo que muchos recuerdos del quehacer literario y del estudio nos son comunes.

Pero, el “runruneo” de **El manco**, al pie de página, me pareció estupendo por el fino sarcasmo (de casi cuatro siglos): “después vinieron las lecturas y los sueños,/ las glosas y los comentarios,/ los institutos y los departamentos de

letras./ Oh, las letras! ¡Y los departamentos!”. ¡Estupendo!

La trágica ironía de esto es que los departamentos siguen. A veces llegamos a dudar. ¡Cuántas veces lo mataron! Pero, ¿murió, en verdad? ¡Oh, no! Siempre será el andante loco caballero más cierto, más verdadero, más sabio; eternamente eterno en su eterna identidad. ¿Quijotesca? ¿Absurda? ¡Sí! Como ésta que nos acorre por unos días solamente; unos breves días de terrenal existencia; ¡locos!, de creernos eternos sin medir que cada día transitado en el tiempo es un paso más cerca de la otra intemporal verdad. El, en cambio, está vivo; más allá del límite porque es sueño de grandeza; demasiado sueño para esta brevedad que llamamos “vida”, medida entre el nacer y el morir... ¡Y... nos sentimos sabios! ¡O no?

Voy a **César Bustos** con un: “...O un César en desmandado vuelo”.

La entrega de tu soneto me parece regalo de oro en la imagen: “El sol que ya ha caído. Y en la mente/ yo me vuelvo hacia un cielo atardecido./ Como nube que fue, como algún nido/ que ya cierra sus puertas de repente./ No otra cosa es el hombre”: ¡una nube! Como esa que cruza el alto cielo. ¡Si pudiéramos hacer que estas verdades se tengan presentes siempre para no lastimarnos sino para que la brevedad de la vida fuera un paso de amor por la tierra! ¡Comprender! ¡Nada más que comprender!

24

A esta altura del libro y de su lectura, creo –lo repetiré en cada lectura- no te das exacta cuenta de la impresionante riqueza de instantes hondamente vitales, unos; vivenciados, otros; todos haciendo del total una intemporal mesa de recuerdos, ilustraciones sin artificios (tan comunes en la literatura vacua de nuestros días, a la que llamo pseudo literatura); aquí, todo vive, todo tiene alma, calor y color; las cosas existen, no han muerto y esto es lo maravilloso; no estamos frente a un mausoleo, sino frente a la vida, la que perdura, la que recobra su latir, su sentir y, ¿por qué no decirlo?, la que mata a la propia **muerte**.

Las referencias bibliográficas son aportes de incalculable valor.

El soneto de César Bustos, un magnífico aporte a la validez de su pluma.

25

¿Y **Catani**? ¿Cómo no recordarlo si fuimos condiscípulos en toda nuestra trayectoria universitaria y luego, profesores, ya amigos?

Celebro –y peco por repetitiva- que este libro debe estar en toda biblioteca, que se precie de tal, por la riqueza informativa que sacaría de apuros a más de uno.

¿De dónde extraerían datos bibliográficos con la amplitud generosa de tu pluma? La presencia de un tiempo compartido es de incalculable valor. Sostengo que este libro debe estar en las vidrieras de cada librería.

26

Y siguen otros nombres nunca olvidados: ¡**Manuel Cazalla!** Amigo queridísimo. Gracias por citarme en homenaje a su recuerdo.

Yo publiqué un largo artículo en “El Día” sobre su poesía. A pesar de su enorme fe en Dios, Cazalla presentía la inquietante presencia de la muerte; no como finitud de vida, sino como olvido de su quehacer poético. Esta fue la razón que me llevó a ese escrito... ¿Por qué dudó tanto? ¿No lo sé! Sus sonetos religiosos son magníficos ¿presentía su pronta partida? ¿Temía el olvido? No era esta vida y su muerte los que acosaban su espíritu; era la muerte del que pasa, del que muere definitivamente en la memoria del olvido total; esa muerte era la que temía; la que hacía descansar sobre el trabajo creativo. Quería vivir en su poesía ¿por qué temió tanto? Sus perfectísimos sonetos vivirán por siempre.

Tu memoración de levantada pluma y penetrante acierto, señala felices líneas comparativas, formales, de su poesía con la música: un Haydn, un Mozart y, yendo más lejos, la Patética de Beethoven.

Finísima relación de un trabajo poético con la música. Y es de buen tino hacerlo, porque luego las cosas se pierden y, como en este caso, es preciso que sobrevivan los grandes valores creativos para ilustración y guía de los que vendrán...

Voy observando cómo se entrelazan la musicalidad de la palabra poética con la del pentagrama. ¡Labor de quien conoce bien ambas cosas! ¡Feliz recuerdo del ensamble entre ambos!

Y más todavía si a ello se agrega el recuerdo estudiantil.

Por otra parte, **hermoso tu soneto dedicado al noble amigo.**

Estas vivencias bien vale recordarlas para grabar en las jóvenes mentes que no conocieron al poeta y recuperar aquella estremecida belleza de su poesía.

Vuelvo a tu soneto como una principiante y admiro su frescura y resonancia. Extrema sensibilidad. Y todo el libro fuente permanente de consulta para quienes sólo son nombres en su itinerario.

27

Las dos composiciones que siguen en tu libro a **Dario** (...o el vate máximo) y a **Antonio Machado**, son de importancia pues, quizá, no todos las conozcan. La remisión a una bibliografía, incluso poética, que no siempre llega a muchos,

salva detalles muy importantes de otros estudios de los años secundarios.

Y así se suceden los nombres de **del Pozo** y un subtítulo: ¡la generación del 30!

Más adelante **John Foster Dulles**. Labor nunca demasiado reconocida.

Tampoco sé si todos los lectores futuros de tan copioso como espléndido libro por su labor mesurada, concedora a fondo de su quehacer, saben – por ejemplo- quien fue **Carlos Enrique Fontana**; salvo quienes, como tú, estuvieron muy cerca de él, antes y luego de su memorioso domingo, por la mañana, de abril de 1993, para despedir sus restos mortales.

Por eso, insisto: estos datos cobran de pronto valor inestimable. Días, hechos, circunstancias, seres que parten definitivamente y que las más de las veces se olvidan, que se inscriben de pronto en un friso que traduce a las claras las vivencias del poseedor, volviéndolo a la vida en una “presencia” que es ya sólo “nombre” para señalar el entorno que lo reubica en el tiempo finido.

28

Una de las notas que advierten ya claras en la memoración es reconstruir y vivenciar cosas, personas, hechos, nombres, afectos en dispares circunstancias, lo cual hace pensar que quien las emite en tan claros pantallazos no hace más que **volver** a la vida al que ya no la tiene; pero que, sí, revive en una charla intrascendente, en una consulta y en todo aquello que nos hace pensar que sólo están muertos los que **se olvidan**.

¡Emotivo sentir de poeta y amigo!...Estas líneas “ayudan a colocar”, con reverencia inusitada “el rosario de tu madre en tus manos”..., junto a las palabras de despedida (p. 184).

Recuerdos como éstos no tienen precio cuando se entregan a otros que no estuvieron ni siquiera cerca. Generosa dádiva de emoción y de cariño. ¡Cuánta falta le está haciendo a la humanidad conocerse un poco más y más humildemente limpia! Mas, la apariencia en muchos suele ser traicionera... ¡hasta sucia!

Me parecen finísimas y destaco tus reflexiones sobre qué cosa es un libro a propósito de **Reflexiones de un vigilante** de Carlos Enrique Fontana.

Salta enseguida la densa erudición y conocimiento por el trato familiar con esto que llamamos: **libro**. Entonces, me aferro al inestimable valor que tú mismo no aciertas a conocer cuál es el valor de éste: **De las almas que no mueren**; pues deseando que sean muchos tus días en la tierra, en algún momento dije: **el autor de esta obra es una “de las almas que no morirá”...**

29

Doy vuelta la página y se acrecienta mi descubrimiento sobre lo mucho guardado, sabido, analizado y siempre vivido.

Dos nombres: **Fronzizi** (recientemente ido) y **Kennedy** con una significativa línea dedicatoria: “un nuevo huésped de Lincoln” y un soneto y, luego, **Khrushchev**: “...ese inesperado redentor de perestroikas!” y en otra página impar un sentido soneto.

Y... de sorpresa en sorpresa, ¡ah! ¡**Luciani!**, a quien conocí muy de cerca cambiando ideas sobre poesía y sus adyacencias. Reconocí siempre la perfección de sus sonetos que parecen tan sencillos y, no obstante, tan “embromados”, pues en sólo catorce versos hay que encerrar todo; a veces ¡una nada!... No lo he vuelto a ver...

Entra, de pronto, en la siguiente página: **Rosita Castelli**, a quien descubrí en su bellísima poesía y de la que poco pude hablar en la presentación de la tercera Antología nicoleña, en el Colegio de Abogados, recientemente. Debí apretar mucho mi juicio; merece mucho más.

El nombre, ahora, de **Josefina Acosta** resonó en mis oídos y en mis palabras por la perfección de sus sonetos. Creo haberlo dicho alguna vez... Lástima grande que no alcancé a decírselo a ella de viva voz o por escrito. Quizá, ahora, me esté oyendo desde su tierra celestial.

Y ahora digo: ¡qué buen tino incluir a esta poeta!... En ti habla siempre la limpia amistad.

30

Alcanzando el tramo final de esta enjundiosa obra, leo el nombre de **Molinari**, sobre el cual escribí, alguna vez, a propósito del estudio de otro poeta (ex alumno) un poco mi “hijo” espiritual: Héctor Dante Cincotta, quien le dedicó un libro entero sobre su poesía y que comenté y publicó el diario **La Capital** de Mar del Plata.

31

Y... viene luego **Palacios**... ¡paladín de la libertad y la república...! Según tus palabras liminares.

Pero, llega a mi pluma una anécdota personal que vale la pena recordar ¡vieja anécdota! De cuando el hombre se mide por su grandeza moral.

Aquí va: cuando en días ya lejanos Palacios renuncia como Presidente de la Universidad Nacional de La Plata (1945) y se retiraba **solo** bajando la escalera del patio central siente, de pronto, que alguien lo toma del brazo y le dice:

“lo acompaño, doctor”... ¡Era **José Peco!** ¡Qué tiempos aquéllos de honor y respeto por los grandes maestros!

32

Ya casi sobre el final de tan valiosa obra, leo: **Stepinac**, Gran cardenal; **Pío XII, Juan XXIII, Paulo VI** y un tríptico de hermosos sonetos de voz estremecida confesional...

Luego, páginas finales de lejanas presencias; el **Taller poético nicoleño** con una frase a manera de subtítulo: “...que no es un taller cualquiera y es mi ahijado”; las dedicadas a **Raúl Oscar “Coco” Bach**, a quien escuché muchas veces, “ese poeta incansable del teclado o de El teclado”, según tu acertada definición, y en donde, ahora, caben muy bien ese: “te acordás, hermano, de las viejas calles,/ aquéllas de entonces, con lunas y estrellas,/ los viejos tranvías, silencios lejanos/ y algunas canciones que hoy son presencia?”...

¡Qué retornar en el tiempo! Y ¡qué emoción en el viejo recuerdo!

Y, en el libro, quedarán por siempre más allá de la “mortal vida” para entrar en la “vida inmortal” las últimas líneas: vívidas, plenas; las de los hijos y la de la esposa que partió tempranamente, pero que vuelve cada noche sobre tu almohada: “**Elsa!**”... velando tu sueño...

¡Libro de inusitada emoción: valor bibliográfico y presente de vida más allá de ésta, vulnerable vida, que gana la **otra verdadera e inmortal!**...

¡Gracias por este regalo para el espíritu!

25 / abril / 95



INDICE DE NOMBRES

- ABAD DE SANTILLAN, Diego, 11
ABDIAS Profecía de, 195
ACEVEDO, 111, 132
ACOSTA Josefina, 213
ADLER María Raquel, 153
AGEO Profecía de, 195
ALBERDI Orfilia, 187
ALBINO Bernard Sigfried, 109
ALCOBRE Manuel, 34
ALEJANDRA Elsa, ver PERALTA Elsa
ALEJANDRO MAGNO, 34
ALESSANDRONI Julio Egidio, 20
ALIGHIERI Dante, ver DANTE
ALMAFUERTE, ver PALACIOS Pedro
ALMIRON Juan, 251
ALONGHI, 106
ALSINA Hugo, 26
ALVAREZ Avelina, 238
ALVAREZ Eduardo M., 114, 116, 124
ALZAGA Martín de, 13
ALLORIO Enrico, 31
AMARAL Raúl, 46
AMEGHINO Florentino, 102, 122, 133
AMERI Rogelio Luis, 246
AMOS Profecía de, 195
ANASTASI Leonidas, 54, 67, 69, 76
ANDINO Santiago, 251
ANDRADE Heberto Washington, 95
ANDRIOLI Virgilio, 31
ANGELOTTI, 31
ANTONIO Marco, 34
ANZOATEGUI Ignacio B., 46
ARBURUA Juana, 251
ARGÜELLO Diego Alejandro, 238
ARISTOTELES, 106
ARRIETA Rafael Alberto, 45, 46
ATANASIU Andrés Homero, 21, 137 ss.
ATANASIU Pablo, 21, 137 ss.
AUGUSTO Octavio, 34
AVALLE-ARCE Juan Bautista, 20
AVELLANEDA Nicolás, 47
AZEGLIO Massimo d', ver d'AZEGLIO Massimo
BACH Coco, 253 ss.
BACH Raúl O., ver BACH Coco
BALATTI María Alejandra, 238
BALBIN Ricardo, 70
BALBIS Pablo, 249 ss.
BALBO Cessare, 42
BALBOA Omar Alberto, 89, 239
BANCHS Enrique, 45
BANFI José María, 151
BARASSI Ludovico, 70
BARBERO Domenico, 69
BARBIERI Vicente, 96, 171
BARES Juan, 238
BARILARI Josefina de, 163
BARTOK Bela, 175
BARUC Profecía de, 195
BARRET Rafael, 61
BARRIVIERA Guadalupe, 151
BASTERRECHEA Liliana, 238
BAUTISTA, Lucila de, 171
BEATO Esteban, 151
BEAUHARMAIS Hortensia de, 38
BECCARIA Cesare, 195
BECQUER Gustavo Adolfo, 195
BEETHOVEN Ludwig van, 28, 170, 175
BEHETY Matías, 80, 169
BELGRANO Manuel, 9 ss., 47, 50, 70, 125, 192
BELGRANO y PERI Domingo, 11
BENAVIDEZ Marcelo, 238
BENEDETTI Mario, 139
BENI Irma, 249
BENITEZ, Marial, 147 ss.
BENSO Camilo, ver CAVOUR Conde
BERENGUER CARISOMO Arturo, 61
BERNARDEZ Francisco Luis, 48, 151 ss., 160
BERNARDO san, 159
BERTILLON Alphonse, 104, 105, 122, 130
BERTILLON Louis-Alphonso, 105
BERTOLINI, 33
BERTOLINI María Emilia, 81
BETTI Emilio, 31
BIALET MASSE Juan, 55
BIEKLER María Andrea, 238
BILLONE Vicente Atilio, 61
BLOY León, 192
BOCCIA Néstor O., 239
BOECIO Amicio M.T.S., 36, 70

BOERO Ernesto M., 104, 129
 BORDA BARRERA Vicente D., 103
 BORGA Ernesto E., 79
 BORGES Jorge L., 61
 BORRACER Luis Adolfo, 51
 BRAHMS Johannes, 175
 BRANDWAYNMAN Jorge, 239
 BRAVIZ LOPEZ Roberto M., 81
 BRAVO Cintia, 249, 251
 BRAVO Jorge S., 226
 BROCA Paul, 105
 BROCK Alan, 109
 BROWN Guillermo, 70
 BROWNE DorTlas G., 109
 BROZ Josip, 126, 227
 BRUCKNER Anton, 28
 BRUNELLI Bibiana María, 238
 BUCARELLI Y URSUA Francisco de Paul, 11
 BURGOS DE SÁNCHEZ Nidia, 20
 BURKE Edmund, 33, 70
 BUSTOS César, 85, 246 ss.
 BUSTOS BERRONDO Horacio, 201

CABANELLAS Guillermo, 70
 CABRAL TEXO Jorge, 75
 CABRERA Corina, 238
 CALAMANDREI Piero, 30
 CALDERON Bernardo, 103, 128
 CAMACHO Adriana, 17
 CAMACHO Ana Inés, 17
 CAMACHO Mario Ovidio, 17 ss.
 CAME Jéssica, 251
 CAMERLYNCK G.H., 70
 CAMINO Carlos A., 237 ss.
 CAMPOLI Alfredo, 175
 CAMPORA Celina, 249 ss.
 CAMPORA Duilio, 213, 245 ss.
 CAMPS Ramón J.A., 187
 CAPDEVILA Arturo, 61
 CAPOGRASSI Giuseppe, 31
 CAPPELLETTI Mauro, 31
 CARABALLO Ponciano, 116
 CARLOS III, 11
 CARNACINI Tito, 31
 CARNELUTTI Francesco, 25 ss., 70, 71, 192
 CARUGO Elida, 151
 CARRASCO QUINTANA Carlos M., 239, 265
 CARRION Ana María, 109
 CARRIZO César, 46

CASTELAR Emilio, 61
 CASTELLANOS Joaquín, 45
 CASTELLANOS José, 116
 CASTELLI Rosa María, 213, 251
 CASTILLO Cátulo, 70
 CASTILLO Horacio, 98
 CASTIÑEIRA DE DIOS José María, 153
 CASTRO Juan José, 125
 CATANI Enrique, 139 ss.
 CATILINA Lucius Sergius, 34
 CATULO (CATULLUS) Cayo Valeriano, 36, 70
 CAUSA Analía, 151
 CAVOUR Conde, 15, 33 ss., 51, 120, 192
 CAZALLA Alejandro Manuel, 168
 CAZALLA Christian Fernando, 168
 CAZALLA Luis Gabriel, 168
 CAZALLA Manuel, 157 ss.
 CECCHERELLI Daniel Alfredo, 33, 192
 CEJADOR, 61
 CERVANTES, 154
 CERRI María Cristina, 239
 CESAR Cayo Julio, 34
 CETRA, 70
 CHESTERTON Gilbert Keith, 48, 195
 CHIARELLI Giuseppe, 70
 CHIMENTI Rubén H., 239
 CHIOVENDA Giuseppe, 30, 31
 CHIRICO María E., 249
 CHORROARIN Luis José, 12
 CICERON Marco Tulio, 34, 248
 CINTORA Mario, 163
 CISNEROS Baltazar Hidalgo de, 13
 CIVIOTTI María Cecilia, 250
 CLARIA OLMEDO Jorge A., 26
 COBIAN Juan Carlos, 255
 COCO-LACOUR, 106
 CONSTANTINO I (el Grande), 34
 CONTI Inés, 17
 CORDISCO Ariel, 251
 CORRELLANO MARTINEZ Gregorio, 112, 113, 118, 133
 CORONEL Nelson, 249
 COROVINI Roberto, 251
 CORREAS Ignacio, 70
 COSIANI María, 122
 COSSIO Carlos, 77
 COSTA Carlos J., 104, 129
 COSTA Sergio, 31
 COSTA Zunilda, 223 ss.

COUTURE Eduardo J., 26, 27
 CRASO Lucius Licinius, 34
 CRAVERO Silvia Azucena, 151
 CREMIEUX, 61
 CRISTOFOLINI, 31
 CROSNIER DE VARIGNY Henry, 107, 122, 130

 DAAE, 104
 DABORMIDA, 33
 DAIEN Samuel, 47
 D'ALESSANDRO Pedro G., 14
 DANTE, 36, 126, 185
 DARIO Rubén, 60, 61, 171, 173 ss., 233
 DARWIN Charles, 106
 DASCANIO Wanda Emy, 94
 DAVALOS Juan Carlos, 45
 d'AZEGLIO Massimo, 39, 42
 DE ANDREA Miguel, 225
 DE DIEGO Rafael, 46
 DE ISUSI Alejandro, 61
 DELHEY Pedro Mario, 45
 DEL POZO Andrés, 179 ss., 245, 246
 DELUCCHI Armando, 21, 22
 DELLANQUE Carlos A., 238
 DELLANQUE Gustavo A., 238
 DE MAISTRE Joseph, 33, 70
 DEMO Héctor R., 79
 DE ORO Fray Justo Santa María, 70, 125
 DERISI Octavio Nicolás, 70, 122
 DESCOTTE Emilio, 14
 DESMARAS Carlos R., 76
 DESPOTIN Luis A., 54, 55
 DEVEALI Mario L., 79, 80, 94
 DE VICARI Piero, 83, 213, 245 ss.
 DIAS Manuel Oscar, 249
 DIOCLECIANO Cayo Valerio Aurelio, 73
 DISANDRO Carlos A., 33
 DULLES John Foster, 183 ss.
 DURANA Y VEDIA Francisco de, 238

 EISENHOWER Ike, 185
 ELMAN Mischa, 175
 ESDRAS Libros de, 195
 ESPEJO Urbana, 43
 ESQUIU Fray Mamerto, 125
 ESTRELLA GUTIERREZ Fermín, 61
 ETALA Juan José, 70
 EUBOLIDES, 28

 FAULDS Henry, 110, 113
 FELIPE León, 192
 FERNÁNDEZ DE RE-VUCETICH Olga O., 101
 FERNANDEZ MORENO Baldomero, 159, 160
 FERRERO Guglielmo, 36
 FERRI Enrico, 106
 FLAUBERT Gustavo, 144
 FONTANA Carlos E., 187 ss.
 FONTANA Mateo, 187
 FOUCHE Joseph, 106
 FRANCISCO I (de Francia), 37
 FRANCO Alberto, 78
 FRANGI Leopoldo, 47
 FRONDIZI Arturo, 75, 199 ss.
 FRONDIZI Silvio, 75
 FUREST Raúl Oscar, 187, 191
 FURNO, 31

 GALIANI, 13
 GALTON Francis, 104, 105, 106, 113, 130
 GALLETTI Alfredo, 11, 12
 GARAY María del Carmen, 44, 155
 GARCIA Ginés, 246
 GARCIA C.AMARA José María, 237 ss., 243
 GARCIA MARQUEZ, 139
 GARCIA SARAVI Gustavo, 11ss., 47, 85, 96,
 97, 160, 163, 167, 171, 246
 GARCILASO DE LA VEGA El Inca, 20
 GARIBALDI Giuseppe, 35, 41
 GASCON COYTI Alfredo José, 25
 GASTI, 104
 GAUDENCIO Carlos, 105
 GENOVESI, 13
 GENTA Jordán B., 33
 GIANNIBELLI María Josefa, 54
 GIMENEZ PERRET Jorge R., 103, 117, 119,
 122, 124, 127
 GIOBERT Vincenzo, 36, 42
 GIRONDO, 249
 GLUZMAN Jaime, 239
 GOMEZ Rina E., 54
 GONZALEZ Arturo L. 20
 GONZALEZ Cecilia, 78
 GONZALEZ Joaquín V., 44, 45, 55, 61, 125, 225
 GONZALEZ CASERO María Josefa, 11
 GONZALEZ CASTILLO Ovidio Cáttdo, ver
 CASTILLO Cátulo
 GONZALEZ ROURA Octavio, 111, 132
 GOODMAN Benny, 255

- GRACIA MAS Enrique, 103
 GRANATA María, 84
 GRONDA Albina, 76
 GRONDONA Mariano, 134
 GROPPA MILANTA Pedro Belisario, 5, 43
 GROSS Hans, 106
 GROUSSAC Paul, 20
 GRYS José Eugenio, 187
 GUEREZTA Juliana, 251
 GUIDO SPANO Carlos, 46
 GUIRALDES Ricardo, 46, 78
- HABACUC Profecía de, 145
 HAGEN Friedrich, 249
 HARVEY, 108
 HAYDN José Federico, 170
 HEIFETZ Jascha, 175
 HENRIQUEZ URENA Pedro, 45, 61, 141
 HENRY Edward Richard, 104, 109
 HERNANDEZ José, 51, 125
 HERSCHEL Frederik William, 109, 113
 HERSCHEL James Frederik William, 109
 HERRERO Antonio, 64, 109, 113, 115, 118
 HERRERO Y REYNA Antonio, 109
 HÖLDERLIN Johann Christian Friedrich, 97
 HOMERO, 70
 HOUSSAY Bernardo A., 121
- IBAÑEZ FROCHAM Manuel, 26
 IRAZUSTA Julio, 15, 17, 33, 40, 41, 70
 ITALIANO Palma Antonia, 94
- JAIME Mirta Noemí, 219
 JAMES Harry, 255
 JIMENEZ Juan Ramón, 78
 JOB Libro de, 112, 118, 133
 JOEL Profecía de, 195
 JOFRE Tomás, 26, 111, 112, 132
 JONAS Profecía de, 195
 JUAN, Evang., 249
 JUAN XXIII, 231 ss.
 JUSTINIANO Flavius Anicius (I, El Grande), 34
 JUSTO Juan B., 225
- KARAKACHOFF Jorge Gustavo, 234
 KENNEDY John F., 203 ss.
 KHRUSFICHEV Nikita S., 207 ss.
 KORN Alejandro, 45, 49, 102, 122, 133
 KORN VILLAFANE Adolfo, 49, 102
- KOVACEVIC Vicenta, 102, 127
 KRAUSE Olwen, 152
 KWANT Remy C., 70
- LACASSAGNE, 106
 LAHITTE A. E., 96, 98,
 LA MARMORA general, 40
 LARA Agustín, 255
 LASCANO David, 26, 76
 LASSALLI, 31
 LATZINA Francisco, 114, 131
 LAVATER Johann Kaspar, 106
 LAZO Raimundo, 249
 LECOT Carlos Félix, 238
 LECOT Guillermina Rita, 238
 LEGAZ Y LACAMBRA Luis, 70
 LEGON Faustino, 77
 LELOIR, 70
 LELOIR Luis F., 125
 LEON XIII, 225
 LEPINE, 106
 LESCANO Roberto J., 237 ss.
 LESSONA Carlo, 31
 LEWKOWICZ Lidia F., 96, 181, 249 ss.
 LIEBMAN Enrico Tullio, 31
 LINCOLN A. braharn, 205
 LINIERS Santiago de, 13
 LISTZ Franz von, 170
 LOCARD, 106
 LOMBROSO Cesare, 106
 LOPEZ Jorge, 17
 LOPEZ ANDRADE Héctor Alfredo, 238
 LOZANO, 111, 132
 LOZANO Godofredo, 79
 LUCAS, San, 137
 LUCIANI Oscar, 211 ss.
 LUDER Italo A., 70
 LUGONES Leopoldo, 48, 50, 70, 125, 140, 160
 LUIS XIV, 37
 LYON-CAEN G., 70
- MACHADO Antonio, 65, 171, 175, 177
 MACHIAVELLI, ver MAQUIAVELO, Nicolás
 MAIZTEGUI María Eugenia, 251
 MALPIGHI MarceUo, 108
 MALLEA Eduardo, 70
 MAMBLONA Héctor R., 235, 238
 MANCINI Pasquale Stanislaw, 35
 MANUEL Carmen, 151

MANZI Homero, 70
 MANZONI Alessandro, 110
 MAQUIAVELO Nicolás, 33, 42
 MARCILESE Mario, 159
 MARCOS Manuel, 225
 MARECHAL Leopoldo, 57, 70, 125
 MARIO Cayo, 34
 MARIOTTI, 33
 MARSILLACH Adolfo (coronel), 117, 187
 MARTÍNEZ MOLINARI, 122
 MARTINO Mingo, 255
 MASTRONARDI Carlos, 160
 MATHIEU Silvia, 251
 MAYNZ Karl, 69
 MAZZACANE Carlos, 238
 MAZZINI Giuseppe, 35
 MÉNDEZ ROJAS Amandio, 246
 MENDIOROZ Alberto, 43 ss., 61, 65
 MENDIOROZ Hugo Enrique, 5, 43 ss.
 MENDIOROZ María Teresa, 44, 47
 MENDIOROZ Ricardo, 44
 MENDIOROZ Romilda Cristina, 44, 47
 MERCADER Amílcar A., 26
 MESSNER Johannes, 70
 MEZGER, 106
 MICUCCI Imelda, 155
 MICHELI, 31
 MIGLIARINI Miguel Ángel, 246 ss.
 MILANTA Atilio, 21, 79, 91, 121, 122, 123, 215, 216
 MILANTA Claudia A.M., 256
 MILANTA J. Leandro Atilio, 256
 MILANTA Patricia E.M., 256
 MILOSZ Wladislas, 248
 MILLAN Héctor M. y María L., 226
 MIQUEAS Profecía de, 195
 MIRCO Rosa Elvira, 168
 MITRE Bartolomé (doctor), 49
 MITRE Bartolomé (general), 11, 12, 49 ss., 70
 MITRE Jorge Carlos, 49
 MITTERMAIER Karl, 106
 MOLINARI Ricardo E., 46, 219 ss.
 MÓNTALE Eugenio, 195
 MONTESQUIEU, 33
 MORENO Mariano, 47, 50
 MOSCA Juan J.V., 68, 89
 MOTTA María del Carmen, 251
 MOZARTW.A., 170
 MUX, Néstor., 96
 NAHUM Profecía de, 195
 NAPOLEÓN I Bonaparte, 15, 38, 51
 NAPOLEÓN II, Francisco C.J.B., 38
 NAPOLEÓN 111, Caries L.N.B., 38, 40
 NAPOLEÓN Luis Bonaparte, 38
 NAPOLI Amanda D., 76
 NAPOLI Francisco, 54
 NAPOLI Rodolfo Aníbal, 53 ss., 79
 NAPOLI Rodolfo (h), 53, 54
 NAPOLI Viviana, 54
 NEHEMIAS Libros de, 195
 NERVI Enna Mari, 253
 NESSI Ángel Osvaldo, 21
 NICEFORO, 106
 NIETZSCHE Friedrich Wilhelm. 28
 NIOSI Antonio, 238
 NOE Julio, 45
 NOVARESE DE NIETO Teresa A., 77
 NUNES Guillermo J., 105, 107, 122, 130
 OBLIGADO Rafael, 170
 OLAVARRIA Luis, 123
 OLMO Darío, 225
 OLORIZ, 104
 ONIS Federico de, 61
 ORELLANA DE CAMUZO Honilda, 249, 251
 ORSINI, 40
 ORTEGA Y GASSET José, 115
 OSEAS Profecía de, 195
 OTEIZA Alberto M., 61
 OTTOLENGHI, 106
 OYHANARTE Rodolfo, 61
 PAGANINI Nicolás, 175
 PALACIO Ernesto, 11, 33, 34, 70
 PALACIOS Alfredo L. 223 ss.
 PALACIOS Pedro, 45, 50, 59 ss., 98, 102, 122, 133, 169, 192
 PASTEUR Louis, 118, 134
 PATTNER, 106
 PAULO VI, 231 ss.
 PAVESE Cessare, 249
 PAYRO Roberto J., 21
 PAZ José María (Manco), 125
 PAZ Máximo, 107
 PEDRO EL GRANDE, 15, 41
 PELLEGRINI Carlos, 41, 50, 125
 PERALTA Elsa, 252 ss., 244, 257

PERCE Saint John, 195
 PEREYRA IRAOLA, 117
 PÉREZ Benito, 56, 67 ss, 75, 79, 192
 PÉREZ AZNAR Ataúlfo, 75
 PÉREZ GIMÉNEZ Raúl H., 75
 PÉREZ LEÑERO José, 70
 PETRACCI, 31
 PFEIFFER, 248
 PIAZZOLA Astor, 125
 PIÓ XII, 231 ss.
 PITAGUA, 255
 PLOT Florencio Luis, 239
 PODETTI J. Ramiro, 26
 POGGIO Romilda, 43, 45, 47
 POMPEYO (el grande), 34
 PONCE DE LEÓN, 61, 83, 96, 171
 PONCE VÁRELA Marcelo E., 239
 POTTECHER, 104
 PRELER Horacio, 97, 163
 PRENZ Juan Octavio, 21
 PROUDHON Fierre Joseph, 126
 PUCHURI Osvaldo Martín, 238
 PURKINJE Juan Evangelista, 108

 QUESNAY, 13
 QUETELEC, 106
 QUIROGA Horacio, 46

 RAMINI Aldo, 84
 RAMÍREZ Dionisio, 76
 RAMÍREZ ABELLA Carlos, 75
 RAMÍREZ GRONDA (Graciela, Juan y Ménica), 76
 RAMÍREZ GRONDA Juan D., 73 ss, 91, 192
 RAMÍREZ GRONDA Osvaldo, 78, 79
 RAMOS Manuel, 77, 185, 225
 RAMOS MEXIA Ildelfonso, 11
 RATAZZI, 39, 40
 REBULLIDA PÉREZ Myrna, 67
 RECA MILANTA Joaquín, 43
 RECA MILANTA Sofía, 43
 REDENTI Enrico, 31
 REGA MOLINA Horacio, 81 ss., 159, 160
 246
 REIMUNDIN Ricardo, 26
 REYNA ALMANDOS Luis, 104, 115, 127
 RICHELIEU, 15
 RICHET M. Charles, 107
 RÍOS Arturo, 251

 RÍOS Emilse, 250
 RIPA ALBERDI Héctor, 45
 RIVAROL Antoine de, 33, 70
 ROBALO Hebe Rene, 238
 ROCA Julio A., 50
 ROCCO (Alfredo, Clemente, Diana, Sandra, Verónica, Hugo y Ménica), 94
 ROCCO Orlando Pedro, 89 ss., 192, 239
 ROCHER, 104
 RODRÍGUEZ Ménica, 244 ss.
 RODRÍGUEZ Sislán, 105, 108, 111, 113, 115, 127
 RODRÍGUEZ RIVAS Raúl, 255
 ROJAS Francisca, 114, 121, 131
 ROJAS Ricardo, 51, 61
 ROMULO, 34
 ROSA José María, 33
 ROSAS Juan Manuel, 41, 50, 70
 ROTTJER Enrique J., 117
 ROUBIER Paid. 70
 ROUSSEAU, 33
 RUFFUS Jacobo, 109
 RUIZ Daniel, 249
 RUIZ María del Carmen, 251
 RULFO Juan, 20
 RUT Libro de, 195
 RUYSCH Fredric, 109

 SAAVEDRA Cornelio, 11, 41, 50, 70, 125
 SABA Umberto, 90, 244
 SABATO Ernesto, 134
 SABOYA Rey Carlos Alberto de, 38
 SAJÓN DE CUELLO Raquel, 44, 168
 SALCES Arsenio, 246
 SALDIAS Adolfo, 33
 SALLES Mario, 238
 SÁNCHEZ Florencio, 105, 130
 SÁNCHEZ SOLER, 255
 SANGUINETTI Manuel Juan, 12
 SAN MARTIN José de, 50
 SARAVI CISNEROS Roberto, 44
 SARMIENTO Domingo E., 50, 70, 125
 SARTINES, 106
 SATTA Salvatore, 31
 SAVASTA Roberto L., 119
 SCALDAFERRO Ménica, 251
 SCALDAFERRO (de) BOTTARO María de los Angeles, 250, 251
 SCARANO Adolfo C.A., 14
 SCHUBERT Franz, 175

SCHUMANN Robert, 175
 SCIALOIA Vittorio, 28
 SEGALERBA José Benito, 331
 SEGUÍ Francisco, 107
 SEMORILE Nicolás, 102, 246
 SENTÍS MELENDO Santiago, 26, 30, 31
 SIERRA Vicente D., 11
 SILA Lucius Cornelius, 34
 SIMÓN Yves, 70
 SIMONCELLI Juan Carlos, 239
 SOFONIAS Profecía de, 195
 SOLER Miguel Estanislao, 11
 SOLIVEREZ Gladys Laura, 47
 SOREL Georges, 126
 SOTTO Beatriz, 251
 SPEGAZZINI, 102, 122, 133
 SPERONI Roberto Themis, 95 ss, 171, 205
 STEPINAC Alojzije, 126, 227 ss.
 STORNI Alfonsina, 46
 SZIGHETI Joseph, 175

TÁCITO, 34
 TAPIA Marcela, 249 ss.
 TASCHER DE LA PAGERIE Josefina, 38
 TENAGLIA José Luis, 249 ss.
 TERRY Juan José, 9
 TISSEMBAUM Mariano R., 54, 55, 77
 TITO Livio, 36
 TITO Mariscal, ver BROZ Josip
 TOBÍAS Obro de, 195
 TONELLI Ideler, 75
 TRAJANO Marco Ulpio, 34
 TRÍPOLI Vicente, 181
 TRUZZOLI Guillermina, 172

UNAMUNO Miguel de, 61
 UNGARETTI Giuseppe, 23, 185
 URBINA Cristina, 151
 URQUIAGA Astul, 246
 UTRERA Mirta Susana, 163

VALENTINO María Elena, 151
 VALERA Juan, 61
 VALLADARES, 104
 VARGAS LLOSA, 139
 VARIGNY Henry C. de, ver CROSNIER DE
 VARIGNY
 VAZQUEZ Jorge E., 168
 VELAZQUEZ Pedro Ramón, 116

VELEZ MARICONDE Alfredo, 26
 VELEZ SANSFIELD Dalmacio, 125
 VENTURINI Rolando Glauco, 47
 VERTIZ Y SALCEDO Juan José, 11, 197
 VESPACIANO Titus Flavius Sabinus, 36
 VIDELA Eleazor 117
 VIDOCQ, 106
 VILLAFANE María, 49
 VILLEGAS COBA Olga, 249 ss.
 VIOLINI Hugo, 19
 VITTORIO ANADEO II, 37
 VITTORIO MANUELE, 38
 VUCETICH Juan, 5, 18, 99 ss., 187, 192
 VUCETIC Victor, 103, 127
 VUCETICH DE RE MARIA Dévora, 101

WEISSBERG Enrique, 53
 WINDT, 104

YUNQUE Alvaro, 11, 12, 14, 61

ZANZUCCHI, 31
 ZUBARRY Olga, 159
 ZUCCHERINO Ricardo, 33



ÍNDICE

EXPLICACION	5
PRIMERA PARTE	7
I BELGRANO	9
II CAMACHO	17
III CARNELUTTI	25
IV CAVOUR	33
V MENDIOROZ	43
VI MITRE	49
VII NÁPOLI	53
VIII PALACIOS	59
IX BENITO PEREZ	67
X RAMIREZ GRONDA	73
XI REGA MOLINA	81
LENGUAJE Y PATRIMONIO	83
XII ROCCO	89
XIII SPERONI	95
XIV VUCETICH	99
A Un estudio previo	101
B Dos encuentros con el sabio	119
SEGUNDA PARTE	135
I ATANASIU	137
II BENITEZ	147
III BERNARDEZ	151
IV BUSTOS	157
V CATANI	161
VI CAZALLA	165
VII DARIO	173
VIII DEL POZO	179
IX DULLES	183
X FONTANA	187
A (La) Carta...*	189
B ...Y (las) reflexiones *	195

XI FRONDIZI	199
XII KENNEDY	203
XIII KHRUSHCHEV	207
XIV LUCIANI	211
XV MOLINARI	219
XVI PALACIOS	223
XVII STEPINAC	227
XVIII PÍO XII, JUAN XXIII, PAULO VI	231
XIX EL PLATENSE	235
XX ARGENTINOS Y POLITICOS	241
XXI UN TALLER POETICO NICOLEÑO	245
XXII BACH	253
POSTSCRIPTUM DE LA PROF. RAQUEL SAJÓN DE CUELLO	259
INDICE DE NOMBRES	281

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2013
en Talleres Gráficos Servicop
calle 50 nro. 742, Tel.: (0221) 421-3314 | 425-1732
www.imprentaservicop.com.ar
La Plata, Buenos Aires, Argentina.

